ANTONIA GUZMÁN

Morir mintiendo



Montena

Good writing doesn't tell you it's raining, it lets you feel what it's like to be reined upon.

UNKNOWN



Para quienes han aprendido a vivir
con un corazón a medias



ADVERTENCIA



Si no eres sensible a leer temas delicados, te recomiendo de corazón que te saltes esta parte y vayas directo a leer. Deja que te sorprenda.

Pero si eres sensible, entonces debes saber que este libro tiene contenido sexual explícito, escenas de violencia, abuso de sustancias, violación y suicidio. Si no es para ti, está perfecto; de todos modos, te doy gracias infinitas por llegar hasta aquí e interesarte en mi historia.

NOTA DE LA AUTORA



Esta es una historia sobre crecer, sobre dejarte cegar por algo que puede terminar destruyéndote y con la necesidad de recomponerte después.

Morir mintiendo habla sobre la vida, sobre lo peor y lo mejor que el mundo puede ofrecernos. Con esta historia quiero llevarte por esas partes oscuras, porque podemos estar en las sombras sin convertirnos en una y, al final, encontrar las luces más brillantes. Pero para ello debes ser paciente y no creer que todos son malos solo porque, hasta ahora, eso es lo que conoces. Al igual que hizo Violeta.

Estos libros son un viaje por la venganza, el resentimiento, el odio. Y también por la amistad, el amor y el perdón; sobre todo, el perdón a uno mismo. Espero que cuando termines de leerlos no seas la misma persona que eras cuando los comenzaste.

ACOMPAÑA TU LECTURA CON ESTA PLAYLIST



PRÓLOGO
Hasta que la muerte nos separe



La seguían, estaba convencida de ello.

Miraba en todas direcciones al pasar por cada intersección, sin llegar a ver algo sospechoso o fuera de lugar. Aunque, claro, ¿qué definición tenía ella de «normal»? La mujer rio, casi desquiciada: no

importaba lo que otros dijeran, estaba segura de que la seguían. Lo *sentía*, como si en cada sombra que pasaba hubiera un ser oculto, aguardando el momento en que bajara la guardia para atacarla, devorarla y arrastrarla con él hacia el infierno.

Katherine no iría al infierno con ninguna sombra.

Frenó de golpe cuando se percató de que la luz del semáforo de enfrente cambiaba a rojo, queriendo retrasarla. *Maldita sea*, pensó mientras movía las manos con impaciencia sobre el volante. No tenía tiempo que perder... porque la seguían.

La seguían, la seguían, la seguían.

La seguían.

Iban a atraparla si no se apresuraba, no podía permitirlo. *Tenía* que llegar.

«¿Por qué estás haciéndome esto?», quiso saber la voz dentro de su cabeza. «Confié en ti.»

«Ese fue tu error», respondió ella sin más. Había planeado ese momento por tanto, tanto tiempo...

«Te arrepentirás. Pagarás por esto, de un modo u otro», le dijo la voz, fría, como si pudiera leer en sus pensamientos lo que tramaba.

Katherine rio en voz alta esa vez, para que la voz la escuchara.

«Créeme, es lo mejor.»

El estruendo de un ruido alto y chillón le taladró los tímpanos. La bocina del auto tras ella la devolvió a la realidad, haciéndole ver la luz verde del semáforo. Aceleró a fondo, poniéndose en marcha de nuevo. Pasaron unos minutos antes de que lograra, por fin, llegar a su destino.

Cuando lo hizo, sonrió; nada podría encontrarla ahí.

Estacionó lo más rápido que pudo y se apresuró a subir por el

ascensor. Estaba eufórica, aunque la sensación de ser perseguida continuaba con ella, intentando arruinar su perfecto día, pero ya no le importaba. Después de todo, estaba ahí y ahí nadie podía encontrarla, ¿no?

Ni siquiera importaban las miradas extrañas que recibió de parte de todos con quienes se cruzó al entrar al edificio. El viaje en elevador fue el más lento de su vida. *Ya no importa, ella no puede encontrarme*, se repitió en el trayecto.

Las puertas metálicas se abrieron con un chirrido, revelando el pasillo del piso diez. La mujer rio una vez más antes de atravesarlas y dirigirse al apartamento que buscaba: ya era un hábito, lo hacía por inercia después de haber pasado tantas noches allí. Tocó con fuerza, con impaciencia, casi con desesperación. Al cabo de unos segundos que le parecieron interminables, la puerta se abrió.

Frente a Katherine apareció un hombre de unos treinta y tantos años, que la observaba con una mezcla de asombro y horror que ella no lograba comprender. La mandíbula de él estuvo a punto de caer, aunque enseguida se recompuso.

—Kat-Katherine —balbuceó, estupefacto.

Fuera de aquel asombro, su voz no transmitía nada, mucho menos afecto o furia. Su expresión, por el contrario, no decía lo mismo: el rostro del hombre denotaba muchas cosas que para varios hubieran pasado desapercibidas, pero para ella, que había aprendido bastante bien a leer expresiones —las suyas, en particular—, eran claras.

Katherine sonrió y entró en el apartamento contorneando las caderas, buscando llamar su atención. Últimamente, era todo lo que buscaba.

De un modo u otro.

Él retrocedió y, despacio, empujó la puerta hasta que esta se cerró detrás de ambos. Durante un instante ninguno pronunció palabra, pero Katherine sentía el cosquilleo de su mirada en la nuca, como fuego quemándola. Al final se volteó sin poder aguantar la expectación, y lo que vio en su rostro esta vez sí fue claro: horror, furia… miedo.

Katherine solo podía sonreír.

—Hace ya una eternidad... —murmuró—. ¿Cómo has estado, amor mío? —Cuando trató de acercarse, él la cortó.

—¿Qué haces aquí, Katherine? —cuestionó, viéndola con espanto. Ella lo comprendió a la perfección.

—¡Tengo buenas noticias! Kyle… eres libre. —Rio de nuevo con inmensa alegría—. *Somos* libres.

Katherine volvió a reír, todavía más desquiciada que antes. Kyle, por su parte, se sentía cada vez más horrorizado. La sospecha, el miedo, el arrepentimiento y la culpa crecían en su interior como un pozo llenándose, ahogándolo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Que no es obvio? —preguntó con desconcierto—. Nos *liberé*, Kyle. No más ataduras, no más remordimientos. ¿Querías cumplir tu voto? ¿«Hasta que la muerte nos separe»? Pues felicidades; deseo concedido. No creas que no entendí el doble sentido de tus palabras esa noche. He de admitir que por un momento pensé que me habías dejado. Era una estupidez, ¿a que sí? Pero ahora ya no importa, Kyle. Podremos estar juntos para siempre, solo tú y yo. ¿No es eso lo que querías? Eso es lo que querías, ¿cierto? ¿Cierto?

Fue como si distintos cuchillos se clavaran en él con sus palabras, cada uno más afilado que el anterior.

—¡¿Qué fue lo que le hiciste?! —gritó entonces. La mujer solo sonrió, sin intenciones de hablar—. ¡KATHERINE! ¡¿Dónde está Camille?! ¿Qué le hiciste? —Se acercó con la mirada alternándose entre los ojos azules y fríos de Katherine y las manchas de sangre fresca que le cubrían la ropa—. ¡¿Dónde está mi esposa, maldita sea?!

—Te liberé de ella, Kyle, ya no es un impedimento para nuestro amor. ¿Es que no lo ves? Es-lo-que-querías —remarcó.

—¡Te dije que ya no quería nada contigo, Katherine! Lo que tuvimos nunca debió ser, ¡nunca! Me equivoqué y traté de arreglarlo. ¡¿En qué demonios estabas pensando?!

—¡Pensaba en nosotros! —Alzando la voz por primera vez, Katherine puso ambas manos en las mejillas de Kyle, pero él se sacudió con un movimiento brusco—. En… en nuestro amor. —Su voz se quebró ante el asco que veía en esos ojos que alguna vez la miraron con deseo.

—¡Yo no te amo, Katherine! Siento si te hice creer eso, pero no pensé que te lo tomarías tan en serio. Ahora, por favor, para esta tontería y dime dónde está Camille.

Camille. Ca-mi-lle. El obstáculo. La maldita zorra que había estado en su camino y ella se tomó la molestia de quitar del medio. Camille, la perfecta, la estúpida, ingenua. La *odiaba*, la odiaba tanto que deseaba poder hacerlo todo de nuevo, solo para disfrutarlo más. Camille, Camille. Él le preguntaba por *Camille*.

La estaba rechazando. Él, por quien ella había hecho todo, y la rechazaba por Camille. Camille, Camille…

—En un lugar del que jamás podrá volver, Kyle.

Él lo sabía. Lo sospechó desde el momento en que ella apareció

en su puerta con esa sonrisa y la ropa ensangrentada sin embargo, no se atrevió a aceptar nada hasta que vio el puñal que ocultaba tras la espalda, chorreando un líquido triste y escarlata.

Explotó.

—¡¿TE DAS CUENTA DE LO QUE HICISTE?! ¡Destruiste mi familia, mujer! ¡LO SABES! ¡¿Y pudiste creer que después de esto querría estar contigo?! Nunca, y escúchame bien, *nunca* voy a perdonarte. Voy a hacer que lo pagues cada maldito segundo de tu existencia. Te pudrirás en la cárcel, Katherine.

En ese momento, algo dentro de la mujer cambió. «Te arrepentirás. Pagarás por esto», volvió a decir la voz de Camille en su cabeza.

Me prefiere a mí, le decía. *Incluso con todo lo que has hecho, me prefiere a mí*.

¡*Cállate*!

Siempre seré yo. Yo, yo, yo, yo, yo, yo, yo, yo, yoooooo.

¡*Cá-lla-te! Cállate, cállate, estás muerta, déjame tranquila, muerta…*

Toda la cordura que había estado reservando para ese momento se escurrió entre sus manos. La calma volvió a apoderarse de su cabeza; un vacío infinito y oscuro, que se hacía cada vez más grande. La voz se apagó.

—Suenas como ella, en sus últimas palabras —escupió—. Aún puedes cambiar de opinión, Kyle. Sé que puede parecer un poco drástico, pero...

—Pero ¿qué, Katherine? —cuestionó él—. Has destrozado toda posibilidad, por inexistente que fuera, de que estuviéramos juntos de

nuevo. Lár-lárgate —tartamudeaba. Su mundo comenzó a irse abajo en cuanto el peso de las cosas cayó sobre él.

Se acercó a la puerta y la abrió, claro gesto de que ella ya no era bienvenida en ese lugar. Kyle no estaba del todo seguro sobre qué emoción debía priorizar: ¿era más fuerte el dolor que lo carcomía o la ira que le hervía la sangre? Sea como sea, estaba roto. Todo se había roto y, en gran parte, era su culpa. Deseaba despedazar a la mujer que tenía delante, gritarle y hacerla sangrar, que sintiera el dolor y la destrucción que le estaba causando, pero no, no podía moverse.

—Pareces bastante ansioso por reunirte con tu esposa — dijo acercándose al hombre, quien, ahora de luto, tenía la guardia baja —. La cosa es, amor, que si no tienes un futuro conmigo… no lo tendrás con nadie.

Con todo el odio y despecho que sentía, Katherine se acercó a su amante hasta quedar junto a él y, tal como había hecho con su esposa, le clavó el puñal en el pecho, que ahora tenía la sangre del matrimonio que ella había reducido a cenizas.

Durante un instante, Kyle se sorprendió. Con un grito ahogado se quitó el puñal de las entrañas y, en un último esfuerzo, se lo arrojó con furia, mas las rodillas le fallaron, cambiando la trayectoria del cuchillo y consiguiendo hacerle un pequeño tajo limpio en el rostro. Habría deseado llevarse mucho más que eso consigo.

—Te irás al infierno, *Kate*. Te irás al infierno por esto.

De pronto, la idea que hacía momentos la había aterrado, ahora le parecía de lo más agradable. No tenía miedo de irse al infierno, no si eso significaba que estarían juntos, que él la amaría de nuevo.

Pero por ahora solo sentía odio. Lo odiaba por dejarla, por preferir

a otra, y por ello se merecía la muerte. Katherine se agachó hasta quedar a su altura y desprendió todo su dolor en las últimas palabras que él escucharía.

—Entonces te veré allá —siseó. Y el brillo en los ojos del hombre se disolvió en aquella mirada de furia. Katherine se quedó ahí, junto a él, llorando la pérdida del ser que más había amado en el mundo y sabiendo que, al dejar ese apartamento, tendría que volver al odiado esposo y al pequeño hijo que la esperaban en casa—. Lamento que haya tenido que ser así, no me dejaste opción —le susurró—. Te amo. Adiós, Kyle.

Se llevó dos dedos a los labios, los cuales besó y posó sobre la boca de Kyle a modo de despedida. Se puso de pie, pasando sobre el cadáver de él sin inmutarse ni molestarse en recoger el cuchillo del suelo. Abandonó el lugar, olvidando todo suceso ocurrido al minuto de cruzar la puerta: para ella fue como si jamás hubiese estado ahí.

Pero había alguien más... alguien que no lo olvidaría tan fácilmente.

La niña, de tan solo diez años, observaba escondida entre las sombras tras la escalera cómo aquella mujer, a quien tantas veces había visto, destrozaba todo lo que la pequeña conocía en meros instantes.

PARTE 1

El descenso

«Hay personas cuyos únicos enemigos son ellas mismas.»

CHARLES DICKENS, *Oliver Twist*

SIETE AÑOS DESPUÉS



CAPÍTULO 1
¿Las personas cambian?

«Fire N Gold» – Bea Miller



—¡Cortana! —El rugido del hombre se escuchó por cada rincón de

la casa, proveniente de la cocina. La chica se estremeció; no podía ser bueno. Cuando la llamaba por su apellido, nunca lo era.

Dudó durante un momento entre las ideas que oscilaban en su cabeza. Las opciones eran —aunque si lo pensaba con detenimiento, la primera *no era en realidad una opción*— permanecer escondida en su cuarto, aovillada en el pequeño espacio entre la pared y la cama, o bajar dócil hasta la cocina y enfrentar en silencio su castigo por lo que sea que hubiera hecho mal esta vez… o lo que no hubiera hecho.

Violeta había aprendido que, para efectos prácticos, venía siendo lo mismo.

—*¡CORTANA*!

La idea de esconderse le pareció aún más tentadora. Podía esperar a que los efectos del alcohol disminuyeran, pero ella ya sabía por experiencia que su «padre» no era de los que solían olvidar con facilidad.

Pasos resonaron cerca del final de las escaleras y luego en la cocina, justo bajo sus pies. El hombre se estaba impacientando. Violeta sabía —también por experiencia— que el segundo llamado era un aviso. No le convenía esperar un tercero.

Temblando se puso de pie y, sin demorar el asunto, se dirigió a la puerta. *Mañana sería peor*, era lo que se decía en un intento por infundirse ánimos. Bajó las escaleras de dos en dos, casi tropezando al final, sintiendo que ya se había tardado demasiado.

Al entrar en la cocina, supo que el hombre notó su presencia por la forma en que sus hombros se acomodaron y el modo en que cambió el peso de una pierna a otra. Se encontraba apoyado sobre las encimeras negras, donde una de las asistentes de la casa se

disponía a preparar el almuerzo. Con un movimiento de la mano, el hombre la despachó de la estancia.

Sostenía una botella de líquido ambarino entre los dedos, los cuales, si prestaba atención, temblaban ligeramente.

No eran ni las diez de la mañana.

—Creí haberte advertido que jamás entraras a mi habitación. —Habló con una exagerada calma, haciendo que Violeta se asustara más y más.

—Yo no he… —comenzó a decir, pero él cortó sus palabras.

—¡¿Hace cuánto que vives aquí?! —Ella apenas se atrevió a susurrar.

—Casi cuatro a…

—Uno creería —continuó, como si la chica jamás hubiese hablado — que con una vez que te digan las cosas ya habrías aprendido lo que *puedes* y *no puedes* hacer dentro de *mi* casa…

—Yo no he hecho… —intentó defenderse de nuevo. Con una mirada, él la silenció por completo.

Durante un minuto ambos permanecieron callados, quietos, expectantes. El hombre la veía con cólera brillando en sus ojos, mientras que una parte de ella, la que sentía no tener miedo de nada, resistió el impulso de bajar la vista; ese era un pequeño acto de rebelión que se permitía cuando la parte irracional de su cerebro tomaba el control de su cuerpo.

Quería rebelarse. No, ni siquiera era «rebelarse». Lo único que deseaba era gritarle lo estúpido que estaba siendo, y las muchas formas en que la estaba arruinando, en que los arruinaba *a ambos*. Quería escupírselo en la cara, y a veces fantaseaba con hacerlo.

Después de todo, ¿qué era lo peor que podría pasar? Él la golpearía, pero el dolor era solo eso: dolor.

E incluso así sentía miedo. Miedo de que ese golpe se convirtiera en otro y otro y otro más, hasta que ya no pudiera parar y…

Las cavilaciones de su mente se detuvieron en cuanto vio al hombre moverse en su lugar.

Él tomó con mucha calma la botella de licor casi vacía que tenía en las manos. De un sorbo se la bebió por completo, sin despegar los ojos de la chica. Entonces miró la botella de vidrio durante un segundo como si fuese algún precioso tesoro, antes de tomar impulso y arrojarla como un proyectil en su dirección.

Sucedió en cámara lenta y Violeta apenas tuvo tiempo de reaccionar. Se agachó con la velocidad de un rayo para evitar que el objeto impactara en su cara y escuchó el ruido del vidrio estallar contra la pared antes de levantarse.

—¡¿DÓNDE ESTÁ?!

—¡NO SÉ DE QUÉ ME ESTÁS HABLANDO! —gritó con el corazón en la garganta.

Sentía un nudo comenzar a formarse en ella. El miedo y la adrenalina zumbaban por su cuerpo haciéndola tiritar, pero no flaqueó; al contrario, se irguió más en su sitio.

—Te advertí que nunca entraras a mi habitación, y ahora no solo me desobedeces y me robas, sino que también *me mientes*. —Se acercó con lentitud. Violeta se esforzó por no moverse, por mantenerse firme y no encogerse sobre sí misma—. Vas a pensar en lo que has hecho, niña —murmuró entre dientes. El aliento a alcohol le golpeaba de lleno en el rostro—. Veremos si al caer la noche tienes el valor de devolverme lo que es mío.

Esta vez, Violeta no vio venir el golpe.

Un dolor agudo se instaló en su mejilla cuando la palma abierta de Scott, su padre adoptivo, impactó contra ella. Sintió un escozor ahí donde el gran anillo de plata que el hombre siempre llevaba rasgó su piel. No se atrevió a poner una mano en la zona afectada hasta que él salió de la cocina.

Alcanzó a escuchar cómo se abría la puerta de la licorera, seguido por el tintineo de las botellas.

—¡Y limpia ese desastre! —Hablaba del vidrio.

Temblando una vez más, Violeta se arrodilló sobre el piso de cerámica y, con las manos al descubierto, comenzó a juntar los pedazos del cristal roto. Apenas veía lo que hacía por las lágrimas silenciosas que ya se habían encargado de nublar su mirada. Dio un respingo cuando una de las lágrimas saladas ardió al entrar en contacto con la piel herida bajo su ojo.

El silencio ahora reinaba en la casa.

Se levantó en busca de una bolsa en la cual echar lo que quedaba de la botella para tirarla en el contenedor. No aguantaría mucho tiempo más en ese lugar: mientras antes saliera de allí, mejor.



Con las manos tiritando —ya no por el miedo, sino por la rabia—, la chica abrió el contenedor de basura junto a la pared de ladrillo de la calle. Se alejó un poco para evitar que le llegara el hedor; Violeta amaba prácticamente todo sobre Nueva York, pero si había algo que no le gustaba era el olor a agua estancada y a basura que se acumulaba en los callejones pequeños cuando salía el sol. Para su

suerte, una leve brisa sopló, trayendo aire limpio hacia su rostro. Levantó la bolsa llena de papeles y pedazos rotos y la tiró dentro del basurero con brusquedad.

Antes de que pudiera cerrar la tapa, una voz que conocía a la perfección habló a sus espaldas:

—Luces como si quisieras meterte ahí dentro junto con las bolsas.

Violeta se tensó y cerró el contenedor sin voltearse.

—Muy gracioso —dijo sin humor.

—¿Quieres que nos larguemos de aquí? —ofreció. Violeta podría jurar, por el tono de su voz, que sonreía con aquella doble intención que la sacaba de quicio.

—Ahora no, Dominik.

Una vez más, Violeta podría haber jurado que hacía una mueca. Lo conocía demasiado bien.

—Hey… —Sintió que el muchacho se acercaba a ella, sin embargo, la chica caminó en dirección contraria. No quería que la viera en ese momento de debilidad. No lo soportaría, pero fingir no tenía caso; él también la conocía lo suficiente—. ¿Estás bien? —Puso una mano en su hombro, que ella sacudió sintiendo que sus ojos se aguaban de nuevo—. Violeta.

De un tirón en la muñeca, Dominik la obligó a voltearse y encararlo. Él no vio en sus ojos de color castaño la valentía y terquedad de siempre, sino el miedo y la inseguridad que tenían cuando se conocieron, siendo apenas unos niños.

Dominik recordaba aquel momento, en las calles, bajo la lluvia. Recordaba a la niña dos años menor que él, escondiéndose del mundo en las sombras de la noche. Ahí fue a encontrarla, y recordaba el minuto exacto en que la oscuridad de sus ojos se fijó

en los suyos, los cuales se lograban vislumbrar a través de los empapados mechones de su cabello marrón.

«¿Quién eres?», preguntó él con desconfianza.

«¿Quién eres tú?», contraatacó la muchacha.

«Me llamo Dominik.»

«¿Por qué no estás en tu casa?»

Era una pregunta válida.

«Yo no tengo una casa», respondió con amargura.

«Debes estar triste —dijo ella—. Los que no tienen casa siempre están tristes.»

«¿Qué te hace pensar eso?»

La niña se encogió de hombros.

«Yo también estoy triste. —Dominik no dijo nada. En cambio, se acercó un poco a ella, cuidando de no pararse bajo una de las goteras de aquel techo de lata—. Soy Violeta. —Él estrechó su mano —. Tampoco tengo una casa, pero podemos ser amigos.»

Dominik había visto el miedo en sus ojos entonces, y lo veía también ahora. No obstante, su mirada se desviaba a la pequeña herida que rasgaba su mejilla.

—¿Qué te pasó ahí? —preguntó, serio.

—No te preocupes, fue un accidente. Muy tonto, de hecho. S-se me cayó una…

—No me mientas —cortó en un instante—. Violeta, ¿qué pasó?

Ella casi vomitó las palabras:

—Scott cree que entré a su habitación y robé algo. No sé qué. No lo hice, por lo demás, pero no me cree y no tengo ni idea de qué habla o qué podría haber perdido. El alcohol…

—¡¿Qué?!

A pesar de todo, intentó defenderlo.

—Ya no lo controla, Dominik. No es una mala persona, nunca lo ha sido…

—¿Desde cuándo? —La chica no respondió. Había algo en el brillo de sus ojos que le impedía hacerlo—. Maldita sea, Vi, ¿desde cuándo? ¡¿Cómo es que no me lo habías dicho?!

—Desde que Amber murió. Se vino abajo, Dom, y ahora es el alcohol quien lo controla a él.



Se le hicieron eternos los instantes en que Dominik no pronunció

ni una palabra. Sus oscuros ojos color chocolate la miraban con reproche.

—¿Seis meses? ¿Lleva bebiendo seis meses y recién me voy enterando? —Sonaba dolido—. ¿Por qué no me dijiste antes?

—Te dije que las cosas eran diferentes…

—«Diferentes» no significa «malas». ¿Es que ya no confías en mí?

—Claro que sí. Confío en ti más que en nadie y lo sabes, pero es que no hay nada que puedas hacer…

En ese momento, la expresión del chico cambió.

—Voy a sacarte de aquí. Te lo he dicho…

—Cuando cumpla dieciocho, ya lo sé —replicó—. Todavía faltan algunos meses, no quería que te preocuparas.

—Tiene que haber una forma de adelantarlo.

—No. No quiero que apresures nada. Ya lo hablamos, voy a estar bien.

Por un segundo, él volvió a ver a la pequeña niña oculta tras una pared en la calle. El recuerdo casi lo hizo sonreír, mas no podía soportar la idea de que esa misma niña fuese la que ahora estaba sufriendo.

—Tienes que denunciarlo. No puedes dejar que…

—Por supuesto que no. Ni una posibilidad, Dominik. No.

—¡¿Es que tanto miedo le tienes?!

—¡No es eso! —chilló Violeta—. A pesar de esta situación, a Amber y a él… les debo todo, Dominik. ¡Todo! ¿Entiendes lo que es eso? —El chico no dijo nada—. Me acogieron, me cuidaron, hicieron muchísimo por mí, me sacaron de *ese* lugar. Y después Amber murió. ¿Te imaginas lo que es eso? No puedo entregar a Scott ahora

que está pasando por un mal momento. Simplemente no puedo. Tengo que ayudarlo.

—Bien. Como digas, Violeta, tú ganas. Pero al minuto en que cumplas la mayoría de edad no voy a dejar que pases un día más de lo necesario en este lugar.

Ella asintió.

Se acercó a él y posó una mano en su mejilla. Dominik, a pesar de todo, sonrió.

—No esperaba que fuera de otro modo.



Cuando Violeta entró en la casa, anochecía.

El pasillo de la entrada apenas era visible en la oscuridad. Intentó no hacer ruido. Intentó que las llaves casi no sonaran al sacarlas de la ranura en la manilla, y también que la madera del suelo no crujiera bajo sus tímidos pasos. En cuanto logró salir del corredor, vio una luz penumbrosa proveniente de la única lámpara encendida en la sala de estar. Anduvo a hurtadillas para evitar ser descubierta pues, de espaldas a ella, en la estancia, el respaldo del sillón reclinable negro dejaba ver la silueta del que desde hacía años se había convertido en lo más parecido que tenía a un padre. La cabeza apenas sobresalía tras el sofá, pero sus ojos se dirigieron a las extremidades del hombre que colgaban del reposabrazos de cuero.

Incluso con la escasa luz en la habitación, la botella de whisky parecía un faro entre sus dedos.

Durante un segundo Violeta trató de ponerse en su lugar e imaginar qué se sentiría perder al amor de toda tu vida y, al pensar

en ello, una puntada de dolor le atravesó el pecho. Después de todo, Scott no era el único que sufría la pérdida de Amber. Aun así, no lograba comprender cómo era que sumergirse en un abismo de tristeza y adicciones podía solucionar nada.

Sacudió la cabeza, cerró los ojos y resolvió seguir su camino.

Un murmullo casi moribundo llegó a sus oídos:

—Violeta… —Sintió que se paralizaba—. Acércate.

Y ella, tratando de no pensarlo demasiado, obedeció.

Al acercarse, la cálida luz golpeó las facciones medio dormidas de Scott; sus ojos apenas se abrieron cuando la muchacha estuvo junto a él. Violeta se arrodilló en el suelo a su lado.

—Me he perdido tanto estos meses, de tu vida, de ti… —El hombre medio sonrió. Violeta no estaba muy segura de cómo sentirse, aunque la parte de ella que mantenía encerrada a la niña que le entregó su confianza, se removió al escucharlo—. Has crecido mucho y ni me he dado cuenta. Eres mi hija, ¿cómo es que no me di cuenta?

En contra de sus instintos, ella respondió:

—No has estado bien, Scott.

—No lo he estado, ¿verdad? —Un resoplido a medio camino entre una risa y un suspiro de resignación salió de sus labios, oliendo a alcohol. La muchacha negó despacio con la cabeza—. Me odias —concluyó. Esta vez suspiró de lleno—. No he sido un buen padre.

—Eso no es del todo cierto —le dijo con suavidad. No había sido un buen padre, pero tampoco lo odiaba.

Los ojos del hombre solo consiguieron mirarla con duda: no le creía.

—No eres feliz…

—Eso tampoco es cierto.

—¿Pero? —La había atrapado.

—Es como si ya no te conociera —admitió con cuidado. Él asintió, comprendiendo.

—Te he hecho daño. —No era una pregunta.

—Lo has hecho.

Los segundos que siguieron fueron puro silencio. Violeta observó absorta durante un instante el juego de luces que danzaba sobre su rostro. Pensó, por un momento, en un pincel formando los colores que se mezclaban en su piel.

—Ya sé que no fuiste tú la que entró en mi habitación hace un par de noches.

—Eso es bueno. —Scott asintió—. ¿Qué se perdió?

—Esto. —Cuando el hombre sacó el objeto de su bolsillo, todo cobró sentido.

—Amber —susurró con un hilo de voz—. ¿Quién…? ¿Cómo…?

—No lo sé —se apresuró a decir él—. Apareció en mi escritorio esta tarde —suspiró—. Sé que no fuiste tú, Violeta. En el fondo siempre lo supe…

Ella observó el anillo de plata que el hombre sostenía entre sus manos; era una argolla tan pequeña, tan delicada, a juego con la que él todavía llevaba puesta en uno de sus dedos.

—Entonces ¿por qué?

Scott negó con la cabeza.

—Perdóname, Violeta. Lo juro, cambiaré.

En algún momento de sus vidas, todas las personas pronunciaban aquella palabra: cambiaré. Violeta sabía, también, que la pronunciaban más de una vez, y eso lo sabía por el mismo motivo

que, al menos en ese mundo en el que ella se había visto atrapada, esa palabra no significaba nada. «La gente nunca cambia»; es lo que Dominik solía repetirle desde el día que lo conoció. Jamás podría olvidar esa frase, así como jamás podría olvidar el agujero que dejó él en su pecho cuando la pronunció.

«Nunca cambian, Violeta. No te engañes a ti misma creyendo eso.»

Pero ella quería… No, *necesitaba* creerlo, porque Scott era un hombre de palabra, y porque no hacerlo hablaría peor de ella que de él; deseaba ser la clase de persona que creía, incluso si eso la hacía una ingenua.

Deseaba otorgar el beneficio de la duda.

—Te creo —afirmó, para luego tomar con delicadeza la botella de entre sus manos y ponerla fuera de su alcance. El hombre le dedicó una última sonrisa de agradecimiento antes de rendirse y cerrar los ojos.

La muchacha se levantó y, con cuidado, puso una manta sobre su cuerpo.

Cuando ya estaba al borde de las escaleras, un movimiento en la habitación principal captó su atención.

—¿Qué demonios estás haciendo?

La figura de la mujer se congeló en su sitio. Violeta avanzó hacia ella con determinación, y al aumentar su cercanía, a pesar de la oscuridad, pudo ver los largos dedos de Sibylle dentro de uno de los cajones de la mesita de noche.

La comprensión le llegó como un golpe.

—Fuiste tú.

—Tú *jamás* me viste aquí. —Los ojos de Sibylle brillaban como

llamas.

—¿Estás amenazándome? —La chica casi rio.

—No. Solo te estoy diciendo cómo van a ser las cosas…

—No —contestó Violeta a su vez. Se acercó más a ella, con la adrenalina fluyendo por su sangre, dándole el coraje que por sí misma nunca habría tenido—. Permíteme *a mí* decirte cómo van a ser las cosas, porque si crees que Scott no va a elegirme a mí por sobre su *amante…* —La palabra salió de su boca con desprecio y repulsión—. Entonces te equivocas.

—¿Y cómo estás tan segura, *flor*?

Que mencionara el apodo que Amber solía usar para ella terminó por colmarla.

—Porque no puedes robar el anillo de Amber y esperar que para Scott todavía valgas algo. Y eso lo sabes, o jamás lo hubieras devuelto.



Esa noche fue diferente, y Violeta sabía que era la promesa de un cambio lo que la hacía distinta. Esperaba que, a partir de ese momento, *todo* fuera distinto.

CAPÍTULO 2
La Residencia

«Still Don’t Know My Name» – LABRINTH



Violeta no pronunció ni una palabra el día en que vio morir a su padre, así como tampoco derramó una sola lágrima cuando los

policías se la llevaron. Ellos solo vieron a una niña de diez años en *shock* y traumada y, aunque Violeta todavía no lograba procesar todo lo que había ocurrido ni lo que eso significaba, suponía que las palabras «choqueada» y «traumada» la describían con bastante precisión.

Ese día había visto más sangre que en toda su vida; ni siquiera cuando se cayó de la bicicleta había sangrado tanto. Se acercó a su padre temblorosa, sin atreverse a moverse demasiado rápido ni a andar demasiado lento. ¿Qué pasaba si la mujer volvía? El pensamiento la hacía tiritar, pero necesitaba que su padre despertara… ¿Por qué no despertaba?

La policía la encontró después. No sabría decir cuánto tiempo pasó, y luego de eso había un vacío. Incluso años más tarde, cuando intentaría con todas sus fuerzas recordar lo ocurrido, no lo conseguiría.

El siguiente recuerdo que la asaltaba era el de su llegada a la Residencia: una casa hermosa que ocultaba tras sus paredes adornadas lo peor de la sociedad. *Lugares bellos para personas horribles*. Ella hubiera preferido que fuera al revés: lugares horribles para personas bellas, así al menos su compañía le daría fuerzas, no más ganas de desaparecer.

Una realidad como aquella hubiera hecho de los cuatro años que pasó en el orfanato un infierno algo más soportable. O, quizá, no hubiese llegado nunca a tales extremos. Tal vez un lugar mejor, con personas mejores, la habría ayudado a crecer, a asimilar el trauma de su pasado y aprender a vivir con un corazón a medias.

Se debatió mucho tiempo pensando cuál fue el momento más difícil de su estadía, porque todas las noches se iba a la cama

creyendo que *ese* había sido el peor día de toda su vida, e incluso así, el día siguiente por lo general conseguía superarlo. Hubo veces en que, llorando escondida en alguna esquina de la casa, se preguntaba cómo iba a sobrevivir a ese lugar, a esas mujeres.

«Las Furias», así era como había apodado Violeta en su cabeza a las tres mujeres que se suponía debían cuidar de ella y de todos los demás niños y jóvenes de la Residencia. Se llamaban Trina, Dalia y Deka. Eran hermanas, cada cual con el alma más podrida que la anterior.

El día en que Violeta llegó, no sonrió; no hizo ningún gesto hacia ellas más que inclinar la cabeza y susurrar su nombre. No quería que creyeran que era una maleducada, pero pronto se daría cuenta de que ahí dentro quién o cómo era ella importaba muy poco.

—Soy Violeta…

Las tres mujeres le sonrieron con una calidez que casi la hizo sonreír a ella también, pero bastó que el trabajador social saliera de la casa para que las sonrisas se congelaran en una mueca de desprecio e indiferencia que Violeta no logró comprender.

Las que en poco tiempo se convertirían en las Furias no le dedicaron ni una sola mirada antes de desaparecer por el pasillo, y la niña se quedó de pie en la entrada sin saber qué hacer. Su cambio de actitud le resultaba desconcertante y había algo, un presentimiento, que le impidió moverse por miedo a romper algún equilibrio extraño del lugar. Así que esperó y esperó con todas sus cosas junto a la puerta a que alguien apareciera, porque no se atrevía a subir la escalera.

Eventualmente, una niña no mucho mayor que ella bajó con pasos tímidos y le ayudó a llevar sus bolsos al segundo piso. No hubo

intercambio de miradas ni palabras; la muchacha se limitó a hacerle una seña, y para Violeta eso fue suficiente.

Su nombre era Clary.

Llegó a una habitación en la que había pocas camas para muchas personas. Ese pensamiento la entristeció, no tanto por ella misma sino que en general. Se quedó mirando sin darse cuenta de todas las niñas que estaban ahí: contándola a ella eran doce, y todas parecían ser de la misma edad. Supuso que así era como se agrupaban ahí dentro, porque de camino había logrado ver otros cuartos con niños y niñas más grandes.

Sacudió la cabeza y siguió avanzando hasta donde Clary se había detenido: dejó algunas de las cosas de Violeta sobre uno de los catres metálicos que crujió con el peso del bolso.

—Puedes dormir aquí por ahora, al menos hasta que veamos cómo arreglarnos, pero tendrás que compartir la cama conmigo.

No puso objeción y asintió con efusividad. Veía los colchones delgados y maltraídos que había en el piso, sabiendo que no tenía más opción. Después, las demás desocuparon un espacio del pequeño ropero que compartían para cederle un rincón. De nuevo no se quejó.

No lloró esa noche, aunque hubiera querido hacerlo cuando la oscuridad las envolvió por completo y ninguna luz se prendió. Todas se fueron a las camas que compartían: dos niñas en una, tres en otra, algunas en el suelo y así. Clary le dijo que se turnaban.

Violeta trepó a la cama, con los fierros que sujetaban el «colchón» clavándose en sus rodillas. Clary se metió junto a ella. Se taparon con mantas delgadas que poco protegían del frío y, cuando vio que todas se disponían a dormir, fue que se atrevió a preguntar:

—¿No…? ¿Es que no comeremos nada? —Clary se dio vuelta y le dirigió una sonrisa triste en la oscuridad.

—No nos dan comida cuando llega alguien nuevo.

Violeta tuvo que procesarlo.

—¿Nunca? —La chica asintió.

—Es para que no creamos que tu llegada, o la de quien sea, es algo bueno.

—¿No lo es?

—No —respondió en un resoplido. Violeta intentó que su rostro no dejara ver sus emociones, pero debió delatarla de todos modos, porque la niña se apresuró a agregar—: No me refiero a que no te queramos aquí, me refiero a que *nadie quiere* estar aquí. Ellas solo buscan recordarnos eso.

—¿Por qué lo harían?

El silencio se volvió pesado mientras que los pensamientos de Clary parecían llenar la estancia. Violeta, por su parte, tenía la cabeza en negro, tan llena de cosas que no lograba distinguir la una de la otra. Al final, la chica se dio la vuelta sin responder. Lo último que susurró antes de cerrar los ojos fue un suave «no lo sé». Lo dijo con tanta tristeza, con tantas esperanzas perdidas, que Violeta notó que su sentir se le contagiaba.

Pensó en sus padres que ya no estaban, en la familia que ya no tenía, en la vida que había perdido y el horrible lugar en el que ahora se encontraba. Creyó, ilusamente, que de ahí en adelante las cosas irían mejor.

A la mañana siguiente se daría cuenta de lo mucho que se equivocaba.

CAPÍTULO 3
Las cosas cambian. Las personas… no tanto

«Too Close» – ARTIC LAKE



Curiosa. Dominik pudo describir a la chica con ese adjetivo desde el mismísimo primer día. Estaba en su mirada.

«¿Por qué no estás en tu casa?»

«Yo no tengo una casa», había dicho. Admitir eso fue el primer paso para aquella hermosa y complicada amistad que se formó por azar años atrás. En ese momento, Dominik creyó que esos lazos serían irrompibles, inquebrantables, aunque hubo instancias en que todo parecía querer reducirse a cenizas. Recordaba una conversación, no mucho después de conocerse, que encajaba en uno de esos «instantes», y la mirada en los ojos de Violeta… No la olvidaría jamás.

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir? —preguntó.

Su voz temblaba.

—Las personas son como son. Nunca cambian, Violeta.

—¡Mi padre no era como las otras personas! —chilló.

—No lo hagas —pidió—. No te engañes a ti misma creyendo eso —dijo, porque era cierto.

—¿Cómo puedes decirme eso? —Dominik trató de acercarse, pero ella retrocedió, alejándose de él y de la verdad que compartían—. ¡Yo *sé* que mi padre habría cambiado de haber tenido la oportunidad! ¡Él quería hacer lo correcto! Se lo dijo a *ella* antes de que lo… —No pudo seguir.

—Son solo palabras, Violeta.

La expresión de su rostro, la mirada de decepción y dolor en sus ojos… no podía con eso. Sin embargo, tampoco podía mentirle solo para no lastimarla, así que continuó diciéndole aquella verdad a través de los años, hasta que llegó un día en que ella por fin pareció aceptarlo.

Asintió despacio y, sin decir más, se alejó.

Son solo palabras.



Afuera estaba lloviendo. Violeta podía sentirlo, aunque no lo viera. Ya no quería ver nada nunca más. Estaba harta. Por su mente circulaban pensamientos del tipo pesimista, se preguntaba qué se sentiría estar afuera, como una de esas personas sin hogar, sentada en alguna esquina de alguna calle en donde pasar la larga y fría noche, comiendo —si es que había suerte— las sobras de alguien más.

Sacudió la cabeza. ¿Por qué estaba pensando eso? Ah, sí: porque estaba lloviendo.

En el segundo en que la primera gota de lluvia tocó el suelo, ella ya tenía el abrigo puesto. Tomó las llaves de la casa y se escabulló sin hacer ningún ruido que pudiera denotar su presencia en mitad de la noche. Dejó que la lluvia mojara y oscureciera su abrigo negro, tal como cada noche… Esa era la noche número ciento setenta y cuatro en la que hacía exactamente lo mismo. Sí, llevaba la cuenta.

Al mismo tiempo que llenaba sus pulmones con aquel frío aire deslizó la capucha sobre su cabeza, justo mientras pasaba por la última luz amarilla del camino, la farola al término de la calle. Sus pies se movían, pero sus ojos ya no se fijaban por dónde iba. Era una rutina que con el tiempo había llegado a agradarle.

Un paso más la puso en la oscuridad; la luminaria de la ciudad se había acabado. El callejón, sin embargo, parecía reflejar la luna llena en las pozas de agua que se acumulaban en un asfalto que se abría en pedazos.

Una pequeña sonrisa se formó en sus labios: la Violeta de su

infancia jamás hubiera pensado que estaría transitando los barrios bajos.

Bueno, las cosas cambiaban. Las personas… no tanto.

A medida que se acercaba al final del callejón, la silueta se volvía más clara ante sus ojos. Estaba de espaldas a ella, como cada noche, y la luna en el cielo teñía con un tono extraño su cabello oscuro. Mortecino y a la vez lleno de vida.

Él se dio la vuelta antes de que Violeta llegara. Varias veces la chica se había preguntado si la oiría llegar o si simplemente la rutina ya lo había acostumbrado a que aparecería entre la tercera y cuarta calada que le diera al cigarrillo que sostenía en los dedos.

No la miró; en cambio, estiró el cuello por completo hacia atrás, dejando su perfil expuesto, la curva de su garganta brillando con la luz de luna. Despacio, exhaló al cielo y la luna pareció fraccionar cada voluta de humo que escapaba de sus labios. Violeta ni siquiera se dio cuenta de que la lluvia se había detenido.

Solo entonces, Dominik clavó sus ojos en los suyos. Una sonrisa amenazaba con aparecer en su rostro.

—Justo a tiempo.

Se encogió de hombros, como siempre.

Permaneció de pie sin decir nada y dejó que la observara con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo. Su mirada era penetrante, siempre lo había sido, desde el momento en que lo vio entre la gente años atrás. La desconfianza en sus ojos seguía ahí, no hacia ella sino hacia el resto del mundo, porque en su realidad hasta las sombras parecían querer dañarlos.

Como vio que no se movía, extendió la mano con la que sostenía

el cigarrillo a medio terminar por delante de su cuerpo. La pequeña brasa que consumía el papel brilló en la oscuridad.

—¿Quieres?

Dudó. Si hubiera sido otra noche, se habría negado.

Violeta caminó hasta él sacando las manos de los bolsillos. Dominik no dijo nada cuando le arrebató el objeto y lo llevó a su boca.

—Estás molesta —concluyó. No era una pregunta, así que la chica no respondió. Él debió darse cuenta, porque añadió—: ¿Vas a decirme por qué?

Suspiró.

—Scott está muerto.

Trató de concentrarse en el humo y no en las palabras que salieron de su boca. El silencio de Dom se volvió pesado.

—¿Cuándo?

La presión en su garganta iba en aumento. Tragó saliva con fuerza.

—Lo encontraron esta tarde. —No permitió que su voz flaqueara.

—¿Qué?

Sintió que Dominik se acercaba, así que lo esquivó. Sabía que, si la tocaba, se derrumbaría como la niña que ya *no era*. Que *no podía* ser.

Sin mirarlo, caminó hasta quedar refugiada bajo las escaleras de metal que trepaban por una de las paredes de concreto de aquella calle.

Visualizó en su cabeza la vista desde el tejado del edificio al cual se accedía por una vieja escalera de emergencia que no iba a ninguna parte. Se imaginó el cielo desde ahí arriba, una escena sin

contaminar por las siluetas de las otras construcciones, y suspiró. Dominik y ella habían subido al tejado en algún momento; le había fascinado, sentía que estaba en la cima del mundo, pero ahora, contemplando el edificio y las negras escaleras, Violeta se sintió pequeña.

Se sentó en el suelo, sin importarle lo húmedo del cemento. Dominik se sentó junto a ella.

El aire a su alrededor pareció volverse más frío cuando preguntó:

—¿Qué pasó?

Violeta aguantó. Miró al cielo para obligar a las lágrimas a regresar de donde vinieron, y habló:

—Tenías razón… Las personas no cambian.

El cuerpo de Dominik se tensó. No dijo nada, pues sabía a lo que se refería.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Violeta. Un pequeño temblor se filtró en su voz.

Maldita sea. Una brisa movió su cabello, como si esa fuera toda la respuesta que podía esperar de parte del universo, Dios o quien sea.

—No lo sé. —Dominik suspiró y, en un rápido movimiento, estuvo de rodillas frente a ella. Sus rostros quedaron a la misma altura—. Pero te prometo que no estarás ahí mucho más tiempo para averiguarlo. —Violeta asintió y los ojos se le aguaron por segunda vez—. Solo tienes que aguantar un par de días…

—Está bien, Dominik. Puedo hacerlo.

—Te sacaré de ahí —prometió.

Ella sabía que sí.



Lo primero que Violeta vio al entrar en la calle que llevaba a su hogar de los últimos cuatro años fueron las luces del auto policial. Se acercó procurando que su paso no vacilara: seguían ahí. Pensó que ya se habrían ido, pero se equivocó. Últimamentese equivocaba demasiado. No sabía cuántas horas habían pasado desde que encontraron el cuerpo, tendido en su sillón reclinable de cuero, pasado el mediodía.

A Violeta no se le ocurría qué podía seguir haciendo ahí la policía a esas horas. Había logrado escabullirse para salir de la casa, pero el hombre uniformado en la entrada hacía bastante difícil la tarea de lograrlo de vuelta. Conversaba con una de sus vecinas.

La vieron llegar al segundo en que puso un pie en la acera.

Reconoció a la vecina como la mujer que regaba su jardín cada lunes por la tarde, la amiga de Amber… ¿Cómo se llamaba? Era la misma que la detuvo para conversar sobre la vida hacía unos meses, el día en que Scott prometió que cambiaría, sentado en el mismo sillón en que ahora encontraron su cuerpo sin vida, junto con un frasco de pastillas recetadas para el estrés severo y una botella de whisky.

Odiaba pensar que Dominik siempre tuvo razón, que las personas no cambiaban, aunque suponía que ya era hora de que lo aceptara. Había aprendido la lección. Tal vez, de haberla aprendido antes, no le habría ardido tanto la decepción en el pecho.

—Hola, Suzi. —Violeta esperaba de todo corazón que ese fuera su nombre.

—Violeta —dijo exhalando. Sí era Suzi, entonces—. ¿Dónde

estabas? —Sonaba… ¿aliviada?

Se encogió de hombros.

—Salí a dar una vuelta. Estar en esta casa es… —*Deprimente, opresivo, abrumador, lleno de esperanzas y sueños rotos*.

No tuvo que decir nada de eso: Suzi comprendió.

Lo más divertido fue la mirada de sospecha que le dirigió el policía. Quiso reír. Era una broma, ¿verdad?

—Quería hacerte unas preguntas, Violeta.

Ella arqueó las cejas, conteniendo un bufido.

—¿A las dos de la mañana?

—No eran las dos cuando te fuiste —se defendió el hombre. Le pareció justo, así que no puso problemas.

Suzi entró con ella a la casa, acompañándola desde la cocina mientras ella hablaba con el policía en la sala de estar. Violeta lo apreció.

Sí, le perturbaba estar sentada tan cerca de donde Scott murió. *Sí,* sabía que había tenido problemas con la bebida luego de la muerte de Amber. *No*, no creía que hubiera hablado abiertamente sobre ello con nadie. Y, al final, *no*, no se le pasó nunca por la cabeza que quisiera suicidarse.

—Prometió que cambiaría —soltó en medio de un resoplido que no dejaba ver cómo en realidad se sentía, cómo la decepción y el resentimiento la carcomían desde adentro—. Hace unos meses dijo que dejaría el alcohol, que retomaría su vida… Aunque estaba ebrio cuando lo dijo, así que supongo que no cuenta.

—¿Te sientes enojada con él? ¿Decepcionada?

—Prometió que cambiaría —repitió molesta. ¿Acaso era idiota?

—Las personas no suelen cambiar, señorita Cortana.

Esta vez sí dejó escapar una risa de ironía.

—Sí, me lo han dicho mucho. —El policía medio sonrió e hizo ademán de levantarse de su asiento—. ¿Eso es todo? —Asintió—. ¿Se supone que todo esto es relevante para el… caso?

—¿Quién dice que tiene que ser relevante?

—No habría esperado para hablar conmigo si no lo fuera.

A él también debe haberle parecido justo, porque respondió:

—Las respuestas a preguntas como esas pueden determinar muchas cosas…

—¿Homicidio o accidente? —adivinó.

—Siempre caben las posibilidades. Tendremos que esperar el resultado de la autopsia para saber más y, hasta entonces, todo es relevante. Quizá incluso después.

CAPÍTULO 4
Las Furias

«We Must Be Killers» – Mikky Ekko



Su segundo día en la Residencia comenzó cuando sintió un tirón tan fuerte en el cabello, que creyó que se le saldrían las lágrimas del

dolor. Rodó fuera de la cama sin estar despierta del todo; su cerebro estaba tan confundido que ni siquiera alcanzó a preguntarse qué estaba ocurriendo cuando vio las expresiones de pena que le dirigían las demás niñas. Ahí fue que reaccionó.

¿Qué demonios estaba pasando?

Atinó a ponerse de pie y caminar como podía, para así no sentir que le arrancaban el cerebro a pedazos. Apresuró sus pasos mientras veía la escena desarrollarse: una de las mujeres, la más joven de todas, le tiraba el pelo sin piedad mientras las otras dos contenían la risa al ver a su hermana llevándola a rastras. No recordaba si era Dalia o Deka, pero, quien fuera, no sonreía. Al contrario, su expresión vacía fue lo que más asustó a Violeta.

El miedo se extendió por todo su cuerpo cuando la mujer comenzó a subir unas escaleras que ella no conocía. *Van a tirarme desde la azotea*, pensó entre el bullicio.

Aquel bullicio solo estaba en su cabeza. Fuera de ella, el silencio solo era roto por sus pisadas erráticas, las de la Furia, y los quejidos que alcanzaban a salir de su garganta.

Vio, antes de que desaparecieran, múltiples caras que se asomaban por las rendijas de las puertas de todas las habitaciones, niños y niñas de su misma edad, algunos más pequeños, otros más grandes. Ninguno de ellos dijo una palabra ante lo que estaba sucediendo: se limitaron a observarla con lástima y pena. ¿A ella de qué le servía eso?

La última cara que vio no pudo distinguirla bien, sin embargo, se quedó grabada en su memoria porque ese chico fue el único que no cerró los ojos al verla pasar, sino que clavó la mirada en la suya hasta que Violeta y la mujer desaparecieron varios pisos más arriba.

Durante todo el trayecto de escaleras no se atrevió a preguntar ni a emitir ningún grito o a soltar una lágrima. Su miedo a lo que ocurriría era más fuerte que sus deseos de hacerlo.

En el ático no había más que telarañas, cortinas viejas y raídas, polvo y un armario que salía de la pared más lejana a la escalera. Cuando llegaron arriba, Violeta contempló con horror cómo Deka abría la puerta de dicho armario y la empujaba dentro.

—Esto es para que te des cuenta de cómo serán las cosas de aquí en adelante. —Y cerró la puerta en sus narices.

La oscuridad la envolvió.

Su corazón latió con fuerza, y le tomó varios minutos procesar lo que estaba pasando. El espacio era mínimo, había un par de agujeros en las tablas de la puerta, pero eran tan pequeños que no dejaban entrar nada de luz.

Violeta trató de distinguir algo, lo que fuera, sin conseguir nada por más que lo intentó. Sin que lo pretendiera, lágrimas empezaron a salir de sus ojos al darse cuenta de que estaba sola, completamente sola, y que no tenía idea de cuánto tiempo la dejarían ahí. ¿Por qué tuvieron que enviarla a ese lugar? ¿Es que nadie sabía las cosas que hacían con ellas ahí adentro? No podía ser la primera a la que encerraban en el armario.

Recargó su espalda contra la pared y, despacio, se dejó caer mientras abandonaba toda esperanza de un nuevo hogar. Llevó ambas rodillas a su pecho y se acurrucó en una esquina, abrazándose a sí misma en un vano intento de consolarse, mas las lágrimas silenciosas no dejaron de caer.

La oscuridad nunca le había dado miedo, pero ahora comenzaba a hacerlo. Sí, tenía miedo: le asustaban las sombras que creía ver ahí

dentro y los crujidos de la escalera que estaba no muy lejos de ella. Cada vez que sonaba una tabla, no sabía si sentir más miedo o alivio ante el pensamiento de que alguien abriera la puerta de su desagradable escondite. Ese *alguien* podían ser *ellas*.

Necesitaba que su llanto pasara, o su tiempo ahí sería insoportable. ¿Cuánto estaría ahí? ¿Horas…? ¿Días? Gimió con pesar.

Cerró los ojos para no ver las tinieblas en las que se encontraba y trató de pensar en algo, algún recuerdo de un tiempo mejor que aquel. De pronto, una canción resonó en su cabeza. Sin darse cuenta, las palabras salieron en susurros de su boca:

—Sobre el cielo está, brillando está, el sol te alumbra cada día más… Y cuando esté oscuro, y cuando la luz del sol no llegue… Re-recuerda que yo estoy ahí… sola nunca vas a estar…

Era una canción que su madre solía cantarle antes de dormir. La calmaba cuando no podía conciliar el sueño, o luego de despertarse de una pesadilla, pero ahora solo consiguió que llorara lágrimas más amargas. Luego de varios minutos, la niña se quedó dormida.



Despertó con el sonido de la puerta del armario abriéndose. Se sobresaltó en un instante: ¿cuánto tiempo habría pasado? ¿Serían… ellas? ¿Vendrían a sacarla de ahí, o a castigarla todavía peor? Rodeó su cuerpo con fuerza, limpiándose los ojos por miedo a que las Furias se dieran cuenta de que había llorado, y esperó con terror, con el cuerpo agarrotado y adolorido. No se atrevió a moverse.

En un parpadeo estaba frente a ella un muchacho mayor; no sabía cuánto, pero se le ocurría que serían a lo menos unos cuatro o cinco

años de diferencia. Tenía el pelo bastante crecido, de un rubio cobrizo que a la niña le causó curiosidad. Cuando levantó la mirada, Violeta se dio cuenta de que esos ojos ya los había visto antes, y pertenecían a la misma persona que se quedó clavada mirando cómo las Furias —se le había ocurrido el apodo mientras intentaba distraerse dentro del armario— la arrastraban escaleras arriba: era el chico que la vio con enojo en lugar de pena, como el resto.

En ese minuto Violeta no fue capaz de asimilar que su enojo no iba dirigido hacia ella, sino a las tres mujeres que para desgracia de todos regían aquel lugar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el recién llegado. Como no respondió, todavía demasiado aturdida para entender sus palabras, repitió—: Ey, ¿puedes hablar? ¿Cómo te llamas?

La niña sacudió la cabeza. Con voz trémula, susurró:

—Soy Violeta… —El desconocido asintió. Él también estaba hablando bajo. Por temor a ser escuchado, supuso.

—Bien. Violeta. Me gusta. —Ella no sonrió, aunque algo en su interior deseó haberlo hecho—. Me llamo Hayden. — Como la niña no dijo nada luego de un rato, el rubio suspiró—. Toma, te traje esto. Debes tener hambre.

Ante ese pensamiento, el estómago de Violeta dio un sonoro gruñido. Ni siquiera se había dado cuenta, aunque ahora que lo mencionaba sentía un vacío terrible en el estómago, lleno a medias con sus propias lágrimas y moco. Iba a vomitar si lo pensaba demasiado.

Hayden le tendió un pedazo de pan duro, un queso y una botella con agua. Para una niña que en su vida se había saltado una comida, fue algo digno de agradecer profundamente. Devoró todo

en un minuto y apuró el agua por su garganta. Nunca le había gustado demasiado, pero en un momento como ese no se iba a poner quisquillosa. Cuando ya no le quedó más comida, cerró los ojos un instante y apoyó la cabeza sobre la pared del armario. Poco a poco la sensación de náuseas y el vacío en su estómago fueron desapareciendo.

Cuando al fin abrió los ojos, no supo si alegrarse o no de que Hayden siguiera ahí frente a ella, viéndola con una dura expresión en el rostro. Violeta se animó a hablar:

—¿Cuánto…? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Qué hora es?

—Son las tres de la tarde. Has estado aquí poco más de seis horas.

No tuvo palabras para expresar cómo se sentía al respecto, así que solo asintió.

—¿Por qué? —susurró, otra vez al borde del llanto.

—No llores —la cortó el muchacho. Su tono era firme, mas su expresión se había dulcificado un poco—. ¿Cuántos años tienes, Violeta?

—Tengo diez…

—Bien. No quiero ser duro contigo, pero ya verás que aquí llorar no te sirve de nada. —Suspiró—. No te molestes en preguntar el «porqué» de las cosas, Violeta. La gente mala no necesita un motivo para hacer cosas malas. O eso, o encontrarán uno absurdo que lo justifique. «Porque sí» suele ser una buena respuesta, o porque les molestó tu llegada, o tu ropa, o tu cabello, o tu presencia. Son arpías, ya hace mucho dejé de intentar buscarle explicaciones. —Un crujido se escuchó en la planta baja: ambos se sobresaltaron. Hayden se volvió hacia ella—. Tengo que irme…

—¡No! —casi gritó. Arrepintiéndose al instante, bajó la voz—. Por favor, no quiero seguir aquí…

—No tienes opción, ninguno la tiene. Todos pasamos por el armario como mínimo una vez desde que llegamos. Te abrirán la puerta al atardecer: no salgas hasta que ellas se vayan, no digas nada y vete directo a la cama. ¿Entiendes? —Violeta asintió—. Mañana será como si nada.

—¿Todos los días serán así? —quiso saber.

—No… algunos serán peores. —Otro ruido. Hayden se apresuró a tomar la botella que le había dado y a juntar la puerta. La oscuridad se hizo mayor, hasta que solo quedó una pequeña franja de luz por la que no se veía más que el rostro del muchacho. Antes de cerrar por completo, le advirtió—: Ni se te ocurra hablar sobre esto que acabo de hacer. Con nadie, ¿comprendes? —Ella asintió con energía —. Si se enteran, nos castigarán a los dos. El armario no es nada. Tienen un arsenal de métodos para hacerte miserable.

Violeta quiso llorar.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque es la verdad, e ignorarlo no te hace ningún bien; te da esperanzas, y esas cosas no sirven aquí adentro.

—Bueno, no sé, podrías… decirme que todo va a mejorar. —Lo último lo dijo en un susurro, no muy convencida.

Hayden rio.

—¿Quieres que te mienta? No. Solo haría que después, cuando todo se vaya aún más a la mierda, sea mucho peor. Ese es un daño que no pretendo hacerte, Violeta.

Cerró la puerta y la oscuridad fue absoluta.

CAPÍTULO 5
Azul bebé

«Colors» - HALSEY



Violeta

Había pasado mi vida viendo la película en blanco y negro. Las imágenes terminaban por mezclarse juntas, formando un desastre en tonos grisáceos, y lo más triste de todo era que había acabado por gustarme aquel desastre. Así que, cuando la primera gota de color apareció ante mis ojos… entré en pánico.

Sucedió cuatro años después del asesinato de mis padres, luego de salir del infierno llamado «orfanato», y el color había sido azul. No tan claro como el del cielo, y tampoco un azul completamente oscuro. Cuando lo vi, me devané la cabeza tratando de identificar el color exacto, hasta que al final me decanté por llamarlo simplemente «azul bebé», porque me recordaba al color con que se decoraban los *baby-shower* cuando se esperaba un niño.

Tenía catorce años en ese entonces, y recuerdo que pocas veces he pensado en algo con tanta intensidad como en ese momento pensaba en el azul. Me lo imaginaba cubriendo paredes de concreto o en la ropa de alguien que pasaba por la calle. En algún otro punto de mi vida me lo hubiera imaginado como el tono de decoración de mi propia habitación, o como el color de una manta, pero no se me habría ocurrido jamás pintar la fachada de una casa de ese tono. Sin embargo, ya me había acostumbrado y hasta podía decir que me gustaba la forma en que lucía la entrada de mi nuevo hogar.

Todavía recordaba a la mujer que me llevó hasta ahí y me presentó a Amber y Scott, dejándome a su cuidado. Se llamaba Camila, era latinoamericana, de Cuba, creo, aunque me abstuve de preguntar. Su nombre, desde que me lo dijo — con acento y todo— me recordaba al de mamá, y me llevó de vuelta en un segundo al día de su muerte.

Desde el minuto en que me di cuenta de que *esa mujer* había

matado a mi madre, hacía tanto tiempo, había intentado con todas mis fuerzas no imaginarme los detalles escabrosos de su muerte. Tenía que admitir que se me hacía difícil.

Mis pensamientos no tenían razón de ser, pero viendo el exterior de la casa, por algún motivo, no pude evitar preguntarme si mi madre también habría pensado en el azul al momento de ser asesinada.

Ridículo, lo sé.

Ahora los recuerdos en tonos grisáceos eran una masa en mi cabeza. Luego de aquel azul, todo se volvió más claro. Hay ciertas cosas de ese día que no consigo recordar, como por ejemplo, qué fue lo primero que me dijo Camila antes de presentarse o cuál fue la última visión que obtuve de las Furias antes de abandonar la Residencia. Sí recuerdo —quizá con *demasiada* claridad— los hechos, y también que llevaba bastante tiempo sin romper a llorar... hasta que vi el azul en la madera de la casa.

Ahí, las lágrimas fluyeron. Camila, la trabajadora social que se había encargado de mí los últimos días, me miró con una mezcla de asombro, tristeza y curiosidad.

—¿Por qué lloras? —me preguntó con ese acento suyo.

No era tonta; sabía que no había mostrado emoción alguna cuando me dijeron que sería adoptada, y se preguntaba por qué lo hacía *justo ahora*.

—La casa es azul —respondí hipando.

Ella, tan amable, fingió comprender. Y eso fue bueno, porque la verdad es que ni yo entendía del todo por qué el asunto me importaba.

No tuvo que tocar la puerta o llamar a alguien para avisar de

nuestra llegada, porque Scott salió justo entonces, sonriéndonos e invitándonos a pasar. Adentro nos esperaba su esposa; esta última me abrazó, así, sin siquiera conocerme, hasta que entre sus brazos conseguí calmarme.

Todo en ella me invitaba a relajarme, desde la textura gloriosa de su suéter, como nubes tejidas, su aroma a lavanda y vainilla, hasta la sensación de sus rizos haciéndome cosquillas en la cara.

—¿Mejor? —Asentí.

La verdad es que siempre me gustó vivir ahí; no era una pesadilla, como sí lo fue el orfanato. Se volvió malo cuando Amber murió, pero eso ya no tenía caso recordarlo. «Lo malo» no duró demasiado, de todos modos, así que prefería quedarme con lo lindo, con lo mucho que me ayudaron a *arreglarme*.

Scott y Amber siempre fueron muy buenos conmigo, y se encargaron de que tuviera la educación —y *nutrición*, punto importante— necesaria. Nunca me forzaron a hablar sobre mi pasado, sino que me daban la confianza de abrirme por mi cuenta. Le pagaron a una terapeuta para que fuese a verme a la casa, así yo no tenía que salir de mi «espacio seguro». La vi tres veces por semana, al principio. Luego dos, luego una.

Supongo que eso fue lo que más agradecí. Cuando llegué al orfanato creí que me quedaría atrapada para siempre, que nadie querría adoptarme debido a las razones que me llevaron ahí, que creerían que era una niña «con problemas», sin embargo, ni a Amber ni a Scott les importó lo que el resto pensara, y me acogieron a pesar de todo.

Camila volvió varias veces para asegurarse de que me encontrara bien, a gusto, y me agradaba que se tomara la molestia —mi

anterior desastre de trabajador social jamás lo hizo—, aunque meses después de mi llegada no la volví a ver. Por eso me sorprendió encontrarla parada junto a Dominik, en la acera frente a la entrada, cuatro años después de que me dejara en esa misma casa.

Bajé las escaleras blancas hasta salir de la sombra del pórtico y me acerqué a ellos, con tres maletas enormes que contenían todas las cosas que había acumulado en estos años. Dominik se adelantó para ayudarme con ellas.

—Trabajas rápido —comenté. Él sonrió.

—Lo venía planeando desde hace mucho.

No supe muy bien qué decir ante eso, así que, en su lugar, susurré:

—¿Qué hace ella aquí? —Dominik no respondió.

Se alejó hacia el auto negro que se hallaba estacionado en la calle con una sonrisa pintada en el rostro. Entonces, Camila se acercó a mí.

—Violeta —saludó. Incluso después de varios años, seguía teniendo el acento—. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo mismo digo. —Me sentía un tanto nerviosa, no sabía por qué —. No se lo tome a mal, pero ¿qué…?

—Ha sido un placer conocer a tu amigo —respondió antes de que pudiera terminar la pregunta. Vale, no era una mujer que se fuera con rodeos—. Falta tan poco para que cumplas la mayoría de edad que sería una pena tener que ingresarte al sistema de nuevo. —Solo pensar en volver a un lugar remotamente parecido a la Residencia hacía que me dieran ganas de vomitar. Camila suspiró—. Aunque, para tu suerte, estos trámites tardan meses… —Me guiñó el ojo—.

Estaremos de acuerdo en decir que este lugar no es lo mismo sin Amber y Scott.

Yo solo atiné a asentir. Sus ojos todavía me miraban con una interrogante, así que sacudí la cabeza y me obligué a responder con palabras:

—S-sí, sí, estamos de acuerdo…

No lograba entender por qué me costaba tanto hablar con ella.

—Bueno, no los entretengo más. Cuídate, Violeta. Ha sido un gusto volver a verte.

Otra vez, asentí.

—¿Estás bien? —me susurró Dominik cuando llegué a él.

Le dije que sí con un gesto de la mano, metida en mis pensamientos. Dominik se subió en el asiento de atrás, conmigo. Al principio no entendí por qué, mas no tardé en darme cuenta de que había otro hombre sentado frente al volante. Llevaba la misma ropa que Camila, así que supuse que él también trabajaba en servicios sociales.

Cuando levanté la vista, la mujer seguía mirándome. Me costó asimilar que la última imagen que ella tuvo de mí era la de una cría de catorce años, asustadiza y llorona. No me gustaba que la gente me viera como alguien débil, pero tenía que preguntarlo.

Pegué un salto hacia afuera y, sin que mi rostro expresara más emociones de las que yo quería, hablé:

—¿Por qué? —Camila siempre me dio la ilusión de ser alguien inteligente, así que supe que me entendió sin necesidad de decir nada más. No importaba: yo quería decirlo—. ¿Por qué ayudarme cuando podrías haberte olvidado de mí después de todos estos años?

—No muerdas la mano que te da de comer —dijo con una sonrisa. No la dejé avanzar—. Lo creas o no, hay gente a la que de hecho nos gusta lo que hacemos para vivir, y hay personas a las que no se nos hace fácil olvidar a aquellos con quienes trabajamos. Me metí en esto para ayudar a chicos como tú, Violeta, y si creo que allá afuera tienes mejores posibilidades que ahí dentro, haré todo lo que esté a mi alcance para asegurarme de que las consigas.



La última vez que puse un pie en el centro de Manhattan había sido tres días atrás. No fue una estadía larga, y solo pasé por ahí en el trayecto de ida y vuelta hacia el cementerio. El funeral de Scott fue simple, pequeño, la multitud compuesta por mí y algunos amigos de él y de Amber. Creo recordar que en algún momento Amber mencionó que los padres de Scott murieron hacía tiempo debido a la vejez, y que no tenía más familia, pero estoy segura de que eso no era del todo cierto, en especial después de ver al hombre escondido entre las sombras en el entierro cuyo parecido con el difunto era notorio.

De cualquier modo, no me acerqué a él. Recordaba las palabras de Scott diciendo que cambiaría; rompió su promesa el último día, y lo que más miedo me daba era saber que así terminó su vida: con una promesa rota.

Dominik no era del tipo conversador, así que no habló mucho durante el tiempo que nos tomó hasta estacionar frente a un edificio muy distinto al resto. Era de ladrillo, no de vidrio como todos los otros, y tenía grandes ventanales. Había pequeños balcones a modo

de terraza en todos los pisos. Me detuve a observar el detalle del enrejado de metal y las flores de colores que ponían las personas para decorarlos. Pensé en el contraste que tenía con la pintura azul que acababa de abandonar, y decidí que me agradaba.

Entonces me di cuenta de que Dominik *sí* se dirigía a aquel edificio, y noté que, en realidad, nunca supe dónde vivía, pues siempre que nos veíamos era en las calles, algún parque o en la casa azul. Como él nunca hablaba del tema, ni de su familia o de sus padres, yo prefería no mencionarlo para no ponerlo triste.

Tampoco es que pensara que vivía en la calle, pero… ¿desde cuándo tenía un departamento? Le lancé una mirada de interrogación que él no se molestó en responder, y subió las escaleras con una maleta en cada mano, como si no pesaran nada. Yo llevé a duras penas la que restaba hasta el elevador.

Me guio por los cortos pasillos —el edificio era más bien pequeño en comparación con el resto— hasta pararse delante de las iniciales *3B*, grabadas en la puerta.

Es curioso que, si se prestaba la debida atención, uno se podía dar cuenta de más detalles de los que le gustaría ver. Yo, por ejemplo, me di cuenta de la salpicadura de polvo entre las curvas doradas de aquellas letras, o que justo al costado la pintura estaba saltada. Dominik apenas las miró: cuando se está acostumbrado a algo, se deja de verlo. Sacó una llave de su bolsillo y la introdujo en la cerradura.

—¿En serio vives aquí? —A pesar de lo pequeña que me estaba sintiendo, me las arreglé para que mi voz sonara con un dejo de burla que en realidad no sentía.

Dominik me sonrió.

—Y, desde ahora, también tú.

Cuando abrió la puerta, me cegó por un instante la luz que entraba desde las múltiples ventanas. Él dejó las cosas a un costado y me hizo un gesto con las manos, señalando a su alrededor.

—¿Desde cuándo…?

—Varios años.

No quise preguntar cómo se las había arreglado para conseguir este lugar desde hacía *varios años*. Yo siempre pensé que tendría una habitación o un estudio, no el paquete completo de tres dormitorios.

Me dejó que examinara todo a mi antojo y me permitió elegir una de las dos habitaciones que todavía quedaban sin ocupar. Por descontado, elegí la más grande, la que tenía una ventana junto a la cama. *Sabía que escogerías esta.* Sonreí. *Es que me conoces como nadie*. Con eso, él también sonrió.

El apartamento contaba, además, con una salita de estar y comedor junto a la cocina. Y los baños, claro. Lo que más me gustaba era el pequeño espacio de la terraza en el balcón: me agradaba la sensación de estar suspendida sobre una caída de varios metros.

Me adelanté para entrar en la que sería mi nueva habitación y observé todo con ojos chiquitos. Era un lugar bonito, pero debía tomarme mi tiempo para adaptarme, después de todo, muchas cosas habían sucedido en muy poco tiempo y eso solía alterar mi cabeza.

Luego de un rato Dominik se acercó trayendo mis bolsos consigo.

—¿Te gusta el lugar?

—Claro que sí.

—Es pequeño, pero estaremos bien.

La pregunta quiso brotar de mis labios, sin lograr salir: «Pequeño». ¿Pequeño en comparación a qué?

—Estoy bien. Me gusta —contesté. Sonrió.

—Sé que estás bien… Siempre lo estás.

No supe qué responder a eso. Sus ojos me hacían pensar que había algo que no me estaba diciendo, algo triste, tal vez. Los segundos pasaron sin que ninguno hablara, y los recuerdos de todo lo que habíamos enfrentado juntos parecían flotar entre los dos. Me di cuenta de lo que el tiempo había hecho con nosotros cuando él sacó un cigarro de su bolsillo y lo hizo girar entre sus dedos sin decidirse a prenderlo hasta que se acercó a la ventana.

«¿Desde cuándo fumas?», pregunté un día. Parece que había sido hacía tanto, tanto tiempo, que ya ni siquiera me acuerdo cuánto.

«No hace tanto», respondió mi amigo.

«¿Sí sabes que va a matarte poco a poco?»

«Mejor eso antes que morir de golpe, sin previo aviso.»

Esa escena se había perdido entre el resto de mis recuerdos. No quería pensar que, de la nada, él también podía dejarme.

CAPÍTULO 6
¡Quema!

«Youngblood» – 5 SECONDS OF SUMMER



Para Dominik Benedict el dinero jamás fue algo de lo que tenía que preocuparse. Eso, hasta que decidió irse de casa.

Bueno, la verdad es que ni siquiera entonces.

Había crecido rodeado de los lujos que significaba que tu padre sea miembro del Congreso. Nunca —*jamás*— le faltó nada. Tenía todo lo que podía pedir un niño de doce años: videojuegos, ropa, múltiples aparatos tecnológicos, y cualquier otra cosa que le compraran para dejarlo contento. Sí, tenía todo lo que un niño podía querer, excepto la atención de sus padres.

Recordaba una vez que se cayó andando en bicicleta. No se rompió nada, para su suerte, porque ni siquiera lo llevaron al hospital, ya que a su madre le preocupaba que la rajadura que se había hecho en la mejilla y el cardenal que tenía en el brazo pudieran llegar a sugerir alguna situación de violencia familiar. Dominik solo había cometido el error de no fijarse en el relieve del suelo antes de doblar. Quería que dejara de doler, pero su mamá se conformó con que una criada le limpiara las heridas con alcohol —y eso sí que dolió— y le pusiera unas vendas.

A los cinco años ya había aprendido que, por más que llorara, eso no iba a hacer que su madre le prestara atención. Menos todavía su padre, quien ni siquiera se hallaba en casa.

Recordaba también, después de ese episodio, que en un berrinche había tirado la bicicleta dentro de la piscina y la había dejado ahí todo el día y toda la noche, a ver si en una de esas sus padres se enojaban con él por haberla arruinado.

Que le gritaran, que lo castigaran, que lo dejaran sin salir una semana si era necesario. Lo que sea, pero que le demostraran que les importaba.

Al día siguiente encontró una nueva bicicleta esperando por él en el pasillo.

Años después aún soñaba con las memorias de su infancia, y con los muchos cumpleaños que sus padres se perdieron. Peleaban a menudo, con más frecuencia mientras más crecía. Estaba harto de que no lo tomaran en cuenta, de que para todo lo que necesitara, ya fuese de la escuela o de su vida en general, siempre fueran las empleadas quienes lo ayudaban. Estaba agradecido por eso, en cualquier caso, porque no quería ni imaginar lo que hubiera sido de él sin ellas. De hecho, mantenía más contacto con algunas que ya no trabajaban para sus padres, que con ellos.

Excepto, claro, cuando necesitaba dinero.

Sonaba hipócrita, lo sabía, pero ese era el único trato que tenía con sus padres desde los dieciséis años. La única conversación larga y «real» que tuvo con ellos fue aquella que mantuvieron luego de que intentó escaparse de casa en su cumpleaños número doce. Fue el mismo día que conoció a Violeta.

No, en realidad, conoció a Violeta *gracias a eso*.

Había pasado la mayor parte del día preguntando por sus padres sin tener ninguna respuesta, hasta que decidió que estaba harto y, como cualquier niño de doce años que no piensa demasiado, ni siquiera se molestó en tomar una chaqueta antes de salir. El portazo que dio, eso sí, se sintió particularmente satisfactorio.

No llevaba ni una hora en las calles cuando comenzó a arrepentirse. No se le había ocurrido que le podría dar frío ni que se largaría a llover… aunque era invierno. El calor de la estufa en su fría casa se le antojaba más llamativo que nunca, pero no; no quería volver a lo mismo, así que siguió caminando. No quería volver. Punto.

Si se perdía, a lo mejor así de una vez por todas a su padre le

importaba lo suficiente para saltarse alguna de sus *reuniones*.

Igual, no fue así.

Dominik, en calidad de niño sin hogar —como se había apodado a sí mismo en los últimos minutos—, se puso a pensar cómo haría para ganarse la vida. Pensó en pedir trabajo, aunque nadie contrataría a un niño de doce años… ¿verdad? Pensó en mentir sobre eso, también, pero se dio cuenta de que, de todos modos, no había muchas cosas en las que fuera bueno. ¿Así sería el resto de su vida?, se preguntaba mientras la lluvia caía sobre él. Fue ahí, sin pretenderlo, que sus ojos se encontraron con la niña en el callejón. De alguna forma ella le recordaba a sí mismo, porque compartían el mismo color de cabello y de ojos.

Cuando se conocieron, jamás pensó que su amistad llegaría tan lejos, pero se alegraba de que así fuera. Habían pasado por mucho juntos. Ella estuvo ahí cuando, resignado, tuvo que volver a su casa y también luego de un par de años, cuando se largó para siempre y perdió contacto con sus padres.

Pero él nunca le dijo la verdadera condición socioeconómica de su familia, por eso, cuando Violeta vio los papeles anunciando los gastos de *su* departamento, no logró comprender de dónde demonios sacaba el dinero.

—No lo entiendo, Dominik —dijo con un hilo de voz—. ¿Qué…? ¿Cómo…?

—No te preocupes por eso.

—¿Que no…? ¿Que no me preocupe? ¡Dominik! ¡¿Qué chico de veinte años tiene el dinero suficiente para comprarse…?!

—No me trates de viejo. —Trató de bromear—. Sabes que todavía no tengo veinte…

—¡Peor aún!

Él suspiró. Sí, ella tenía razón.

—He ahorrado —contestó sin ganas—. Y trabajado — añadió.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué, si se puede saber?

—¿Por qué tanto drama, Violeta?

La chica no dijo nada. Retrocedió dos pasos en su propia habitación, con los papeles de la compra en la mano. Dominik ni siquiera sabía cómo los había encontrado, pero estaba seguro de que era culpa suya.

—¿Estás vendiendo drogas?

Así que era eso.

—¿Qué? No.

—¡¿Entonces?!

—Violeta…

—¡Dominik!

—Es el dinero de mis padres, ¿bien?

—¿Qué?

—Me han estado dando todo lo que pueden para compensar que no han estado presentes en mi vida durante estos diecinueve años. Quieren quitarme de encima, no veo por qué no habría de aceptarlo.

Los segundos pasaron. Y siguieron pasando, y la chica no hablaba. Continuaba con la espalda contra el borde de la ventana, y lo miraba con los ojos vidriosos. ¿Por qué lo veía así?

—Creí que tus padres te habían abandonado, o que habían peleado y no se hablaban… —susurró al fin. *Mierda*.

—Nunca dije eso…

—¡No! No dijiste eso, pero sí dijiste que «no tenías nada a lo que volver». ¡¿Qué esperabas que pensara con eso?!

—¡Fue hace años!

—¡Me dejaste creer lo que quisiera! Nunca respondiste mis preguntas, los pintaste como los peores padres… ¡¿Y ahora resulta que te están manteniendo?!

—¡Acepté el trato que me ofrecieron porque lo necesitaba! *Tú* lo necesitabas, y ya ves que sirvió. Jamás fueron los mejores, Vi, ni siquiera estuvieron presentes. Apenas los conozco.

—¿Qué trato, Dominik? Porque estoy malditamente segura de que nunca me hablaste de un estúpido trato.

—Cuando me quise ir de la casa, me ofrecieron una suma mensual a cambio de no decir que en realidad jamás se preocuparon por mí, de no manchar su nombre, de no mencionar de quién era hijo y no meterme en problemas...

—¿Qué se supone que significa eso de «no mencionar de quién eres hijo»? ¿Qué importa?

Dominik no supo qué responder. Se dio cuenta, justo en ese segundo, de lo mucho que la había jodido.

—Mi papá… es… Mi papá es congresista, Violeta.

—¡¿Es que me estás cargando?! ¡¿Algo más en lo que me hayas mentido todos estos años?! ¡Dijiste que él era arquitecto! ¡Que tu mamá era contadora! —explotó la muchacha—. ¡¿Es verdad algo de lo que me dijiste, siquiera?!

—Es verdad que nunca les importé; de lo contrario jamás habrían dejado que me fuera. Y lo que te dije es cierto, Vi, se dedicaron a eso por años antes de ingresar a la política.

—¿Por eso me lo ocultaste todo este tiempo?

—¡No pienso seguir discutiendo contigo!

Violeta sonrió, y con eso Dominik supo que había perdido.

—Bien. No tendrás que seguir discutiendo conmigo porque no me pienso quedar.

—Ah, ¿no? ¿Y a dónde piensas ir?

—No a vaciarles el bolsillo a tus padres, eso seguro.



—Otro —pidió la mujer al lado suyo, y el cantinero le sirvió un trago.

Violeta estaba sentada en la barra y moría por tomarse lo que fuera que ese vaso de cristal tuviera dentro, pero no iba a engañar a nadie diciendo que tenía edad legal para beber. Por otra parte, ella sí había ahorrado a lo largo de los años, y sabía qué era lo bueno del dinero: compraba lo que la ley no te dejaba tener.

Cuando le extendió el billete al chico detrás de la barra, él sonrió y le entregó un vaso con un líquido claro que bien podría haber sido agua. Estaba tan, tan enojada con Dominik, que se bebió el contenido de un sorbo, quemando su garganta.

—Tómalo con calma —dijo un muchacho a su lado—. Parece como si estuvieras enojada con el mundo.

Violeta quiso reír.

—¿Qué te hace creer que no lo estoy?

Él se encogió de hombros.

—Que uno se enoja con las personas, no con el mundo. A menos que creas en Dios, entonces podrías enojarte con él. Aunque para serte sincero, no pareces esa clase de chica.

Eso logró llamar su atención. Se volteó para observar al muchacho que tenía al lado, sentado en una de las banquetas sin respaldo que

giraban sobre su eje. No se molestó en disimular la mirada que le dirigió, y él tampoco.

—Y tú no pareces la clase de chico que frecuenta un bar —rebatió.

—Ni tú. ¿Por qué lo dices?

—No sostienes el vaso como si vivieras con uno en la mano. —Le hizo ver.

—¿Y tú qué sabrías de eso? —Violeta resopló; no quería ni comenzar a pensar la respuesta.

—Me agradas.

El chico sonrió como si quisiera reírse de lo absurdo de la vida, y un hoyuelo se formó en su mejilla. Violeta se lo quedó viendo y analizando el contorno de la barba que empezaba a crecerle. Se veía mayor que ella, no sabría decir por cuánto. Él miró hacia adelante y luego hacia su vaso, pasando los dedos por los bordes. Tenía unos gruesos lentes negros que le daban el aire de una persona inteligente. Aunque era un estereotipo —eso de los lentes—, Violeta pensó que en este caso era más bien acertado.

—Soy Ethan.

—Violeta.

—¿Y me vas a decir, Violeta, qué te trae por aquí?

—Solo si tú me dices primero. Siempre te puedes inventar algo —sugirió al notar que lo pensaba demasiado. Al chico pareció hacerle gracia.

—En ese caso, digamos que vengo aquí todos los días a emborracharme por la mala suerte que he tenido en mi vida.

—Y yo porque me da por ahogarme en alcohol cuando peleo con la gente.

—¿Eso es verdad?

Violeta también se lo pensó.

—No realmente.

—Entonces ¿no sueles sobornar a las personas para que te dejen beber?

—Así que viste eso.

—No pareció que quisieras ocultarlo.

—No, tienes razón. Y no, tampoco acostumbro a sobornar personas —agregó.

—No creo que te haga falta. De hecho, pareces la clase de persona que con una mirada puede conseguir lo que quiera.

Violeta sonrió.

—¿Eso crees?

—Sí, eso creo.

Ethan inclinó el cuerpo hacia ella, con una de las banquetas entre ambos todavía separándolos. Era lo mejor, porque la muchacha se dio cuenta de que el tipo era más perfecto de lo que podía soportar. Por detrás de los lentes, la observaban unos agradables ojos color miel.

—¿Por qué?

—No sé, me da la impresión…

—Violeta —dijo una voz a su lado. Sintió inmediatamente (sobre todo por la mirada que Dominik le lanzó) como si estuviera haciendo algo malo. Pero eso estaba lejos de ser cierto, ¿verdad? Le costaba defenderse cuando la miraba de esa forma, como si quisiera todo de ella—. Nos vamos.

—¿Qué? No… —Comenzó a molestarse de vuelta cuando él la tomó de la muñeca. Era un agarre suave, pero para Violeta fue suficiente: estaba enojado—. ¡Dominik!

—Anda —sugirió Ethan—, parece que tu hermano no tiene demasiada paciencia.

Violeta quiso reír a carcajadas.

—Ni que lo digas. —Y, entonces, en voz más baja, le susurró—: Quizá la próxima vez que te vea me puedas explicar eso que ibas a decirme.

—¿Y cuándo sería eso?

La chica sonrió. Segundos después, se había ido.



—¡¿Qué mierdas te pasa?! —le gritó Violeta, casi tropezando con sus propios pies al entrar al departamento. Dominik ni siquiera se molestó en dirigirle una mirada; siguió dándole la espalda, caminando a su dormitorio—. Ah, no. No puedes ir a buscarme, hacerme un drama y traerme a rastras hasta aquí para después ignorarme. ¡Dominik!

—No quiero hablar ahora, ¿sí?

—¿Y a ti qué te dio? No tienes ningún derecho a enojarte, Dominik, ¡ninguno! Yo no soy la que construyó esta amistad con mentiras.

—¡Ni yo!

—¡¿Entonces por qué no me dijiste nada?! —gritó.

—¡No puedes vivir desahogando tus problemas con gente que no conoces! —dijo Dominik casi al mismo tiempo.

—¿Eso es lo que te molesta? ¿Que, por una vez en mi vida, hable con alguien que no seas tú?

—Haz lo que quieras, Violeta.

—Resulta que no puedo, porque si me voy de nuevo, quizá también llegues a controlarme.

—¡*Perdón* por preocuparme!

—¡No seas cínico!

—¿Yo?

—¡¿Qué mierda significa eso?!

No dijo nada. Ninguno dijo nada. Habían caminado hasta la habitación de Dominik, y en algún momento él por fin había decidido voltearse y verla a los ojos. Ambos respiraban con fuerza; ninguno quería perder. Los dos sentían que eran quien debía tener la última palabra, pero sabían que lo que fuera que dijesen de ahí en adelante podría herir al otro, y eso sería como dañarse a sí mismos.

Incluso así, a una parte de la chica le pareció extraño que él no hablara. Sus ojos estaban en los de ella, como si le quisiera decir mil cosas con la mirada.

Y, de la nada, sus labios estaban sobre los suyos. Violeta no sabía —mierda*, no sabía*— quién había besado a quién, y menos el porqué, pero se dio cuenta, justo cuando las manos de Dominik se deslizaron por su cintura acercándola más a él, que no podía parar. Detenerse ahí mismo habría sido lo más sensato, porque no se le ocurría cómo iban a retomar su amistad después, pero no podía parar. Sus labios, su aroma, su *todo* se le antojó tan adictivo como una droga que no lograba dejar ahora que la había probado. Cada nervio de su cuerpo se quemaba ante el contacto de sus manos, su boca, su aliento.

No se dio cuenta de que su espalda chocó con una pared hasta que el frío del ladrillo traspasó la delgada camiseta que llevaba. En alguna parte de su cerebro, pensó: *esto no arregla nada*, pero

cuando la lengua del chico tocó la suya, el pensamiento se esfumó de su cabeza y no fue capaz de hilar otra frase coherente. Quiso morirse ahí mismo, loca por un deseo que jamás creyó ser capaz de sentir.

Y Dominik… Dominik la tocaba como si llevara la vida esperando por eso, por tenerla entre sus manos y apretar su piel hasta dejar huellas.

Pero terminó tan rápido como había empezado. Dominik se separó de ella como si su tacto le quemara, y la expresión que tenía en el rostro dejaba claro que se arrepentía del impulso.

Así, de la nada, la dejó sola con el sonido del portazo de salida.

CAPÍTULO 7
Salvación

«Murder Song» – AURORA



Violeta comenzó a escaparse por las noches de la fría Residencia meses después de su llegada. ¿A dónde iba? Nunca lo sabía cuando

saltaba de su cama, de puntillas, caminando muy despacio y rogando que nadie la oyera, sobre todo las Furias, pues estaba segura de que sus compañeras de habitación ya sabían a dónde iba… y con quién.

Salía por el patio trasero; la puerta de enfrente hacía demasiado ruido con sus bisagras viejas y oxidadas. Cuando llegaba al jardín, deslizaba con sumo cuidado la puerta de cristal, cerrándola casi por completo, salvo unos milímetros imperceptibles que dejaba para poder volver a entrar. Afuera, Hayden la esperaba para ayudarla a saltar el cerco, puesto que su baja estatura no le servía demasiado para esas maniobras. Lo bueno es que era una pequeña delgaducha y liviana.

—¿Qué cuentas, semillita?

La chica sonrió ante aquel apodo: se lo había puesto debido a que creía que era como una diminuta «semilla de violeta».

—Las Furias tienen un nuevo juguete —comentó ella, sombría. Las sonrisas se tambalearon mientras él ponía las manos para ayudarla a trepar—. ¿Ya lo usaron contigo?

Hayden no respondió. Violeta no supo lo que eso significaba.

Cayó sin hacer ruido al otro lado del cerco, que daba a un callejón de mala muerte en el que no le gustaba pasar más tiempo del necesario. Apenas Hayden aterrizó junto a ella, mucho más ágil y grácil, salieron de ahí tomándose de la mano con fuerza. Esa noche la luna no brillaba, por lo que las estrellas resaltaban incluso más en la negrura.

Las calles estaban iluminadas y el chico la guiaba apretándole los dedos cada vez que iban a cruzar la calle, como si tuviese miedo de que ella fuese a lanzarse en cualquier momento sin mirar. Eso a

Violeta le agradaba; se sentía bien que alguien se preocupara por ella, que la cuidara.

Esos meses habían sido horribles. Quién hubiese dicho que antes de cumplir los once quedaría huérfana, que sus padres serían asesinados por una mujer despreciable y que esa *señora* se libraría de una sentencia a cambio de pasar sus días en un hospital psiquiátrico, mientras que ella sería enviada al infierno viviente… ¿Un hogar de acogida, le llamaban? Sí, claro.

Hayden dobló en la esquina, tirando levemente de su mano. Violeta ya se había acostumbrado a que la llevase así, como si temiera perderla. Quizá para él su compañía también era la única cosa que valía la pena.

Pasaron por las calles en penumbra, atravesando cada tanto el tenue resplandor de los faroles. A Violeta siempre le gustó la forma que tenían algunas de las lámparas, sobre todo aquellas negras llenas de arabescos metálicos. Recordaba haberle dicho a su padre en algún momento que quería tener una en su habitación.

No sabía cuál sería el destino esa noche. Algunas veces iban al parque, donde Hayden sacaba mantas para tender en el pasto y así protegerse del frío. Otras veces se sentaban en una de las bancas de la plaza y él pasaba horas contándole historias. Violeta no sabía si se las inventaba o si él le hablaba de cosas que en serio habían sucedido, y nunca se animó a preguntar.

En esa oportunidad, Hayden la llevó a la parte trasera de un café que se veía animado y caro. El techo del patio era de vidrio, al igual que las mesas. Unas luces preciosas colgaban del techo: parecían estrellas, y Violeta se las quedó mirando embobada porque siempre le habían gustado las luces… y las estrellas. Las paredes estaban

cubiertas con enredaderas y flores artificiales tan hermosas que parecían reales. Todo esto alcanzaban a verlo desde la entrada, y la niña se sintió fascinada por el lugar.

—Ven, sígueme.

Hayden pasó entremedio de los arbustos y Violeta, con una mueca, lo siguió. No le gustaba sentirse atrapada por la naturaleza, pero pronto entendió por qué el muchacho la llevaba por ese camino. Se abrió paso entre las enredaderas hasta que dio con un hueco por el que ambos alcanzaban a colarse a una parte del café en la que no había nadie, una parte que todavía seguía iluminada por las luces, que tenía un pequeño sillón desde donde podían ver sin ser vistos. Fue la mejor de todas sus aventuras nocturnas.

Esa, aunque con leves variaciones, era la rutina desde entonces, su único atisbo de felicidad, admirando las luces y escuchando las risas de las personas… Hasta que un día Hayden desapareció. No llegó esa noche, ni al día siguiente, ni el día después de ese. Violeta lo esperó en vano junto a la puerta del jardín, hasta que tuvo que aceptar que él no llegaría y volver a acostarse. No lo vio por una semana completa y, cuando finalmente volvió, el pequeño corazón de Violeta se encogió todavía más al observar los moretones en su rostro, las heridas en sus mejillas, los cortes en sus manos.

Recordaba con dolorosa claridad cuando lo encontró de camino a su habitación. Él entraba por la puerta principal, las bisagras chirriaban con un eco que resonó por toda la casa. Violeta se acercó a él con el susurro de su nombre atrapado en los labios, sin atreverse a pronunciarlo, pero Hayden pasó de ella como si jamás la hubiese visto: su mirada estaba perdida y Violeta no sabía cómo encontrarla.

Los días transcurrieron y, sin darse cuenta, de pronto eran amigos de nuevo, como si jamás se hubiesen alejado. No hablaban mucho durante el día, nunca lo habían hecho, ya que intentaban mantener su amistad lo más discreta posible a los ojos de las Furias. Todos hacían lo mismo ahí dentro: pequeños juegos a escondidas, risillas controladas, bromas en silencio. A las despreciables mujeres que estaban a cargo no les gustaba que consiguieran ni la más ínfima pizca de felicidad. Sin embargo, por las noches volvían a escaparse, aunque no tanto como antes.

Nunca tocaron el tema de su ausencia. Por más que Violeta lo intentó, él jamás respondía, hasta que se dio cuenta de que, fuera lo que fuese, solo conseguía lastimarlo con sus preguntas, por lo que dejó de hacerlas. No necesitaba saber.

A pesar de todo, en secreto Hayden siempre estaba con ella, ayudándola cuando las Furias la encerraban, cuando Trina se ponía creativa con los objetos que utilizaba para golpearla, cuando Deka decidía dejarla afuera por la noche o cuando Dalia consideraba que era mejor que no comiese durante un par de días. Y como era ella o una de sus compañeras, Violeta aceptaba el castigo. Hayden siempre estaba ahí, dándole dulces a escondidas, dejándola entrar por la noche sin que nadie se diera cuenta. Violeta intentaba ayudarlo también, solo que por algún motivo las Furias nunca se ensañaban con él.

Se alegraba por eso, en todo caso, y nunca le preguntó por qué esas terribles mujeres parecían estar dándole un respiro. Hasta que una noche, en una de sus salidas, la avalancha de respuestas se desató de la manera más inesperada.

Habían ido al café que ella tanto amaba, a observar desde las

sombras una realidad de la que deseaba ser parte. La hacía sentir que estaba en otro mundo, y por unos instantes lograba olvidar que era una chica de orfanato. Caminaban de vuelta por la acera cuando Hayden se detuvo de forma abrupta, pálido y con una expresión mortecina.

—Quédate aquí. —Habló tajante, y la dejó en medio de la calle para caminar hacia donde unos hombres que lo estaban esperando.

Eran tres: uno pelirrojo y dos de cabello negro, uno de los cuales tenía un horrible tatuaje en el cuello que lucía más bien como una mancha de tinta que una pieza de arte. ¿Quiénes eran ellos y por qué miraban a su amigo como si fuera un pedazo de carne? A Violeta no le estaba gustando para nada esa situación.

Hayden los alcanzó con suma calma, la cual mantuvo incluso mientras los otros se exaltaban por algo, en una acalorada discusión que la niña no pudo escuchar. Tenía tantas ganas de ir y averiguar qué era lo que pasaba, pero había aprendido hacía tiempo que cuando Hayden hablaba era mejor escucharlo, así que se quedó ahí, inmóvil, sin hacer nada. Solo confiando.

Los hombres se acercaron a Hayden con aire amenazante, sin embargo, él no se inmutó. Dijo unas cuantas palabras más y les dio la espalda con cautela. Caminó hacia la niña mientras ellos lo seguían con la mirada, hasta que ambos se encontraron. Violeta se dio cuenta con horror de la sonrisa en el rostro de uno de los hombres, el del tatuaje, que le susurraba algo al pelirrojo mientras se acercaban.

—Camina —ordenó Hayden. Violeta no discutió y empezó a moverse sin despegar la mirada de aquellos hombres, hasta que el chico la apuró con un brazo protector.

No sabía qué estaba pasando, pero no le gustaba. No le gustaba en lo absoluto.

—¡Ey, Adams! —gritó el mismo hombre que había visto sonreír antes—. No piensas irte sin presentarnos a tu amiguita, ¿verdad? —Hayden no dijo nada—. No te pases de listo, niño. Nos *debes*.

Hayden los encaró con voz queda, tomando a Violeta del brazo con más fuerza de la necesaria. Ella aguantó un quejido: no era el momento.

—Lo tendré mañana, Lobo —le dijo al hombre—. Tú sabes que siempre cumplen sus encargos.

El tal Lobo hizo una mueca desagradable, y cuando lanzó un gruñido, Violeta pensó que el apodo le quedaba perfecto.

—A Lobo no le gusta que lo hagan esperar —habló el pelirrojo—, y ya hemos esperado demasiado.

—No mates al mensajero. —Hayden se apresuró a responder—. Desquítate con ellas, son ellas las que no han cumplido.

¿Ellas? ¿Se refería a las Furias?

Violeta no sabía cuál de los tres hombres era peor: si el callado que se limitaba a observar como si estuviese planeando la forma de matarlos a todos; si el pelirrojo, que parecía estar dispuesto a pegarles un tiro si se lo ordenaban; o Lobo, quien sonreía a pesar de todo. Lo que Violeta entendió en unos segundos fue que Lobo parecía ser el líder del grupo, y los otros dos… bueno, no sabía. La verdad era que todos le parecieron igual de matones, violentos y con ganas de moler a alguien a golpes.

—Bien, si tú no nos das lo que nos debes… —Pronunció cada palabra lento, como quien no tiene prisa por hacer cumplir su amenaza. Hayden mantenía la calma, pero a ambos se les hizo un

nudo en el estómago cuando la mirada de Lobo se dirigió hacia la niña—. Supongo que ella puede ser parte del pago.

Violeta retrocedió. No quiso ni imaginarse lo que eso significaba.

Todo sucedió demasiado rápido. En un segundo, Hayden la empujó detrás de su cuerpo y se interpuso entre Violeta y los demás hombres. De todas las cosas que ella pensó que él podría hacer en ese momento, hizo la que menos esperaba: rio.

—¿Qué le pasa a tu cabeza? ¿Te das cuenta de que tiene diez años, verdad? ¿Cuántos tienes tú? ¿Como cincuenta?

Evidentemente, en algún momento, al muchacho se le había olvidado que no debía hacer enojar a las personas que estaban a punto de golpearlo, mucho menos si lo superaban en número, así que Violeta sintió la necesidad de recordárselo.

—Hayden —susurró—, no los provoques.

—Deberías escucharla —siseó de nuevo Lobo—. ¿Qué haces tú con ella, de todos modos? ¿Eh? —A Violeta no le gustaba la forma en que se estaba acercando—. ¿Te diviertes un poco? ¿Por qué no nos dejas hacer lo mismo?

Extendió un brazo hacia la niña, y la actitud de Hayden se transformó. Empujó a Lobo con tanta fuerza que casi cayó al suelo. Los otros dos se aproximaron de inmediato.

—¿Es que tu retorcida mente no logra entender lo que acabo de decirte? No-vas-a-tocarla. No. ¿Comprendes? *Jamás*.

Uno de los acompañantes, que había permanecido al margen hasta ese momento, se dirigió hacia ellos con rapidez y eso bastó para que todos supieran lo que iba a suceder a continuación.

Entonces, saltó el pelirrojo:

—Tú no nos dices qué hacer. Y mucho menos qué *no hacer*.

—¡Violeta, corre! —Como ella no se movió y el hombre ya estaba sobre ellos, Hayden gritó—: ¡Corre, maldita sea!

Y Violeta corrió. No se detuvo cuando escuchó el ruido de los puños, ni los chillidos de las pocas personas que iban por la calle a esa hora. Solo se detuvo cuando varios metros la separaban de la escena y se sintió lo suficientemente segura para voltearse. No le gustó lo que vio.

En la acera, Hayden se peleaba con dos de los tipos. El pelirrojo ya estaba en el suelo, demasiado golpeado para levantarse. Odiaba eso, odiaba los golpes, la violencia, verlos pegarse con tanta rabia, tantos malos sentimientos. En un instante estaba de vuelta en su casa, escondida tras la escalera observando cómo esa mujer mataba a su padre.

Lloró sin poder hacer nada, siendo testigo de cada golpe que su amigo recibía con dolor en el pecho, llorando aún más cuando veía una nueva marca en su rostro o sangre saltando. La gente al verlos se alejaba. ¿Por qué nadie hacía algo, por qué nadie ayudaba?

De pronto unas sirenas en la cercanía parecieron detener el tiempo: un efímero segundo en que todo se paralizó, las cabezas se levantaron y los golpes se detuvieron. Las luces de la patrulla no tardaron en aparecer por la otra calle.

Alarmado, Lobo le gritó a su acompañante:

—¡Vámonos! —Dejó a Hayden como si jamás le hubiese interesado y echó a correr. Cuando se volteó, vio que el otro hombre intentaba levantar en vano al que estaba en el suelo. Eso lo exasperó—. ¡Déjalo ahí! ¡Vamos, corre!

Dudó un momento, pero su egoísmo ganó y ambos se apresuraron a salir de ese lugar. Violeta corrió con mayor ahínco hacia Hayden,

quien también se dirigía hacia ella. Se encontraron a mitad de la calle, casi chocando por la velocidad que llevaban. Sin detenerse, Hayden tiró de ella en dirección contraria:

—¡Vamos, Violeta! ¡Vamos, vamos!

Ella hizo caso. Corrieron más rápido que nunca por la fría noche, con el auto de la policía pisándoles los talones. Doblaron más veces de las que Violeta alcanzó a memorizar; estaba completamente perdida y el miedo subía por sus entrañas. Sentía que iba a vomitar.

Llegaron al portón del orfanato sin aliento, se veía que a Hayden le costaba trabajo mantenerse en pie. La ayudó a subir para luego trepar por la reja, y se apresuró a abrir la puerta de cristal que los dejó ingresar en la Residencia, aún asustados por la policía, por los hombres, por las Furias. En ese minuto ninguno estaba seguro de qué era peor.

Por favor, por favor, rogaba Violeta en su interior, una y otra vez. *Que no nos escuchen, que no se despierten*. No quería ni imaginar lo que les harían si los descubrían a esa hora.

Hayden la arrastró hasta el tercer piso, rápido, aunque no corriendo como para hacer ruido y despertar a toda la casa. Se encerraron en la habitación del armario, aquel donde permanecían por horas todos los niños y niñas que llegaban a ese lugar y, solo cuando la puerta estuvo trabada, Hayden se dejó caer al piso.

Violeta tuvo miedo de acercarse.

Pasaron lo que parecieron horas en silencio, hasta que Violeta se atrevió a caminar despacio donde su amigo y sentarse junto a él cerca de la ventana. La tenue luz del exterior los bañaba a modo de consuelo.

Despacio, la chica puso una mano en la espalda del muchacho.

Respiraba rápido, con esfuerzo y dolor. Incluso a ella le estaba costando trabajo que su corazón volviera a su pecho, pues sentía que se había quedado en la calle, lejos.

Así permanecieron aún más tiempo. Ninguno hablaba, ninguno se atrevía a hacerlo. Al final, Hayden se armó de valor y miró a aquella niña, tanto menor que él, pero cuyos ojos en ese minuto reflejaban los mismos años de dolor y malas experiencias. La misma pena, el mismo sentimiento.

—Sé que querrás una explicación —susurró. Violeta solo asintió, porque creyó que la voz no le saldría si intentaba hablar—. Son ellas. Trina, Deka, Dalia… son ellas desde hace meses.

—Lo supuse —dijo bajito.

Hayden movió la cabeza.

—Primero dejaron de golpearme. Cuando les parecía que debían castigarme, alguien más lo recibía por mí. Yo odiaba eso. Entonces me dijeron que me darían un «respiro». Dios, dijeron que te darían un respiro *a ti…* y dijeron que exigirían algo a cambio. —Se quedó callado.

Violeta lo dejó estar, aunque estuvo a punto de apurarlo muchas veces, hasta que se dio cuenta de lo que sucedía: no se atrevía a decirlo.

—Hayden… —El chico lloraba—. ¿Qué querían que hicieras?

—Me pidieron que entregara paquetes. Pastillas, drogas, dinero… me enviaban a mí a la calle, a enfrentarme a esa gente.

A Violeta le hubiera encantado decir que no podía creer lo que estaba escuchando, pero lo creía. De esas malditas mujeres se esperaba de todo. ¿Cómo podían haberle hecho eso a él?

Ella también lloró, extendiendo una mano hacia los golpes que ya

estaban marcados en la cara del chico, el corte en su ceja, sus nudillos inflamados y rojos, y sus ojos… El rostro de una desgracia de vida.

—¿Por qué? —exigió saber—. ¿Por qué haces lo que ellas te piden? ¿No ves que te hace daño?

Sonaba ofendida, y a Hayden le dolió saber que ella sufría por él… mas no tenía alternativa. Se vio atrapado entre una cruda verdad y una fácil mentira. ¿El problema? El problema era que ambas iban a lastimarla.

Se acercó a ella sin saber qué decir, sin pronunciar ni una palabra y, sin más, la abrazó con fuerza, rogando en la oscuridad que la tenue luz que los acompañaba no fuera suficiente para que ella viese el brillo del llanto en sus ojos. ¿Cómo le explicaba a aquella niña, que nada le había hecho al mundo, que todo lo malo que él hacía era para protegerla de ellas?

Permanecieron inmóviles un largo rato, sumergidos en el momento, mientras se abrazaban con los ojos abiertos para que la oscuridad no los absorbiera del todo. Afuera, las estrellas plateadas los observaban con pena desde la ventana.

Hayden se separó apenas, sin quitar las manos de sus hombros, y la miró de una forma que Violeta no supo interpretar. Entonces hizo algo que ella jamás se hubiera esperado: estampó su boca en la suya. Violeta dejó de respirar; no pudo moverse mientras intentaba asimilar qué era lo que estaba pasando, tratando de poner la imagen del Hayden que conocía sobre la del chico que ahora la estaba besando.

Fue tímido la primera vez, pero al ver que no oponía resistencia, Hayden volvió a besarla.

Era incómodo y sabía a sangre y a miedo. Violeta sentía eso también: la sangre bullendo desesperada en sus oídos y el miedo abriendo un agujero en la boca de su estómago. No necesitaba entender lo que pasaba para darse cuenta de que no estaba bien, porque era lo que sus padres siempre le advirtieron que jamás debía permitir.

Pero lo permitió, con el corazón apretado y un sonido de alarmas en su cabeza que gritaba «mal, mal, mal». Lo permitió porque Hayden la aferraba con tanto anhelo, tanta esperanza puesta en ella, que tuvo miedo de lo que pasaría si se alejaba. Violeta temía que, si lo rechazaba ahora, ya no habría nada de su amigo al día siguiente.

El terror de quedarse sola en ese infierno era más grande que su deseo de detenerlo.

Sintió que, en ese segundo crucial, ella era su salvación. Así que lo dejó, sin pensar en que, cuando eso cambiara entre ambos, sería ella quien necesitaría ser salvada.



Violeta nunca le contó a nadie lo que ocurrió en el ático, prefería mantener el secreto enterrado en lo más recóndito de su memoria, tan profundo que ni siquiera ella pudiese sacarlo a la luz. Se había aferrado tanto a una efímera sensación de afecto, de un cariño que no sentía desde antes de la muerte de sus padres… Y creyó que después no importaría, que volverían a ser los de antes. Pero sí que importaba, y ya no había forma de ser los de antes. Incluso cuando pasaran los años esa noche permanecería ahí, consumiéndola a fuego lento bajo el polvo de recuerdos acumulados.

Hayden se volvió cada vez más lejano, y ella no se vio con las fuerzas suficientes para insistir en tratar de acercarse: la vida en el orfanato se hacía más dura, los castigos más severos, la soledad más profunda, y no conseguía mirar a Hayden sin recordar lo que habían hecho y lo mal que se había sentido.

Hayden tampoco la miraba, y Violeta pensó que debía sentirse tan horrible como ella. No comprendía cómo era que lo aguantaba, la culpa, la vergüenza y la vida ahí, aquellos «encargos». Hasta que finalmente lo entendió, y lo hizo cuando fue demasiado tarde.

Un día la despertó el ajetreo que había en la casa. Pasos resonaban enloquecidos en el primer piso, personas que caminaban de un lado a otro sin detenerse, murmullos de conversaciones, abrir y cerrar de puertas. Violeta abrió los ojos solo para volver a cerrarlos ante la luz grisácea que entraba a raudales por la ventana. Afuera el cielo parecía de concreto y el frío calaba. Se incorporó con una mueca en la cara y vio a sus compañeras de cuarto hacer lo mismo. Compartieron miradas extrañadas y supo que estaban todas pensando lo mismo: ¿por qué había tanto ruido en un lugar donde reinaba el silencio?

Violeta atinó a levantarse, poniendo los pies descalzos sobre el suelo helado. La observaron salir de la habitación expectantes, sin animarse a hacer lo mismo, pero esperando noticias.

Al abrir la puerta, las voces del primer piso le llegaron de golpe:

—… todo inesperado. —Un suspiro. Era Dalia, y hablaba con alguien a quien Violeta no alcanzaba a escuchar. El desconocido debió preguntar algo, ya que la mujer dijo—: Puede ser, sí. Oh, si hubiésemos sabido interpretarlo…

—Nunca hubiera imaginado… —agregó Deka.

Con una extraña sensación en el estómago, la niña se armó de valor y se acercó a la escalera, solo para quedarse clavada sin avanzar ni un paso más, y no por las miradas macabras que le dirigieron las Furias, sino porque le llegó un destello de luces rojas y azules. Vio a través de la puerta abierta el borde de la ambulancia y a un hombre vestido de negro que le hacía preguntas a Dalia sobre algo que no lograba averiguar.

—Violeta, querida —llamó la mujer, extendiendo una mano hacia ella para invitarla a que se acercara. De no ser por la mirada atenta del policía, la chica no se hubiera atrevido. Bajó la escalera con cautela, analizando todo a su alrededor, hasta que llegó al primer piso y la mano gélida de Dalia tomó la suya. Luego la envolvió en un abrazo repulsivo—. Cuánto lo siento…

—¿Qué…? ¿Por qué? —murmuró Violeta buscando la forma de zafar de ahí—. No entiendo.

Entonces Dalia le hizo un gesto con la cabeza, y Violeta siguió su mirada: desde la cocina salió una mujer con el cabello atado, uniformada, llevando una cámara enorme y una etiqueta en la ropa. *Forense*, decía. La niña no lo entendió del todo, pero recordaba haber visto una etiqueta con la misma palabra hacía no mucho; la portaba un hombre esa vez, y fue el día que murieron sus padres.

También tenía una cámara como aquella, que usó para fotografiar el cuerpo sin vida en el salón de su casa.

Su estómago se apretó aún más y la bilis subió por su garganta. Hizo lo único que se le ocurrió: miró otra vez a la mujer que la tenía cautiva entre sus brazos, buscando desesperada respuestas a preguntas que no sabía cómo formular.

Dalia repitió el gesto que había hecho antes con la cabeza.

Violeta volvió a mirar.

Esta vez, dos personas más salieron de la cocina. *Paramédico*, decía la etiqueta. Caminaban lento y la niña solo podía ver sus espaldas, pues llevaban algo entre las manos. Estaban intentando sacarlo de la cocina. ¿Por qué no se apuraban…? De pronto todo el mundo pareció perder su sonido, y lo único que fue capaz de escuchar fueron las ruedas de la camilla pasar por las grietas del piso y la bolsa negra aparecer en cámara lenta hasta que estuvo por completo del otro lado.

Lo único que revelaba era el rostro sin vida de Hayden Adams.

Nada, no pudo pensar en nada. Observó absorta sin decir palabra cómo los paramédicos se apresuraban a cerrar la bolsa ante su mirada, y Hayden desaparecía para siempre. ¿A dónde lo llevan?, se preguntó. ¿Qué *pasó*?

Lloró entonces. Fingiendo abrazarla, Dalia se acercó a su oído y le susurró:

—No pudo con la presión. —Lo que más odio le produjo fue que casi podía escuchar la risa escondida en sus palabras. ¿Cómo podía alguien estar feliz por la muerte de otra persona?—. Tu amigo hizo todo por protegerte, y terminó con un cuchillo en el estómago. Eso te pasa seguido, ¿no es así?

La pregunta de Violeta se respondió al instante, porque si en ese mismo minuto Dalia hubiese muerto de la peor manera posible, ella hubiera estado feliz. Lo hubiese celebrado.

No pudo hacer nada, por más que lo hubiera deseado: su cuerpo no estaba respondiendo ante las órdenes que le daba. No supo cuánto pasó, pero lo último que escuchó antes de que se cerrara la

puerta fueron las palabras que repetiría por mucho tiempo en su cabeza:

—Él se suicidó.



En el minuto en que las miradas ajenas se fueron, Dalia la empujó como si tocarla le diera asco.

—Te vas al armario —sentenció.

—No. —La niña lloró—. No, por favor… ¡Hayden! —Todo su cuerpo reaccionó en el mismo segundo en que la mujer la tomó del brazo, clavándole las uñas en la piel. El llanto se transformó en gritos de desesperación que no pudo contener. ¿Qué iba a hacer ahora? El pánico subió desesperado por su cuerpo—. ¡HAYDEN!

Cuando la mano de Dalia golpeó su cara, casi no lo sintió. Gritó con la voz desgarrada hasta que todos en el orfanato estuvieron al pie de las escaleras. Algunos de los chicos que eran de la edad de Hayden también lloraban.

Gritó su nombre hasta que la garganta empezó a dolerle, pero siguió gritando porque esperaba traerlo de vuelta.

Tenía que ser mentira, un truco sucio y asqueroso de las Furias. Tenía que ser eso, porque no había forma en que Hayden hubiese *elegido* dejarla. Dejarla *sola*. Con ellas. Violeta no tenía a nadie más, él lo sabía. No podía haberse ido para siempre, ¿cierto? ¡¿*Cierto?*! Él no le haría eso, no, no, no, no… Ella podría perdonarlo, ¿verdad? No sería tan difícil; podría perdonarlo por lo que pasó si es que volvía y la acompañaba. Lo que no podría era perdonarlo si la dejaba sola en esa casa. Lo necesitaba, ¡no podía dejarla!

—¡NO! ¡DÉJAME! —Trina subía las escaleras con ella a rastras y, tal como la primera vez, nadie hizo nada—. ¡SUÉLTAME, NO ME LLEVES! ¡HAYDEEEN! ¡HAAAYDEEEN!

¿Qué iba a hacer? Estaba sola, realmente sola. Ahora nadie iba a ayudarla. Su amigo se había ido. Para siempre, sin despedirse. Y su cabeza repetía la última noche que estuvieron juntos, esa terrible noche. Cómo desearía poder cambiar las cosas. Se había entregado esperando ser su salvación, y terminó siendo su ruina.

Ahora no había nadie para salvarla a ella de los demonios del orfanato y de los que estaban en su interior susurrándole cosas, haciéndola recordar.

Trina la empujó con tanta fuerza dentro del armario que tropezó y no pudo oponer resistencia. Gritó y gritó hasta que la garganta no le dio más. Llamó a Hayden, sabiendo que no iba a responderle, y rogó que la sacaran de ahí sin que nadie hiciera caso.

Al final solo quedó ella, su soledad y los quebrados sollozos que susurraban una y otra vez en la oscuridad el nombre de su amigo muerto.

CAPÍTULO 8
Cicatrices del pasado

«I don’t wanna be you anymore» - Billie Eilish



Violeta

—¿Crees en las coincidencias o eres de quienes piensan que todo pasa porque así debía suceder?

Me lo pensé un momento.

—Coincidencias, definitivamente.

Ethan sonrió.

—Sí. También yo.

¡JA!

—¡Mentira! —repliqué riendo—. No te creo ni por un segundo.

—¿Cómo haces eso? —No entendí del todo a qué se refería, pero no dije nada porque su mirada me taladraba como si tratara de leer mis pensamientos a través de mis ojos—. Siempre pareces adivinar lo que pienso, o lo que quiero decir, a veces incluso antes que yo.

—Es un don —presumí.

Me agradaba Ethan. Su compañía era reconfortante de algún modo. Encontrarlo en la cafetería del bar esa mañana era justo la razón por la que me aparecí ahí en primer lugar. La música del ambiente se sentía increíble mientras entraba en mis oídos, y el café en mis manos era como gasolina corriendo por mis venas para combatir el cansancio de una noche en que los pensamientos me habían castigado sin dejarme pegar ojo.

Por más que lo intentara, no conseguía que el recuerdo de Dominik abandonara mis labios. Y, si tenía que ser sincera conmigo misma —aunque hubiese muerto antes de admitirlo—, quería… quería besarlo de nuevo.

Fue bueno. Fue malditamente bueno.

Mierda.

Las palabras de Ethan apenas me llegaron como un susurro. No lo había estado escuchando, ¿cierto?

Estaba jodida.

—Perdona, ¿qué?

Él me sonrió.

—¿Irás a la universidad? —Mmm, lo dudaba. Él debió notar la negación en mi rostro, porque añadió—: No pareces de las que estudian. —Reí.

—Para nada.

—¿Y qué quieres hacer?

—¿Qué quieres hacer tú?

—¿Cómo es que nunca me respondes lo que te pregunto? —Me encogí de hombros.

—Debo mantener el misterio.

Lo decía a modo de broma, pero algo en su expresión me hizo notar que lo creía cierto. «El misterio te rodea», me dijo Dominik una vez, y era solo porque hablar de mi pasado o mi situación no me hacía sentir cómoda; era lógico que no quisiera ventilárselo a todo el mundo.

Me pregunté si Ethan pensaría lo mismo. Por alguna razón, no quería que ambos me vieran de la misma forma.

Contesté que no estaba segura, que había pasado la mayor parte de mi vida preguntándome qué hacer con ella, y que lo único de lo que estaba segura era de que quería hacer algo que me gustara, algo que me infundiera ganas de levantarme todas las mañanas y dedicarme a ello. Le dije que quizá quería tratar de pintar. Me preguntó si eso era lo que me gustaba. Respondí que sí.

Mi madre era pintora, pero ese pedacito de información lo guardé para mí.

Me pareció interesante cómo fluyó la conversación desde

entonces. Registré en mi cabeza la facilidad con que las personas se abren luego de que les dices algo que en un principio fuiste reacio a contar. Me dijo que llevaba un año estudiando Ciencia Política, y como yo no entendía mucho de qué iba, comenzó a explicarme. Aunque no puedo decir que comprendí demasiado, me gustaba la expresión que tenían sus ojos tras los lentes mientras hablaba de ello.

Pensé que, algún día, me gustaría tener esa misma mirada al hablar de mi vida.

En cierta manera Ethan me recordaba a las personas que alguna vez tuve como mi verdadera familia, y me pareció extraño que un chico que conocí en un bar me recordara tanto a los que había perdido.

CAPÍTULO 9
Maldito sea el destino

«Devil I Know» – ALLIE X



Para Ethan Carter Hallaway Violeta era una chica extraña. Solo sabía de ella lo que había intuido y notado a través de detalles en las

pocas horas que habían coincidido. Rara vez contestaba sus preguntas… de manera directa, al menos. Era como muchos libros podrían describirla —esquiva, atrapante—, y sentía que, de algún modo, junto a ella protagonizaba la extraña y compleja trama de la obra de teatro que era la vida.

Entró al bar sin la intención de encontrar a tan peculiar muchacha sentada cerca de él. Solo se conocieron el día anterior, pero en ese corto tiempo no había pasado un minuto en que no pensara en ella. Lo intrigaba y, si seguía siendo así, no veía forma de lograr sacarla de su cabeza.

Ethan no podía decir todavía si le gustaba o qué era con exactitud lo que le generaba, pero definitivamente era algo. Se dio a conocer a sí mismo como un estudiante de Ciencia Política. Ridículo, ¿o no? Definirse a sí mismo por lo que estudiaba, por su profesión. Él era mucho más que eso y, sin embargo, llegado el momento de describirse no pudo pensar en otra cosa.

No era una obsesión lo que crecía en lo profundo de su pecho sino una ansiedad por saber todo de ella, que iba en aumento. Cuando la miraba, mil preguntas se le aparecían en la cabeza. ¿Quién era? ¿De dónde venía? Había algo turbio en sus ojos que lo atraía y lo tenía preguntándose cosas tan diferentes como si a ella le importaría la pequeña brecha de edad que había entre ambos, o si le gustaría más el helado de vainilla o el de chocolate.

Era un idiota. Pero sí: Violeta era una chica extraña. Y, antes que todo, eso le atraía.

—¿Qué? —quiso saber la (al parecer) dueña de sus pensamientos.

El muchacho no entendió en un principio a qué se refería. Violeta lo miró con suficiencia, e Ethan supo en ese instante que lo había

descubierto. Por algún motivo, sintió como si lo atrapasen *in fraganti*.

Violeta sonrió ante esa emoción que solo tiene quien se divierte a costa de otro.

—Ethan Carter Hallaway —empezó. Hizo una pausa, conteniendo una carcajada. Luego añadió—: No me digas que he comenzado a gustarte.

Sus mejillas ardieron e hizo un gesto con la mano, llevando la vista hacia el café que descansaba entre sus dedos para evitar que así la chica viera su sonrojo. Bebió un sorbo sin importarle que el líquido quemara su boca y garganta. Quiso escupirlo todo de vuelta en la taza, pero se contuvo y lo tragó.

Auch.

—¡Ja! Graciosa. —*Por favor, que no note que acabo de quemarme hasta los intestinos*, pensó.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto que no me gustas, Violeta. Es más — agregó—: ni siquiera me agradas demasiado.

—Muy bien —dijo levantándose—, entonces supongo que no te importará que me vaya en este mismo instante.

Ethan no tuvo que mirarla, podía sentir que se estaba aguantando la risa.

—Adelante.

Violeta se dio cuenta de que Ethan también sonreía: no creía que de verdad fuera a irse, por lo que su sonrisa desapareció cuando escuchó la puerta del lugar cerrarse tras ella. Se hallaba ya en la calle, a unos metros de distancia del recinto de donde había salido, cuando escuchó a Ethan gritar su nombre a sus espaldas.

Ella se dio la vuelta, intentando ocultar una nueva sonrisa que quería formarse en sus labios. Haciéndose la desentendida, le preguntó:

—Disculpa, ¿me hablas a mí?

El muchacho, que corría para alcanzarla, puso mala cara.

—Sí, por si no te diste cuenta, te estoy hablando a ti.

Violeta de verdad intentó contener la risa, pero al ver su expresión simplemente no pudo. Pensó que en un solo día había llegado a reír más veces que en años. No entendía por qué estando con alguien extraño lograba sentirse como la persona que hubiese sido si la vida no hubiera tenido otros planes para ella.

Se le venía a la cabeza la niña de siete u ocho años, quizá incluso hasta los diez, que era antes de que todo su mundo se viniera abajo cuando su padre fue asesinado frente a sus ojos. Violeta pasó muchos momentos de su estadía en la Residencia imaginando cómo habría sido esa niña, en lugar de la persona en que se había convertido.

Sentía que ahí, riendo en medio de la calle, tenía una buena imagen de cómo hubiese sido.

Siguieron caminando por la acera hasta que Ethan se quedó atrás y Violeta lo encontró observando el escaparate de una tienda. Cuando se acercó, se vino a dar cuenta de que se trataba de una librería.

Ethan miraba uno de los libros tras el cristal con suma atención: *Escrito en el agua*, de Paula Hawkins.

Frunció el ceño.

—No me gusta leer —comentó.

—¿Qué? —Se le hacía difícil describir la expresión en el rostro del

muchacho cuando levantó la vista hacia ella. Se encogió de hombros.

—Lo que escuchaste.

—No sabes de lo que te pierdes.

Violeta se encogió de hombros una vez más y no dijo nada. Ethan suspiró, admitiendo así la derrota de una batalla que ni siquiera alcanzó a comenzar.

—Está bien, vamos.

Anduvieron por la acera que no era golpeada por el sol, sin prisas, hablando de cualquier detalle que les pareciera interesante. Ethan se dio cuenta de que Violeta evitaba mirar a la gente que pasaba junto a ellos y, en cambio, agachaba la cabeza y perdía la vista en las grietas del concreto.

—Levanta la cabeza.

—¿Ah?

—Si no te fijas, te pasará la vida por delante y tú ni siquiera te habrás dado cuenta.

Violeta lo observó con una expresión distinta en los ojos, como si nunca antes lo hubiera visto. Aquellas frases la dejaron anonadada, y quiso abrir la boca muchas veces sin encontrar las palabras, dándose cuenta de que era la primera vez en casi ocho años que se atrevía a mirar al mundo con la frente en alto.

Una cosa era lo que aparentaba; otra muy distinta era lo que sentía.

—Mira a tu alrededor —insistió él.

Al ver que la chica permanecía inmóvil, giró con delicadeza su cuello para que observara hacia la plaza.

Violeta sintió ganas de llorar. El sol pegaba con fuerza en el otro

lado de la calle, reflejándose en las señaléticas de metal y en el claro color del pavimento. El invierno había acabado, y las personas reían mientras caminaban por el pasto. Madres empujaban los coches de sus hijos, estudiantes leían sentados sobre mantas… ¿y ella?

Estaba a punto de decir algo, cuando escuchó que alguien gritaba:

—¡Violeta!

Dominik.

Sonaba enojado. Enojadísimo.

Ethan y ella se dieron la vuelta justo cuando estaba a unos metros de distancia. Violeta sintió un nudo irracional subir por su garganta; a lo largo de los años habían discutido algunas veces, pero ahora se sentía diferente. Y claro, el recuerdo del beso que compartieron tenía mucho que ver con eso.

—¿Ese es tu hermano? —susurró Ethan. A veces Violeta olvidaba lo similares que eran.

—Él es… es complicado —terminó por decir, cuando Dominik llegó hasta ellos.

—¿Dónde has estado? —soltó, sin mirar al acompañante de la chica.

—Aquí, evidentemente.

—Te he buscado todo el maldito día, Violeta. —La chica comenzó a hartarse de su actitud. ¿Qué demonios le pasaba? Él no era así—. Tenemos que hablar, ven…

—¿Desde cuándo crees que puedes mandarme? No pienso ir. Quizá tú tengas mucho «que hablar», pero yo no tengo nada que decirte.

—Vi…

No supo si era una advertencia o una súplica. Él la sujetó despacio

por la muñeca. No alcanzó a tirar de ella cuando ya se había soltado de un manotazo.

—No, Dominik —dijo retrocediendo. Miró a Ethan, disculpándose por que tuviera que presenciar esa escena—. Estoy harta de esto, de tu actitud. No sé qué te ha dado estos días, pero no puedes pretender que te siga a donde tú quieras si no me estás dando motivos para hacerlo. Tú fuiste quien estuvo mintiendo todos estos años, así que no me trates como si fuese yo la culpable de arruinarlo todo. —Vio un destello en la expresión del muchacho que le dio a entender que lo había herido, pero fue tan fugaz que creyó haberlo imaginado. Suspiró—. Vamos, Ethan.

—¿Él es la razón por la que estás así conmigo? —inquirió Dominik a su espalda.

—¿Qué…? —Ethan la interrumpió, encogiéndose un poco sobre sí mismo.

—Ehm… No es mi intención quedar en medio de esto que tienen ustedes, pero…

—Nosotros no tenemos nada —replicó Violeta, tal vez demasiado rápido.

—Por supuesto que no —reafirmó Dominik.

—Estamos de acuerdo entonces —dijo Violeta con una sonrisa, intentando ocultar que, en el fondo, esas palabras le dolieron—. Y siendo así, tampoco tenemos nada más que discutir. —Miró al chico de lentes—. ¿Nos vamos?

Ethan miró el reloj en su muñeca.

—De hecho, ya tengo que… —No pudo terminar, porque una nueva voz se unió a la conversación.

Violeta se quedó rígida en su sitio.

—¡Ethan!

Una mujer de cabello rubio, entremezclado con destellos blancos que le aparecieron temprano debido a circunstancias de la vida, se acercó a ellos con los brazos abiertos y envolvió a Ethan en un abrazo.

Voy a vomitar, pensó Violeta.

Su cuerpo se congeló en su lugar. Por instinto quiso retroceder, alejarse de aquello que le producía tanto odio y tanto asco, pero se encontró con que había olvidado cómo moverse. Estaba paralizada.

Un sudor helado le cubrió la espalda y recorrió su nuca como un escalofrío fantasmal.

Un segundo bastó para que Dominik notara la alarma en sus ojos cuando sus miradas se encontraron. Solo un segundo porque, a pesar de todos sus desacuerdos, seguía siendo su mejor amigo, la persona que más la conocía en el mundo. Y él lo entendió.

Violeta no pudo hablar, porque cualquier palabra que saliera de su boca sería escuchada por sus acompañantes, así que se las arregló para formar con los labios: *es ella*.

Dominik ni siquiera lo dudó; la acercó más a él, pegando su espalda contra su pecho, siendo su ancla para evitar que colapsara. Violeta era como una marioneta en sus brazos, temblando bajo su tacto. Ya no importaban las peleas o los desacuerdos, todo quedó atrás. A él solo le importaba sacarla de ahí.

La mujer volvió a hablar:

—Menos mal que te vi al cruzar la calle. ¿Es que te habías olvidado…?

—Claro que no, mamá. Ya iba para allá. —Ethan se volvió hacia ellos y reparó en la actitud de ambos, atribuyéndola a la

incomodidad o al desconcierto—. Violeta, *Dominik…* —A este último lo nombró con rechazo, pero Violeta estaba demasiado mortificada como para darse cuenta—. Ella es mi madre, Katherine.

Una vez más, Violeta tuvo que contener las ganas de expulsar todo el contenido de su estómago. Sentía el cuerpo tenso, al borde de un ataque de histeria, hasta que su vista cayó en la mirada de la mujer que arruinó su existencia. Sus pequeños ojos celestes se veían nublados.

Por un instante Violeta quiso apartar la mirada: tuvo miedo de que pudiera reconocerla, pero Katherine desvió la vista rápidamente hacia su hijo. Su *hijo…*

Dios, ¿en qué se había metido?

—Estamos en la hora, hijo.

—Lo sé. —Se dirigió a Violeta—. Lo siento, tengo que irme. Debo llevar a mamá al médico. —Y agregó en tono bajo para que solo Violeta pudiera escucharlo—. Lo pasé increíble contigo hoy.

Ella no pudo siquiera fingir una sonrisa.

—Y-yo también tengo que irme…

—¡Espera! —Ethan la detuvo tomándola de la muñeca—. ¿Volveré a verte?

—No sé.

—Toma. —El muchacho sacó un papel y un lápiz de su bolso, y garabateó algo en el pedazo de papel arrugado. Se lo dio a Violeta —. Llámame. Por favor.

La chica apenas fue consciente de que asentía. En cuanto Ethan desvió la mirada, ella ya se había ido.

CAPÍTULO 10
Otra vez sola

«Salvation» – GABRIELLE ALPIN



Era apenas una sombra cuando le abrieron la puerta del armario. Por

primera vez, las Furias esperaron ahí hasta que saliera. Disfrutaban de verla demacrada, rota al fin.

Pasaron días en que no habló y casi no comió. Algunas de sus compañeras intentaron acercarse a ella, pero Violeta las rechazó. Es más, rechazó todos y cada uno de los intentos que hicieron por ayudarla: si no iban a estar para cuando la encerraran en el armario, o en casos parecidos, entonces se podían ir a la mierda.

Sin embargo, hubo un día en que la pared de hielo que había construido a su alrededor se derritió como si jamás hubiese existido. Un chico de unos diecisiete años, amigo de Hayden, se acercó a ella.

—Violeta, ¿verdad? —La niña asintió sin mirarlo. Si lo hubiese hecho, hubiera visto la expresión angustiada de su rostro—. Yo, ehh… Hayden… —Solo ahí Violeta lo miró, sin poder ocultar cómo su pecho se estrujaba al escuchar el nombre. La expresión del muchacho se ablandó también—. Él dejó esto. Es para ti.

Con curiosidad, Violeta tomó el pequeño pedazo de papel que le tendía.

Murmuró un escueto «gracias». No esperó ni un segundo para abrir el papel, solo para sentir la decepción golpearla como una bola de concreto cuando leyó en tinta azul:



¿Perdonarlo por qué, exactamente? Fuera lo que fuera, Violeta no sabía si era capaz de hacerlo.

—¿Tú…? ¿Lo leíste? —El joven asintió—. ¿Por qué crees que lo hizo? ¿Por qué se fue?

—Le importabas mucho —se limitó a decirle a la niña.

Ambos sabían que eso no respondía a su pregunta, pero ninguno estaba del todo seguro de tener la respuesta exacta para tal cuestionamiento.

—Entonces ¿por qué no se despidió? ¿Por qué no me dijo nada?

Se miraron sin decir ni una palabra. Él quiso darle la respuesta correcta, pues veía en sus ojos que de verdad lo necesitaba, no obstante, solo podía darle la respuesta que él *creía* correcta. No era lo mismo, pero tendría que ser suficiente.

—Quizá era demasiado difícil para él. Quizá no quería que lo detuvieras.

Violeta asintió, satisfecha con esas palabras a pesar de todo. Vio al chico alejarse, sintiendo otra vez que no podía controlar el llanto. Apretó el papel contra su pecho y se apresuró a guardarlo cuando las Furias entraron en la habitación. Tuvo que reprimir las lágrimas en un instante, aunque para su desconcierto Trina lanzó una carcajada apenas la vio. ¿Y qué le dio ahora?

—Deja de gastar lágrimas, niña. No te sirve de nada.

—¿Y a ti qué te importa si me sirve o no? —Listo. Lo había dicho.

Esa fue la primera vez que su cerebro no procesó lo que planeaba decir. Parte de ella se arrepintió al segundo en que las palabras le salieron sin permiso de la boca, aunque, para ser sincera, igual se alegraba.

Deka sonrió.

—No, tienes razón —admitió con elocuencia. Violeta supo que el armario era lo que le esperaba. Odiaba el puto armario—. A ninguna de nosotras nos importan las lágrimas que derrames. Así que anda, llora; debes sentirte terrible. —Violeta no dijo nada: ahora su cerebro había decidido quedarse callado, y no sabía en qué demonios se estaba metiendo. La mujer seguía sonriendo y la sonrisa no le llegaba a los ojos—. Dios, la culpa te debe estar consumiendo.

—La… ¿culpa?

—Ajá.

—¿Qué se supone que significa eso? —espetó.

Trina se adelantó.

—Todo lo hizo por ti —resopló—, porque creía que así te salvaría de algo, que si hacía lo que le pedíamos evitaría que salieras lastimada. Se metió en un lío del que no pudo salir por culpa tuya, hasta que decidió que morir era más fácil que existir contigo.

Con cada palabra Violeta notaba crecer una ira que jamás había sentido en su vida. La cegaba y la envenenaba desde adentro. No quería sentirla y, al mismo tiempo, ya no podía frenarla.

—Culpa mía —repitió con lentitud.

—Hayden Adams estaba en un mundo de mierda. Eso fue lo que lo mató, y él estaba ahí por ti, para protegerte *a ti*. —Le hizo saber con desprecio—. Así que sí, es tu culpa que él aceptara los tratos, es tu culpa que se convirtiera en una mula, que llevara drogas y tuviera de compañía a narcotraficantes, que recibiera los golpes y las amenazas. Al final, es tu culpa que él se haya suicidado.

Sin preverlo, estalló:

—¡¿POR CULPA MÍA?! ¡¿CÓMO TE ATREVES A DECIR ESO?! ¡Tú…

todas ustedes son unas arpías! Y lo que les molesta es que jamás nadie movería un dedo por ninguna de ustedes, porque saben lo despreciables que son, que el mundo estaría mejor sin ustedes tres en él. —Ya era demasiado tarde para callarse: una vez que empezó, no quiso parar—. ¡Anda! —le gritó a Trina—. ¡Pégame! ¡No cambia nada! Si Hayden se metió en esto… Si en este momento está… muerto... —Ahí estaba de nuevo el dolor, el nudo en su garganta, pero no flaqueó—. Es únicamente culpa de ustedes, malditas serpientes.

Violeta sí se culpaba por la muerte de Hayden. Culpaba a *esa* noche, porque todo fue mal desde entonces… Pero preferiría morir antes que darles la razón, y si iban a hablar de culpas, ellas eran las principales culpables de todo lo malo que estaba pasando en su vida. Ellas, y la mujer que mató a sus padres.

No supo en qué minuto las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, pero cuando vio las caras sonrientes de las tres mujeres supo que eso era lo que habían planeado desde el principio: romperla, quebrarla en tantos pedazos como fuera posible para luego esparcirlos y dejarlos secar.

No le importó, no le importó nada.

Corrió fuera de la casa sin pensar, sin darles oportunidad de reaccionar, y siguió corriendo hasta que sus piernas dolieron y sus pulmones quemaron. Solo ahí se detuvo, con la respiración agitada y el ardor al máximo, y lloró como no había llorado en un año.

Cuando sintió que ya no quedaba una sola lágrima en todo su cuerpo se dijo a sí misma que debía calmarse. *Absurdo*, pensó. ¿Cómo iba a calmarse con todas las dudas que tenía? ¿El miedo, la preocupación? Además, después de haber llorado por varias horas,

parecía ridículo que recién se le ocurriera «calmarse». Aun así, permaneció sentada observando la nada hasta que la maldita lluvia empezó a caer.

Odiaba la lluvia.

Cuando intentó ponerse de pie, el cuerpo no le respondió muy bien. Las piernas le temblaban de pena y rabia.

Consiguió levantarse, con todas las extremidades adormecidas y el alma helada, cuando la silueta de alguien en el callejón la hizo pegar un salto. *Hayden*, fue lo primero que pasó por su cabeza, pero no era él: nunca más sería él. Quien se acercaba era un chico casi de su edad, de cabello color chocolate al igual que sus ojos. Parecía un tanto perdido y confuso, así que, para no confundirlo más, Violeta trató de disimular su decepción y su enojo.

Iba a sonreírle —al menos iba *a intentarlo*—, cuando el niño le soltó:

—¿Quién eres?

¿Y este quién se creía?

—¿Quién eres *tú*?

El niño parpadeó. *Genial*, pensó ella. *Trataba de no confundirlo y ahora no sabe ni su nombre*. Sin embargo, esperó con paciencia hasta que el chiquillo espabiló. Suspirando, respondió:

—Me llamo Dominik.

CAPÍTULO 11
Vértigo

«Stay» - RIHANNA, MIKKY EKKO



—¿Lo sabías? —exigió saber Dominik, mirándola incrédulo,

enojado, confuso y asombrado, todo al mismo tiempo—. Respóndeme, Violeta. ¡¿Lo sabías?!

¿Qué se suponía que tenía que saber? ¿Si sabía quién era ese chico antes de conocerlo? ¿Si sabía que el extraño con quien coincidió por casualidad en un bar era el hijo de la asesina de sus padres? ¿Si sabía que esa misma mujer, a quien creía todavía encerrada en un hospital psiquiátrico, caminaba libre por las calles? ¿Si sabía que todo se iba a desencadenar de esa forma?

Violeta suspiró, con lágrimas en los ojos.

—No —murmuró finalmente—. No lo sabía.

CAPÍTULO 12
Expuesta

«Like Tat» – Bea Miller



Tres años después

Lo primero que Violeta hizo apenas puso un pie en su nuevo departamento, fue coger el pedazo de papel que Ethan Hallaway le había dado el día en que descubrió que era hijo de la asesina de sus padres. Su número de teléfono estaba escrito ahí.

Era curioso darse cuenta de las cosas a las que uno se aferraba cuando todo amenazaba con irse a la mierda. Ella, por ejemplo, no había podido decidirse a botar ese pequeño papel arrugado y, en cambio, lo había guardado y traído consigo durante cada minuto que estuvo fuera, en un bolsillito de su cartera. Lo sentía como una especie de conexión, como un vínculo con la persona que arruinó su infancia. Y sí, era solo un trozo de papel arrugado, pero hubo momentos durante esos tres años en los que no pudo dejar de apretarlo en su puño, enojada.

Por ilógico que fuera, ese gesto la calmaba cuando la furia amenazaba con apoderarse de ella.



Habían pasado alrededor de ocho años, pero en ocasiones Violeta aún se sentía como aquella pequeña niña hospedada en el segundo piso de un orfanato, de un infierno.

La lluvia caía cada vez más fuerte sobre el tejado, resonando por todo el departamento. El invierno ya llegaba a su fin, aunque, a su parecer, eso no cambiaría demasiado las cosas. Era así y ya estaba acostumbrada. A veces hasta lo disfrutaba: el modo en que el cielo se cerraba dando paso a un gris que no era único, sino que variaba entre mil tonalidades que no sabría ni siquiera nombrar, y oscurecía todo como si un velo se hubiese interpuesto entre el mundo y el

cielo. La lluvia sonaba en sus oídos, desconectándola de todo, haciendo los campos más verdes al contacto del cielo grisáceo.

De niña detestaba la lluvia.

Apoyó la cabeza contra el vidrio, observando cómo su cabello oscuro se humedecía y se pegaba al cristal. Siempre le había parecido curiosa la forma en que el frío se traspasaba del vidrio a su cuerpo; levantaba la mano y la ponía extendiendo la palma hacia la ventana, sin llegar a tocarla, solo lo suficientemente cerca para que un extraño escalofrío cosquilleara en su piel. Dirigió la vista hacia arriba, a las nubes, y casi creyó distinguir un relámpago entre ellas.

Estando de vuelta en la ciudad donde perdió la esperanza, era difícil describir las sensaciones de soledad y melancolía que la embargaban. Había algo en la luz —grisácea, mortecina y a la vez llena de vida—, en el ambiente —frío e inhóspito—, que la hacía sentir más sola que nunca, como si la lluvia pretendiera reemplazar con su sonido el ruido de una conversación y los árboles quisieran ser personas. Había estado tan bien permaneciendo lejos, que se preguntaba si no había cometido un error al volver.

En ese instante, el pensamiento de ver los árboles oscuros y los apagados colores de su entorno se complementaban con la complejidad de su esencia. Sí, había veces —como aquella— en que Violeta se sentía todavía como la chica hospedada en el segundo piso de la Residencia.

Recordaba las noches que pasaba en vela en su antigua habitación, pensando si algún día llegaría a salir de ahí y otras afirmando que no quería irse, que prefería quedarse antes que sentir la felicidad esfumarse de su vida otra vez. Momentos como estos le recordaban que solía ver el mundo a través de un filtro, y que era

inevitable de vez en cuando sentirse como quien no tiene nada a lo que volver.

Se permitió sentirlo; se permitió dejarlo ir.

Al día siguiente, Violeta se dirigió con ánimos renovados al centro de la ciudad, con un abrigo color *beige*, un café calentando su mano izquierda y el celular en la derecha. El sol no era cálido en lo más mínimo, pero la hacía sentir alegre, como si la luminosidad atravesara su cuerpo. Contó siete ardillas corriendo por el césped antes de decidirse a marcar el número que llevaba alrededor de medio día en su pantalla.

Se llevó el celular a la oreja y no se permitió acobardarse: había planeado todo demasiado bien y no había lugar para equivocaciones. Mucho menos para arrepentirse.

Los tonos comenzaron a sonar en su oído. Al cuarto, contestó.

—¿Hola? —Su voz era tal como la recordaba.

—Ethan Carter —dijo ella a modo de saludo.

—¿Sí? ¿Quién habla? —Sonaba extrañado, pero a Violeta le pareció escuchar una pizca de reconocimiento en su voz.

—Soy Violeta. Nos conocimos en un bar hace tres años. ¿Me recuerdas?

Por un momento no dijo nada, y Violeta temió que se hubiera olvidado por completo de ella. Entonces oyó una risa incrédula al otro lado de la línea.

—No puedo creer que seas tú. —Suspiró—. ¿Cómo estás? ¿Dónde has estado? Desapareciste —acusó.

La muchacha no pudo evitar sonreír.

—Estuve fuera un tiempo, pero ya estoy de vuelta. ¿Te…? ¿Te

gustaría salir uno de estos días? Para conversar y… no sé, ¿quizá tomar un café? Si no puedes o estás viendo a alguien más…

—Claro que puedo —se apresuró a responder—. Y por supuesto que quiero salir contigo, Violeta.

Hubo algo en su tono que le hizo saber que, del otro lado de la línea, él también sonreía. Fue como si esos años jamás hubiesen transcurrido. Por un pequeño instante, nada más que una milésima de segundo que a ella se le hizo eterna, no supo qué decir: las palabras no salían de su boca.

—¿Mañana a las dos? Podríamos almorzar, si quieres.

—En ese caso, mejor a la una. —Ella sonrió.

—A la una.

—Adiós, Violeta.

Cuando colgó el teléfono, suspiró. Parecía notar que sus sentidos se adormecían, y las emociones que creyó que estarían revoloteando tanto en su estómago como en su cabeza no estaban. Siguió caminando por la calle, pensando en lo siguiente que debía hacer. Suspiró una vez más, intentando que la leve punzada en el estómago desapareciera.

Después de no haber sentido casi nada al hablar con Ethan, los nervios de su siguiente llamada la desconcertaban. Se sentó en una de las mesas de la terraza de la cafetería al final de la calle, donde se suponía que tenía que estar a esa hora.

Por tercera vez, Violeta suspiró y se llevó el celular a la oreja.

—Buenos días —saludó él.

—Hola, Dominik.

—Hola, Violeta. —Todas sus conversaciones a lo largo de los últimos años habían empezado de esa forma—. ¿Llegaste ya?

—Estoy aquí. —Se sentía insegura hablando con él sabiendo que estaban en la misma ciudad, más pequeña y menos confiada, pero no podía de ninguna manera dejar que él lo notara. Se aclaró la garganta—. ¿A qué hora…?

—Estoy detrás tuyo, Vi.

De golpe, la chica se dio la vuelta. Debió suponerlo, después de todo, él siempre fue puntual. Violeta se obligó a permanecer sentada como si nada importara, como si no la sorprendiera la visión de su cambiado mejor amigo al que hacía tanto tiempo no veía. Aquel chico de veintidós años la observó desde la altura casi con ironía, igual que cuando no quería que las cosas que decía fueran serias.

Violeta, por su parte, lo entendía: ambos eran así desde que tenía memoria. Por otro lado, necesitaba con urgencia que su corazón dejara de golpear su pecho con tanta fuerza o él lo escucharía.

—¿Llegaste hace mucho? —preguntó tomando asiento en la pequeña mesa circular, frente a ella.

—Recién.

La situación era incómoda. Apenas recordaba las últimas palabras que habían intercambiado antes de dejar de verse, aquella vaga conversación que tuvieron en su apartamento antes de marcharse, cuando todo su mundo se vino abajo al ver a la madre de Ethan fuera de la camisa de fuerza a la cual pertenecía.

—¿Qué tal la nueva casa? —La chica se encogió de hombros.

—Departamento —corrigió—. Es lindo, es blanco y no tiene nada. Por ahora.

Pensó en decir algo más para complementar, pero la mesera llegó en ese momento, haciendo que Dominik apartara la vista de ella. Mejor, porque la ponía nerviosa que la mirase por mucho rato. El

muchacho pidió algo que Violeta realmente no escuchó, y como ella no quiso nada, la mesera —una chica pelirroja que usaba unos delgados lentes dorados— se alejó de ellos.

—¿Qué pediste?

—Café —contestó, prendiendo un cigarrillo entre sus labios—. ¿Quieres? —preguntó por los viejos tiempos.

Negó con la cabeza.

—Eso va a matarte poco a poco —dijo, también por los viejos tiempos.

Dominik se encogió de hombros y se acomodó en su silla, bajando la vista para ocultar su sonrisa.

El silencio cayó sobre ambos. Violeta no se atrevió a mirarlo a los ojos, así que miró sus manos, que jugueteaban entre sí.

—¿Y? —dijo—. Cuéntame, ¿de qué me he perdido?

—Violeta —la cortó Dominik. Sus ojos ya no tenían ni la ironía ni el sarcasmo que siempre llevaban. Violeta odiaba verlo serio, la estresaba y la descomponía de la misma manera. No quería hablar de cosas serias, no con él, pero parte de ella sabía que quizá no tendría más opción. Rodó los ojos, irritada—. Deja de hacer eso, tenemos que hablar.

—¿Sobre qué, Dominik?

—Sobre lo que pasó hace tres años. —Por un segundo, Violeta pensó que se refería al beso que habían compartido, y su corazón hizo piruetas. Estaba equivocada—. Te fuiste de la nada, Vi. No puedes desaparecer sin dejar rastro en menos de una hora y…

—Dom, ya hablamos de esto, hace tres años. ¿Por qué quieres seguir con lo mismo?

—Porque no sé qué ha pasado por tu cabeza durante todo este

tiempo. No sé qué te ha pasado *a ti* durante todo este tiempo. Y eso me vuelve loco.

—Te he… —Se interrumpió, porque la mesera volvía con un vaso de cartón puesto en una bandeja que no llevaba nada más. Dominik musitó un gracias, sin despegar sus ojos de los suyos—. Te he llamado, hemos hablado miles de veces, ¿qué más quieres saber?

—Quiero saber la verdad sobre cómo estás. —Violeta arqueó las cejas y fingió contener una risa. Dominik se inclinó hacia ella y la chica se dio cuenta de que, de cerca, no había cambiado tanto con los años como creía—. ¿O crees que no me doy cuenta de que me has mentido todo este tiempo?

—¿Qué?

—Me dices que estás bien, que ya no piensas en… en *ella*, en todo lo que hizo, y en lo que te hizo a ti encontrarla…

No pudo aguantarlo. Se levantó de golpe de la silla.

—Mira, Dominik, aprecio que te preocupes por mí, en serio, pero estoy bien. Y antes de que lo digas —se apresuró a decir cuando vio que él abría la boca—: no querer hablar de eso no significa que me afecte. Simplemente me canso de este tema. —Suspiró por cuarta vez en lo poco que llevaba de día—. Espero verte pronto.

—¿De verdad vas a irte?

—Tengo trabajo que hacer. ¿Te…? ¿Te veo más tarde?

Él asintió.

—Tú dime a qué hora.

Huyendo de él, o de sus propias emociones, Violeta prometió que le escribiría.

No podía admitir lo mucho que verlo la había afectado. Darse

cuenta de lo cambiado que estaba, el hombre en que se había convertido. No podía admitir lo que eso significaba.



Gracias a la herencia de sus padres —biológicos *y* adoptivos—, Violeta podía darse el lujo de no tener que trabajar… tanto. Tampoco era tan estúpida como para quedarse de brazos cruzados y gastarlo todo en una vida que ella quería ganarse. Recordó lo abrumada que se sintió cuando, al cumplir dieciocho, el peso de dos herencias cayó sobre ella: más dinero del que pensaba que podía necesitar y que no sabía bien cómo aceptar, y dos casas llenas de recuerdos a las que no quería volver, aunque tampoco sabía cómo dejar ir.

Pensó en eso mientras caminaba con Ethan por la plaza.

—¿A dónde vamos? —preguntó riendo.

Lo cierto era que, al ver al chico luego de tres años, no podía negar que se sentía extraña. Era como reencontrarse con un viejo amigo. En el fondo podría haber sido eso, si ellos tan solo se hubiesen conocido por más de dos días, sin embargo había algo de estar con él que la tranquilizaba y la alteraba de igual manera. Quizá el hecho de saber el plan que tenía en la cabeza, tal vez el hecho de haber creído que era alguien diferente a quien en realidad era… o quizá el hecho de que, por más que lo intentara, no podía olvidar de quién era hijo.

Trató de no pensar en ello para que no se reflejaran en su rostro las emociones contrariadas.

—Ya lo verás.

Ethan no se detuvo a esperarla mientras cruzaba la calle. Violeta,

de haber querido, podría haberle dicho que sabía a dónde iban, pero para ser honestos le encantaban las sorpresas, incluso si ya no eran del todo sorpresas.

—¿Cómo va la universidad? —quiso saber ella. Ethan sonrió.

—Termino este año. Casi no me lo puedo creer. Ha pasado tanto y aun así se siente como si hubiese empezado ayer.

—Conozco el sentimiento.

—Es extraño, ni yo lo logro entender por completo.

—Imagínate; cuando nos conocimos llevabas tan poco y ahora…

—¿Por qué te fuiste, Violeta? Sé que llevábamos nada de conocernos, seguro que lo tenías planeado hacía tiempo, pero no puedo evitar sentir que fue todo demasiado rápido. —Violeta bajó los ojos al suelo sin responder, y meditó sus palabras. ¿Cómo reaccionaría él si le decía la verdadera razón por la que se había ido? ¿Sabría él, siquiera, un atisbo de todos los secretos que su madre ocultaba?—. Siempre haces eso.

—¿El qué?

—Desviar la mirada cuando te preguntan algo que no quieres responder, como avergonzada, o como si no quisieras que las personas vean la expresión en tus ojos mientras piensas la mentira que vas a decir. Sonriendo, como si el solo hecho de considerar decir la verdad te hiciera gracia.

No supo qué responder. Se preguntó qué cara debió haber puesto, mientras miraba perpleja al chico que tenía delante. El tiempo lo había cambiado; su apariencia ya no era la de un muchacho que acababa de entrar en los veinte, sino la de un joven que rozaba los veinticuatro o veinticinco años. Seguía usando aquellos gruesos

lentes negros tipo *hipster* que hacían que sus ojos avellana destacaran aún más.

Violeta pensó en lo mucho que esos ojos se diferenciaban de los de Dominik, y en cómo, al decir aquellas palabras que la dejaron muda, no hubo reproche, sino pura curiosidad y algo más que no lograba descifrar. Acaso era… ¿reconocimiento?

—Yo… yo no…

—Está bien, Violeta —dijo y, para su sorpresa, lanzó una carcajada que logró liberar la tensión de los hombros de la muchacha—. Después de todo, siempre puedes inventarte algo.

Sonrió rememorando ese día en el bar, no como el comienzo de algo fatídico para ella, sino más bien con anhelo.

—¿Y tú? ¿Por qué aceptaste volver a verme? No hablamos en años. —Ethan se encogió de hombros. Violeta pensó que ese gesto le daba de vuelta la apariencia de un adolescente.

—Supongo que mi vida sin ti no tuvo sentido todos estos años. —¡JA!

—¿Y eso es verdad?

—No del todo.

Del todo.



Pasaron el resto de la tarde en el bar en que se conocieron, sentados en una de las esquinas más apartadas del lado de la cafetería, junto al inmenso ventanal que dejaba entrar la bella luz del sol. Cada uno sostenía una taza de café entre las manos. El

tiempo transcurrió tan rápido hasta que, sin darse cuenta, la hora de almuerzo ya había pasado.

—¿Te parece si voy a pedir algo de comer? —dijo Ethan, levantándose ya.

La chica resopló.

—Claro que sí.

Lo observó dirigirse hacia el mostrador con un atisbo de culpa. Se le hacía muy fácil estar con él, y esperaba que Ethan sintiera lo mismo, pues para el plan que se había propuesto Violeta tenía que lograr que Ethan se enamorase de ella. ¿Qué tan factible sería mantener sus propios sentimientos a raya? Era irritantemente sencillo imaginar una vida de la que él pudiera ser parte, sin mentiras ni engaños, ni un pasado que la atormentara. Se le hacía demasiado fácil, y no podía permitir que eso la distrajera.

Por otro lado, le bastaba con recordarse a sí misma de quién era hijo. La visión de Katherine Hallaway era suficiente para generarle un rechazo incontrolable. Aunque Violeta sabía lo injusto que era culpar al hijo por los pecados de la madre, de momento era el único mecanismo que tenía para evitar involucrarse con él: no podía permitirse que eso sucediera, o todo estaría jodido. *Más* jodido.

Miró hacia afuera, deteniéndose en el leve cambio de color del cielo que empezaba a notarse. Se perdió un momento en el exterior, suspirando. Sus dudas eran pasajeras; estaba segura de lo que hacía. No planeaba retroceder, mucho menos ahora.

—No sabía qué te gustaría —dijo Ethan sentándose a su lado con un enorme plato de papas fritas entre las manos—, así que traje lo básico.

—Lo básico funciona para mí.

Comieron entre risas y el tiempo siguió pasando. Cuando el sol amenazaba con esconderse en el horizonte, ambos supieron que había llegado la hora de despedirse. «Vamos», le había dicho Ethan, «te llevo a casa».

Violeta intentó que su sonrisa se escondiera tras su cabello. ¿Cómo era posible que un chico así…? No. Un chico así *nada*.

Sin detenerse a pensarlo, subió con el muchacho al auto negro que había dejado estacionado cerca de la plaza y le indicó la dirección de su apartamento. Él, como buen conocedor de la ciudad que era, no tuvo problemas para llegar.

Estaban a unas cuadras de su edificio cuando ella no pudo contenerse y le preguntó:

—¿Cómo es que sabes eso?

—¿El qué?

—«Desviar la mirada cuando te preguntan algo que no quieres responder» —citó, esperando que comprendiera, pues no sabía cómo más explicarse.

Ethan chasqueó la lengua.

—Porque… —Suspiró con la vista al frente, como buscando en el camino las palabras que necesitaba—. Es que ya te había visto con la misma expresión, cuando te fuiste.

—¿Qué?

—Ese día, en la plaza. De la nada dijiste que tenías que irte. No fue hasta después que supe que te habías ido de la ciudad, pero ya en ese momento lo presentía. Tenías esa mirada en tu rostro… Supe que algo te estabas guardando.

Se sentía mortificada. Se forzó —y vaya que tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad— a lanzar una carcajada.

—Creo que estás bastante trastornado, Ethan. Hasta te imaginas cosas.

Y él, a pesar de que intuyó que de nuevo estaba ahí el abismo que los separaba, sonrió.

—Eso es muy probable.

—Lamento haberme ido así, sin decirte nada. Esa mujer era tu madre, ¿verdad? —Listo, lo había hecho—. Lamento no haberme presentado. Muy mala educación de mi parte, seguro causé una primera impresión terrible.

Como si le importara.

Lo dijo en el momento, pues este se había dado. Sonó perfecto: la mentira perfecta, tal como la ensayó. Miró a Ethan a los ojos con un arrepentimiento que no tenía nada que ver con lo que acababa de decir. El chico rio.

—No te preocupes. Tampoco tuvimos demasiado tiempo. —Dobló en la esquina para aparcar en el estacionamiento de visitas del edificio. Violeta no dijo nada, esperando (rogando) que continuara por su cuenta—. Y sí, era mi madre.

—Vaya, no se parecen demasiado, por lo que recuerdo.

Ethan volvió a reír. En el fondo de su cabeza, Violeta amó que él siempre riera.

—Créeme, me lo dicen seguido. —Ambos bajaron del auto y caminaron a la entrada. Una vez allí, él sostuvo la puerta para que ella pasara y la siguió—. Ella me dice que me parezco más a mi padre, pero yo tampoco estoy muy seguro.

—¿Y eso?

La puerta del ascensor se abrió frente a ambos.

—No he visto al hombre en años, así que no podría asegurarte

nada en lo que a él concierne. Salvo las pocas fotos en familia que mi madre guarda.

No dijo nada más.

—Oh.

Por primera vez Violeta no supo qué responder.

—¿Puedo preguntar…?

—Quizá para la próxima. —Señaló al frente: ya habían llegado—. Violeta…

Escuchó a Ethan susurrar a su espalda, tomándola del brazo para impedir que cruzara la puerta que habría de separarlos hasta que se encontraran de nuevo. Apenas lo vio, Violeta supo lo que pasaría.

La mirada en esos ojos logró romper algo en su interior. Era sincera, genuina como pocas otras, y le costó recordar que era el hijo de la mujer que lo había arruinado todo.

—Ethan…

—No digas nada. —La detuvo, acercándose. Por algún motivo, saberlo tan cerca le dio miedo. Ese *beso* le daba miedo. No por lo que pudiera pasarle, Violeta sabía que él jamás le haría daño, pero intuía, casi con dolor, que podría llegar a significar mucho más de lo que estaba dispuesta a aceptar—. No hace falta.

Sus labios estaban sobre los de ella, sus manos rodeaban su rostro con infinita delicadeza, y sintió que su cuerpo reaccionaba. Su cabeza sabía que debía responderle, era parte del plan: él tenía que creer que eso era lo que ella quería, que deseaba estar con él y seguir adelante hasta que estuvieran «oficialmente» juntos.

Eso era lo que él debía creer, pero por un momento ahí, con sus labios rozando su boca, Violeta también lo creyó. No supo cómo sentirse.

Alguien carraspeó en el corredor y la hizo separarse de un salto de Ethan.

Dominik.

¡Dios! ¿Cómo es que siempre se las arreglaba para aparecer cuando menos lo necesitaba? Ah, pero habían quedado de verse. Habían quedado por mensaje en que Violeta le mostraría su apartamento por la noche, y lo había olvidado.

Igual, podría haber sido más sutil.

Violeta le lanzó una mirada llena de fastidio y él no se inmutó: siguió ahí, apoyado en la pared opuesta. Se veía enojado, para variar. Violeta sentía que, incluso desde antes de que ella se fuera, él siempre estaba enojado.

Ethan, ignorante de toda la situación, se despidió con una sonrisa en los labios.

—Nos vemos —murmuró Violeta.

Apenas se fue, Dominik la encaró:

—¿Qué mierda estás haciendo?

Lo ignoró y entró en su departamento. Dominik la siguió y atrapó la puerta antes de que se cerrara en su cara. Violeta no reaccionó cuando el portazo se escuchó tras ella. Continuó sacándose la chaqueta y dejando las llaves sobre la mesa de entrada, intentando ignorar la mirada taladrante que sentía en la espalda.

Dominik parecía estar a punto de estallar, y solo para llevarlo al límite le preguntó con sorna:

—¿Se te ofrece algo?

—¡¿Cómo puedes estar con él?! —gritó sin mirarla, paseándose por el corredor—. ¿Es que ya no te acuerdas de quién es hijo?

—Claro que me acuerdo. ¿Cómo iba a olvidarlo? Creo que ambos

recordamos muy bien los hechos antes de que me fuera.

—Y ahora volviste… ¿por él?

—Volví, Dominik —replicó, siguiéndolo mientras él entraba en su habitación como si fuese su propia casa. Esa era la confianza de años de amistad. El chico se acercó hasta la ventana y perdió la vista en el exterior—. No importan las razones por las que lo hice. Estoy aquí, ¿es que no te alegra? ¿Aunque sea un poco?

—Sabes que no es eso —cortó él, pero su expresión se había ablandado.

—¿Y entonces?

—No entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—A ti.

—¿Y eso?

—¿Cómo puedes, Violeta? —Dominik se volteó finalmente, dignándose a verla. La expresión en sus ojos ella no logró descifrarla —. ¿Cómo puedes estar con él? ¿Cómo puedes soportarlo? ¿Cómo puedes…?

—¿Qué? ¿Besarlo? —La palabra salió de sus labios como si la hubiese escupido: se burlaba de él, y hasta le daban ganas de gritarle por no tener el valor para decirlo en voz alta. El chico clavó sus ojos en ella sin decir palabra—. Tengo mis razones.

Dominik resopló.

—¿Razones? ¿Te importaría *compartirme* esas razones? — Como Violeta no dijo nada, él se desesperó—. ¡Dímelo, maldita sea! Dímelo, Violeta, dime tus razones, y espero que sean buenas porque de lo contrario no lograré entender jamás por qué te estás exponiendo de este modo.

—¿Exponerme? Dominik…

—No hay excusas: es peligroso, Vi. Es su hijo, ¿qué esperas? —Ella dudó. Hubo un tiempo en que le habría confesado todo en un dos por tres, mas ahora… Habían pasado años desde la última vez que aquella confianza fue casi tangible—. ¡Violeta!

—¡Es *a ella* a la que quiero llegar! —soltó—. A *Katherine*, Dominik. Es a ella a la que quiero llegar con todo esto.

—¿A qué mierda te refieres?

—Quiero que vuelva al sitio de donde jamás debió haber salido. —Dominik resopló tirando de su cabello con las manos.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo, exactamente, planeas hacerlo?

Violeta se quedó callada durante unos segundos, y él no la apresuró. Se limitó a observarla con un desafío creciente en los ojos.

—Soy la hija de su examante —dijo mordaz—. Tengo maneras de recordarle qué fue lo que consiguió que pasara encerrada casi una década en un manicomio.

—¡Maldita sea, Violeta! ¡¿Es que te volviste loca?!

—Interesante elección de palabras. —Se burló.

—¡Y va en serio! ¿Cómo se te ocurre…? No, no, no,Violeta, *no*. No puedes hacerlo.

—No puedes prohibírmelo.

—Puedo impedir que lo hagas. —Eso, por alguna razón, logró sacarla de sus casillas.

—¿Qué te hace creer eso? Tú no tienes ningún control sobre mí, Dominik. ¡Ninguno!

—Pero lo tuve, ¿no es así?

—¿De qué demonios estás hablando?

El chico se acercó a ella, Violeta retrocedió.

Ella nunca retrocedía, pero lo hizo porque temía el contacto de sus cuerpos, la sensación de su calor transmitiéndose hacia ella.

—Hubo un tiempo en que me escuchabas. Hubo un tiempo en que confiabas en mí, para estar contigo, para protegerte, para cuidarnos el uno al otro.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado. Algo en su interior se removía, frenético.

El recuerdo de ellos dos bajo la lluvia. Ella, triste, desgarrada; él, curioso, asustado. «Debes de estar triste», resonó su propia voz en su cabeza.

«¿Qué te hace pensar eso?»

«Yo también estoy triste.»

Sintió como si el hilo que la conectaba a su infancia, a él, se tensara y le rogara por que dejara entrar de nuevo todos aquellos sentimientos que durante años trató de reprimir.

Tragó con fuerza antes de susurrar:

—Los tiempos cambian.

—Violeta, no hagas esto. Es arriesgado, es peligroso, lo sabes. Por favor…

—Tengo que hacerlo, Dominik.

—No, no *tienes*.

—¡Que sí! ¡Tú no lo entiendes, no entiendes todo lo que he tenido que vivir! Lo que vi esa vez… ¡diez años, tenía! Y no lo puedo olvidar…

—Violeta…

—¡Nada que puedas decir me hará cambiar de idea!

—¿Y él? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Es su hijo. Es la única forma de llegar hasta ella.

—Es *su hijo*. ¿Cómo puedes saber que es seguro estar con él?

—¿Acaso estás celoso? —se burló la chica, aunque una leve oleada de calor recorrió su cuerpo al decir esas palabras. Sentía el corazón en la garganta.

—Por favor, no seas ridícula. No quiero que te pase nada, eso es todo.

—Dom…

—Tú y yo… fue solo un beso, Violeta.

Ella se quedó callada porque *jamás* se le pasó por la cabeza que él fuese a mencionarlo. No hablaron del tema en tres años, ¿por qué hacerlo ahora?

Solo un beso. La mirada en los ojos de Dominik no le decía lo mismo.

Tuvo que forzar a su corazón a volver a su pecho desde el suelo al que había caído, y odió la forma en que su voz sonó pequeña.

—No estoy hablando de eso.

—¿Entonces?

—¡Entonces déjame hacer mi vida!

—¡No si eso implica que puedas terminar muerta!

—¡Eso no va a pasar!

—¿Cómo lo sabes, ah? ¡Dime!, ¿qué te hace estar tan segura?

El silencio cortó sobre ellos como un cuchillo. La tensión, la rabia, el miedo, la preocupación… todos los sentimientos se entremezclaban en el ambiente, transformándose en una cosa: deseo. Dominik miró a la muchacha como queriendo sacar de sus ojos las respuestas a todas las preguntas que se le pasaban por la cabeza, sin embargo, esas respuestas parecían estar ocultas para él.

Violeta lo leyó en su mirada antes de que él avanzara.

—No puedes…

Pero sus labios ya se habían encontrado, y ella no tuvo la fuerza de voluntad para alejarlo. *No puedes decirme que solo fue un beso y después hacerme esto. Tampoco puedes besarme como si…*

Quiso gritar, golpearlo y sacarlo de una vez de su casa, de su cabeza y de sus sentidos, pero cuando sintió las manos del chico subir por su cintura bajo su blusa ya nada de eso importó; nada salvo ellos dos, ahí, desquitando toda la rabia y el enojo en un beso febril.

Quiso tomarlo todo de él con ese beso, con el mover furioso de sus labios, aunque una parte de ella estaba segura de que eso iba a arruinarlos a ambos.

—Fue solo un beso, ¿no?

—Violeta… —susurró contra sus labios.

Todo en su interior se removió. Él jamás había dicho su nombre de esa forma, como si le suplicara por tenerla, por dejar que la besara. No estaba segura de si estaba en lo correcto, pero esa fue la sensación. Y ella lo dejaría. Mierda, sí lo dejaría.

—No quiero escucharlo. —Y volvió a unir su boca con la de él, atrapando su labio entre los dientes.

Ninguno supo quién fue el que dio el siguiente paso: si ella, al subir la camiseta negra del muchacho hasta dejar su torso desnudo, o él, al alzarla con fuerza por la cintura y sentarla en el arrimo de la entrada, quitándole la blusa tan rápido que no se dio cuenta de que se había esfumado.

Violeta gimió bajo, envolviendo las piernas en sus caderas. Apretó con fuerza, por instinto, porque lo necesitaba. Lo necesitaba ahí y ahora, tanto como respirar. Tal vez, incluso más.

El jadeo de Dominik cuando sus pelvis se tocaron le erizó la piel. Y él besó su boca y su cuello y su pecho, succionando, mordiendo. La sensación de sus labios contra su piel no iba a poder borrársela nunca de la cabeza. Maldita sea. Después de eso, ¿cómo iba a volver a mirarlo? Tendría que encontrar la forma, porque no se imaginaba su vida sin él, pero esto… Tal vez la pregunta correcta era: ¿cómo iba a volver a mirarlo *solo* como su amigo?

Sus pensamientos la enfurecieron. No quería pensar, no en ese momento, así que se entregó por completo. Tiró del cabello de Dominik hasta que sus bocas se encontraron de nuevo y lo besó desesperada, con un deseo que llevaba reprimiendo por tres años. Cada vez que habían hablado, cada vez que escuchaba su voz madura en el teléfono, lo había reprimido. Lo reprimió también esa mañana, al verlo en la cafetería, al atisbar los músculos que se adivinaban bajo su camiseta y que antes no estaban ahí.

Ya no iba a reprimirlo.

Y Dominik sintió que, con ese beso, Violeta lo estaba matando. Ya no podía más; su pecho iba a explotar, de deseo y de otras cosas que no podía reconocer, pero fuese lo que fuese, era ella. Siempre había sido ella, la persona que lo llenaba, que lo hacía completo.

Y, al mismo tiempo, *no podía* ser ella. De modo que Dominik dejó salir su frustración, su enojo y sus celos, para dejar a Violeta sobre la cama. Ni siquiera sabía cómo llegaron ahí.

No pensaron, ninguno lo hizo, solo se dejaron llevar por eso que jamás creyeron y que les decía, que más bien les *exigía*, eliminar las barreras entre sus cuerpos. A pesar de ello, algo dolía y quemaba con cada toque; algo que hacía que la necesidad de estar juntos se convirtiera en un anhelo que ninguno podía controlar y que estaba

prohibido. Lo había estado desde el momento en que decidieron que no dejarían que impulsos como aquellos arruinaran lo que tenían.

A Violeta no le importó estar desnuda frente a él; la mirada oscura, fija sobre su pecho, quemaba y ardía y la hacía querer más, incluso sabiendo que iba a arrepentirse después.

Dominik se tomó su tiempo en desnudarla, en quitar sus prendas una a una, asegurándose de tocar y besar cada rincón de su cuerpo. La deseaba así, tal como la tenía, desnuda entre sus brazos, y ya era muy tarde para intentar negarlo. No podría, aunque hubiera querido. Y si esa iba a ser la única vez, tenía que aprovecharla.

Fue un iluso. Un tonto, ingenuo e *iluso*, porque de verdad creyó que iba a ser la única vez. Que, después de eso, no iba a necesitarla cada segundo de su maldita vida.

Sobrepasado, con cada poro de su piel ardiendo por ella, la miró con duda.

—¿Vi…?

Ella no dudó.

—No pares.

Gracias al cielo, pensó.

Entrar en ella fue como entrar en el puto paraíso, y que ella gimiera su nombre mientras lo hacía, fue su perdición.

Compartieron una sola mirada que gritaba que ya no había vuelta atrás.

Exploraron sus cuerpos como si fueran extraños, como si no se conocieran desde siempre. No fue dulce, no fue suave. En cambio, estuvieron juntos con urgencia, dejando salir por los poros todas las peleas, los celos y las discusiones, entre besos y caricias.

Dominik besó cada centímetro de su cuerpo, olvidándose de los

años y las veces que prometieron que eso jamás pasaría. Olvidándose de los niños que habían sido, olvidándose de sí mismo. Ahora todo lo que quedaba de eso era un deseo aplastante, que no se iba por más que ya estaban juntos. Su piel era como una droga.

Desde ahí ninguno se controló. Ya no importaba el miedo, porque sabían que si el otro lo rechazaba de todos modos la barrera entre la amistad y el deseo ya se había roto, y jamás volverían a ser los que eran antes.

CAPÍTULO 13
Error tras error

«Tat Way» – TATE MCRAE



Violeta se levantó antes de que el sol lo hiciera. Sintió una fría brisa rozar la piel desnuda de su hombro, que apuntaba hacia la silueta

dormida de Dominik en su cama. Jamás se le hubiera ocurrido, en todos los años de conocerlo, que algún día terminarían así. Lo consideró aquella vez que se besaron hacía tres años, desechando la idea de inmediato en honor a ese niño inocente que había conocido en las lluviosas calles de Manhattan. No era, en definitiva, la primera vez que estaba con un hombre de aquella manera, pero el hecho de que ese hombre fuese Dominik Benedict era algo que le estaba costando trabajo asimilar.

Se dejó llevar por su tacto, por el calor de sus labios húmedos sobre su cuerpo y por la energía que la recorría cada vez que él la miraba igual que lo había hecho la noche anterior; como si llevase la vida esperando ese momento. No sabía si lo ocurrido era bueno o malo. Quizá, pensó, simplemente *era*. La recorrían escalofríos de temor y deseo cada vez que lo recordaba, cuando rememoraba la sensación de sus manos sobre ella, de su boca…

Para, le dijo a su mente. *Por favor*.

Mientras Dominik dormía, así tan pacífico, con ese abandono y sin esa chispa de adrenalina que siempre cargaba en los ojos, se veía como una fotografía.

Violeta se levantó cuidando de no despertarlo: no estaba lista para enfrentarse a él, y se cubrió con una delgada bata negra. No tanto para abrigarse del frío, sino para dejar de sentirse expuesta. Se encaminó descalza hacia la cocina y en menos de un minuto una taza humeante de café amargo calentaba sus manos. No pudo evitar quedarse parada frente al ventanal de la terraza, observando el amanecer asomarse y la ciudad despertar de su letargo.

Lo sintió acercarse antes de que él hablara. Su cuerpo se tensó y pensó que la brillante y delgada tela que acentuaba su cintura no

era suficiente para cubrirla de la mirada de Dominik, que la traspasaba por completo. Su silueta negra contrastaba con las paredes blancas.

Sintió su pecho en la espalda, sus manos en los hombros, transmitiéndole el calor que le faltaba. No hablaron durante varios minutos, ambos perdidos en la vista desde la altura de unas calles interconectadas. Afuera, la vida seguía como si todo pasara. Y *pasaba*; dentro de Violeta, todo pasaba. Era pura emoción y deseo y temor, ganas de voltearse y besarlo, así como también de escapar para siempre de sus ojos.

—Lo siento —dijo él al fin.

Y Violeta no supo si lo decía por lo que habían hecho, por la pelea, por siempre terminar discutiendo con ella o porque ya nada era lo mismo. Tal vez, porque todo seguía igual. Violeta no entendió por qué se disculpaba, pero eso no le impidió decir:

—Yo también.



Pasó dos días ensimismada, encerrada en su apartamento con el teléfono apagado, antes de obligarse a sí misma a aceptar que no podía huir del mundo cada vez que las cosas en su cabeza se complicaban. No porque estuviese mal, sino porque sabía que el mundo siempre iba a terminar por encontrarla. Se dio cuenta de eso el día en que el muchacho de cabello y gafas negras tocó la puerta de su departamento.

—Ethan Carter —dijo, disimulando su sorpresa.

Había acostumbrado a llamarlo también por su segundo nombre,

tal vez por el hecho de que nadie la llamaba nunca por el suyo.

—Violeta…

—Camille.

—¿Qué?

—Mi segundo nombre. —La muchacha sonrió y se hizo a un lado —. Ven, pasa.

«Violeta Camille», lo oyó murmurar.

Quién hubiera imaginado que estaría en su casa con el hijo de la mujer que mató a sus padres.

Se sintió extraña dejando a Ethan entrar en su hogar, pero era lo menos que podía hacer. De todos modos, ese hecho pasó al fondo de su subconsciente con rapidez. Guio a Ethan hacia la sala de estar y tomó asiento cerca de la ventana que daba a la terraza. El día estaba soleado.

—Me gusta tu casa —comentó el chico.

—Gracias. No he vivido aquí demasiado tiempo, un par de semanas antes de llamarte, de hecho.

—¿Fue ahí cuando volviste a la ciudad? —Ella asintió—. Te llamé estos días —lo dijo con tono recriminatorio, aunque sonreía.

A Violeta le daba curiosidad la forma en que su expresión y su voz se contradecían.

—Estuve un poco enferma. Gripe —mintió.

—Oh. ¿Muy mal?

—No tanto, creo que solo necesitaba dormir.

Sí, en definitiva: el mundo siempre terminaba por encontrarla. Cuando Violeta se aproximó a coger su celular y lo encendió por fin, se dio cuenta de que esperaba más de lo que recibía. Por ejemplo, habría esperado que al desbloquearlo brillara en la pantalla algún

mensaje de Dominik. Una llamada perdida, un texto diciendo algo, lo que fuera, pero nada de eso. En su lugar, un par de mensajes de Ethan y algunas llamadas perdidas del mismo número.

—Pero ¿estás mejor?

Violeta asintió, avergonzándose por un momento de la ropa de algodón gris que llevaba puesta.

—Ya me ves, como nueva. —Bajó la mirada a sus manos—. Me llamaste varias veces.

Ethan no pareció sentir ningún tipo de vergüenza. Se encogió de hombros.

—Fue como si hubieses desaparecido otra vez. Por lo general, no tengo buenas experiencias cuando la gente desaparece.

Violeta asintió; las palabras calaron hondo en su interior. Intuía que había algo ocultándose tras ellas, un abismo que no estaba listo para compartir. No podía estar segura, pero conocía la sensación.

—¿Se van y no vuelven? —aventuró.

—Exacto.

Se sintió conmovida al pensar que, en ese pequeño lapso de ausencia, había sido él quien se preocupó por su bienestar, quien la llamó y la buscó.

Se levantó y fue a sentarse a su lado en el sillón de la sala. Volvió a considerar la idea de que desearía llevar puesto algo mejor, a pesar de ser consciente de que esos pantalones cortos grises con la sudadera a juego le quedaban bastante bien. *Bah*, pensó con un bufido. *Te queda bien, deja de preocuparte por ridiculeces*.

Rozó con una de sus manos la rodilla de Ethan. Él levantó la mirada tras sus gafas negras.

—Estoy mejor —le aseguró Violeta—. Y no volveré a desaparecer.

Le sonó a verdad a medias, pero el chico le creyó. Eso era lo importante.

No sabía si seguiría viviendo en la ciudad después de que su plan se hubiese concretado. Quizá se iría de vuelta.

Ethan sonrió.

Esa sonrisa suya era contagiosa.

—¿Quieres ir a comer?

Sin importar su voto de mantener la cabeza fría, ella sonrió también porque la espontaneidad de ese muchacho lograba sacarla de sus casillas en el mejor de los sentidos, y eso le encantaba. Descubrió, muy a su pesar, que había muchas cosas de él que le gustaban.

No, no debía pensar en eso.

—Claro que sí. Yo invito esta vez.

—¿Y eso?

—Me has invitado prácticamente desde que nos conocimos. Lo justo es justo.

—Sí, y hemos salido menos de tres veces desde entonces, así que creo que no cuenta.

Entre risas Ethan aceptó y Violeta fue a su habitación a ponerse algo más presentable y, por supuesto, maquillarse las pestañas. Cuando salió, encontró a Ethan observando uno de los cuadros que había en la entrada, que mostraba las olas reventando sobre la costa en tonos anaranjados. En cuanto reparó en ella, la chica se dio una vuelta como si modelara.

—¿Me veo bien?

—Tú siempre te ves bien, Violeta.



Ese día salieron a comer. Y al siguiente se juntaron a tomar helados por la tarde. Y el día después de aquel, Ethan la llevó al cine. Ese día volvió a besarla.

Luego de la película pasaron la tarde junto a la plaza. Violeta estaba recostada sobre su estómago, apoyando los codos en el pasto verde y tibio, como si buscara mantenerse anclada a la tierra.

La cascada de cabello color chocolate se extendía abarcando toda su espalda, e Ethan, que estaba sentado a su lado, no podía dejar de mirarla.

—¿Qué? —le preguntó ella.

—Nada, es que… me gusta tu pelo. Combina con tus ojos.

Violeta sonrió sin decir nada. Su mente traicionera viajó hasta Dominik, que tenía el cabello del mismo color que el suyo, y los ojos también. Se parecían en eso, y en nada más. Tal vez sus expresiones, sus formas de hablar que se habían mezclado y enredado con los años, pero sus facciones, su tono de piel, incluso la forma de sus ojos era distinta.

—¿Te gusta vivir acá? —quiso saber Violeta, cortando el hilo de sus pensamientos.

Ethan lo meditó.

—No tengo con qué compararlo, he estado aquí toda mi vida. No lo sé, la verdad.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque no es malo, pero también han pasado cosas… —La frase se quedó flotando en el aire durante tanto rato que Violeta pensó que no diría nada más, sin embargo, después de suspirar, agregó—:

Cosas que desearía que no hubiesen pasado, y me pregunto si de habernos mudado o algo… quién sabe, tal vez todo sería muy diferente.

—No nos conoceríamos —le hizo ver. Él le dedicó una gran sonrisa.

—No, supongo que no.

—¿Qué clase de…? ¿Qué clase de *cosas*?

—Supongo que hay mucho que no te he contado sobre mí.

—Está bien, porque hay mucho que yo tampoco te he contado de mí.

—Quizá algún día…

—Quizá —puntualizó ella.

Jamás sería capaz de contarle que sus padres habían muerto a manos de su madre, y estaba segura de que ese tipo de incidentes de su pasado eran a lo que él se refería con «cosas».

Ethan tenía que saber que su madre había tomado vidas; Violeta se dio cuenta por el modo en que hablaba. Esa certeza la golpeó cual puñetazo. ¿Cómo reaccionaría si supiera que frente a él estaba la persona cuya existencia había destrozado?

La piel de Violeta se erizó. No quería enojarse en ese momento, pero lo hizo, porque no llegaba a entender cómo alguien como él perdonaba a alguien como *ella*.

Las palabras que Dominik alguna vez le dijo asomaron a su memoria. «Es su hijo, ¿qué esperas?». Sin embargo, por más familia que fuesen, eso no lo era todo. Ya lo sabría ella, que siempre había estado en contra de ese dicho... ¿Cómo era? Ah, sí: la sangre es más densa que el agua.

Pero mierda, no le cabía en la cabeza.

Se dio cuenta, con una seguridad dolorosa, de que por más que quisiera ellos jamás llegarían a estar juntos del modo en que lo estaban las personas que se enamoraban, porque los secretos y las mentiras eran muchos y, por más que el chico le gustara, sus diferencias eran demasiado grandes. El muro de hielo que la separaba del mundo volvió a reconstruirse, a sabiendas de que su plan dependía enteramente de cómo avanzara su relación.

Se concentró en el ambiente, para que su enojo y ese frío en su interior se disiparan al ver pasar a la gente riendo en la calle. También miró para no ver a Ethan, y cuando él le comentaba algo —«Cuando era pequeño era como ese niño de allá, ¿lo ves? Igual de hiperactivo»; «Me acuerdo cuando salíamos con mis padres...»; «¿Y a ti? ¿Te gusta vivir acá?»—, ella se esforzaba por que no le llegara al fondo del corazón su modo de pensar.

Después de unos segundos, Ethan no se resistió más. Se acercó a ella y tomó su rostro, atrayéndola hacia sí. Violeta cerró los ojos, con un millón de dudas y pensamientos contradictorios en la cabeza. Cuando sus labios se tocaron, hubo uno que sobresalió entre los demás: unos ojos color chocolate que la miraban pidiéndole que no siguiera adelante.

A pesar de ello, Violeta se dejó besar.

—¿Pasa algo?

—¿De qué hablas?

—No sé, estás como...

—¿Cómo estoy? —quiso saber cuando él se quedó callado. Ethan le sonrió.

—Nada, olvídalo. Todo está bien.



El departamento de Dominik Benedict era tal y como lo recordaba. No había puesto un pie allí en años, pero lo reconocía de los pocos días que pasó allí entre su salida de la casa de sus padres adoptivos y su encuentro con Katherine.

Violeta a veces tendía a desvariar. Un minuto se encontraba pensando una cosa y, al segundo, se hallaba a sí misma con la cabeza en las nubes. En ese momento pensaba en la Residencia. *La casa de acogida*. A Violeta jamás le gustó llamarla así; los oficiales de policía y trabajadores sociales se refirieron desde el inicio a ese lugar como una «casa de acogida», y fue todo menos eso.

Creía que era porque se compadecieron de ella y no querían que pensara demasiado en el hecho de ser huérfana a los diez años. Violeta odiaba que sintieran pena por ella: ella era, sin excepciones, la única persona que tenía permitido compadecerse de sí misma.

En ocasiones era inevitable pensar que, viendo la persona en que se había convertido, tal vez merecía que todo aquello hubiese ocurrido, pero Dominik solía decirle que nadie merece ver a su familia asesinada, y que ella misma no era en ninguna forma «mala» como para estar pagando algún karma. Entonces le daba la razón.

Caminó hasta el piso de Dominik y tocó la puerta sin miramientos. Necesitaba su ayuda. Se escucharon pasos al interior y la chica se apresuró a cubrir el visor con la mano. Un segundo después, la puerta se abrió y ella se alejó.

—Violeta. —Dominik parecía sorprendido, y Violeta se atrevió a suponer que era porque no había puesto un pie allí en tres años.

O, quizá, porque no eran ni las nueve de la mañana y él acababa

de despertar. No pasó desapercibido para ella el hecho de que estuviese sin camiseta.

Trató de no mirar, trató de no recordar cómo se sentía la piel de su torso contra su pecho desnudo…

Respiró hondo.

—Hola, Dom. ¿Puedo pasar?

Él echó una mirada furtiva al interior y, como quien no quiere la cosa, abrió más la puerta y con un gesto la invitó a entrar. Violeta pasó sin inmutarse. El lugar estaba tal como recordaba, aunque con unos cambios sutiles por aquí y allá que no lograba distinguir del todo. Cuando el muchacho cerró la puerta tras ella, Violeta lo miró de arriba abajo.

—¿Sueles recibir medio desnudo a los extraños? —se burló. Siempre había sido fácil burlarse de él.

—Difícilmente serías una extraña, Vi. Y eres la única que vendría aquí a esta hora.

La muchacha sonrió.

—*Touché*.

Él se la quedó mirando un minuto antes de suspirar.

—¿A qué debo el placer de tu visita?

Ella resopló.

—Necesito tu ayuda.

—*Wow*. —Genial; ahora era él quien se burlaba de ella—. ¿Habré escuchado bien, o es que Violeta Cortana está pidiendo mi ayuda?

—Ja, ja.

—Vale. ¿Qué necesitas?

—Quiero que vayas conmigo a la casa de mis padres.

Se hizo el silencio. A Dominik le costó procesar aquello. Desde

luego, no se le había olvidado su estúpido plan, pero tenía la esperanza de que lo dejara estar, de que se alejara como había hecho años atrás, que recorriera el mundo, sin importar que eso conllevara tenerla lejos y extrañarla cada maldito segundo… y ella no lo haría.

Dominik se negaba a ser parte del juego como ella quería, se negaba a ayudarla en eso que podía salir muy mal, en muchas maneras.

—No quisiste volver cuando quedó a tu nombre al cumplir los dieciocho —le recriminó, sin poder disimular del todo—. ¿Qué es lo que buscas, Violeta? ¿Perturbar a los muertos?

—Prefiero perturbar a los vivos.

A veces, cuando discutían así, Violeta pensaba: *si las miradas mataran…* Estaría muerta para entonces, porque Dominik tenía una fiereza en los ojos que a ella siempre le había faltado. Quizá era que solo a ella le afectaba, o que solo a ella la veía de ese modo.

No sabía si eso era bueno o malo.

Dominik recargó su torso descubierto contra la puerta que daba al pasillo y se cruzó de brazos. Como era claro que él no iba a decir nada más, Violeta suspiró. ¿Por qué siempre debía estar en su contra?

—Necesito revisar las cosas de mi padre —admitió al fin.

—¿Para?

—Necesito recordar cómo era su letra, para imitarla.

—¿Para?

—Necesito escribir una carta.

Como ya se lo venía suponiendo, Dominik preguntó:

—¿Para?

—Para recordar los viejos tiempos en que le escribía cartas de amor a su amante —se burló ella.

—Planeas enviarle cartas a Katherine.

Lo dijo a medio camino entre una afirmación y una pregunta.

—Planeo muchas cosas. —No era del todo mentira—. Su estabilidad mental pende de un hilo, solo necesito empujarla un poco más.

—No pienso ser parte de esto. No estoy de acuerdo, Vi. Vas a salir lastimada.

—¿Estás de broma?

—Lo siento.

Silencio.

Entonces, algo pasó. Algo que *definitivamente* no se esperaba.

La puerta en la que Dominik se hallaba recostado se abrió de golpe; fue tan repentino que el chico tambaleó hacia atrás. A Violeta le sorprendió un poco, pero no tanto como ver a la muchacha de cabello rosa, cubierta con no más que una de las camisetas negras de Dominik, asomarse por la puerta y quedarse ahí plantada, enseñándole al mundo la piel descubierta de sus esbeltas piernas.

—Ah, Dominik, no… no sabía que estabas con alguien.

—Vuelve adentro. Voy en un segundo —indicó Dominik a la chica *pelirrosa*.

Como si eso fuese toda la explicación que necesitaba, la joven asintió y desapareció por el pasillo.

Violeta se dio la vuelta para que él no pudiese ver su expresión. Quiso, por milésima vez en lo que iba de la semana, desaparecer sin dejar rastro. Sintió un grito querer salir por su garganta; un grito de

furia, de dolor, de traición y de humillación, mas no fue eso lo que salió, sino una carcajada cargada de un dolor que solo ella conocía.

Había sido tan, tan estúpida…

Se había involucrado, eso era lo que pasaba. Para personas como ella involucrarse con alguien era la ruina, y no estaba dispuesta a admitir —mucho menos en *ese* momento— que se había enamorado de Dominik.

Lo sabía hacía años, incluso si no se atrevía a admitirse a sí misma que se había enamorado como una ilusa de su mejor amigo, del chico que siempre estuvo con ella… y que estaba con otra.

—¿Vi…? —preguntó él, cauteloso.

Fue la misma pregunta que le hizo noches atrás, antes de…

Idiota.

—Así que eso era.

—¿A qué te refieres?

—No… —Se quedó helada, sin saber qué decir. Tenía mil pensamientos en la cabeza y no logró convertir ninguno en palabras. Se dio cuenta, con dolor, de que ya no tenía sentido—. No te preocupes. —Se decidió al final—. Puedo arreglármelas sola.

Salió hecha una furia, un torbellino, un corazón roto. Era una muchacha que había vivido poco, pero que había pasado por mucho. De pronto, ya no quiso seguir peleando.

—Violeta, ¿estás bien?

¿Le importaba, siquiera?

Sí, claro que le importaba, pero eso solo hacía menos probable que le dijera la verdad. Estaba harta. Todo la enojaba, la frustraba. Estaba… harta. Y aunque nada de lo ocurrido era culpa de él, se sentía como si lo fuera, así que lo trató como tal.

Durante unos eternos minutos, ella no respondió. Se limitó a mirarlo con una expresión inescrutable que no cambió en todo el rato que se mantuvo en silencio. Dominik sabía que había un millar de pensamientos volando, pasando como un tornado por la cabeza de la chica; miles de cosas que le gustaría decir o gritar. Lo que no podía saber era cómo se sentía de verdad.

—Siempre lo estoy.

Se marchó despacio, como quien no tiene prisa por salir de un lugar. Incluso si eso hubiera querido… ya no había fuerzas. Pensó en Ethan, y en que ahora era mucho más fácil hablar con él que con el muchacho que había conocido durante toda su vida. Sus malditos sentimientos lo habían arruinado todo, tal como temía.

En el fondo, muy, muy en el fondo, Dominik sabía que debía ayudarla, pero estaba aterrado de que eso la destruyera. Solo quería encontrar la forma de volver a esos días de amistad incondicional en donde él haría cualquier cosa por ella, y lo mismo para Violeta. ¿Qué estaba diciendo? No. *Sabía* que era así: él haría cualquier cosa por ella y estaba seguro de que la chica sentía del mismo modo, no obstante, el abismo que había empezado como una pequeña grieta se agrandaba cada vez más en proporciones descomunales, separándolos desde el momento en que todo en sus cabezas se había complicado.

El beso. Dominik le echaba la culpa a su impulsivo *yo* de hacía tres años y a ese maldito beso que se habían dado y que no pudo sacarse de la cabeza durante ese tiempo. Era culpa del beso, o suya. Del beso *y* suya. Fuese como fuese, después de aquello ya nada era igual.



La música se sentía increíble al ingresar a sus oídos y podía notarla como gasolina corriendo por sus venas, encendiéndola, haciéndola chispear. Siempre le había gustado la música y en ese momento, en la fiesta, bailando como lo hacía, Violeta se preguntó si había dejado de escucharla cuando sus padres murieron, o si fue cuando llegó a la Residencia… o cuando Amber murió y Scott empezó a tener resacas todos los días. Como él odiaba el ruido, todos en la casa aprendieron a hacerlo también.

Se preguntaba por el momento exacto en que dijo «no más», y sacó la música de su vida. Se dio cuenta de que su vida era un gran y luminoso signo de pregunta.

Lo cierto era que Violeta amaba las fiestas, y amaba que fuese nada menos que Ethan Carter Hallaway quien estuviese ahí con ella, pues eso le impedía a su cerebro pensar en la persona con la que *de verdad* le gustaría estar ahí.

La música resonaba por todas partes: en el suelo, en las paredes, en cada fibra de su cuerpo. Ethan se acercó, poniendo ambas manos en la parte de su cintura que la camiseta de lentejuelas —que adoptaba el color de las luces de neón— dejaba al descubierto. Por primera vez Violeta no pensó en las consecuencias ni en el plan macabro que siempre bullía en el fondo de su cabeza, y lo besó como si lo necesitara para existir.

Él no se resistió: se pegó más a ella hasta que cada parte de sus cuerpos entró en contacto. Cuando su lengua se juntó con la suya, y fue consciente de cómo las manos del chico acariciaron su largo cabello castaño, ella quiso más y más; más de Ethan, más del chico

del que juró no enamorarse, pero que con un roce de sus labios lograba hacerla olvidar por un momento sus conflictos, y tuvo que contenerse y esforzarse por recordar el lugar en el que estaban.

Se alejó lo suficiente como para verlo a los ojos mientras intentaba calmar su respiración. En momentos como ese, a pesar de sus veintiún años volvía a sentirse como una adolescente.

Eso, hasta que vio a Dominik con la mirada clavada en ellos y distinguió claramente, a pesar de la gente y la oscuridad, que no estaba para nada contento. Violeta deseó que dejaran de encontrarse de esa manera.

—¿Me disculpas un segundo?

No esperó a que Ethan le respondiera y se apresuró a alcanzar a Dominik antes de que desapareciera entre el gentío. Lo encontró en un pasillo, por lo demás sombrío, donde poca gente deambulaba, iluminado apenas por una luz mortecina.

—¿Estás siguiéndome? —Casi gritó. Dominik le daba la espalda.

Algunas de las personas que pasaban por ahí se voltearon a verlos, pero no dijeron nada y siguieron con sus vidas.

—¿De qué estás hablando? Ni siquiera sabía que estabas aquí, menos con…

—Vale. Lo que tú digas.

Y era cierto. Maldita sea, Dominik solo había querido alejarse, distraerse. Escuchar la música tan fuerte que no alcanzara a oír los pensamientos en su cabeza, bailar con chicas que no tuviesen los ojos color chocolate, y que le hicieran olvidar toda la mierda que llevaba tiempo haciendo. Quiso distraerse y terminó yendo al mismo lugar que ella, probablemente en busca de lo mismo.

Eran tan diferentes y, en muchos sentidos, también eran iguales.

Debió haberlo sabido.

Violeta iba a irse sin decir más, pues se dio cuenta de que no tenía caso.

—Violeta, espera. —Dominik tiraba con delicadeza de su brazo. No podía dejarla volver. Si tenía que ser honesto, no podía dejarla volver *con él*—. Por favor, para esto…

Ella, que habría esperado una respuesta diferente, suspiró.

—Dominik, ya lo hablamos…

—¡Es que no lo soporto! —Ahora él también gritaba, frustrado.

Fue a poner las manos alrededor de su rostro, para que la muchacha esquiva no evitara su mirada, y supo que fue un error cuando sus ojos chocaron con los suyos y sintió el inevitable impulso de besarla.

Respiró. Respiró, respiró… A la mierda.

Sus bocas se encontraron con ese enojo que siempre terminaba de la misma forma, y a Violeta —no la Violeta que aparentaba y que se obligaba a ser, sino la niña que estaba cansada de pelear con su mejor amigo de toda la vida— le habría encantado pensar que la besaba porque la quería *más que como una amiga*. En el fondo, sabía que ese no era el caso.

Dominik era impulsivo, siempre lo había sido, y esas no eran más que sus hormonas y sus celos hablando. Incluso sabiendo esto, se dejó llevar porque no podía evitarlo: era como si un imán la atrajera a él, y estaba cansada de pelear contra ello.

Dejó que la arrastrara hasta uno de los baños que por suerte estaba vacío, y pronto su espalda chocó contra la pared del cubículo. Sus piernas se engancharon en las caderas de Dominik. El metal estaba frío ahí donde tocaba la piel de su columna, pero el calor del

chico conseguía que nada le importase. Se odió a sí misma por estar haciendo aquello, sin embargo, la parte de ella que gobernaba su cuerpo, esa que estaba llena de Dominik, no quería pensarlo demasiado.

Sus labios se movieron con deseo y con enfado, y estuvieron en su boca, y en su cuello, y en la curva de su hombro… Dios, así no podía pensar, mucho menos luego de que él la alzó. Lo único que le quedaba era apretar las piernas con más fuerza alrededor de sus caderas, sintiendo el deseo de ambos latente en la piel. Todo de ellos se tocaba y eso la volvía loca. Si conseguían deshacerse de la ropa…



Enredó las manos en su cabello revuelto mientras que él fue a

meter las suyas por debajo de la falda corta que, en esa posición, dejaba todo de ella al descubierto.

A Violeta no le importó dónde estaban. De hecho, la adrenalina de saber que alguien podía entrar en cualquier momento no hacía más que empeorarlo. No quería detenerse, así que besó a Dominik como si fuera la primera y la última vez.

Tal vez lo era.

—Violeta —susurró sobre su boca. ¿Querría él detenerse?

Lo dudaba, sus reacciones le decían todo lo contrario. Él *la deseaba*. Eso sí que le había quedado claro.

No lo dejó hablar y volvió a besarlo. Quemaba. Ardían entre deseo y placer. La boca de él descendió hacia su pecho y sus manos se apoderaron de sus piernas. ¿Repetirían lo que habían hecho hacía un par de semanas? Ella estaría dispuesta…

Y, justo ahí, recordó. Maldita sea, *recordó*: recordó a la muchacha desnuda, y cuando Dominik fue a subirle la camiseta recordó que, al igual que él, ella tenía orgullo.

—No —dijo dándole un empujón—. Ya no voy a dejar que sigas jugando conmigo.

Salió del cubículo arreglándose el cabello y alisándose la ropa, luchando por que el calor se quitara de una vez por todas de sus mejillas y del resto de su cuerpo. Dominik fue tras ella hasta el pasillo.

—¿Jugar contigo? Violeta, no…

—¿Entonces vas a decirme que haces esto porque te gusto? —le espetó—. ¿Vas a decirme que, después de todos estos años, me ves como algo más y no solo como una hermana pequeña a la que tienes que cuidar? —Se detuvo esperando que él le dijera algo, lo

que fuera, para bien o para mal… pero no lo hizo—. ¿Vas a decirme que no quieres que esté con él, que me besaste y te acostaste conmigo porque estás enamorado de mí? —De nuevo, él no dijo nada. Violeta intentó ocultar la decepción y el dolor que sentía con una carcajada sin alegría—. Eso creí.

Mentira. Sí, eso creía, pero *esperó* todo lo contrario.

—Espera…

—¡¿Ahora qué?!

—Yo no… Yo nunca…

No sabía qué decir. La sostenía de la muñeca, y en ese minuto Violeta sintió que su tacto quemaba. Se removió para apartarse, leyendo la culpa en sus ojos.

—¿Me quieres? —dijo sin poder contenerse.

—Sabes que sí.

—No me refiero a eso. —Se acercó un paso más a él, y esta vez fue Dominik quien se alejó—. ¿Te gusto, al menos? —Silencio: duro y mortal silencio—. Entonces, te agradecería que mantengas tus manos lejos de mí.

Cuando se alejó, el muchacho no fue tras ella —como parte de su ser aún quería— sino que gritó desde el fondo del pasillo:

—¡No sabía que te sentías así!

—Oh, claro que sí. No te hagas el imbécil. Lo supiste hace tres años y lo sabes ahora. Siempre lo has sabido, solo que, en vez de decirme que no sientes lo mismo, decidiste usarlo a tu favor para intentar tomar las decisiones por mí.

—¿Qué? No. Violeta, no.

—Si lo dices en serio, apóyame —le pidió. Era lo único que les

quedaba—. Apóyame en este plan que sé que odias y pruébame que el chico que conocí en las calles sigue ahí.

Por un eterno minuto no dijo nada, aunque Violeta sabía que no iba a negarse; no cuando ambos sentían que estaban a nada de perderse. Ahora era ella la que usaba sus sentimientos a su favor, pero ya no se arrepentía.

Lo vio debatirse, lo vio desviar su mirada a la pared y caminar de un lado a otro como si lo estuviesen apuntando con un arma, hasta que se paró frente a ella y dijo:

—Está bien. Cuenta conmigo.

CAPÍTULO 14
Un viaje al pasado

«Can I Be Him» – JAMES ARTHUR



Dominik no sabía cómo se sentía. No sabía cómo se sentía respecto *a ella*.

Él no estaba enamorado de Violeta… ¿o sí?

No sabía si sentía lo mismo, solo sabía que la necesitaba como al aire para respirar, que no soportaba la idea de pensar en ella herida, que la deseaba como un adicto y que odiaba, *detestaba* con todo su ser, la idea de ella e Ethan Maldito Hallaway. Verlos juntos le hacía hervir la sangre. Si eso era amistad o amor… de eso no estaba seguro.

Recordaba haber sentido algo hacía muchos años, cuando no eran más que niños, y ella arrancó sus sentimientos de raíz cuando le dijo que jamás podrían cruzar esa línea. Él estuvo de acuerdo, así que jamás cruzó esa línea.

Hasta ahora.



—¿Estás lista?

Ethan se volteó hacia ella antes de prender el motor. Quería asegurarse, pese a que sabía que ella era la clase de persona que siempre estaría lista para lo que fuera. Violeta sonrió.

—Nací lista.

Ethan encendió el auto con un movimiento de la muñeca. La muchacha no tardó en perderse en el exterior, en el paisaje que se extendía frente a ella, que le encantaba, que la hacía sentirse en la cima del mundo y que estaba a punto de desaparecer ante sus ojos para ser remplazado por las orillas del río. A Violeta ni siquiera le importaba a dónde irían a parar: solo quería vivir el momento.

Llevaban saliendo esporádicamente alrededor de dos semanas. Ethan aún no entraba a clases y Violeta buscaba trabajo en algún

hotel o empresa, algo donde poder lucir el título de Administración adquirido en Europa en los últimos años. El tiempo que tenían debían aprovecharlo al máximo, porque después podía reducirse de forma considerable.

Se preguntó qué haría Dominik, y de inmediato desechó el pensamiento; no quería arruinar el buen humor que llevaba.

En cuanto desapareció el paisaje de su cuadra, Violeta sonrió con genuina felicidad mientras el sol le golpeaba de lleno en la cara. La muchacha cerró los ojos: el viento le alborotaba el cabello atado en una coleta y sentía el olor de la primavera esparcirse en el aire. Las sombras que proyectaban las hojas de los árboles danzaban sobre sus párpados en tonos rojizos y oscuros.

Una canción empezó a sonar en la radio del auto. Había pasado tanto tiempo desde que la escuchó por primera vez que ya incluso había olvidado su existencia, pero apenas la letra empezó a aparecer en su cabeza no pudo evitar que una risa se escapara de sus labios. Cuando abrió los ojos se encontró de lleno con la mirada de Ethan.

—¿Qué? —le preguntó él con una sonrisa tímida.

—Es que amo esta canción.

—¿De verdad? No la conozco.

—Ahora la conoces. Escucha la letra, es muy buena.

La música siguió sonando y Violeta empezó a tararear y a golpear con los dedos sobre la puerta el ritmo de las guitarras, de la batería, de las voces…

Su familia se mudó a Manhattan cuando ella tenía ocho años, por el trabajo de su padre: era médico. Un día de vacaciones en primavera ella y su madre se dedicaron a limpiar la casa y a poner todo en orden, mientras que su padre iba y empezaba un trabajo

nuevo. En realidad, Camille era la que limpiaba y Violeta la seguía con su pequeña escoba, más jugando a barrer que barriendo.

Ese día era uno de los pocos que recordaba de su infancia con sus padres. La hacía feliz, como si cada pieza del rompecabezas estuviese en su lugar, y por fin se veía la imagen de lo que era ella, su vida y su familia. Jamás se le hubiese ocurrido que esa felicidad no duraría mucho más, pero en ese momento todo fue hermoso.

Miraba a Ethan y él la miraba a ratos, con una sonrisa pintada en los labios. Volvió a tener la sensación de que, en su interior, todo cobraba sentido: cada pieza volvía a encontrar su lugar y a encajar en su cabeza, incluso si no la volvía loca el puzle que armaban.

—¿En qué estás pensando? —gritó sobre el ruido.

—No creo que quieras saberlo —le respondió Ethan.

Violeta sí que quería saberlo. Quería saber lo que pensaba, lo que sentía estando con ella, porque le importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Algo visto con el rabillo del ojo llamó su atención. Al voltearse, apenas pudo contener el horror y pegó un grito, tratando de alejarse de la negra y enorme araña que caminaba en el vidrio junto a ella.

—¡¿Violeta?! —Ethan desvió la vista de la carretera.

Todo pasó en una fracción de segundo, y ella solo sintió que su cuerpo se impulsaba hacia un lado. El auto que venía en dirección contraria hizo sonar la bocina e Ethan viró de golpe, haciendo chirrear las ruedas contra el asfalto. El mundo se desdibujó fuera de los vidrios hasta que, de súbito, todo se detuvo: Ethan había puesto el freno a la orilla del camino, justo antes de estrellarse contra los matorrales.

El silencio se apoderó de ellos mientras lograban digerir lo que

había ocurrido.

—¿¡Por qué gritaste!?

—Ha-hay una araña… —La señaló con un dedo tembloroso.

Ethan resopló y se bajó del auto. Apareció de nuevo por su lado, abrió la puerta de un tirón y con la manga le dio un golpe al bicho hasta que cayó fuera del auto. Violeta no supo si había muerto o no, pero esperaba que sí.

Las odio, demándenme, pensó.

El chico la miró a los ojos. Violeta no supo qué decir. Tenía el corazón en la garganta y todavía le costaba asimilar lo cerca que estuvo de ella…

—¿Te das cuenta de que casi nos matas por una araña? —Asintió; necesitaba recuperar la compostura—. Me asustaste.

—Lo siento... —Ethan hizo lo último que la muchacha hubiese esperado y comenzó a reír. Estuvo así durante un rato, mientras Violeta lo observaba perpleja. Al final, logró contagiarse de una pequeña sonrisa—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿tú?

—Perfectamente.

Cuando dejó de reír, Ethan murmuró:

—Es extraño pensar en lo cerca que estuvimos… —Y así, ella aprovechó la oportunidad para retomar su actitud habitual.

—¿Ves? Ya lo vas captando.

—¿El qué? —Parecía no comprender. Violeta sonrió apenas.

—La vida.

—Entonces, según tú, ¿entender la vida es entender que podríamos morir en cualquier instante?

—Todos *casi* morimos alguna vez —replicó ella—. A veces no nos

damos cuenta.

Ethan negó con la cabeza.

—Estás loca…

—Te gusto de esa forma.

Como él no respondió, Violeta sonrió y no dijo nada más. Disfrutó el momento, porque la respuesta era clara en sus ojos: sí, le gustaba de esa forma.



Esa noche Ethan se despidió de ella con un beso cuando la dejó en su casa. Permaneció un rato tras la puerta cerrada, con las manos apoyadas en ella, recordando todo lo ocurrido ese día y a la vez tratando de no pensar más en eso.

Tomó su teléfono y le escribió a Dominik:

¿Sigue en pie lo de mañana?

Una punzada de culpabilidad se instaló en su pecho. Por más que lo pareciera, para ella no era fácil acallar las voces en su cabeza; esas que la llamaban traidora y mentirosa, manipuladora… porque lo era, y debía aceptarlo. Violeta decidió que ya no le importaba lidiar con ello, pues sabía y tenía clara la razón por la cual hacía las cosas. Eso justificaba todo.

Solo esperaba que, cuando todo terminara, Ethan encontrara la forma de perdonarla, o al menos entenderla, pero comprendería si no lo hacía y había decidido que podía lidiar con eso también.

Cuando ya estaba lista para meterse en la cama, con ese pijama

negro que apenas protegía su cuerpo del frío, su celular vibró en la mesita de noche.

Ahí estaré.

Fue lo último que vio antes de apagar la luz y cerrar los ojos.



Su antiguo hogar no había cambiado demasiado. Sí se veía más viejo y lleno de polvo; después de todo, habían pasado once años desde la última vez que estuvo ahí.

Violeta se detuvo a contemplar el apartamento a metros de distancia, desde el final del pasillo. Por alguna extraña razón, no le causaba el torrente de recuerdos y sensaciones que creyó que sentiría. Ahí ocurrieron muchas cosas, buenas y malas, sin embargo, se superponían en su mente las imágenes de la fachada azul de la casa de Amber y Scott, al igual que el concreto frío de la Residencia.

Eran solo lugares.

Caminó hacia la entrada con decisión, estaba ahí por un motivo y no iba a detenerse. Cómo se notaba que nadie habitaba ese lugar en años: incluso la mancha de sangre en la alfombra donde su padre había muerto seguía allí. Parecía vino derramado, pero Violeta no trató de convencerse de algo que no era. Se quitó la chaqueta que llevaba y la tiró en el suelo: ahora la mancha ya no estaba.

Pasó sobre ella y se detuvo en distintos lugares, apreciando cada libro, cada foto familiar, cada cuadro y pintura que su madre hizo en el tiempo que estuvieron allí. Desde que cumplió dieciocho y la

propiedad pasó a ser suya, rechazó todas las ofertas que pudo haber recibido de venderla o arrendarla. Jamás volvió. Sin sus padres ese ya no era su hogar, pero era el único lazo que todavía la conectaba a ellos. Algo tangible, así que tampoco podía deshacerse de ella.

Se acercó a la estantería y tomó una de las fotos enmarcadas en donde posaba de pequeña con sus padres parados junto al frontis del edificio, con cajas en el suelo y entre las manos. Fue el día que se mudaron. No le quitó a la foto la gruesa capa de polvo que la cubría; tampoco lo hizo con el mueble ni con nada más en la casa. La dejó estar, inamovible en el tiempo.

Pasó la vista por los lomos de los libros cuando un golpe en la puerta la hizo voltearse en esa dirección. Se aseguró de dejarla abierta, así que Dominik entró por su cuenta y le echó un vistazo a todo.

Era la primera vez que él veía el departamento.

—¿No te costó llegar?

Negó con la cabeza, distraído.

Analizó el espacio en silencio durante un momento y Violeta lo dejó observar cuanto quisiera.

—Nunca volviste, ni siquiera conmigo.

—No.

Dominik le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues no sé, no se sentía bien…

—No, no eso. Me refiero a que no quisiste volver ni hacer nada con esta, pero sí con la de los Scott.

Violeta se quedó pensando.

La casa azul. *Azul bebé*.

Cuando cumplió dieciocho, antes de irse a Europa por tres años, se hizo cargo de su herencia. No lo dudó ni un segundo y supo que esa casa se convertiría en un orfanato, en uno *real*, con personas que de verdad quisieran ayudar a los niños como ella, perdidos y solos. Personas como Camila, la trabajadora social, o personas como sus padres adoptivos: almas amables y generosas.

Donó esa casa a una fundación y, cuando estuvo lejos, recibió reportes mensuales los primeros meses en que se implementó el orfanato.

—Esa casa siempre estuvo cargada de buenos recuerdos. No importan los últimos meses, sino lo que sentí cuando llegué. *Esperanza*. Era lo correcto, era necesario. Se hizo algo bueno de algo bueno.

—También puedes hacer algo bueno de algo malo, Vi.

—Lo sé. —Ninguno habló durante los segundos siguientes, en que ambos volvieron a perderse en la visión de lo que ese lugar pudo haber sido—. ¿En qué piensas? —Quiso saber luego, casi con urgencia. Todo eso era una parte de su vida que jamás le había mostrado.

—En que debió haber sido hermoso cuando no estaba cubierto de polvo.

—Lo era.

Sonrió levemente, rememorando las superficies brillantes, las luces encendidas y la brisa moviendo las cortinas.

—¿Y ahora? ¿Vas a hacer algo al respecto?

—No sé, ya no se siente como mi casa.

Dominik suspiró.

—Bien, ¿qué es lo que buscamos?

—Ven, el escritorio de papá está por aquí.

Caminó con la certeza de que Dominik iba tras ella, recorriendo los pasillos y levantando polvo al pasar, pensando en que tal vez sí debería poner algo de orden.

Entró en una de las habitaciones. Era pequeña y lo único que contenía era un guardarropa y un escritorio frente a la ventana, donde su padre se llevaba las cosas del trabajo.

La chica corrió la silla y le pasó la mano para quitar algo de suciedad antes de sentarse. No podía recordar cómo había dejado su padre el escritorio antes de morir, pero supuso que el desorden se debía a que la policía registró sus cosas en la investigación del asesinato. No imaginaba qué tanto podrían haberles dicho los documentos que guardaba.

Empezó por hojear el calendario y las notas que estaban sobre la mesa, sacudiendo las páginas que permanecieron abiertas. Después abrió los cajones. Los encontró revueltos, llenos de tarjetas de negocio y números telefónicos, la mayoría sin un nombre de referencia. Violeta frunció el ceño cuando un par de pelotas saltarinas rodaron por el cajón.

Sus ojos se posaron sobre la libreta de cuero negro que le parecía haber visto un par de veces en su infancia. La abrió sin pensarlo demasiado y lo primero que encontró fueron fotos de ella y de su madre, con anotaciones de fechas y lugares. Más adelante había una tomada el día de la boda de sus padres. La examinó durante un segundo más de lo que le hubiese gustado; sintió el peso de la mirada de Dominik a su espalda y se tensó.

Pensó en lo felices que fueron sus padres, en lo contentos y enamorados que lucían en aquella imagen: ella con un precioso

vestido blanco de tul que llegaba hasta el suelo; él con un terno negro y el cabello perfectamente peinado. Ambos parados bajo un arco de flores, mirándose el uno al otro.

No pudo evitar preguntarse qué demonios pasó para que su padre llegase al punto de tener una amante.

Entonces, algunas páginas más adelante encontró algo desconcertante: un pequeño montón de papeles sobresalía de la libreta.

Eran cartas.

—No lo creo… —susurró.

—¿Qué es?

—Katherine. Le escribió cartas y él… las guardó.

—¿Vas a abrirlas? —Ella dudó.

—Luego.

—¿Segura? Puedo estar contigo…

—Está bien, puedo hacerlo más tarde. No tengo ganas de leer esto ahora. —Y era cierto.

—¿Ya tienes lo que buscabas?

—Sí. Solo me llevaré esto y ocuparé las notas para copiar la letra. Soy buena en eso.

Hubo un silencio. Violeta sacudió la cabeza, obligándose a salir de su estupor, y metió la agenda y las cartas dentro del bolso. Miró el cajón una última vez; se sintió tentada de llevarse algo más, pero lo cerró de golpe. No podía evitar odiar el recuerdo de su propio padre. Se preguntaba seguido si su madre lo hubiese perdonado por ser la razón por la que terminó muerta.

—Violeta… —Se volteó hacia Dominik sin levantarse—. ¿Para qué me trajiste? ¿Para qué querías que viniera contigo?

Ella se encogió de hombros.

—No quería venir aquí sola. Creí que sería demasiado…

—¿Y? —quiso saber él—. ¿Lo es?

—Yo… no estoy segura. Quizá. No lo sé.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Solo… quedémonos un rato más. Solo un minuto.

—Está bien.

El muchacho permaneció de pie explorando la estancia. Violeta se lo quedó mirando, analizando sus gestos, sus movimientos, y agradeciendo su compañía a pesar de todo.

—Quiero mostrarte algo.

Se levantó y guardó la silla bajo el escritorio. Sin pensarlo, tomó la mano de Dominik y lo condujo por el pasillo hasta otra habitación. Era su favorita.

Los recibió un gran ventanal en la pared del fondo, con una cortina de velo blanco que solía ondular cuando la ventana estaba abierta. El sol entraba tiñendo las paredes de dorado y la vista hacia el río era todo lo que Violeta había imaginado durante años en su cabeza; era tal como la recordaba, una mezcla hermosa de ciudad y naturaleza, observada desde un pequeño refugio en que una mujer había pintado y pintado.

Montones de cuadros descansaban en el piso apoyados en el muro, cubiertos por tela para protegerlos de la suciedad. Una repisa de madera colgaba en la pared de la izquierda con algunas manchas de colores, llena de pinturas, pinceles, aceites y barnices. A la derecha, un sillón pequeño celeste y muchas plantas. Eran falsas, por suerte, porque Violeta habría muerto de pena ahí mismo al ver

las plantas marchitas de su madre. Nunca se le dio bien cuidarlas, de modo que las compraba de plástico.

Una banqueta alta de madera y un atril también de madera, se ubicaban junto a la cortina. Violeta se acercó a ver la pintura que su madre jamás pudo terminar.

—Este era su estudio.

—Me doy cuenta. Tu madre pintaba increíble —dijo Dominik, admirando una de las pinturas bajo la tela.

Ella sonrió, sintiendo por primera vez una punzada de nostalgia desde que puso un pie en la casa.

—Era la mejor.

—¿Y tú?

—¿Qué cosa? ¿Pintar? —Dominik asintió—. No, para nada. Soy terrible.

—¿De verdad?

—De verdad. —Se sentó en la silla frente al atril, y Dominik hizo lo mismo en el suelo, en medio de la estancia—. Me gusta, eso sí, pero se me dan mejor otras cosas.

—¿Como…?

—¿Las matemáticas? —Dominik rio.

—Eso ya lo sabía. Podrías hacer algo con eso, estudiar o yo qué sé.

—*Estudié* algo —le recordó ella.

—Cierto —concedió él. A veces el cerebro de Dominik simplemente elegía dejar en blanco los años en que no estuvieron juntos.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Alguna vez piensas terminar la carrera? Economía, ¿cierto?

—Sí. No sé, no creo. Siempre me gustaron más las letras.

—¿Y por qué no estudias algo con eso?

Dominik lo pensó un momento.

—¿La verdad? No le veo el punto.

Violeta no dijo nada hasta que, de pronto, la urgencia de decir algo se apoderó de ella. Iba a hablar, cuando Dominik se le adelantó:

—Ese día, cuando viste a Katherine, te rogué que esperaras, Violeta, y no quisiste quedarte.

Violeta sintió un puño revolviéndole las entrañas con culpa y dolor. Suspiró, se levantó de la banca y fue a sentarse junto a él en el suelo.

—Lo siento, Dom. Fue demasiado, me tomó por sorpresa. No era algo que yo esperara.

—Oh, créeme, me lo imagino.

—Todos estos años…

—¿Estos años qué, Vi? —insistió, ya que ella no hablaba.

La muchacha respiró profundo un par de veces antes de continuar.

—Todos estos años creí que ella estaría encerrada, cumpliendo la condena por el asesinato de mis padres. Creí que se había hecho justicia y que jamás tendría que preocuparme al respecto. Era mi única paz, mi único consuelo.

—Quizá…

—¡Se suponía que no saldría, Dominik!

—Violeta, sabes cómo funcionan esas cosas. Tenía problemas y por eso fue al hospital y no a prisión…

—¿Y?

—Quizá se… mejoró. Quizá los problemas *pasaron*.

—Tal vez —coincidió la chica—, pero eso no es algo con lo que

pueda vivir, Dom. Aquel día me llevaste a ese hotel…

Una vez que los recuerdos volvieron, no pudo alejarlos.

—No dijiste ni una palabra en todo el camino hasta Queens.

—No sabía qué decir.

—Me quedé contigo esa noche. —Casi podía verlo: las paredes impecables, las sábanas de esa enorme cama perfectamente estiradas y ellos dos sobre ella. Violeta no quería moverse, no quería pensar. No sabía ni cómo empezar a procesar toda la situación cuando las lágrimas ya se estaban deslizando por su rostro. No quería que él las viera, pero él lo hizo y la abrazó hasta que se quedaron dormidos—. Me dijiste que querías irte, que no aguantabas estar en la misma ciudad, en el mismo país…

—Y tú me hiciste entrar en razón, me hiciste esperar.

—Quedaban dos semanas para tu cumpleaños, era lo que más te convenía. Te dije que después de eso serías libre de ir donde quisieras por tu cuenta… —Dominik suspiró, casi con arrepentimiento—. Creí… Esperaba que para entonces quisieras quedarte.

—Dominik… no podía.

—Lo sé. —Él la entendía, por supuesto, pero todavía le dolía recordar el momento en que la vio desaparecer por las puertas del aeropuerto—. Lo sé, Violeta, siempre lo supe, pero quería creer. Quería creer que no te irías.

Sintió ganas de llorar.

—Lo siento.

—No, está bien. Cuando llamaste ese día… ¿te acuerdas?

—Te llamé muchos días, Dominik —le hizo ver.

Él negó con una sonrisa pequeña.

—La primera vez que me llamaste desde París. Me enviaste una foto de la torre Eiffel. No sabes lo mucho que te extrañaba, Violeta, lo mucho que quería que estuvieras conmigo de nuevo. —La chica sintió que su corazón se ablandaba con cada palabra—. Pero de alguna forma también sentí que estabas en el lugar correcto. Y fui… fui feliz por ti, Vi.



Se miraron durante un largo rato. Violeta vio muchas emociones en sus ojos, ninguna que pudiera descifrar. ¿En qué estás pensando, Dominik?, se preguntó. No sabía en qué minuto se le había hecho tan difícil leerlo. Incluso así, sentía el magnetismo de sus ojos como el primer día, cuando se conocieron. Ese hilo seguía ahí y se le

antojó que, por más que lo tensaran, era un vínculo que jamás se rompería.

Le costó volver a encontrar las palabras.

—Lo estaba. Fue difícil volver.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

—Trata de contener tu emoción —le dijo con sarcasmo. Él la miró mal, así que suspiró—. Sentí que tenía que hacerlo, no podía vivir escapando. Lo pensé mucho, ¿sabes? Más de lo que crees.

—¿Y esa fue la única razón? —presionó—. ¿Vengarte?, ¿solo eso?

—¿Qué quieres que te diga, Dominik? ¿Que te extrañé todos los días que estuve lejos? —Él no fue capaz de decir nada, y no hizo falta. Sí, eso quería: quería saber que lo había echado en falta con la misma locura que él a ella—. Porque sí, lo hice, y que no volviera no significa que te extrañara menos, solo que no podía, no en ese momento.

Dominik no la miró; en cambio, fijó su vista en la pared y se pasó las manos por el cabello castaño, como solía hacer cuando quería arrancarse los pensamientos del cerebro.

—Violeta, lo siento.

Su corazón dio un doloroso salto en su pecho, y vio al joven frente a ella como el niño que una vez conoció cuando él puso la mano en su mejilla.

—¿Por qué?

—Por nada… ¿por todo?

La muchacha asintió, comprendiendo de alguna forma.

—Está bien. Yo igual lo siento.

—¿Crees que…? —Se interrumpió cuando el teléfono de Violeta empezó a sonar. Ella lo sacó de su bolsillo y miró la pantalla.

Se volvió hacia él; tenía que saber qué era lo que iba a preguntarle, lo necesitaba con tanta urgencia… pero la expresión de Dominik había cambiado del cielo a la tierra, y la mano que tenía en su rostro cayó inerte.

—¿Creo que…?

—Deberías contestar eso —dijo sin emoción, mirando el nombre de Ethan Hallaway escrito en letras luminosas.

Derrotada, contestó.

—Hola. —Dominik se alejó del cuarto: no le interesaba en lo más mínimo escuchar el otro lado de la conversación—. No, estoy volviendo. ¿A-ahora? —Dominik se volteó a verla y ella no supo por qué, pero sus miradas se quedaron clavadas hasta que, de forma escueta, él asintió con la cabeza una única vez. Violeta reaccionó y se apresuró a responder—. Vale, te veo allá.

Colgó el teléfono.

—¿Te vas?

Violeta asintió.

—Ibas a decirme algo. ¿Qué era?

—Ah… no sé, no me acuerdo.

—Mentiroso.

—Es en serio.

Por favor, quiso pedirle. Al final, lo dejó estar.

—Vale.

El momento se había roto. Algo dentro de Violeta también se había roto.

Salieron del edificio sin esperar nada más, deteniéndose en la acera para pedir un taxi. Apenas uno paró junto a ellos, Dominik se apoyó en el vehículo y Violeta se subió atrás.

—¿Estamos bien? —Él asintió—. Gracias por venir.

—De nada. Me gustó haberlo hecho.

Violeta sonrió una última vez y dejó que Dominik cerrara la puerta. Lo vio encaminarse hasta su auto sin mirar atrás, como si nada importara, al tiempo que le hacía una seña al conductor para ponerse en movimiento. Solo cuando Violeta se alejó, Dominik se atrevió a mirar cómo ella se perdía de vista.

¿Crees que podamos volver a ser los de antes?, quiso preguntarle.

Había perdido la oportunidad.

De algún modo, Dominik siempre terminaba por perder sus oportunidades.

CAPÍTULO 15
Memorias de un engaño

«You Broke Me First» – TATE MCRAE



—¿A almorzar? —preguntó Violeta, tratando de disimular su sorpresa.

Intentó que no se le formara un nudo en el estómago. Después de todo, eso era lo que quería, ¿no?

Sí.

—O a cenar, como tú prefieras.

Sonrió a consciencia, porque debía hacerlo. En general, se le hacía difícil no contagiarse de las sonrisas de Ethan, tan tiernas y sinceras, pero ahora…

Ahora sentía una espina en su corazón ante lo que le estaba pidiendo.

Se reunieron en la cafetería donde se conocieron: se había vuelto su lugar de encuentros. Violeta llegó alrededor de media hora después de recibir su llamada, y lo halló en el fondo del lugar con un café y un libro entre las manos. Se detuvo en la entrada, observándolo subirse los lentes con los dedos, frunciendo el ceño, concentrado en lo que leía.

«¿García Márquez?», preguntó ella.

Ethan había volteado a verla con sorpresa; estaba tan inmerso en las palabras que no se percató de la presencia de la muchacha. Sonrió con timidez.

«*Cien años de soledad* es de los mejores libros que existen —respondió—. Deberías leerlo.»

—Almuerzo me parece bien.

—Perfecto. Quiero que conozcas a mi madre, creo que te caerá bien.

Sí, seguro que sí.

—Eso espero, me da nervios —confesó. Era de las pocas verdades que podía ofrecerle.

—Lo sé, a mí igual.

Cómo habría deseado que fuese solo eso: nervios. Violeta recorrió el lugar con los ojos sin ver realmente a su alrededor.

—¿Cuándo?

—¿El viernes?

Era martes.

—Claro. ¿Pasas por mí?

—Por supuesto.

La muchacha pasó sus manos con inquietud por sus piernas.

—Se está haciendo tarde, debería irme.

—Está bien. —Ethan se inclinó hacia ella y depositó un beso en sus labios. Violeta sonrió y se levantó tomando sus cosas—. ¿Hablamos?

—Te llamo mañana —prometió.



Apenas llegó a casa tiró sus cosas sobre la cama y se sentó en el piso cruzando las piernas. Sacó el paquete de cartas de su bolso: eran por lo menos veinte. No se detuvo a contarlas. Tomó una; la primera del montón, y se preguntó qué encontraría ahí.

Las cartas estaban en sobres abiertos, que no tenían más que el nombre del destinatario escrito en letras cursivas en la parte de atrás. La tinta ya no brillaba sobre el papel y este ya no era tan blanco. Violeta suspiró: habían pasado años.

No se entretuvo para no acobardarse y sacó la carta, escrita en un papel delgado y translúcido, sin líneas más que las de la ordenada caligrafía ladeada.

Leyó:

2 de abril Kyle:

Sé lo que estarás pensando: cartas. Algo anticuado, ¿no es así? Sí, lo sé, pero pensé que esta sería la mejor manera.
Ha pasado una semana desde nuestro encuentro, y quiero que sepas que soy consciente de la situación en la que estás. Sé que es por culpa mía. Tienes una vida hecha, y ambos sabemos que no te puedo pedir que la abandones por mí. En el fondo, tampoco querría eso. Debes pensar en tu familia, al igual que yo, y por lo mismo entiendo que no hayas llamado ni aparecido de nuevo por acá.
Te mentiría si te dijera que no pienso en ti cada día; quiero que estés conmigo, eso no voy a negarlo y sí, sé lo que conlleva, así que respetaré tu decisión sea cual sea. Solo te pido que no me ignores y me la hagas saber. Luego, si nuestros caminos deben separarse, estaré bien con eso.

Katherine H.

La siguiente era más corta, fechada un par de días después:

5 de abril

Kyle:

Lo entiendo. Supongo que ya sabía cuál iba a ser tu respuesta. En cuanto a tu petición, no tienes de qué preocuparte; nuestra relación será estrictamente profesional. Prometo que no cruzaré esa línea y no volveré a involucrar mis sentimientos. Gracias por escribirme.
Cuídate mucho, Kyle,

Katherine H.

Violeta miró el resto de las cartas, extrañada. Su padre… ¿la había rechazado? La siguiente carta estaba fechada semanas después:

27 de abril Kyle:

Gracias por haber venido; no sabes lo mucho que significa para mí. Hace tiempo te hice una promesa: te dije que nuestra relación se limitaría al trabajo y que jamás volvería a mencionar los sentimientos que tanto conflicto te causaron. Hasta ahora he cumplido, pero los acontecimientos recientes han hecho renacer una esperanza que creía muerta. Entonces, debo decirte que estoy enamorada de ti y que, si me lo pides, no dudaré un segundo en dejar este infeliz matrimonio para estar a tu lado, siempre y cuando nos aceptes a mí y a mi hijo. Yo, a cambio, prometo hacer lo mismo.
Por otro lado, si decides que tus sentimientos no han cambiado, no volveré a mencionar el tema. Eso sí, me vería obligada a presentarte mi renuncia en el acto, pues he descubierto que me es imposible estar cerca de ti y dejar mis emociones al margen. Ojalá lo entiendas.
Siempre tuya,

Katherine H.

Cuando abrió el sobre que seguía, se dio cuenta de que no eran más que un par de líneas, que le dejaron el corazón en un puño:

29 de abril

Mi amado Kyle:

No sé si te haces una idea de lo feliz que me has hecho. No pude dormir de la emoción, recordando a cada momento tus palabras. Espero que volvamos a vernos pronto.
Siempre tuya,

Katherine H.

La había rechazado… y después había vuelto con ella. Violeta no

supo cómo sentirse al respecto. Después de tantos años, todavía luchaba por hacer las paces con la memoria de su padre. Ya perdía la cuenta de todas las veces que lo había maldecido, presa del resentimiento, para luego verse ahogada por la culpa y el duelo. Era un ir y venir constante, y al final solo podía aceptar que lo amaba, lo extrañaba y lo resentía de igual manera; por engañar a su madre, por mentirles a ambas y, por más que no quisiera, también por considerarlo responsable de sus muertes.

1 de mayo

Mi amado Kyle:

No estoy muy segura de si ya te lo había dicho, pero me encanta cuando nos vemos. Ese lugar se ha vuelto muy especial para mí, y me alegró tanto saber que piensas en mí cada vez que conduces por ahí.
Eres lo que le trae dicha a mi vida, Kyle. Sin ti no sé cómo podría soportar a mi esposo. Mis días se habían vuelto grises hasta que tú llegaste y por eso te estoy eternamente agradecida. Siento que estoy enloqueciendo aquí.
Espero con ansias nuestro siguiente encuentro.
Siempre tuya,

Katherine H.

Espero con ansias nuestro siguiente encuentro.

Violeta odiaba esas palabras. Las odiaba, le repugnaban. Miles de imágenes pasaban por su cabeza a medida que las cartas iban reconstruyendo aquella desgraciada historia. Estuvieron juntos y luego él, arrepentido, se alejó de Katherine solo para terminar volviendo al estúpido juego.

Su padre tuvo tantas oportunidades para hacer lo correcto, para alejarse de Katherine antes de que estallara y haberle salvado la vida a su madre. También podría haberse distanciado de Camille; si en realidad eso era lo que quería, pudo dejar a Violeta vivir feliz con su madre y estaría viva, *viva*. Él lo estaría también. Quizá con el tiempo Violeta incluso lo hubiera perdonado.

Pero no. Tenía que arruinarlo todo.

16 de mayo

Mi amado Kyle:

Siento muchísimo haberte preocupado. Para ser completamente sincera, las cosas no han estado del todo bien en casa. Carter se vuelve cada vez más agresivo conmigo y yo me esfuerzo por que Ethan viva tranquilo, sin darse cuenta de nada. Lo sé: me dirás que podría dejarlo, pero no es tan sencillo como pensaba.

No me malinterpretes; odio a ese hombre, el tiempo en que lo amé ya es muy lejano. Lo que pasa es que, si me voy, tendría que llevarme a Ethan conmigo y él es muy pequeño, no lo entendería. Carter me perseguiría hasta el fin del mundo con tal de quitármelo.

Tampoco quiero eso, no quiero separarlo de su padre a pesar de todo. Sé que lo entenderías, porque sé que tú tampoco podrías hacerle eso a tu hija, alejarla de su madre por más que me ames a mí. No podrías.

No podrías, ¿verdad?

No soportaría perder a mi hijo, mucho menos a manos de mi esposo, pues tengo razones para creer que un juez le daría la custodia a él antes que a mí. Esta es la única razón por la que no me he ido, aunque nada me gustaría más que estar contigo. Te extraño, Kyle. Estas semanas sin poder verte ni saber de ti han sido una tortura. ¿Te parece si nos vemos en el lugar de siempre mañana por la tarde? Me haría muy feliz.

Siempre tuya,

Katherine H.

Violeta se pasó la tarde leyendo esas cartas, suponiendo las respuestas que su padre habría enviado, haciéndose una idea de la historia que no conocía, hasta que ya no quiso saber más. Había más cartas, por supuesto, pero decidió no seguir; no estaba segura de querer ver cómo evolucionaba su «relación». No quería más de las palabras de amor de Katherine, se sentía enferma al leerlas.

Aquel día, a los diez años, ella no entendió qué demonios había ocurrido. Sabía que una mujer desconocida estaba en su casa, discutiendo con su padre sobre su madre, y supo que él estaba muerto cuando su pecho dejó de moverse y no respondió a sus gritos histéricos. Más adelante logró conectarlo todo, y se enteró de que Katherine fue detenida nada más salir del edificio, porque todos los que estaban presentes cuando ella llegó se dieron cuenta de que traía sangre en las manos. Después la gente empezó a llegar a su departamento, que los recibía con la puerta abierta como si un cadáver no se ocultara tras ella.

Lo último que leyó se quedó grabado en su cabeza:

17 de junio

Mi amado Kyle:

Saber que te preocupas por mí me llena el corazón, pues me da esperanzas de que algún día llegues a amarme tanto como yo te amo. Me encanta saber que me extrañas y que piensas en mí cuando no estamos juntos. Sin embargo, quiero pedirte que por favor no te preocupes. Te prometo que tengo todo bajo

control aquí: nada malo va a pasarme, Kyle, y puedo resistir todo mientras estés conmigo. No sé qué haría si me dejaras, de verdad, no lo sé.
Te ama,

Katherine H.

Supo qué era lo que debía escribirle a Katherine.

Usó lo que quedaba de la tarde para revisar el cuaderno de su padre y copió las letras en un papel casi transparente. Después formó con cuidado las palabras que quería. Las calcó una y otra y otra vez, terminando con miles de papeles arrugados y con el genio frustrado, hasta que su muñeca se acostumbró a la letra y pudo escribir con soltura las frases en una nueva hoja.

Tomó uno de los sobres en los que Katherine había escrito el nombre de su padre años atrás y lo metió dentro.



Los días posteriores pasaron en un abrir y cerrar de ojos; fue como si el tiempo se le escurriera entre las manos.

Supo que era hora cuando Ethan la llamó para decirle que pasaría por ella en diez minutos. En ese momento, Violeta sintió que el corazón se le saldría del pecho. Sabía lo que tenía que hacer, sabía por qué lo hacía… lo que no sabía era si estaba lista para ver a esa mujer y fingir que no pasaba nada.

Caminó de un lado a otro de la habitación sintiendo un frío que traspasaba la piel de sus brazos y su espalda, un frío que no se podía quitar. De pronto, su respiración se hizo dificultosa. Lloró,

gritó, tosió intentando calmarse. Tenía que calmarse. *Ahora*. Si Ethan llegaba y la veía así todo estaría perdido, y no había esperado tanto para estropearlo justo cuando estaba por lograr lo que quería solo porque sus estúpidos sentimientos se entrometían en su camino.

Se sentó en el piso apoyando la espalda sobre su cama, alisando los pliegues del vestido que había escogido. Intentó pensar en colores, mirando la tela de su ropa, sin éxito. No quería pensar en que necesitaba de alguien más, pero no era el momento para jugar a hacerse la fuerte. Tomó el teléfono y llamó a la única persona que podría calmarla.

Saltó la grabadora de voz y ella maldijo en voz baja. Trató de nuevo.

Después de intentarlo unas diez veces más, se decidió por un mensaje. Supuso, con el corazón partiéndose en su pecho, que Dominik tenía el teléfono apagado. «Te necesito», escribió con los dedos temblorosos.

Un nuevo mensaje de Ethan apareció en su pantalla.

Estoy abajo.

Y Violeta supo que era hora de madurar. Se puso de pie, alisó una vez más su vestido y se acercó al espejo. Se secó el rostro y limpió con un pañuelo las manchas de delineador bajo sus ojos. Se preocupó también de secarse las pestañas, porque eso era lo que siempre delataba, parpadeando varias veces. Se alejó del espejo para ver su cuerpo completo… y sonrió, mirando a sus ojos como si fuesen los de otra persona.

Guardó sus emociones en el rincón más profundo de su alma y se encaminó a la salida.

CAPÍTULO 16
Fase 1

«LOUD» – SOFÍA CARSON



Violeta

Una brisa revolvió mi cabello al salir del edificio, y el calor del sol logró mitigar un poco el frío. *Al fin*.

Ethan apoyaba la espalda en el capó de su auto y miraba distraído algo en el cielo hasta que me vio aparecer por las puertas de vidrio. Sus ojos sonrieron tras sus lentes y yo me obligué a dejar de pensar. Cuando llegué junto a él, sentí sus labios depositar un beso en mi pelo.

—Te ves preciosa.

Sonreí también, un tanto abstraída.

—Gracias.

Al subirme al auto recordé todas las otras veces que estuve ahí, a dónde habíamos ido, las risas, los besos. De esa forma conseguí que la voz en el fondo de mi cabeza dejara de sonar. Ethan partió sin decir nada y yo me quedé como tonta mirando mi edificio desaparecer por el espejo retrovisor. Esperé que él no se diera cuenta de todo lo que trataba de ocultar, pero me dije a mí misma que también estaba siendo paranoica. Era imposible que lo adivinara.

Traté de relajarme poniendo las manos lo más sueltas que pude sobre mi regazo.

—¿Nerviosa?

—Algo —admití. Al menos eso era verdad.

—Va a estar todo bien.

—Nunca he estado en tu casa.

—Siempre hay una primera vez para todo, ¿no?

—Eso dicen. —Reí—. ¿Tu madre dónde vive?

Ethan frunció el ceño, mirando la carretera al virar.

—Vive conmigo hace años. Antes solía vivir a las afueras de la

ciudad, tenía un departamento muy bonito cerca de Hudson Square, pero creí que sería mejor que se mudara conmigo. Ella tiene… problemas de salud.

—Oh. —*Claro que sí, maldita psicópata*—. Lamento oír eso.

—Es por precaución, más que nada. No quiero que esté sola, aunque últimamente ha estado muy bien.

—Me alegro —murmuré.

Escuché a Ethan hablar un montón de cosas a lo largo del camino, tratando con todas mis fuerzas de prestar atención a lo que decía, hasta que me convencí de parar de intentarlo y me dejé llevar por el sonido de su voz, convertido en un murmullo en mi mente que me arrullaba y me calmaba. Apoyé la cabeza en el cristal del auto y cerré los ojos, respondiendo de vez en cuando con monosílabos y asentimientos a lo que decía, agradecida de que él siguiera parloteando aun cuando sabía que no lo estaba oyendo. Se lo agradecía más de lo que él pudiera imaginarse.

Me conecté con el zumbido bajo mi cuerpo, emitido por las ruedas que se deslizaban por el asfalto. Sentí que cada parte de mí entraba en sintonía con lo que ocurría alrededor y fue por eso que, cuando la velocidad del auto empezó a decrecer, abrí los ojos de golpe. Habíamos llegado antes de lo que esperaba. Ethan me sonrió pretendiendo tranquilizarme, aunque imaginaba que él también estaba nervioso.

Amable como siempre se acercó, me abrió la puerta y la sujetó hasta que bajé del coche y puse los pies en el estacionamiento. Ethan cerró el auto y tomó mi mano para guiarme hacia el elevador. Nos recibió una luz amarillenta que era, por lo demás, bastante

tétrica. Resoplé viendo cómo presionaba el botón del piso número doce y en cuanto se cerraron las puertas comenzamos a ascender.

—¿Sabes? —dijo acercándose a mí para susurrarme al oído a pesar de que estábamos solos—. Me alegra que estés aquí.

No supe qué decir, aunque no tuve que decir nada porque él me besó. Aun con todo lo que estaba sintiendo, sonreí contra sus labios y pensé en lo dulce que sabía. Cuando Ethan se alejó apenas unos centímetros, pude ver que sonreía también, muy cerca de mi rostro. Nos miramos a los ojos durante un momento sin decir nada, hasta que el ascensor se detuvo y ambos tuvimos que volver a la realidad.

Sin saber qué demonios esperar, lo seguí a través del pequeño pasillo. Antes de que Ethan terminara de sacar sus llaves, la puerta se abrió y una mujer apareció tras ella.

Me bastó verla para darme cuenta de que, aunque lo hubiese querido, hubiera sido imposible para mí no odiarla. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener aquella sonrisa hipócrita congelada en mi cara, y mis facciones en una mueca agradable que quiso caerse al segundo en que la vi. Cómo la odiaba…

Luché contra cada nervio de mi cuerpo que me gritaba que corriera de ahí.

Katherine sonreía con naturalidad, tratando de hacer sentir bienvenida a la novia de su hijo, o lo que sea que yo fuera. A esas alturas, la verdad es que me importaba poco. Eso sí, cuando me obligué a verla con la cabeza fría noté que la mujer que tenía delante distaba mucho de la que recordaba con horrible perfección de hacía once años, cuando decidió que mi familia tenía que morir. Ya no tenía esa expresión desorbitada en el celeste de sus ojos ni la

sonrisa desquiciada que te helaba la sangre. Parecía, más bien, normal.

Y aun así la odiaba.

Ethan repitió las palabras que años atrás destrozaron mi mundo. Ahora estaba lista para escucharlas.

—Violeta, ella es Katherine, mi madre. Mamá, ella es…

—Violeta Scott —dije interrumpiéndolo—. Un placer conocerla.

La mujer sonrió al tiempo que extendía una mano por delante de su menudo cuerpo. Yo no dudé; mi cabeza se resistía, pero mi cuerpo sabía lo que tenía que hacer. Le estreché la mano tratando de no gritar. Esperaba de corazón que no viera ningún parecido entre mis padres y yo, y también que hubiese olvidado que la hija de Kyle Cortana se llamaba Violeta, como las flores favoritas de su esposa. Me hubiese gustado decir otro nombre, pero eso ya no tenía arreglo. El apellido, por otra parte, lo pensé con más cuidado al volver a Nueva York.

Elegí el de mis padres adoptivos. El recuerdo casi me hizo lanzar una carcajada, porque sí, Scott se llamaba Scott Scott.

Entre eso y los nervios, tuve que contenerme, porque en ese minuto la risa solo me hubiera hecho quedar como una loca. *Interesante elección de palabras*.

—Lo mismo digo, Violeta. Por favor, pasa.

Mirándola bien me di cuenta de lo poco que se parecían ella y su hijo. Quizá en la forma del mentón y de los labios, y tal vez algo en la manera en que sus ojos sonreían cuando sus labios se curvaban, o en uno que otro gesto. Ethan heredó los colores de su padre. Me pregunté, casi tratando de distraerme, por qué jamás lo

mencionaba, y no tuve tiempo de recordar lo que decían las cartas sobre aquello cuando me hablaron de nuevo.

Apreté los puños a mis costados.

Cuando entramos me tomé un segundo para admirar el lugar. Enseguida me di cuenta de por qué siempre sentí que Ethan no encajaba del todo en mi casa: allá todo era tan industrial, con paredes de ladrillo, techos altos y cables expuestos. Aquí todo era liso y crema. Suspiré sin poder evitarlo, pasando saliva con dificultad por mi garganta. Con todo, ni siquiera me di cuenta de que me había quedado parada como una idiota, hasta que Ethan tiró de mi mano.

—Lo siento —mascullé.

—Voy a mostrarte el lugar, ¿sí? —lo dijo alto como para que su madre lo escuchara. Ella asintió y yo me limité a seguir sonriendo, como una muñeca.

Debía admitir que la casa era preciosa. Ethan me llevó por los pasillos y me pareció hasta tierno el modo en que señalaba cada parte, aunque a mí solo me interesaba una: la habitación de Katherine que estaba al final del pasillo, junto al baño. Perfecto.

Supe que habíamos llegado a su cuarto por la cantidad impresionante de libros que tenía en las repisas. Silbé, recorriéndolos con la mirada.

—¿Has leído todo esto?

Pareció que mi pregunta era divertida, porque empezó a reír.

—Te sorprendería lo corto que puede hacerse un buen libro.

—Lo dudo.

—Te sorprenderías —repitió.

—Bien, dame un libro. El que creas mejor; lo leeré.

—¡Ja! No te creo nada.

—Lo prometo. —Para mi propia sorpresa, lo decía en serio.

Él me quedó mirando un rato, analizándome, hasta que al final bajó los hombros.

—Déjame pensarlo. Es una gran responsabilidad la que me estás dando —acusó.

—¿Y eso?

—Porque de mi elección depende cambiar tu concepción de la lectura, o arraigarla todavía más.

—Buen punto. —El chico negó con una sonrisa en sus lindos labios.

—Vamos, tengo hambre.



—Cuéntame de tu familia, Violeta —pidió Katherine—. ¿Vives con tus padres?

—No, vivo sola. Mis padres murieron hace algunos años.

—Oh, lo siento, no lo sabía. —Le lanzó una mirada significativa a su hijo, que fingí no notar.

—Está bien, me gusta hablar de ellos. Así es como si los mantuviera vivos, de alguna manera.

—Eso es muy lindo.

Sonreí.

—Ellos eran… de las personas más buenas que he conocido. Y no lo digo solo porque hayan sido mis padres. Él era paisajista, un trabajo no muy convencional, pero que a él le encantaba. Mi mamá era psicóloga, trabajaba con niños huérfanos y abandonados. Era

difícil para ella. A veces lloraba por no saber cómo ayudarlos. Se lo tomaba muy personal…

Les hablé de la vida de Amber y Scott como si hubiesen sido mis padres biológicos. Y recordarlos me hizo bien. Todo lo que les conté era cierto: a qué se dedicaban, cómo se conocieron, lo buenos que eran conmigo. Lo único que no dije fue que Amber se enteró de la Residencia debido a su trabajo. Gracias a ella desmantelaron todo el maldito lugar, denunciaron a las Furias por un millar de cosas diferentes y Amber decidió adoptarme.

—Nunca me lo habías contado —comentó Ethan.

—Jamás preguntaste.

—Debe haber sido difícil para ellos lidiar con eso —comentó Katherine. Asentí.

—Lo era. Yo lo veía todos los días, el desgaste. Mi mamá, sobre todo, tenía un corazón demasiado grande y quería cargar todos los problemas de los chicos en ella, para que no sufrieran. Él trataba de ayudarla, de apoyarla. —Suspiré sin saber qué decir—. Ella murió en un accidente cuando yo tenía diecisiete años, y mi papá le siguió meses después.

—¿Fue demasiado para él?

Asentí otra vez.

—Ella era su vida. Cambió mucho después de que se fue y poco a poco todo se vino abajo.

—No me imagino lo horrible que fue para ti.

—A veces me pregunto cómo habrían sido las cosas si mi mamá no hubiera muerto, si la presión no hubiese sido tanta y hubiese tenido más libertad… pero también sé que, a pesar de todo, jamás

se arrepintió de lo que hacía, de haber dejado una huella en todos esos niños a los que ayudó. —*En mí*, agregué en silencio.

—¿Siempre se dedicó a eso? Tu mamá, digo —quiso saber Ethan.

—No. —La verdad es que no tenía idea—. Pero empezaron cuando yo era muy pequeña, no sabría decirte a qué edad.

—Tu infancia suena… interesante, por decir lo menos. — Katherine comenzó a retirar los platos.

Ni se imaginaba cuánto.

—¿Por qué lo dice?

—Ah, no lo sé. Algo debes haber aportado tú en todo eso.

—Supongo, aunque igual trataba de no involucrarme demasiado.

—Claro, es comprensible. —La mujer se alejó con platos en ambas manos—. Voy a llevar esto a la cocina. ¿Quieren algo más?

Ethan negó con la cabeza.

—Estoy bien, gracias —respondí. Cuando Ethan y yo nos quedamos a solas, también me levanté—. Ehh, Ethan, ¿el baño era el que estaba al final del pasillo? —pregunté, como si no recordara.

—Sí.

—Bien. Vuelvo en un momento.

Con disimulo tomé mi bolso y me deslicé por el corredor hasta quedar fuera de su vista. Lo escuché ir a la cocina con su madre. Perfecto. Caminé rápido y cerré la puerta del baño de forma sonora; después pasé de largo y me escurrí dentro de la habitación de Katherine.

No sé por qué no me esperaba que fuese así de… acogedora. *Un cuarto de hospital le venía mucho mejor,* no pude evitar pensar.

Mi interior estaba contrariado: odiaba estar ahí, me fascinaba

estar ahí. Me gustaba todo lo que tenía que ver con Ethan, pero ella era parte de esas cosas. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser hijo suyo?

Suspiré, resignada. No era el momento de llorar, pero noté que mis ojos se cristalizaban. No quería sentirme así, menos en ese lugar, sin embargo, estando en la habitación de Katherine todos los recuerdos de lo vivido se me vinieron encima: lo que pasé por su culpa, las personas que conocí, las que perdí. Los días en la calle, tratando de escapar de la Residencia… Mis padres adoptivos eran un recuerdo dulce y amargo que me llevaba, siempre, de vuelta a la persona que me lo había quitado todo.

Al final ellos fueron lo único bueno, el único consuelo que salió de todo aquello, y también se habían ido.

Muchas veces pasan cosas que nos duelen, cosas que son como una estocada más a nuestro dañado corazón. Vienen sin previo aviso, sin que podamos prepararnos para lo que tendremos que enfrentar, tal como sucedió cuando esa mujer entró en mi vida. Luego, en un punto te das cuenta de que podrías ayudar al karma, darle… un empujón. Y eso iba a hacer yo. Así que saqué la nota de mi bolso sin sentir el más mínimo remordimiento, porque ella se merecía todo lo que estaba por pasarle.

Me acerqué a la pequeña mesa junto a la cama y abrí el cajón. Metí el papel dentro y luego sí me encerré en el baño, cuidando de no hacer sonar la puerta. Mi respiración estaba agitada, mi cabeza daba vueltas. Estaba hecho. Ahora tenía que calmarme, porque la adrenalina zumbaba en mis venas.

Reí para mis adentros. Abrí la llave y mojé mis manos y mi rostro.

Está hecho, repetí.

Mi vista cayó en el frasco anaranjado que descansaba sobre el

mueble del lavamanos. Lo tomé con curiosidad y leí el nombre en la tapa: eran de Katherine. Sin perder un minuto saqué el celular del bolso y busqué el medicamento en internet. Eran antipsicóticos. Miré de nuevo el frasco, ahora con más detenimiento, hasta que me decidí a abrirlo.

Las pastillas lucían iguales a las que traía para el dolor de cabeza, tabletas ovaladas, blancas y pequeñas. La idea apareció en menos de un milisegundo.

—No puedo creer lo que estoy haciendo —murmuré.

No me atreví a cambiarlas todas; el frasco estaba casi vacío, así que saqué poco menos de la mitad de las pastillas y las remplacé por las que yo llevaba. Las mías eran un poco más grandes, una diferencia tan sutil que estaba segura de que nadie lo notaría. Dudaba que ella se fijara en el tamaño al tomarlas.

Las mezclé dentro y volví a cerrarlo.

Sí, sentí una punzada de culpa. Esa parte no la había planeado, pero, con un poco de suerte, ayudaría a que todo se decantara mucho más rápido. Salí del baño y dejé de pensar en ello.

Escuché a Ethan hablar con su madre en la cocina.

—… quieras, hijo.

—Sí. Sin dudarlo.

—Entonces me parece bien.

—¿Me perdí de algo? —pregunté. Ambos me miraron con sorpresa, pero enseguida Ethan me dedicó una sonrisa dulce.

—Solo me preguntaba si querrías helado.

—Claro, ¿quién podría negarse al helado?

Katherine rio.

—Cuando era pequeño, Ethan solía escabullirse a la cocina a la

mitad de la noche. —Se acercó al congelador y sacó una caja de helado—. Un día me levanté al escuchar que algo se caía; me asusté, pensé que alguien había entrado a la casa, pero era él que había botado casi todo lo que tenía el refrigerador tratando de alcanzar el helado. Tenía como cuatro años.

—Mamá —protestó él.

—Eras muy tierno.

—¡Mamá! —Me puse a reír y él me miró más o menos feo—. No te rías de mí.

—Oye, que era helado. Para mí está completamente justificado —dije, aún entre risas.

—Ya. Lo que tú digas —resopló—. Voy a salir de aquí para evitarme la humillación pública e iré a buscar mi teléfono abajo.

—¿Abajo? —*¿Abajo*?

—Lo dejé en el auto.

Mi peor pesadilla se hizo realidad cuando me quedé a solas con Katherine.

—Aquí tienes, linda. —Me tendió un cuenco con el helado de chocolate y una cucharita. Lo acepté sin mirarla demasiado y me forcé a comer, tratando de tragar el dulce junto con el nudo en mi garganta—. Dime, ¿cómo se conocieron Ethan y tú?

Su tono me indicó que sonreía. Vale, esa era una fácil.

—Fue hace tres años. En un bar, de hecho. Él estaba sentado al lado mío, leyendo, creo. Yo estaba enojada con… con un amigo, ni siquiera me acuerdo por qué, pero estaba tan concentrada en maldecir en mi cabeza, que no me di cuenta de que había alguien junto a mí hasta que él empezó a hablarme.

Katherine sonrió.

—También conocí al padre de Ethan en un bar. —Eso llamó mi atención al instante. Me recargué contra la encimera y miré a la mujer con curiosidad mientras ella lavaba los platos. Me detuve observando cada uno de sus movimientos. Era tan extraño estar así de cerca—. Pero eso fue hace una eternidad.

—¿En serio? Ethan nunca habla de él.

—Lo entiendo, no tenían muy buena relación —explicó—. Ni él ni yo, si te soy sincera. Al principio sí, era un buen padre y esposo, pero después… —suspiró—. Ni yo sé qué le pasó.

—Vaya, no tenía idea.

—Estoy segura de que él te contará cuando esté listo; conmigo tampoco habla mucho del tema, incluso cuando hay tanto que él no sabe y que yo he preferido ocultarle. Por su propio bien, claro.

—¿Por qué? —quise saber.

—¿No crees que algunas cosas es mejor no saberlas?

Me quedé pensando un momento.

—No lo sé —admití—. A veces sí, a veces no.

—Créeme, en este caso es mejor que no sepa los pormenores. Fue hace mucho tiempo, y solo le causaría dolor. No quiero que sufra.

—¿Lo amaba? A su esposo, me refiero.

Ella miró los platos enjabonados por unos minutos como si fuesen la cosa más interesante del mundo.

—Un tiempo, al principio. Pero después dejó de ser el hombre del que yo me enamoré. Al final todo el amor que pude sentir se diluyó incluso en mis recuerdos. Creo que, en toda mi vida, solo hubo un hombre al que de verdad amé.

Mi estómago se revolvió. Dejé el helado.

—A-ah, ¿sí? —conseguí soltar.

—Conocí a alguien más, me enamoré… pero parece que no estoy destinada a vivir mi cuento de hadas. —Rio.

Traté, con todas mis fuerzas, de que no sonara como si le estuviera escupiendo las palabras:

—¿Puedo preguntar por qué?

—Claro, querida. —Necesitaba saber qué iba a responderme, a pesar de que era consciente de que lo que fuera que saliera de su boca me destruiría—. Él murió no mucho tiempo después de que empezamos a salir. Oh, yo estaba tan devastada…

Quise gritar. ¡¿Murió!? Que mi padre simplemente… ¿murió?

¡¿Y *ella* estaba *devastada*?!

—Debió ser horrible —musité, atragantándome con mi saliva.

Luché por obviar el nudo en la garganta junto con todos los sentimientos que estaban comenzando a aflorar.

—Oh, lo fue. Creí que mi vida se acabaría cuando él murió, pero la vida sigue, ¿no? Al final, todo se supera. —Me enderecé de golpe, apretando tanto los puños que sentí mis uñas clavarse en la piel de mis palmas. No podía seguir ahí. *Yo* no lo superaba—. Lo siento, qué tonta he sido al decir eso, considerando lo de tus padres…

Eso era todo.

—No, está bien, yo… no me siento muy bien. —Salí de la cocina tratando de calmar mi respiración.

—¿Violeta? —Casi choqué de cara con Ethan.

—Lo siento, tengo que irme.

—¿Qué? Espera, ¿estás bien?

—Sí… quiero decir, no te lo había mencionado porque no quería que te preocuparas. E-estoy un poco enferma.

—¿Otra vez?

—Me cuidé mal —inventé.

—Violeta…

Se veía preocupado. Me sentí fatal por mentirle así, aunque supuse que esa era la menor de las mentiras.

—Lo siento…

—Está bien, pero tienes que cuidarte más, ¿sí? Te llevo a tu casa. —Asentí agradecida.

Me acerqué a Katherine, quien por supuesto había escuchado cada palabra, y me forcé a hablar.

—Muchas gracias por todo, lo pasé muy bien, y la comida estuvo increíble. Siento irme t-tan de repente.

—No te preocupes, querida, lo entiendo. Y eres bienvenida para venir cuando quieras, me imagino que Ethan ya te lo habrá dicho.

Sonreí, sintiendo tristeza en mi interior.

—Gracias de nuevo.

Nos fuimos al minuto. Me dolió ver la expresión de Ethan al despedirse de mí en la entrada del edificio: se veía genuinamente preocupado por mi rostro decaído y pálido, por mi actitud desganada. Quise abrazarlo, besarlo, decirle que todo iba a estar bien, pero no serviría de nada cuando era yo la que necesitaba escuchar justo eso.

Me derrumbé en cuanto entré al apartamento: ya no pude contenerlo. Lágrimas gruesas me resbalaron por las mejillas y no tuve la fuerza para pararlas. Tampoco quería.

Busqué el teléfono en mi bolso, desesperada, maldiciendo cosas en las que ni siquiera creía.

Encendí el aparato con la vista nublada, esperando encontrar algo

que no estaba ahí. Lloré con más fuerza, sintiendo de forma literal y desgarradora que mi corazón golpeaba el suelo: en todo el día, no hubo ningún tipo de respuesta de Dominik.

Aun así, lo llamé. Contuve mis sollozos, traté de respirar con normalidad, pero cada tono de llamada me hacía hundirme más hasta que, como burlándose de mí, saltó al buzón de voz.

Eso era todo. Estaba harta.

Grité. Grité y lancé el teléfono con fuerza hacia el respaldo de la cama. Más adelante agradecería que haya golpeado las almohadas y no la cabecera, pero ahora no podía importarme menos. Deseaba verlo hecho pedazos, deseaba quebrar cada maldita cosa del departamento, hacerlas trizas contra el suelo.

Estaba tan enojada, tan dolida.

Me lancé a la cama, tomé la almohada y enterré mi cara en ella, esperando que hiciera algo por contener el sonido. Y grité y grité y grité y grité, sin embargo, por más que gritaba, nunca parecía ser suficiente. La ira seguía ahí, destrozándome la garganta hasta que mi grito se cortó. ¿Por qué? Yo quería seguir gritando, quería seguir sacando ese odio dentro de mí.

Ya no tenía voz.

Saqué el rostro de la almohada, mojada con mis lágrimas, saliva y moco. *Qué lindo*, pensé, llorando un poco más. Tragué y sentí que una lija pasaba por mi garganta.

Me hice un ovillo sobre la cama, abrazando la almohada con tanta fuerza que me dolieron las manos. E hice lo peor que podría haber hecho en ese momento: me dejé llevar por mi imaginación y pensé en Dominik sosteniendo entre sus brazos a aquella chica con la que lo había encontrado en su casa…

Lloré hasta quedarme dormida.

CAPÍTULO 17
En control

«Dark Paradise» - Lana Del Rey



Katherine caminó por los pasillos hasta su habitación, pensando en su hijo. ¡Cómo había crecido! El tiempo pasaba tan rápido... Le

parecía que hubiese sido ayer que lo sostenía en sus brazos en el hospital, después de horas de trabajo de parto. También recordaba el dolor. Ante eso, hizo una mueca. Recordaba sentirse más cansada que en toda su vida. Su cuerpo parecía de lana, y cuando se llevaron al bebé para revisarlo ella se dejó caer sobre la camilla de sábanas blancas. Su esposo, Carter, no dejó de sostenerle la mano en ningún momento.

Katherine hizo otra mueca. ¿Cómo es que cambió tanto? Ella era joven e ingenua, creía en el amor que ese hombre le prometía. Le había entregado dócilmente su corazón en una bandeja de plata, para que él pudiese destruirlo cuando le apeteciera. Como casi todo en la vida, el principio fue dulce, cálido, hermoso, para después convertirse en el recuerdo amargo de «lo que alguna vez fue».

Ella suspiró. Amaba a su hijo con toda su alma, y cada vez que lo miraba veía en él al hombre con el que se había casado, aunque solo lo bueno: en Ethan no había nada malo. Esperaba que él fuera feliz y que encontrara el amor que ella perdió años atrás. No sabía si esa chica que había conocido sería la indicada, pero esperaba que sí, pues se veía que la quería.

Esa noche estaba tan cansada por las emociones que se metió a la cama lo más rápido que pudo, sin siquiera quitarse la máscara de pestañas: todo podía esperar al día siguiente. No iba a preocuparse por nada, excepto de tomar su medicina como todas las noches y todas las mañanas. Fue por eso mismo que no encontró la nota hasta el día siguiente, cuando abrió la cajonera de su mesita de noche para buscar sus anteojos.

Vio el sobre doblado por la mitad, las letras que ella misma escribió para llevarla de vuelta al infierno del que había salido: el

nombre de su antiguo amante le heló la sangre. Katherine se sumergió en los recuerdos. Él, su amor verdadero. Qué tragedia lo que le ocurrió. Había llorado su muerte durante noches y días enteros.

Sintiendo que un temblor descontrolado sacudía su cuerpo, Katherine se sentó en la cama tomando el sobre entre sus pálidos dedos. ¿Qué hacía eso ahí? Eso no estaba ahí. No estaba, no estaba, no estaba…

No es nada, se dijo. *Estoy calmada. Estoy en control; nada puede alterarme*.

Ese mantra se lo habían enseñado en la clínica. Lo repitió varias veces para juntar valor y, despacio, abrió el sobre. Entonces gritó, gritó como si el demonio se le hubiese aparecido, porque los fantasmas la perseguían.

En un segundo su hijo estaba junto a ella, sosteniéndola.

—¿Mamá? ¿Mamá, qué pasa? ¿Qué tienes?

Katherine no respondió. En cambio, siguió mirando el papel que había lanzado a una esquina de su habitación, como si estuviese embrujado.

No eran más que cinco palabras, pero venían salidas del mismísimo infierno, de aquellos demonios que venían a devorarla. Lo sabía, porque reconocía esa letra y recordaba las últimas palabras que él le dijo. Estaban grabadas a fuego en su alma.

CAPÍTULO 18
Conexión y quiebre

«Hurt Again» – JILLIAN ROSSI



Violeta no había logrado dejar de llorar para el día en que Dominik se dignó a aparecer por su casa. Se había excusado con Ethan hacía

tres días. No quería verlo… no quería ver a nadie. Quería desaparecer. Las emociones eran más fuertes que ella y no lograba contenerlas.

¿Por qué? ¿Por qué no podía ser lo suficientemente fría y dura como para hacer frente a ese tipo de situaciones? Todo su plan dependía de ello, pero ahora se preguntaba si se habría sobreestimado, porque al parecer no era tan fuerte como pensaba. Después de todo lo que había vivido, creyó…

Pero ver a esa mujer le recordó el brillo de un puñal saliendo de sus manos para enterrarse en las entrañas de su padre. Le recordó las palabras que él le había gritado, la furia en sus ojos, que se desviaron hacia donde Violeta se escondía justo antes de caer, advirtiéndole que no saliera. El miedo que sintió, la confusión. Recordó que no alcanzó a llegar a él antes de que su aliento se apagara para siempre, que jamás tuvo la despedida que habría deseado y que ni siquiera recordaba las últimas palabras que compartió con su madre, o el último abrazo que se dieron.

Todo. Todo se lo había arrebatado cuando ella ni siquiera alcanzaba a comprender por qué se lo estaban quitando.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí?

Dominik se quedó de piedra al verla tensa, dolida, sin poder reaccionar.

Ni siquiera sabía por qué demonios había abierto la puerta, pero supuso que era por la ridícula esperanza de que él por fin apareciera. Creyó que estaría feliz de verlo, pero lo cierto era que la realidad no podía ser más alejada, porque cuando esa esperanza se concretó solo quedó la rabia.

—Escuché tus mensajes. Violeta…

—No —lo cortó, alejándose—. Eso fue hace dos días, Dominik.

Iba a cerrar la puerta cuando las manos del chico la detuvieron.

—Lo siento. Te juro que no sabía…

—Sí, me di cuenta.

—Por favor, no seas así.

—¿Así? ¿Así cómo?

—Estoy aquí ahora —le hizo ver—. Lamento no haber contestado, pero cuando escuché tus mensajes, anoche…

—¿Qué? —susurró ella—. Los escuchaste… ¿anoche? — Dominik miró hacia otra parte. No había querido decir eso. Violeta sintió el dolor y la ira acumulándose en su pecho—. ¿Y dónde estabas, ah? ¿Qué te impidió venir en cuanto los escuchaste? ¡Creí que contaba contigo!

—No me atreví.

—¡¿Qué?! ¡¿Es una broma?!

—¡Lo siento! Es que sentí… sentí que te había fallado, Vi. Debí estar ahí en ese momento, y no pude… Lo siento. Perdí mi teléfono, no podía encontrarlo y la batería murió.

Ella se tragó su decepción como un nudo en la garganta. No le interesaban sus excusas.

—Ah, y decidiste que era mejor fallarme un poquito más antes de aparecerte. —Respiró tratando de calmarse, tratando de no permitir que toda su rabia y su enojo salieran de golpe—. Lo único que quería, lo único que *necesitaba* era a alguien para recoger los pedazos. —Ya no pudo aguantarlo: gritó—. ¡Te necesitaba *a ti*, Dominik! Y no estabas.

Pareció como si sus palabras le hubiesen cortado.

—No estás siendo justa conmigo, Violeta. Siempre he estado ahí

para ti.

—¿Y ahora?

Dominik abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que no sabía qué decir. Pocas veces se quedaba sin palabras, pero en ese momento no había nada que pudiese utilizar en su defensa.

—Deja esto, Violeta. Por favor, déjalo.

—No puedo. Sabes que no puedo…

—¡Claro que puedes! ¡De ti depende! —gritó.

—¿Es que no lo entiendes? —le preguntó dolida. Le partía el corazón darse cuenta de que ya no eran los de antes, porque ahí estaba él, rogándole con la mirada que dejara algo que significaba el mundo para ella—. Me lo quitó *todo*. Tú no estabas ahí, tú no tuviste que verla c-cubierta con la sangre de tu madre, y enterrar un cuchillo en el estómago de tu padre, marcharse como si n-nada mientras el último miembro de tu familia se desangraba en el suelo.

—Lo sé, Violeta…

—¡No, no lo sabes! ¡Si lo supieras me apoyarías!

—¡Mira cómo estás! ¡No puedes con esto! Ella, él… es demasiado para ti.

—¿No crees que sea lo suficientemente fuerte?

Dominik negó con la cabeza y talló sus ojos con las manos, como si los pensamientos le ardieran.

—No tiene nada que ver con eso, Vi. Nada.

—Podría hacerlo si contara contigo. ¿Cuántas veces vamos a discutir por lo mismo?

—*Cuentas* conmigo.

—No lo sé.

Dominik lanzó un grito de frustración. Caminó en círculos,

tratando de buscar las palabras correctas para no seguir empeorándolo todo. Sentía que eso era lo único que hacía últimamente: empeorarlo todo. Cuando volvió a mirarla, ya no vio a la chica que conocía sino a una muchacha hecha pedazos, que merecía el mundo entero mientras que la vida solo le había dado migajas. Las lágrimas que derramaba le dolían como si fuesen suyas.

Dominik se acercó, puso ambas manos alrededor de su rostro y sintió ganas de consolarla, de abrazarla, de decirle que todo estaría bien, que él siempre estaría con ella. Pero no podía si seguía adelante.

—Por favor. *Por favor*, hazlo por mí.

Vio que, con esas palabras, algo dentro de ella se removía. Lo que no supo era que, en lugar de hacerla considerar dejar de lado su plan de venganza, sus palabras solo habían hecho que ese hilo que los unía se tensara todavía más.

Violeta se dio cuenta de que para seguir adelante tendría que estar dispuesta a perder al gran amigo y amor que había tenido en la vida. Le aterraba pensar que sí estaba dispuesta a hacerlo.

—Podemos hacer que todo sea como antes, irnos de aquí, empezar de cero. Por mí, Violeta. Te lo suplico.

Jamás podría haberse preparado para lo que salió de su boca:

—Lo siento, Dominik. —Lloró—. De verdad, lo siento tanto…

—¿Eso es todo? —Sintió furia, decepción, dolor; una mezcla de todo—. ¿Lo eliges a él? ¿A ella? ¿*Esta* es la vida que quieres llevar? —espetó señalándola.

—Lo siento —repitió. Ya no lloraba.

Dominik no dijo nada; se limitó a mirarla con una pared de hielo construyéndose en sus ojos.

—Me niego a esto.

Violeta replicó:

—Creo que deberías irte.

—No.

—Dominik….

—¡No!

—¡Bien! —Violeta tomó su bolso, las llaves de la casa y se encaminó a la puerta: ya no soportaba mirarlo—. ¡Me iré yo, entonces!

Cuando la puerta se cerró, Dominik se quedó solo con sus pensamientos. Y en ese momento era lo que menos quería.



Violeta llegó a su casa cuando el cielo dejaba de brillar. El sol descendía poco a poco: habían pasado horas, así que era válido para ella suponer que Dominik ya se habría marchado.

No quería verlo, no quería nada con él y, al mismo tiempo, lo deseaba *todo* con él.

Le dolía pensar que lo que vivieron en la infancia, esa amistad que habían consolidado con dolor a lo largo de los años, ahora se iba al carajo, todo por… ¿qué? Ni siquiera lo sabía con exactitud, solo tenía claro que ya no eran esos niños que, mientras se tuvieran el uno al otro, sabían que todo iba a estar bien.

Violeta ya no tenía a Dominik, y él la había perdido. Tal vez si hubiera podido admitir antes que su relación se había fracturado ahora no sería tan terrible. Ni siquiera cuando se enamoró de él y él no la correspondió; no, no fue ahí, sino ahora, cuando él la dejó sola

con el peor dolor de toda su vida. Dominik lo sabía, y Violeta no estaba ni cerca de perdonarlo. Estaba exhausta, arrastraba los pies para salir del elevador con una bolsa de cartón en la mano que contenía su cena, pero se detuvo antes de llegar a la puerta al ver una figura de cabello oscuro sentada en la banca junto al pasillo de su apartamento. No supo cómo reaccionar, no supo qué iba a decir. Se preguntó cuál era la posibilidad de dar media vuelta y volver al ascensor antes de que el muchacho girara y la viera.



Ya era tarde; incluso si el chico no la miraba, no quiso alejarse.

—Ethan Carter.

Él levantó unos ojos iluminados tras los lentes, como si hubiese

escuchado la voz más preciosa del universo. Eso logró remover algo en su interior y le sacó una pequeña sonrisa.

—Hola…

—¿Qué haces aquí? —No lo decía de forma cortante, sino con verdadera curiosidad.

El muchacho se encogió de hombros.

—No he sabido nada de ti. Me preocupé. Cuando te fuiste no te veías bien.

—Estaba enferma.

—Lo sé.

—Me parece que no te lo había dicho, pero soy una chica bastante enfermiza. Desde pequeña. Va de herencia.

—¿De verdad? —Ella asintió, aunque no lo era—. En fin, quería saber cómo estabas…

—Estoy mejor —aseguró—, solo muy cansada. Si no hubiera tenido que salir, ya estaría dormida.

—Será mejor que entres, entonces.

Violeta asintió de nuevo. Sin embargo, caminó la poca distancia que los separaba y se sentó junto a él en la pequeña banca de madera. Dejó la bolsa de cartón a un lado y se dio cuenta de que Ethan también tenía una junto a él.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando el pequeño paquete. Ethan lo miró y sonrió.

—Es para ti.

Violeta se sorprendió tanto con el gesto que solo atinó a quedarse mirándolo perpleja.

—¿Para mí? —Él asintió—. ¿Por…? ¿Por qué?

Ethan se encogió de hombros.

—Las vi y pensé en ti. Además, el otro día te fuiste tan mal que se me ocurrió que te podría subir el ánimo. Ahora, no sé cómo se te dé cuidarlas, pero… —Se quedó callado cuando vio la expresión en el rostro de la muchacha. Ella había rasgado el papel, y en su interior encontró una pequeña maceta marrón con unas diminutas flores que salían de la tierra: eran violetas. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Ey… —murmuró Ethan acercándose a ella—. ¿Qué pasa?

—No… no, nada, es solo que… —Ethan no habló, esperando a que ella continuara. Violeta soltó un suspiro—. Eran las flores favoritas de mi madre. Por eso me llamaron así. Hace mucho tiempo no… Gracias, Ethan.

Ethan sonrió y Violeta también lo hizo. Se quedó mirando las flores durante un instante y pensó que, a pesar de que el muchacho no conocía aquella historia, era el regalo más lindo que alguien le había hecho en la vida.

—Nunca sé lo que estás pensando —susurró él. Violeta se lo quedó mirando.

—Debe ser porque ni yo misma lo sé…

—Tu cabeza es un caos.

—Sí, es verdad.

No dijo nada más y lo miró con curiosidad. Se dio cuenta de que los sentimientos que creyó tener por Dominik eran muy distintos al nudo en el estómago que aquel chico de ojos avellana le provocaba. Era peligroso, era prohibido, y ella lo deseaba.

Para él, ella era un misterio, un acertijo, y se moría por descifrarla.

—Eres increíble.

Sin más, Violeta juntó sus labios en menos de un parpadeo y respiró profundo, aún reticente, aceptando que las cosas se

desviaban del curso planeado. Eso, de hecho, le gustaba, pues se sentía feliz de un modo en el que pocas veces se había sentido en su complicada vida.

—Ven conmigo—susurró.

Sintió que los ojos de Ethan le atravesaron el alma.

Con torpeza, consiguió introducir la llave y abrir la puerta de su casa. Dejó con cuidado la maceta con las flores sobre el mueble de la entrada y se detuvo un segundo a contemplar cómo las manchas moradas destacaban en la penumbra, antes de sentir a Ethan a su espalda, rodeando su cintura con los brazos. Un cosquilleo la invadió.

—¿Te gusta? —Ella no estaba muy segura de a qué se refería; si a la situación, a las flores o a él, pero la respuesta era la misma.

—Sí.

Se volteó para besarlo de nuevo, perdiéndose en los ojos del chico antes de cerrar los suyos. Sus bocas se encontraron y ambos caminaron a tientas hasta la habitación de ella.

Violeta pocas veces había querido tanto algo como quería en ese momento que su cuerpo se mezclara con el de Ethan. Lo quería, lo deseaba, y por la forma posesiva en que sus manos recorrían su cuerpo, podía decirse que él sentía lo mismo. Ethan la sujetaba con fuerza y a la vez con delicadeza, adorándola.

Con urgencia, ella desabrochó los botones de su camisa al tiempo que él le pasaba la camiseta por la cabeza. Cuando el torso de Ethan estuvo al descubierto Violeta volvió a sentirse como una adolescente embobada, no obstante sus sentidos espabilaron al ser consciente de la cicatriz que tenía desde la parte superior del hombro derecho

hasta la clavícula. Había un tatuaje alrededor de ella. En letras desiguales y apenas legibles, decía:

El tiempo arregla lo que está roto

Sintió que su corazón se encogía ante una historia que ni siquiera conocía.

—Ethan…

—Shh… —Él se acercó a ella, abrazándola—. Lo sé.

Violeta notó el dolor en sus ojos, así que no dijo nada. Los secretos que en otra vida podrían haberlos separado, ahora los unían como un lazo invisible que sentían en cada fibra de su ser.

Ella pasó los dedos con cuidado por la cicatriz e Ethan cerró los ojos, no supo si por dolor, por placer o simplemente para que ella no viera su expresión.

Ethan subió ambas manos por sus costados, notando las costillas de la chica bajo sus dedos y la piel suave de su pecho. Le recorrió el cuerpo con la mirada como si ellos dos fuesen las únicas personas en el universo, descubriéndose y descubriendo las historias que sus cuerpos contaban, en un momento que quedó grabado a fuego en ambos.

Volvieron a besarse, como en una competencia por ver quién llegaba más lejos; con desenfreno, con arrebato. Y, en el fondo, con un millar de sentimientos que ellos no comprendían, pues sentían que, de algún modo, esos sentimientos eran algo incorrecto, sin saber que desde el instante en que decidieron entregarse al otro estaban firmando una sentencia que ninguno de los dos esperaba.

Poco a poco las heridas quedaron enterradas.

La espalda de Violeta chocó con su cama.

Ethan la observaba con una devoción que no sabía que podría tener dentro de sí, admirando su cuerpo, su cabello. Pensó que era la mujer más hermosa que había visto en su vida, aunque había algo en ella que dolía. A Ethan le costó darse cuenta, quizá porque no quería aceptar que ese *algo* en ella pudiese ser malo en cualquier sentido para él, pero cuando Violeta abrió los ojos, no pudo negarlo. En su mirada había un brillo especial: lo miraba como si quisiera tener el mundo en sus manos, y él no podía dárselo.



—Me encantaría quedarme —susurró Ethan, horas después.

—¿Entonces? —preguntó Violeta—. Quédate.

Ethan sonrió, recorriendo su hombro desnudo con el dedo.

—No puedo, lo siento. Mi madre no ha estado muy bien. Está un poco… nerviosa, podría decirse.

—¿De verdad? ¿Por qué? —indagó, interesada.

—No lo sé, está así desde ayer.

La muchacha contuvo las ganas de sonreír. En cambio, le puso una mano en el hombro.

—Está bien, lo entiendo. Espero que se sienta mejor.

Antes de irse, el chico se la quedó mirando, concentrado en lo que sea que estuviera pasando por su cabeza. Violeta trató de sostenerle la mirada, pero se le hacía difícil cuando la observaban de esa forma, en que parecían llegar a leer sus más profundos pensamientos.

—¿Qué? —preguntó con una sonrisa tímida.

Él no respondió; negó con la cabeza, riendo, y le dio un beso rápido en los labios, dejándola un tanto confundida. Ethan se

marchó con una sonrisa en la cara y Violeta también sonrió apenas la puerta estuvo cerrada.

La nota: Katherine la había encontrado.



¿Podemos hablar?

El mensaje de Dominik había rondado su cabeza durante todo lo que llevaba del día, y yacía ahí, en la pantalla de su teléfono sin ser respondido.

La muchacha caminó con sus pasos resonando sobre el concreto, el sol de la mañana comenzaba a calentar su piel helada. Intentaba no pensar demasiado en lo que estaba haciendo, era lo mejor. Se concentró en la música que entraba a sus oídos a través de los pequeños auriculares. Le gustaba caminar con la música, de esa forma todo tenía un aire más a película que a realidad, y eso también era mejor. Así ignoraba el peso de la nota en su bolso, que parecía tirar de su hombro para llamar su atención.

Una vez más, sin pensarlo demasiado sacó el sobre con el nombre de Katherine escrito en la letra de su padre y lo depositó en el correo: tenía que ser cuidadosa y hacerlo así en ocasiones, pues debía evitar que pudieran llegar a relacionar las desgarradoras cartas con sus visitas a la casa de los Hallaway.

Solo luego de dejar la carta se atrevió a llamar a Dominik.

—¿Violeta?

Ella resopló.

—¿Quién más? —Ahora Dominik resoplaba al otro lado de la línea

—. Querías hablar, ¿no?

—Sí.

—Bueno, estamos hablando —le hizo ver.

—Violeta.

—Vale. ¿Qué pasa? —Tuvo que dejar el tono bromista antes de que Dominik le enviara un golpe por teléfono.

No tenía ganas de ser seria en ese minuto.

—¿Estás en tu casa?

—No.

—¿Y bueno?

—Y bueno, ¿qué?

—¿Dónde estás, Violeta? —Sintió que se estaba enfadando.

—Si te lo digo, ¿vendrías a buscarme?

—Si quieres.

—Bien. —Apenas le dijo el lugar, Dominik cortó la llamada.

La chica suspiró y tomó otro sorbo de café sin preocuparse de que estuviese demasiado caliente. Estaba donde conoció a Ethan, y recordaba que cuando Dominik irrumpió ahí no fue precisamente agradable.

Violeta hizo una mueca al pensar que desde ese entonces ella y él discutían cada dos por tres. Ya no quería seguir dándole vueltas al asunto: extrañaba a su mejor amigo, ese era el problema.

Suspiró, subiendo el volumen lo más que pudo antes de que se le hiciera molesto, pues quería tapar el ruido del ambiente y de sus pensamientos. Eso sí, de vez en cuando se acordaba de las notas y se le escapaba una sonrisa furtiva. Se concentró tanto en lo que hacía que pegó un salto cuando sintió que alguien le tocaba la espalda: era Dominik, y se hallaba sentado a su lado desde hacía

quién sabía cuánto tiempo, observándola en silencio con una sonrisa.

—Mierda, me asustaste.

—Tienes que estar más atenta, Violeta. Podría haber sido cualquier otra persona.

Eso la hizo sonreír con sarcasmo.

—Ya. Lo dudo. ¿Hace cuánto llegaste?

Él se encogió de hombros.

—Apenas.

—Mentiroso —acusó.

Dominik puso esa sonrisa de suficiencia que desde niña ella deseaba borrar de su cara. La sacaba de quicio y él lo sabía.

—Hace unos minutos, pero te veías tan tranquila que quise esperar un rato antes de que te pusieras a gritarme.

—¿Gritarte? ¿Por qué? ¿Qué hiciste ahora?

—¡Nada! —suspiró—. Quería disculparme, Violeta.

—Creí que eso ya lo habías hecho.

—Sí, pero igual. Tenías razón. Fui un cobarde y un idiota, y de verdad lo siento mucho.

La muchacha, que se había quitado los audífonos para escucharlo, se quedó analizándolo un momento: su expresión era sincera. Siempre lo era.

—Está bien, Dominik.

—Es solo que no soporto ver esto que haces. Ayer estabas…

—Ya —lo cortó antes de que pudiera pronunciar otra palabra—; no quiero seguir hablando de eso. Estoy bien ahora. Lloré, pataleé, grité y ahora estoy bien, ¿sí?

Dominik asintió, acercándose un poco más a ella.

—De acuerdo. —Permanecieron en silencio un rato. Violeta volvió a deslizar la vista a la pantalla de su computadora, pero sabía que no podría seguir haciendo nada si Dominik continuaba observándola —. ¿Qué haces? —le preguntó curioso.

—Busco trabajo.

—¿De verdad?

—No, en realidad estoy tratando de meterme a la CIA. Tienen unos archivos que yo necesito, pero están extremadamente protegidos y me cuesta acceder a ellos. —Lo dijo con tanta seriedad que Dominik se la quedó mirando. Ella resopló—. Sí, genio. De verdad estoy buscando trabajo.

—¿Por qué?

—A ver, ¿por qué crees?

—¡Ya! Pregunta idiota, lo he captado. —Ella sonrió de verdad sin sarcasmo, sin burla, recordando las bromas que desde pequeños solían gastarse—. ¿Y cómo va ese plan tuyo, eh?

Lo miró arqueando una ceja, sabiendo que iban a entrar a terreno peligroso en cualquier momento.

—¿En serio quieres saber? —Dominik asintió despacio—. Katherine encontró la nota que dejé en su casa.

—Vaya. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Ethan. Bueno, no con esas palabras, pero intuí que era por eso.

—¿Y sabes cómo lo tomó?

—Nada bien, por lo que parece. Anoche Ethan dijo que no podía quedarse conmigo porque…

—Espera, ¿qué?

—¿Que no me estabas escuchando?

—*¡¿Anoche?*! —dijo gritando. Violeta ojeó a su alrededor avergonzada, viendo todas las miradas de los desconocidos posarse en ellos. Dominik también se dio cuenta, así que bajó la voz a un chillido estrangulado—. ¡¿Te acostaste con él?!

Violeta no supo qué decir, y se lo tomó a la defensiva.

—Bueno, no creo que sea realmente tu asunto, pero es parte de mi plan. —Trató de restarle importancia.

—Tienes que estar de broma.

—No es la gran cosa, Dominik…

—Supongo que te tomaste literal eso que dicen.

—¿De qué estás hablando?

—«Mantén a tus amigos cerca. Y a tus enemigos *más cerca*» —dijo irritado. Violeta, que no era tonta, captó el doble sentido de sus palabras.

—No me…

—O sea, ¿primero yo y ahora él?

—¡Cállate, imbécil! —chilló perdiendo la paciencia. Ya no le importaban en lo más mínimo las miradas de los chismosos—. Es tarde para tus celos, y no recuerdo haberte hecho un escándalo así cuando encontré a «Piernas» en tu apartamento.

Dominik la ignoró.

—Va a hacerte daño, Violeta.

—No me vengas con eso. —Su tono ya no era amable, sino mordaz y cortante como el hielo. Dominik se dio cuenta de ello—. Hace un rato te disculpabas, ¿y ahora esto?

—Bien. —Hizo un ademán de levantarse, pero se detuvo para que ella pudiera escucharlo—. Haz lo que quieras, Violeta, pero no voy a sentarme a ver cómo terminas de destruirte a ti misma.

Se fue antes de que ella le dijera algo que iba a romperles el corazón todavía más.

Dominik la hubiera seguido hasta el fin de la Tierra, hubiera saltado a un precipicio con ella si hubiera tenido la certeza de que algo mejor los esperaba al otro lado. No había nada que deseara más en el mundo que apoyarla, estar para ella de la forma en que lo necesitaba, pero no podía, no así.

El término «mejor amiga» no alcanzaba a describir lo que ella era para él. «Hermana», «amor», «compañera»; ninguno de esos bastaba. Violeta estaba arraigada en él de una forma en que su corazón era un puzle y algunas piezas eran «Dominik» y otras eran ella. No podía dejar que los destruyera a ambos, porque alguien tenía que quedar entero para cuando toda esa locura terminara.

Violeta creyó que él no estuvo ahí para recoger sus pedazos. Se equivocaba, porque Dominik sabía lo que ella no: que lo peor aún estaba por venir.

CAPÍTULO 19
Cambio de planes

«Beating Heart» – ELLIE GOULDING



Las semanas que siguieron fueron de las mejores que recordaría, antes de que todo se fuera al carajo.

Violeta se hallaba en la cocina de su apartamento rogando para que su cabello no quedase impregnado del olor a comida y esperando, también, que todo saliera a la perfección. Ese día Ethan iría a cenar con ella.

Revolvió las verduras en el sartén, sonriendo al recordar que él había sugerido ir a su casa esa tarde. «Yo podría cocinar», le dijo la muchacha, e Ethan, que siempre tenía una sonrisa que dedicarle, aceptó. «Eso sí, no pretendas que prepare carne.» «Puedo ser vegetariano por un día», fue su respuesta. Y Violeta sonreía como una boba —aunque jamás lo admitiría— cada vez que rememoraba conversaciones como aquella.

Cuando Ethan llegó se apresuró a abrir la puerta, deteniéndose antes a ver su reflejo en el espejo de la entrada. Después de un tímido «hola» y un corto beso en los labios, le pidió que la acompañase a la cocina. Ya tenía todo lo demás listo, así que cuando las verduras estuvieron cocidas las sirvió y llevó a la pequeña mesa que dispuso en la terraza, iluminada con múltiples luces en el techo que brillaban en lo alto. Hablaron de sus días, de trivialidades, del clima y de las personas, hasta que, por algún motivo, llegaron al tema de la carrera de Ethan. Algo sobre que le quedaban pocos días de vacaciones.

—¿Por qué decidiste estudiar eso? Me da curiosidad —admitió Violeta con un encogimiento de hombros.

—¿Que no es obvio? —preguntó Ethan a su vez.

—No, de hecho, no.

El chico, que parecía tener siempre todo resuelto en su cabeza, se quedó mirando al techo un instante.

—Porque creo que hay demasiadas cosas que están mal, no solo

en nuestro país, sino a nivel mundial.

—¿Y tú esperas ser la persona que arregle el planeta? — soltó antes de que su cabeza pudiera procesarlo. No quería burlarse y, sin embargo, ahí estaba, haciendo justamente eso.

Ethan sonrió.

—Claro que no; sería demasiado pretencioso de mi parte.

—¿Pero?

Ethan se encogió de hombros.

—Pero una sola persona puede hacer una gran diferencia.

—Muy poético —concedió la muchacha.

—Quizá, pero es cierto. Hitler era un único individuo y provocó una guerra mundial. Si él pudo hacer eso, ¿por qué no podría usarse ese mismo tipo de «poder» para hacer algo bueno? El medioambiente, la delincuencia, las violaciones, la corrupción, la pobreza. Tal vez sea ingenuo pensar que todo eso podría, cuanto menos, empezar a solucionarse si alguno de los del gobierno tuviese algo más que buenas intenciones en la cabeza.

—¿Buenas intenciones? ¿A qué te refieres?

—Ya sabes lo que dicen, «el infierno está plagado de buenas intenciones». —Hizo las comillas con los dedos. Violeta quiso lanzar una carcajada; sí lo captaba. Esa parecía ser la esencia de la vida. Ethan debió haberse dado cuenta de su gesto, porque siguió hablando—: Todo parte de la educación, supongo, así que por ahí empecé yo, aunque no creas que tengo alguna idea de qué hacer después de terminar la carrera.

—Algo se te ocurrirá.

—Pienso lo mismo. Igual está difícil. ¿Crees que sería muy tonto soñar que algún día seré presidente?

—Puede ser. Es improbable —aceptó ella—, mas no imposible. Todos los presidentes soñaron con ser presidentes en algún minuto. No veo por qué tú no podrías.

—¿Y tú?

—¿Yo? No, eso de la presidencia a mí no me va.

Ethan se largó a reír.

—No, sé que no —dijo entre risas—. Pero ¿qué quieres hacer tú? Tienes veintiuno; toda la vida por delante.

Violeta suspiró mirando el líquido rojo de su copa y tomó un sorbo.

—Lo haces sonar como si tu caso no fuera casi el mismo —recriminó.

—Se entiende.

—No sé… una vez quise ser pintora.

—¿De verdad?

—Mi madre pintaba cuando yo era pequeña, así que obvio lo consideré, porque siempre la veía tan feliz mientras estaba con las pinturas y el lienzo. A mí se me da fatal —reconoció—, así que llegado el momento me decanté por estudiar algo que implicara más mi otro talento.

—¿Cuál?

—Matemáticas.

—Esa sí que es nueva.

—¿No te lo había dicho?

—Me habías dicho algo de los hoteles…

—Administración —corrigió la muchacha riendo—. Estudié Administración.

—Pff. —Ethan se echó hacia atrás en la silla—. Ya lo sabía.

Violeta sonrió y, cuando el silencio de sus sonrisas quedó entre ellos, pareció que todo estaba completo. Después de un rato se levantó con intención de llevar los platos a la cocina. Le dedicó una sonrisa un tanto tímida y se dispuso a marcharse, pero él la siguió, llevando el resto de las cosas consigo.

Iba a volver a la terraza a ver si quedaba algo, pero él la detuvo en el pasillo, tomándola por la muñeca.

—Espera. —Tiró de ella con suavidad y acarició sus brazos cuando estuvo frente a él.

Besó la sonrisa que se había formado en sus labios y sonrió también cuando su boca se entreabrió para responderle. Y la besó con lentitud, rozando sus labios con una delicadeza impresionante. Ethan enredó las manos en el largo cabello de la muchacha, disfrutando del momento y extendiéndolo. Violeta creyó que se derretiría ahí mismo, en su abrazo.

Ethan se alejó demasiado pronto, apenas unos centímetros, lo suficiente como para apoyar la frente en la suya y verla a los ojos. Ninguno de los dos habló, y permanecieron así, suspendidos en ese instante en que todo era perfecto y nada más importaba, salvo ella y él.

Se perdieron en la intensa mirada del otro, cuando el sonido del celular de Ethan los devolvió de golpe a la realidad en que vivían. La observó con una disculpa escrita en los ojos y contestó el teléfono, frunciendo el ceño al ver la pantalla.

—¿Hola? —Violeta no pudo escuchar más que el zumbido que era la voz de la persona al otro lado de la línea, pero sí pudo notar la expresión de Ethan, que fue ensombreciéndose a medida que

pasaban los segundos. Él presionó sus ojos con la mano que tenía libre y, antes de colgar, añadió—: Voy para allá.

—Ethan, ¿qué…?

—¡Mierda! —gritó el chico. Violeta se sobresaltó—. Lo siento, lo siento —repitió—. Odio dejarte así… tengo que irme. Lo siento.

Se fue, no sin antes darle un leve apretón en el brazo, dejándola paralizada donde se había quedado. El tenue golpe de la puerta fue lo único que la hizo reaccionar. ¿Qué demonios acababa de pasar? Supuso que debía ser importante y que, en cualquier caso, él se lo explicaría luego. Sin embargo, aunque trató de mantenerse concentrada en otras cosas —lavar los platos, ordenar y limpiar su apartamento—, su cabeza repetía la expresión sombría del muchacho.

Para cuando tuvo todo hecho y no le quedó más con qué distraerse que irse a la cama, el reloj daba las once de la noche. Violeta suspiró, sin saber muy bien qué pensar.

Se quitó la ropa con lentitud y dejó todo en el suelo; ya no sentía ganas de seguir ordenando. Se enfundó en la suave tela de su pijama y alisó las arrugas inexistentes de sus pantalones cortos. Se metió a la cama sin más, apagó la luz y, no mucho después, cayó dormida.

Despertó nuevamente cuando un estridente sonido le taladró los oídos. La bruma del sueño seguía muy presente en su cabeza y su visión estaba borrosa. Por un minuto creyó que se lo había imaginado, y se restregó los ojos para intentar aclarar su visión en la oscuridad, hasta que el sonido del timbre volvió a escucharse por sobre el de los autos en las calles.

Violeta desvió la cabeza hacia la luz verde chillón del reloj sobre la

mesa. ¿Quién demonios tocaba a su puerta a las tres de la mañana? A pesar de que sentía el fuerte impulso de ignorarlo, se levantó tambaleándose por el sueño y miró por el visor de la entrada.

Abrió la puerta entre extrañada, sorprendida y preocupada.

—¿Ethan?

—Lo siento. Sé que es tarde. Perdón…

Violeta negó con la cabeza; no porque no fuese tarde, sino porque ya no tenía importancia. Antes de que ninguno de los dos dijese algo más, ella se quedó observando los bordes enrojecidos de sus ojos tristes, los hombros caídos, cansados. Y se preguntó, por millonésima vez, qué era lo que le pasaba.

—No importa, entra. —El chico se precipitó hacia el interior, pasándose las manos por el pelo con desesperación, mientras que Violeta se limitó a mirarlo sin tener idea de qué demonios decir—. ¿Estás…? ¿Estás bien?

Ethan resopló.

—¿Me veo bien?

Violeta no quiso responder. Tomó al muchacho de la mano y lo condujo hasta su habitación, todavía a oscuras, y lo sentó sobre la cama al tiempo que prendía la lamparita del velador. Ethan se dejó manejar como un muñeco de trapo.

—¿Vas a contarme qué sucedió?

Se arrodilló para quedar frente a él, viendo las manos que le cubrían el rostro. Cuando finalmente las quitó para ponerlas sobre la cama, sus ojos estaban vidriosos.

—Es mi madre.

—¿Qué? —Violeta lo supo en ese instante, por el peso que se

había asentado fuerte como una piedra en su estómago. Preguntó de igual modo—. ¿No se encuentra bien?

—No. No sé, no sé, Violeta, no sé qué le pasa. Ella estaba bien, todo estaba bien, y ahora no… no sé cómo pasar por todo esto de nuevo —confesó.

—Ay, Ethan. —Lo abrazó. No se atrevió a decir nada más, porque sabía que ella era la causante de su dolor.

—Está bien, estoy bien, es solo que…

—¿Estás ebrio? —quiso saber Violeta cuando sintió en su aliento el olor a alcohol.

—No del todo. —Ella no lo culpaba—. Apenas fueron un par de…

—Deberías dormir, Ethan, es tarde. Por la mañana todo se verá diferente, con más claridad.

—¿Me puedo quedar aquí?

—Sí, claro que sí. No quiero que estés solo. Además, no quiero que te vayas así como estás.

—Tampoco estoy tan mal.

—Igual. Voy a traerte un té, ¿sí? —Ethan volvió a asentir y la chica salió del cuarto.

Diría que no supo cómo sentirse cuando llegó a la cocina, pero la verdad no era esa. Lo cierto era que cualquier sonrisa que antes hubiera profesado al enterarse de que Katherine recibió su siguiente nota se había visto cruelmente opacada por el dolor del muchacho que a ella le importaba. No pudo evitar sentirse como una basura de tamaño monumental, así que puso a hervir el agua con movimientos desganados por la culpa y la tristeza.

Minutos más tarde, cuando la tetera empezó a silbar, sonó casi como un reclamo en sus oídos. *Es tu culpa*, parecía estar tratando

de decirle. Le llevó la taza a Ethan y lo encontró boca abajo, ya dormido sobre la cama. La imagen frente a ella la enterneció de tal manera que se quedó apoyada en la puerta con la cerámica caliente entre las manos. A pesar de todo, una leve sonrisa se formó en sus labios.

Tomó un par de sorbos del té antes de apagar la luz. Tardó un momento en acostumbrarse a que solo las estrellas iluminasen su habitación. Se acostó junto a Ethan, quien se removió al sentirla a su lado.

—Shh, está bien —le dijo cuando vio que se despertaba.

Él la quedó mirando en la oscuridad, con los ojos entreabiertos y una expresión soñadora, como si el solo verla le quitara de encima el peso del mundo.

Pasó tanto rato en que Violeta intentó dormir sin éxito, debido al bullicio de sus pensamientos, que se sobresaltó cuando Ethan murmuró:

—Creo que estoy enamorado de ti.

Y ella no supo si lo dijo entre sueños porque estaba un tanto alcoholizado o si estaba en pleno uso de sus facultades, pero no pudo más que sentir su corazón estrujarse durante horas hasta que, por fin, logró dormirse con un peso más sobre los hombros.



Al despertar esa misma mañana, Violeta entreabrió los ojos para ver a Ethan sentado en la orilla de su cama, con la cabeza mirando al suelo y un gesto preocupado. Ella se removió para acercarse a él y le acarició la espalda.

—¿Cómo estás?

—Mejor —admitió el chico—. Ya debería volver, tengo que ver cómo está mi madre.

—Lo entiendo.

—Violeta, discúlpame. De verdad, lo siento.

—¿Por qué? Nada de lo que pasa es culpa tuya.

Debería ser yo la que se está disculpando, pensó.

—Por todo lo de ayer…

—No fue nada, en serio. ¿Qué hora es?

—Las ocho treintaitrés. —Violeta asintió—. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Nada en particular…

—¿Quieres venir a cenar a mi casa? Tú invitaste ayer, así que ahora me toca.

—¿Crees que esté bien? Tu mamá…

—Para mañana los ánimos ya deberían estar calmados. Bueno, y si no, te llamo.

Violeta sonrió, pasando las manos por su rostro para terminar de despertarse.

—Me encantaría ir.

—Te aviso cualquier cosa, ¿sí?

—Vale. Igual cuéntame cómo va todo.

Ethan se despidió y se apresuró a salir, preocupado de que la única familia que le quedaba hubiese pasado bien la noche. Violeta dudó al preparar su siguiente carta. Dudó, porque no quería ver a Ethan de la misma forma que la noche anterior, no de nuevo.

La hizo de todos modos, pues se había hecho una promesa a sí

misma tres años atrás, a ella y al recuerdo de sus padres. No estaba lista para romperla.

Las horas pasaron sin mayor novedad. Revisó su correo mil veces para ver si había conseguido algo de los currículums que envió, pero nada. Demonios. No era que necesitara el trabajo con urgencia, pero le haría bien tener algo en qué ocuparse, salir de la casa, conocer nuevas personas…

Esa última parte jamás se le dio bien, más que nada porque en su situación parecía que las cosas no duraban. Conoció personas en la Residencia, ninguna con la cual hubiese mantenido contacto y, aunque a Violeta no le gustaba pensar en ello, el único amigo que tuvo de verdad en ese tiempo terminó muerto. Después de eso, su lista de amistades empezaba y acababa con Dominik. Todas las personas que conoció después de salir de la Residencia quedaron atrás cuando se fue a Europa por tres años, y las que conoció allá, lo mismo.

Suspiró.

Por la tarde, Ethan le envió un mensaje:

Todo bien. ¿Nos vemos mañana?

Ella, por descontado, aceptó.

Al día siguiente, por la tarde, llegó a casa de Ethan con una carta que pesaba en su bolso y un vestigio de culpa guardado en el pecho. Katherine no estaba en el apartamento, y cuando preguntó él se limitó a responderle que había salido. Violeta no insistió; de querer hablar del tema, lo habría hecho.

Cenaron pasta con verduras salteadas que el mismo Ethan había cocinado y ella tuvo que admitir, con una gran carcajada, que no

pensó que él pudiese cocinar así de bien. «No eres la única que tiene talentos», le respondió el joven. Comieron a la luz de una gran lámpara y con el resto de la casa a oscuras. A Violeta no le molestaba; había algo en la penumbra que le resultaba mucho más atractivo que la luz o la oscuridad juntas.

La mayor parte del tiempo bromearon. Por alguna razón ninguno quiso hablar de algo serio, pero después, cuando salieron al patio y se sentaron en uno de esos sillones que se balancean, la nostalgia se apoderó de la muchacha. Se quedaron en compañía del leve brillo de las estrellas sin luna sobre sus cabezas.

—¿Eres feliz? —quiso saber Violeta.

Había tantas razones para hacerle aquella pregunta que llevaba rondando horas en su mente. Tantas razones, e Ethan ni siquiera comenzaba a adivinarlas.

—¿Qué?

—Eso —dijo la chica con simpleza—. ¿Eres feliz? ¿Consideras que tienes la vida que querías?

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Ethan.

—¿Y por qué no?

Quiso que sonara casual, aunque para ella era todo menos eso. Necesitaba algo que la ayudara a comprender si estaba haciendo lo correcto o si, por otro lado, estaba haciendo lo mismo que Katherine hizo con ella de niña.

—Bien… —Ethan levantó la cabeza. Por un momento permaneció en silencio, perdiendo la vista en las estrellas. A Violeta le gustaba mirarlo así, abstraído en sus pensamientos. Le gustaba contemplarlo cuando él no la veía, y sentía que así podía ver un atisbo de la persona que era antes de conocerla. Después de un rato, el chico

volvió a mirarla—. No podría decirte que sí o que no con exactitud. Verás, pienso que la felicidad se limita a momentos, que no es permanente. Es imposible estar feliz todo el tiempo, pero sí es posible estar bien y sentirse bien la mayoría del tiempo. ¿Me explico?

—Lo entiendo. Tiene sentido.

—Y con respecto a lo otro: honestamente, nunca supe qué hacer con mi vida. Jamás tuve demasiados planes ni metas. Desde pequeño me limité a dejarme llevar por… por lo que decía mi padre. No me atrevía a contradecirlo, así que prefería esperar a que los años pasaran hasta que ya no estuviese obligado a escucharlo ni a obedecerlo. —Soltó una risa débil—. Siempre es más fácil decirlo que hacerlo.

Violeta se quedó pensando en qué decir. No estaba muy segura de si él quería hablar de eso, pero ella sí que quería saber, de modo que preguntó:

—¿Y qué pasó al final? —Como Ethan no dijo palabra durante un buen rato, ella se apresuró a decir—. No tienes que hablarme de eso si no quieres…

—Quiero —respondió él—, pero es una larga historia.

La muchacha se encogió de hombros.

—Tenemos tiempo.

De nuevo, él no dijo nada. Violeta lo dejó estar y esperó sin prisas a que el chico pusiera orden a sus pensamientos. Se acercó un poco más a él en el pequeño columpio y apoyó la cabeza en la curva de su hombro. Aunque ella no lo vio, Ethan sonrió mientras la abrazaba.

Los ruidos de la noche parecieron sonar más fuerte: los autos pasando por la ciudad, las personas hablando, riendo, y todo entremezclándose hasta perderse en sí mismo. Al fin, Ethan suspiró.

—Cuando era pequeño mi madre estuvo hospitalizada. La internaron en una clínica psiquiátrica por problemas de salud mental. Yo apenas entendía qué demonios pasaba. Sí lograba entender que me quedaría con mi padre hasta que ella saliera en quién sabía cuánto, si es que salía. Tenía catorce años; no había mucho que pudiera hacer, pero la idea de quedarme con él me aterraba, Violeta. Que yo recuerde, jamás nos llevamos bien, y no tengo idea de si siempre fue así con mi madre o fue algo paulatino.

»Era agresivo, violento. Por cualquier cosa se enojaba, por cualquier cosa gritaba, y lo peor es que era de esa clase de personas que causa miedo sin siquiera levantar la voz. Yo trataba de pasar en mi casa el menor tiempo posible: me levantaba temprano para irme, me quedaba hasta tarde en el colegio, estudiando, para no tener que hacerlo en casa, o me iba donde mis amigos: en ese tiempo tuve uno que fue como un hermano. Se llamaba Noel. A él lo conocí ese mismo año, poco antes de que todo se fuera a la mierda. Era un curso mayor que yo, así que me ayudaba con las tareas, a prepararme para los exámenes… en fin; todo lo que mi padre jamás hizo.

»Cuando le conté a Noel toda la mierda que había pasado, él no dudó en dejar que me quedara en su casa cuando quisiera. Sus papás me cuidaron, me apoyaron como si fuese otro de sus hijos. Pasaba días allá, aunque tarde o temprano tenía que volver. Era como un golpe de realidad y lo odiaba más que nada.

»A mi padre no le podía importar menos. Me lo dejó bien claro cuando me dijo todos esos años que la única razón por la que se quedaba y no se iba de la ciudad era porque no quería tener a los policías y a los servicios sociales buscándolo por haberme dejado.

Lindo, ¿no? A él no le importaba mi madre, tampoco. Jamás la fue a ver mientras estuvo internada, ni un solo maldito día. Me dejó a mí cargar con todo. Después me enteré por ella que le había sido infiel, pero ¿honestamente? No la culpo. Mi padre era un imbécil que llevaba mucho tiempo tratándola como la mierda.

»Después de unos años, mi mamá pudo ir dejando el hospital por períodos de tiempo: salidas por el día, acompañada. Luego le permitieron quedarse en casa por la noche y volver al día siguiente. Pero nunca lo hizo, decidimos que era lo mejor. Hubiera sido el infierno y todo lo que progresó se hubiera ido a la basura. Porque estaba mejorando, y mucho, así que siguieron dándole más permisos.

»El mismo día en que cumplí la mayoría de edad mi padre se fue. Lo triste es que lo veía venir, ¿sabes? Es como cuando ya no esperas nada de alguien, y aun así consigue decepcionarte. Era joven y seguía queriendo un padre, pero sabía que era lo mejor y me dolía al mismo tiempo —suspiró, y el corazón de Violeta se desinfló también —. De ahí las cosas se calmaron. Mi mamá pudo volver a casa, yendo al médico tres o cuatro veces por semana, luego solo dos, y así hasta ahora, que sigue teniendo consultas mensuales.

—¿Y qué pasó con Noel? —quiso saber Violeta.

—Todavía hablo con él. Salió un año antes que yo del colegio, entró a la universidad y poco después consiguió una beca para irse a estudiar a Europa. Alemania, si no me equivoco. Al final se quedó allá.

Violeta asintió despacio, sin atreverse a mirarlo, sin atreverse a decir nada.

—Ethan, yo… no sé qué decirte —musitó al final—. Todo es tan

irreal. No creí que algo así le pudiera pasar a alguien como tú.

—¿Por qué lo dices?

Violeta se encogió de hombros.

—No lo sé, pareciera que tuvieses toda tu vida resuelta.

—Las apariencias engañan.

—Sí, lo hacen.

Él la abrazó con más fuerza, pasando una mano por sus brazos descubiertos.

—Cuéntame algo de ti, algo que nadie más sepa. —La cabeza de la chica viajó a sus recuerdos.

—Cuando era pequeña… bueno, esto no es precisamente un secreto. Alguien más lo sabe.

—¿Quién? —quiso saber él.

—Mi amigo Dominik.

Ethan frunció el ceño.

—¿Dominik? ¿No era tu hermano?

Violeta se carcajeó.

—Ah, cierto, me había olvidado de eso —suspiró—. No, no es mi hermano, pero es como si lo fuera. Nos conocemos desde hace mucho, y estuvo ahí después de que mis padres murieran.

Ethan se quedó callado un rato.

—Violeta, sobre eso… no te dije nada el otro día, pero creo que eres muy, muy valiente, y fuerte. Eres increíble. Si yo perdiera a mi madre… No sé qué haría. Ella es todo lo que me queda, y tú has salido adelante sola.

—No del todo —le recordó. El chico sonrió.

—Bien; no del todo sola. ¿Qué…? ¿Qué era lo que querías decirme?

—Después de que muriera mi mamá, Scott, mi papá, empezó a tener problemas con el alcohol. No era un mal hombre, es solo que después todo fue de mal en peor. Estuve mucho tiempo sin decir nada; ni siquiera a Dominik se lo conté, porque no quería que se preocupara. Un día él creyó que saqué algo de su cuarto. Estaba ebrio y enfadado… y violento. En ese entonces yo tenía diecisiete años. Dominik me decía que aguantara, que fuera paciente y que me evitara los problemas, pero era difícil cuando todo para ese hombre era un problema. Igual me dijo que cambiaría, y ya sabes cómo son. Las personas no cambian. Al final, él también murió. Eso fue pocos días antes de conocerte, de hecho.

—O sea que, si eso hubiese sido diferente, no nos hubiésemos conocido.

—No, puede que no —aceptó Violeta.

—Mi padre igual era medio alcohólico. No adicto, pero tenía sus momentos. Sé lo que se siente.

Ambos se miraron con un gesto de comprensión y entendimiento, mientras que la brisa ya fría de la noche les helaba la piel.

Entraron a la casa no mucho después. La única luz prendida era la de la cocina, que Ethan apagó en cuanto salieron de ahí. Todo se sumió en una oscuridad tal que Violeta no pudo ver ni siquiera la silueta de su mano frente a ella.

—¡Oye! —empezó a quejarse, deteniéndose de golpe al segundo en que sintió el cuerpo de Ethan acercarse con decisión al suyo. Todos los pensamientos se borraron de su cabeza—. ¿Qué haces? —susurró, ya contra su boca.

Su aliento se perdió entre ambos.

Lo siguiente que sintió fueron las manos de Ethan recorrer su

cintura y acercarla a él. De pronto le costaba respirar. Los labios del muchacho rozaron su cuello, tan despacio que un temblor recorrió su cuerpo e hizo que sus latidos se aceleraran. Así como así, todo su cuerpo se había encendido y quería más de él, necesitaba más de él contra ella, sin barreras, solo piel con piel. Violeta jamás iba a admitirlo, pero él, todo él, era su dulce debilidad.

—Ven conmigo —susurró contra su cuello. Violeta se estremeció.

Solo atinó a asentir como una tonta, segura de que la veía a pesar de la oscuridad, porque el brillo del deseo en sus ojos era inconfundible y ella sí que lo notaba. La muchacha dejó que la condujera a tientas hasta su habitación con el corazón doliendo en su pecho. Recorrieron los pasillos hasta que se detuvieron, y Violeta escuchó el sonido de la puerta del cuarto de Ethan abrirse con torpeza.

Dentro, solo las luces de la ciudad iluminaban la estancia, lo suficiente para que pudiese observar la perfecta silueta del muchacho cuando se giró y tiró de ella cerrando la puerta. De un momento a otro su espalda chocaba con la pared y el cuerpo de Ethan estaba aprisionando el suyo. Lo último que vio antes de cerrar los ojos fue la mirada de Ethan puesta en sus labios.

Entonces sus bocas se encontraron y con ansias se besaron, como si llevaran años extrañándose.

Para Ethan ella era la persona que conseguía hacer que perdiera la cabeza con una mirada, la chica que lograba que todas sus resoluciones se fueran al demonio con una sonrisa.

Para Violeta, él era todo lo que se había prohibido y ahora era lo único que deseaba.

Sin aguantarlo más, metió las manos por debajo de la camiseta

del muchacho y empezó a tirar de ella hasta que su torso quedó al descubierto. Ethan tampoco esperó demasiado y la imitó. Segundos después, Violeta sintió el peso de su cuerpo sobre el suyo cuando su espalda dio con la cama, pero no le importó, porque le gustaba y lo quería más y más cerca.

—Ethan —dijo ella en un murmullo tan bajo que creyó que él no llegaría a escucharla. A pesar de todo lo que estaba sintiendo, él se detuvo y la miró como si estuviese dispuesto a poner el mundo en sus manos.

—Dime.

Había una diferencia entre querer y amar. Para Violeta, amar era como destruir, porque la fuerza y la magnitud del sentimiento tenían el poder de arrasar con todo a su paso, de convertir su cabeza y su cuerpo en puro caos. Querer, en cambio, era paz. Era la calma en la tormenta, la protección contra el huracán.

Y eso era justo lo que necesitaba.

Te quiero, moría por decirle. Moría por que sus cuerpos fueran solo uno, por que él la besara de nuevo como si ella fuese la única persona que importaba en ese maldito planeta. Moría por dejarse llevar y por permitirse amarlo sin limitarse. Pero había algo que la retenía. Siempre había algo.

Negó con la cabeza.

—Nada. Solo bésame. —Y él la besó de nuevo, sin contenerse, con más arrebato y mayor vehemencia.

Trazó con los labios la línea de su mandíbula, su cuello, su clavícula, y bajó por su estómago, haciéndola temblar. En ese segundo supo que lo quería todo con él.

—Mierda, sí me encantas —masculló él.

Violeta sonrió.

Recorrió su torso, su espalda, muerta de ganas de él mientras Ethan dejaba besos en la piel erizada de su pecho, capturando sus pezones con los labios.

Y, cuando menos se lo esperaba, el sonido de la puerta del apartamento sonó a la distancia.

—¿Ethan? —preguntó Katherine desde la entrada.

El resplandor de las luces que iba encendiendo se propagó por el aire. Violeta trató de ocultar su decepción cuando sintió a Ethan despegarse de su cuerpo; un leve frío la invadió, mas sus mejillas ardían.

—Lo siento —susurró. Se agachó para recoger la camiseta de la muchacha del suelo—. Toma, vengo en un segundo. —Se puso su camisa, le dio un beso en los labios y salió por la puerta. Violeta se apresuró a deslizarse por el penumbroso corredor hasta entrar en el baño.

No quiso prender la luz ahí tampoco, porque no quería ver su rostro enrojecido ni su cabello despeinado. Trató de arreglarse mientras su respiración volvía a la normalidad. Cuando salió, Ethan todavía hablaba con su madre en el comedor; vio la oportunidad perfecta y fue a sacar la carta de su bolso, escabulléndose pegada a las paredes sin hacer ruido.

La habitación de Katherine estaba tal como la última vez que entró. Se acercó una vez más a la mesita junto a la cama; entonces la voz de Ethan habló en su cabeza. No era nada nuevo: le repetía todo lo que ya le había dicho, lo mucho que sus hombros se tensaban y su voz reflejaba el dolor, que le había llegado al corazón.

Recordó sus ojos enrojecidos el día en que su madre recibió la segunda nota, su expresión cansada.

Y dudó.

Katherine se merecía todo lo que estaba por venir, pero Ethan no. En ese momento Violeta pudo verlo claro en su cabeza, todo lo que pasaría si seguía adelante con su plan, que saldría tal como ella se lo imaginaba.

La pregunta no era si tenía el coraje para llevarlo a cabo; la pregunta era si estaba o no dispuesta a que Ethan fuera el daño colateral.

No lo estaba.

CAPÍTULO 20
De lo que pudo haber sido y no fue

«Secrets» – One Republic



Al día siguiente llamó a Dominik y, además de disculparse, le pidió si podía ir a verla, pues necesitaba un consejo. Él llegó a su casa no

mucho después. La muchacha lo recibió como en los viejos tiempos y lo dejó entrar, quitándole de la boca el cigarrillo que traía entre los labios antes de que dejara inmundo su apartamento.

Sonrió al verlo así, apoyado en la pared que colindaba con la puerta de entrada, usando una camiseta negra como las que solía llevar incluso en los inviernos más fríos, cuando eran niños.

—No creerás la cantidad de gente que había en el centro. No me hagas volver a cruzar Times Square a esta hora, por favor.

Muy a su pesar, Violeta rio.

—No prometo nada.

El chico entró como si fuese su propio departamento y se quedó viendo los cables y cañerías que pasaban por el techo de ladrillo. Violeta examinó su perfil con curiosidad; sus facciones marcadas y la forma en que el humo residual se iba hacia arriba hasta desaparecer.

Lo miró con una sonrisa de lado.

—Eso te va a matar —recriminó.

—Ya sabes lo que dicen: mejor lentamente que de un solo golpe.

—No. Solo tú dices eso. —Dominik fue a sentarse en el sillón más grande de su sala de estar y la chica lo siguió, sentándose frente a él.

—¿Qué era lo que querías decirme?

Ella suspiró.

—Quería saber tu opinión sobre algo. —Él no dijo nada, pero le hizo un gesto con la mano: adelante—. ¿Qué crees que pasaría si yo le dijese a Ethan toda la verdad?

Su amigo se quedó pensando.

—Todo, ¿todo? —Ella asintió—. No puedo saberlo, no sé cómo piensa.

—¿Crees que podría perdonarme?

—Lo veo difícil.

—¿Tú lo harías, de ser él?

—No —respondió sin dudar. Aunque ella debió haberlo supuesto, porque así era él—. Ni de broma. ¿A qué van estas preguntas? No me digas que lo estás pensando en serio.

—Sí, lo estoy pensando en serio.

—¿De verdad quieres decirle todo? ¿Y encima que te perdone?

—Es que no quiero lastimarlo, y si sigo con esto… —La mirada del joven la hizo callar antes de siquiera poder terminar la idea.

Otra vez.

—No pudiste dejar esto por mí. —Dominik luchó por controlar la ira que subía por su garganta, sin demasiado éxito—. Pero ¿puedes por él? ¡¿Estás enamorada de ese idiota?! —Violeta no respondió, pero bajó la mirada y eso era todo lo que necesitaba. Dominik sintió que su mundo se venía abajo—. No me lo creo.

—¡¿Por qué lo odias tanto?! —Ahora los dos estaban gritando—. Deja los celos, ¿sí? Esto es ridículo. ¿Que no puedes estar feliz? Conseguiste lo que querías; voy a dejarlo, todo este plan. No lo vale.

—¡¿Por él?!

—¡¿Por qué importan tanto las razones?!

—¡PORQUE ESTOY ENAMORADO DE TI!

—¡YA ES TARDE!

Listo, lo había dicho. Violeta sintió que su cuerpo se paralizaba, que las ideas en su cabeza se borraban. Ni siquiera procesó las palabras antes de que salieran de su boca. Que él ¿qué?

Dominik lanzó una risa sin gracia, mirando al techo, a la pared, a cualquier parte menos a ella.

—No —murmuró, sabiendo que lo había jodido todo—. Dominik…

—Ya lo sé, Violeta. Mierda, lo sé, pero no tiene caso negarlo, aunque traté. No… no puedo sacarte de mi cabeza y no soporto pensar que estés con otro.

—¿Por qué ahora? —Quiso llorar.

¿Por qué ahora y no antes, cuando ella hubiera dado todo por escuchar precisamente esas palabras? ¿Por qué ahora, cuando más le hacían daño?

—¿Ahora? —Dominik rio, mirándola incrédulo—. Te dije cómo me sentía, Vi. Te lo dije hace años, y tú me dijiste que no.

—¡Porque tenía miedo! Tenía miedo de que eso nos destruyera, de que pasara justo lo que está pasando ahora.

—Me hiciste enterrarlo todo. —Era una acusación, así de simple. Una acusación llena de pesar—. Y la otra vez, en esa fiesta, ni siquiera me diste la oportunidad de procesar lo que estabas diciendo. Asumiste lo peor y te fuiste. Habían pasado años, y tú dijiste…

—Te dije que no podíamos cruzar esa línea, y fue un error. O quizá no, y el error fue que la cruzamos de igual modo. — Pudo ver cómo sus palabras lo aniquilaban poco a poco, pero tenía que hacerlo—. ¡Míranos ahora! Apenas nos reconozco.

—Déjalo. —La miró con una sonrisa que no significaba nada, porque incluso en esa situación él trataba de confortarla—. Sé que es mi culpa, debí haberme dado cuenta antes. Lo siento, Vi. No sabes cuánto.

El dolor en su voz la rompía en tantos pedazos que no sabía si alguna vez lograría encontrarlos todos y pegarlos de vuelta. Su

corazón era un manojo dentro de su pecho, retorciéndose y ardiendo.

Todo lo que dijo, cada palabra fue como una puñalada directa a su alma. Y a Violeta le dolió. Le dolió porque sabía que una parte de ella siempre amaría a Dominik, pero más porque sabía que su corazón ya no estaba con él.

—Yo… Dominik, no puedo…

—¿Lo amas?

Violeta abrió la boca varias veces para contestar, sin encontrar las palabras para expresarse.

—N-no lo sé —admitió.

El muchacho asintió, despacio, alejándose más de ella.

—Vale. Olvida todo lo que he dicho.

—¡No! ¡Espera! —suplicó alcanzándolo. No podían dejar las cosas así, no de nuevo. No podía permitir que se fuera.

—Está bien, Violeta. Lo he captado. Olvídalo, ¿sí? Fue una estupidez venir aquí.

CAPÍTULO 21
Luces en las tinieblas

«Yet» - DUNCAN LAURENCE



Violeta

Me quedé clavada mirando como imbécil la puerta por la que Dominik había desaparecido. Negaba con la cabeza una y otra vez, pensando… ¿qué, exactamente? Que yo era una idiota, pero él lo era todavía más. ¿*Ahora* estaba enamorado de mí? ¿Y qué pasó antes, cuando yo le confesé lo mismo?

Me sentí enojada, me sentí traicionada y dolida.

Cuando atiné a reaccionar me fui a la habitación, tomé una de las almohadas más grandes que tenía y enterré la cara en ella. No me hizo ni falta volver a recordar las palabras de Dominik, porque el grito salió de mí sin que yo pudiese contenerlo. Grité hasta que no salió más que tos de mi garganta y me quedé así por no sé cuánto tiempo, con las piernas adoloridas, el rostro ardiendo, húmedo, con el calor de mi respiración agitada.

Desde pequeña odiaba la sensación de ahogo cuando mi propia respiración se acumulaba bajo las sábanas o en los cojines, como ahora, pero me lo aguanté y me quedé en el que se había convertido en mi propio diminuto infierno. No iba a llorar, por más que quisiera gritar hasta desfallecer y arrojar toda el agua de mi cuerpo por los ojos. Estaba harta de todo y no estaba segura de nada, salvo de que en algún momento este estúpido plan que me había inventado tenía que terminar, tarde o temprano, y ya era hora.

El odio que seguía guardando iba a tener que desaparecer o ser olvidado, o me quedaría con toda la mierda y sin haber ganado nada. Ya no me importaban las ansias, los ideales o las promesas a recuerdos cada vez más vacíos; mi devoción debía ser por los vivos y ningún hijo debería pagar por los pecados de los padres. Si algo había aprendido esas últimas semanas, era eso.

Honraría a mi familia de esa forma.

Los recuerdos de lo sucedido habían añadido una nueva espina a mi corazón. ¿Qué clase de giro retorcido del destino era este? A Dominik no quería lastimarlo, no podía, era como apuñalarme a mí misma, pero también sabía que no había nada que hacer. Hacía no mucho hubiera dado lo que fuese por escucharle decir esas palabras, pero ¿ahora? Ahora no hacían más que herirnos a ambos.

No sabía qué hacer, si comer o dormir, pues no tenía ni hambre ni sueño. Igual supuse que al final ya nada importaba, así que llamé a Ethan y le pregunté si podía visitarme.

Esperaba que al estar con él pudiese olvidar todo lo demás que aquejaba mi mente. Me sorprendió porque, en cuanto puso un pie dentro de mi apartamento, hizo una mueca:

—Huele a cigarro.

—Ah, sí —musité cerrando la puerta, sin animarme a verlo—. Dominik estuvo aquí hace un rato.

Ethan, por supuesto, notó mi expresión de angustia y mi tono amargo.

—¿Todo bien?

—Discutimos. Nada fuera de lo normal últimamente. No le gusta la forma en que llevo mi vida —resoplé.

—¿Por? —No dije nada, pero mi expresión debe haber sido obvia, pues él preguntó—: ¿Es por mí? —Asentí. ¿Para qué negarlo?—. No le caigo bien.

—Para nada.

—¿Has pensado que quizá siente algo más por ti que solo amistad?

Mi cuerpo se congeló. ¿Por qué tenía que hacer estas preguntas ahora?

—No —le dije seca.

—¿Nunca ha pasado nada entre ustedes?

Cuando esas palabras salieron de su boca, una idea apareció en mi cabeza a la velocidad de la luz. *Miéntele*, decía la voz, pero yo sabía que mi silencio y mi mirada ya me habían delatado y si mentía jamás iba a creerme.

—Fue hace años.

—¿Entonces?

—Ethan —lo corté—, no quiero hablar de eso. Fue, como te dije, hace mucho tiempo, y fue un gran, *gran* error. Además, los dos lo superamos y no ha vuelto ni va a volver a pasar, así que no tienes que preocuparte por eso. Solo somos amigos.

Las palabras supieron amargas en mi boca.

—¿Segura?

—Segurísima. —Ni siquiera tuve que pensar la respuesta: tenía la total convicción de ello—. Ya no somos como antes. No tienes nada de qué preocuparte.

—Vale.

—Oye, ¿tienes hambre? —dije, desesperada por poner un poco de comida en mi estómago, aunque más por cambiar de tema. Ethan asintió—. Podemos salir a comer, yo invito.

—Cómo decirte que no. —Sonreí: éramos nosotros de nuevo.

Cuando estuvimos fuera y me tocó preguntarme a dónde iríamos, recordé un lugar en el centro al que Amber y Scott me llevaron cuando cumplí catorce años. Era un lugar de *brunch*, donde comí tantos panqueques y chocolate que no pude ver dulces en el resto de la semana. Me costó encontrar el lugar, porque solo me acordaba

de que estaba entre la calle Hudson y la Séptima Avenida, pero después de un rato di con él: se llamaba Buvette.

Para ese entonces yo apenas estaba dejando que mis cuidadores entraran a mi vida. Rememoré esos primeros días con mi nueva familia. Amber se esforzó —eso no podía negarlo— para que yo me sintiera como en casa en ese lugar. Debía admitir que no se la puse nada fácil; me escapaba por las mañanas, pasaba tardes completas en la calle, con todos buscándome como locos y yo escondida en la lluvia, a veces sola, a veces en compañía de Dominik.

Me costó meses tomarles confianza, me costó tenerles cariño y darme cuenta de que sí se preocupaban por mí, de que querían que fuera feliz y que estuviese bien. Cuando decidí que era momento de dejarlos entrar en mi corazón, fue como un pequeño rayo de luz en lo que era mi vida hasta ese momento. Unos años después, Amber murió.

Como yo lo definía, había varios períodos en los que podía dividir mi infancia: primero estaban los Años Oscuros, que empezaron en el minuto en que mis padres murieron y no terminaron hasta que abandoné la Residencia. No me gustaba pensar en esa etapa.

Después estaban las Ilusiones; los años felices entre que decidí aceptar a mi nueva familia y la muerte de Amber. Luego venía la Réplica, como yo la llamaba; ese lapso en que Scott empezó a beber y luego su muerte. Lo llamaba la Réplica porque era, en sí, volver a vivir los años oscuros: llorar la muerte de un ser amado, vivir en las calles, escaparme con Dominik, arriesgarme a las locuras de extraños en los callejones antes que exponerme a las locuras del que fue mi segundo padre en su momento. Supongo que prefería conservar su recuerdo lo mejor que pudiera.

Al final de todo estaba la Incertidumbre, y parecía que continuaba en ella, porque hasta ahora no tenía idea de cómo más llamar a esta cosa amorfa que estaba viviendo.

No obstante, más que nadar en todas aquellas memorias, mi mente viajó al recuerdo de un muchacho que nada tenía que ver con mis dilemas actuales; alguien cuyo fantasma prefería dejar enterrado y hacia el que guardaba sentimientos encontrados en el fondo de mi corazón.

Quizá él fue el verdadero comienzo de todas mis inseguridades.

No sé por qué recordaba *eso* en *ese* instante. No me gustaba pensar en Hayden.

Le dije a Ethan a dónde iríamos y él condujo. Estuve abstraída toda la tarde, sin entender lo que pasaba a mi alrededor en ese plano, pues mi cabeza estaba lejos, en las memorias.

Cuando Ethan volvió a dejarme en la puerta de mi edificio bajé del auto con lentitud, todavía ensimismada. Justo cuando estaba a punto de entrar por las puertas de cristal, retrocedí y caminé de vuelta hacia el lado del conductor. Él, al ver que me acercaba, bajó la ventanilla.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por haber estado en las nubes.

Ethan asintió.

—¿En qué pensabas?

—Recordaba mi infancia.

—No tienes que disculparte por eso, nunca. ¿Vale? — Asentí con una sonrisa formándose en mi boca. Me incliné hacia adentro de su auto y le di un último beso.

—Buenas noches.

Ahora ya no podía dejar de sonreír.

—Descansa.



Días después, todavía continuaba quedándome dormida con una foto en la mano: era lo último que mis ojos veían antes de dormir y lo primero que veían al despertar. La foto ya estaba desteñida y tenía los bordes doblados. Por el modo en que la observaba, parecía que aquel viejo objeto fuese mi mayor tesoro. No lo era, por lo demás, pero había algo en el modo en que una versión pequeña de mí observaba a la cámara, con el fondo del color azul de las paredes de la casa y la mirada marrón perdida en algún punto detrás del lente.

No sonreía como Amber lo hacía, ni reía como Scott por algo que su esposa dijo al momento en que el *flash* resplandeció. No podía recordar lo que había pasado antes de que esa imagen fuese capturada y ahora mi gran duda era por qué yo no sonreía como los demás.

Guardé la foto junto con una de mis padres biológicos dentro de mi bolso, las tenía ahí para asegurarme de nunca olvidar los rostros de quienes me cuidaron y amaron. Me aterraba la idea de que un día sus sonrisas se volvieran borrosas.

Tomé las llaves que descansaban encima de la entrada. Miré mi chaqueta, que estaba tirada como siempre sobre la silla, no obstante, como el verano ya estaba por golpearnos decidí dejarla. Bajé por el elevador pensando en lo condenadamente lento que era.

¿Cuándo irían a arreglarlo? ¿Lo harían alguna vez? *Quizá no*, me respondí a mí misma, *porque no se puede arreglar lo que no está roto*.

Salí dedicándole un saludo con la mano al anciano portero que guardaba la entrada todos los días, y también cruzó por mi cabeza la pregunta de cuánto tiempo ese hombre llevaría trabajando ahí. Por la forma en que siempre lo veía, ya fuese al entrar o al salir, uno creería que llevaba la vida en ello.

Tenía tiempo de sobra para caminar al ritmo de una tortuga, pero me moví a paso rápido pues odiaba a la gente que andaba lento por las calles: no me convertiría en una de esas personas. El celular vibró en mi bolsillo y esperé hasta detenerme en el semáforo para revisar el mensaje de Ethan.

Mándame la dirección y paso por ti.

No fue sino hasta que llegué a la casa de Dominik que envié la ubicación en que me hallaba. Suspiré cuando las puertas metálicas se abrieron delante de mi cuerpo y mi reflejo dejó de ser visible. Avancé y toqué la puerta de su departamento después de un momento de duda.

En unos segundos la puerta se abrió y vi que su cuerpo se tensaba al verme. Me sentí culpable por todas las peleas que habíamos tenido y traté de sonreír para relajarme.

—Hola.

—Hola, Vi.

Como después no dijo nada más, señalé adentro.

—¿Puedo pasar? —Asintió y abrió más la puerta—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿De verdad? La última vez…

—Estoy bien, en serio.

—No he sabido de ti —me excusé.

—Ha pasado más tiempo en que no hemos sabido nada del otro.

—Bueno, es diferente.

Dominik se encogió de hombros.

—Supongo, si tú lo dices. ¿Por eso viniste?

—Ehh… no. O sea, sí, pero no solo por eso. —Me quedé callada, pensando en las palabras que iban a salir por mi boca, cuando Dominik hizo un gesto para que siguiera hablando—. Quería disculparme.

—¿Por?

—¿Por? Pues, por la discusión de la otra vez.

Dominik frunció el ceño.

—No fue tu culpa. —Se acercó un poco y se recargó contra la pared—. De hecho, ni siquiera creo que eso se califique como «discusión».

—Ya. Igual quería disculparme. —Dominik asintió y se quedó mirándome. Traté de descifrar su expresión, sin embargo, por más que lo intenté, no pude llegar a adivinar qué era lo que pasaba por su cabeza. Al final reuní valor y dejé de lado mi orgullo para decir—: Es que no quiero perderte, Dom. —Fue como si cada músculo de su rostro se relajara. Su mirada se ablandó. Llevé por instinto la mano a su hombro, pero cuando noté que el brillo en sus ojos cambiaba y se llenaba de una mezcla de dolor y deseo, me alejé—. Lo siento… —susurré.

Dominik tomó mi mano con dulzura.

—Está bien, Violeta. —Su mirada era casi suplicante, aunque había

un dejo de ironía y amargura en su voz, como si todavía quisiese hacerme creer que no le importaba—. No muerdo.

Sonreí.

Un recuerdo apareció en mi memoria, tan de súbito como uno de esos mensajes que salen de la nada en la pantalla del ordenador. Yo tendría diecisiete años, Dominik y yo estábamos en nuestro lugar secreto en el jardín de la casa de mi familia adoptiva, debajo de un enorme sauce que nos ocultaba de las miradas intrusas y, sobre todo, del ojo colérico e inquisitivo de un alcohólico Scott.

Ni siquiera sabía qué hora era, me había escabullido de la casa temprano ese día. En puntillas bajé las escaleras de mi habitación hasta la planta baja y abrí despacio la puerta del patio. Una vez afuera esperé hasta que escuché en el portón de madera dos toques cortos. Asomé la cabeza al otro lado y le hice señas a Dominik para que se apresurara: la ventana de Scott daba justo al cerco y, si me ponía de pie y él miraba, nos vería de seguro.

Ese recuerdo era poco después de que le confesara a Dominik que Scott estaba bebiendo. No tenía idea de que en unos meses él estaría muerto y yo fuera de ahí.

Dominik trepó con agilidad y aterrizó de mi lado del muro. Sonreí y corrí tomando su mano hasta que el sauce nos ocultó. Hacíamos eso con frecuencia, y mi corazón latía desbocado cada una de esas veces por el miedo a que nos pillaran. Minutos después, mi corazón consiguió calmarse.

Ahora ese tipo de recuerdos conseguían sacarme una sonrisa. Todo era tan inocente y a la vez tan prohibido, teñido del placer y la adrenalina de las travesuras y el miedo constante a las consecuencias, incluso sabiendo que no hacíamos nada malo.

Aquella vez Dominik apoyaba la espalda en el tronco del sauce, sentado en el suelo con mis piernas sobre su regazo. Mis brazos sostenían mi peso hacia atrás, para verlo reírse con ese sarcasmo que a veces odiaba tanto.

Hablábamos como siempre, soñando. Dos ilusos adolescentes a los que algo de fe les quedaba en el mundo después de la vida en las calles. Ahora me daba cuenta de que él siempre lo tuvo más fácil.

«Si saliera, me iría contigo», me había dicho esa vez.

«¿Salir? ¿De dónde? —Me reí—. La que está atrapada aquí soy yo, no tú.»

«Ya —cortó él—, pero si tú estás atrapada aquí, es lo mismo que si yo lo estuviera.»

Sonreí y, como siempre, ocupé el sarcasmo para tapar la felicidad que me hacían sentir sus palabras, pues cuando hablaba así me daba cuenta de que no estaba tan sola como me sentía en ocasiones.

«Ya sé que no puedes vivir sin mí.» Él rodó los ojos.

Me distraje viendo las hojas de los árboles moverse al compás del viento. Era un día de primavera, un poco nublado. Al menos, no hacía frío.

Mis ojos se perdieron en el movimiento de las ramas y me concentré en el sonido que producían. A veces dirigía miradas nerviosas hacia adentro de la casa, agudizando el oído ante el menor de los ruidos, por si Scott despertaba: no me convenía que Dominik estuviese allí cuando lo hiciera. Odiaba admitir que me daban demasiado miedo las consecuencias.

Un colibrí pasó volando en lo alto, pude verlo brevemente antes

de que las hojas me lo impidieran, pero recuerdo haber pensado *vuela alto y aprovecha, que no sabes la suerte que tienes de poder ir a donde quieras*.

Entonces me percaté de que Dominik se había quedado con la mirada clavada en mi boca. Ni siquiera se dio cuenta cuando volví a observarlo.

«No vayas ahí», le advertí, intuyendo lo que pensaba.

«¿Por qué no?»

«Porque, si lo hacemos, uno de nosotros va a enamorarse y esa es una historia que no termina bien para ninguno de los dos.»

Él asintió y me di cuenta de que quiso decir algo más, pero se lo pensó mejor y se quedó callado. Yo quise preguntarle por ello, pero también cambié de opinión y guardé silencio. Nunca volvimos a tocar el tema, sabiendo que era lo mejor para ambos.

Ahora me daba cuenta de que no era una coincidencia que, meses después de aquel recuerdo, Dominik me besara en su apartamento. Y yo sentí lo mismo que él, y luego él ya no, y yo sí, y él sí y yo no. Nuestros tiempos no estaban destinados a ser, así de sencillo.

Nosotros no estábamos destinados a ser.

Volví al presente y bajé la cabeza sin atreverme a cruzar miradas, en parte porque me asustaba que pudiese leer el recuerdo en la mía. Fue cuando reparé en el bolso que había bajo el asiento junto a la puerta.

—¿Te vas? —pregunté casi sin aliento. Por toda respuesta, él asintió una vez más—. ¿A dónde? ¿Por cuánto tiempo?

—Fuera de la ciudad. Un amigo me invitó.

Un nuevo mensaje vibró en mi teléfono y lo saqué del bolsillo sin quitar mis ojos de los de Dominik.

—¿Quién? —quise saber.

—No lo conoces —respondió cortante.

Ahora fue mi turno de asentir.

—Yo… espero que… que…

Estoy en el estacionamiento. Te espero.

—¿Sí?

Sacudí la cabeza.

—Que te vaya bien —susurré.

—Gracias. Cuídate, Violeta.

—Nos… vemos.

No esperé ni a escuchar su respuesta, aunque dudaba que hubiese una. Cuando bajé y miré hacia el estacionamiento de visitas no me fue difícil dar con el auto de Ethan. Entré y lo saludé con una sonrisa y un beso.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondí—. ¿Y tú?

—Mejor ahora. —Yo rodé los ojos y solté una risa que no pude contener—. ¿Quién vive aquí? ¿Dominik?

—Sí —suspiré—. Me sentía mal por la pelea de la otra vez. Fue muy estúpida y fue culpa mía, así que vine a disculparme. —Algo de cierto tenía eso.

—Qué raro.

—¿Qué cosa?

—No pareces ser de las que se disculpan.

—¿Y eso?

Ethan se encogió de hombros y se subió los lentes.

—¿El orgullo?

—Ya, pero cuando es culpa mía jamás me ha costado hacer a un lado el orgullo. Se llama humildad, Ethan. Deberías conocerla. A lo mejor un día te la presento.

—Ja, ja.

—¿A dónde vamos?

Me miró con una sonrisa prometedora.

—Directo a una aventura.



Esa fue la primera tarde que sentí que era yo misma estando con él; la auténtica, sin más mentiras ni engaños, y sin el peso de saber que sería yo la que iba a arruinarle la vida. Éramos solo dos jóvenes que veían más del otro que del camino que tenían por delante.

No sabía para dónde íbamos, pero sonreí cuando la música empezó a sonar con fuerza alrededor de nosotros y los rayos de sol se colaron por la ventana e iluminaron nuestros rostros. Me quedé mirando a Ethan mientras él entrecerraba los ojos cuando la luz dorada llegó directo a su cara, y me pregunté cómo era posible sentir tanto por alguien a quien solo conocías de un par de meses.

Era posible. Quise reír, llorar, gritar, saltar, volar; todo, pero con él.

Cuando volví a mirar, el paisaje había cambiado y el inicio del puente de Brooklyn apareció ante nosotros. Un gesto de asombro y emoción se formó en mi rostro.

—¿Ahí es donde vamos? —pregunté.

Ethan no respondió. No era necesario, ya que su expresión hablaba por sí misma. Siempre amé Brooklyn, pues ahí era donde

vivíamos con mis padres hasta que yo cumplí ocho años y nos mudamos a Manhattan.

Con cada uno de mis nervios sintiendo la alegría y la música que se escuchaba, abrí la pequeña ventana del techo del auto y me desabroché el cinturón de seguridad. Miré a Ethan con complicidad antes de sacar la mitad de mi cuerpo hacia el exterior, justo en el instante en que la carretera desaparecía y el puente era lo único que nos separaba de ese océano de posibilidades.

No me importó en lo más mínimo que la gente me quedase viendo; esa era yo. Sabía que no era seguro, pero s*olo será un minuto*, me dije.

El viento y el sol me golpearon, mi risa se devolvía y se transmitía con la brisa hacia los autos que iban detrás. Esa idea me gustó, porque pensé que así las demás personas sentirían lo mismo que yo, algo que ni siquiera podía describir con palabras. A cada segundo parecía que el viento se llevaría mi cuerpo y volaría como desde pequeña había soñado, atravesando el cielo, siendo levantada nada más que por la fuerza de mi energía.

Esa tarde, por primera vez en mucho tiempo, fui la chica que hubiera sido si la vida no hubiese decidido otra cosa. Y esa chica me gustaba.

Unos cuarenta y cinco minutos viajando por la carretera y llegamos a nuestro destino: el Jardín Botánico de Brooklyn. Sonreí. No recordaba haber estado ahí antes, pero había visto fotos y, en esa época del año en que todo florecía, entrar en ese lugar parecía lo más cercano a un paraíso.

Cuando nos bajamos del auto seguimos a la marea de gente que entraba al recinto tomada de la mano. Los impresionantes árboles

de cerezo no tardaron en recibirnos: un montón de ellos esperaban en hileras perfectas a cada lado del camino, con sus preciosas ramas llenas de pétalos esparcidas hacia todas partes, formando un bello techo sobre nosotros. El sol se colaba entre las hojas, que teñían la luz de colores todavía más cálidos. Era tan hermoso…

De vez en cuando, al pasar, una que otra flor caía de su rama sacudida por la brisa y esta oscilaba en el aire descendiendo lentamente hasta que se posaba con delicadeza en el suelo. De pronto, mis ojos se llenaron de nostalgia al reconocer el entorno de las fotos que solía ver enmarcadas y repartidas por toda la casa:

—Mis papás se casaron aquí —susurré. Ethan me miró entre preocupado y sorprendido.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, es que nunca había venido, creo.

—¿Crees?

—Era pequeña —me excusé—. No me acuerdo de si he venido o no, pero está en las fotos de su boda. Fue aquí.

—No pudieron haber escogido un mejor lugar en todo Nueva York.

—Y apuesto a que fue idea de mi padre; era de lo más romántico. —Apenas esas palabras abandonaron mis labios, hice una mueca.

Ethan no lo notó.

—¿Quieres sentarte? —Asentí. Claro que quería.

Nos instalamos en una zona del prado bajo los impresionantes árboles llenos de flores rosadas, era completamente increíble. Amaba los árboles con flores. Recordaba que, de pequeña, quise tener uno en el balcón de mi casa.

—Ahora entiendo por qué a mi mamá le encantaba la primavera.

—¿Los extrañas? —quiso saber él.

—No tanto como antes. Ha pasado mucho tiempo, pero todavía me pregunto sobre lo que podría haber sido si no hubieran muerto. —Me di cuenta de que, según la historia que le conté, no había pasado *tanto tiempo…* No importaba: ya era hora de que empezara a decir la verdad—. De todos modos, siempre está esa sensación, como de que hay algo que me falta, algo que no debió haberse ido tan pronto.

—Es normal, supongo.

—La vida está llena de «si hubiera…».

Ethan me sonrió.

—Es verdad. —Él extendió la espalda hacia atrás, apoyando su peso en los codos. Pude ver que del cuello de su camiseta sobresalía una parte del tatuaje que tenía en la clavícula.

—¿Puedo preguntarte algo? —Asintió—. ¿De qué es esa cicatriz?

—Es… uno de los regalos de despedida de mi padre.

No dijo más, y tampoco volví a preguntar.

—Lo siento —susurré acercándome a él.

—Yo igual.

Al final del día, todo lo que recordaba era a él, las flores y yo. Al final del día, lo único que quedó fueron los recuerdos.

CAPÍTULO 22
El descenso al infierno es fácil

«Cut My Hair» – TATE MCRAE



Violeta

Las semanas pasaron como si el tiempo no existiera; las horas parecían diluirse y escurrirse como agua en nuestras manos. Todo valió la pena, cada segundo.

Cuando entramos en la primera semana de verano sentí que mi cuerpo vibraba con una nueva energía, sabiendo que la estación que me hacía tan feliz desde que era niña ahora también estaba teñida con otro tono, pues Ethan estaba conmigo.

Muchas cosas habían cambiado desde la etapa en que aquella niña iba a la playa de Coney Island con sus padres y se revolcaba en la arena con el traje de baño empapado, mas no todo era malo. El sol calentaba la acera desde más temprano, la oscuridad se cernía sobre nosotros cada vez más tarde… Ethan pronto entraría a clases; los dos lo teníamos en cuenta, así que aprovechamos esas últimas semanas de vacaciones lo mejor que se pudo.

Risas y nuevos recuerdos fueron creados, y estarían conmigo para el resto de la eternidad. Esos iban a ser los que me acompañaran cuando las tinieblas ingresaran a mi vida. ¿De Dominik? Ni idea. No sabía nada de él desde hacía más de un mes. Si él necesitaba tiempo, espacio, que lo tuviera. Ya estaba cansada de buscarlo.

Por la noche la luna llena brillaba espectacular en el cielo negro, inundando la habitación de una maravillosa luz de plata que me hacía sentir como en otro universo, y más hermosa que nunca. El silencio solo era roto por el lejano sonido de los autos al pasar y alguna que otra risa de los peatones que caminaban por las calles con un mundo de infinitas posibilidades por delante. Me removí entre las sábanas, suspirando con la cabeza en las nubes y el corazón en la mano, y sentí la mirada de Ethan sobre mi cara. Parecía que ya nada nos faltaba.

—¿Estás bien? —le pregunté al percibir sus ojos brillantes.

En la penumbra, él asintió. No dije nada más; no supe qué, así que me quedé callada. Ethan seguía mirándome como si fuese lo más hermoso que había visto en su vida, y tuve la sensación de que ese pensamiento, por algún motivo que escapaba a mi razón, me entristecía más de lo que me alegraba.

Sentía aquel río de luz plateada sobre nuestros cuerpos, sobre mi piel pálida y sus ojos miel, y tuve el presentimiento de que debía disfrutar ese momento mientras lo vivía, porque no volvería a repetirse; aún en el mismo lugar, en la misma situación, incluso en el mismo día y bajo las mismas condiciones, ese instante era único y no había otro igual.

—Oye.

—¿Sí?

—No sé si te lo había dicho, pero… yo también creo que estoy enamorada de ti —susurré.

—No me lo habías dicho. —Sonrió radiante—. Pero no me molestaría acostumbrarme a que lo digas.



A pesar de que la mañana estaba nublada, el cielo parecía insinuar que el sol saldría por la tarde. Había transcurrido tiempo desde que no pisaba este suelo, pero supuse que no tardaría en acostumbrarme; después de todo, pasé unos años muy lindos aquí. Caminé por la acera hasta que divisé unos metros más adelante el espeso follaje que ocultaba una mancha de madera azul y terminaciones blancas. *Azul bebé*.

Aceleré el paso. Tenía que admitirlo; la casa era preciosa, y la arquitectura y estilo antiguo contrastaban con unos colores que nunca consideré extravagantes.

Suspiré al llegar al frente: esas pequeñas escaleras que ahora lucían tan ínfimas alguna vez me parecieron el más arduo de los caminos. Pensé que era curioso cómo la perspectiva de las mismas cosas difería tanto con el tiempo. Subí con esa idea en mente y, cuando iba a tocar la puerta, me encontré con que ya estaba abierta. Empujé con fuerza, solía quedarse atascada en el marco.

Apenas estuve adentro un niño pasó corriendo, casi chocando conmigo, muerto de la risa y con una muñeca en la mano. Tras él iba una pequeña que, supuse, estaría intentando recuperar su juguete.

—¡No corran dentro de la casa! —gritaba una voz que yo conocía muy bien, y que se acercaba desde la cocina a paso veloz. Al verme se quedó de piedra, parada donde estaba.

—En serio, Camila, eso de dejar la puerta abierta es una muy, muy mala costumbre —dije con elocuencia. Costumbre que yo compartía, pero omití ese dato.

Cuando ella se recuperó del estupor (o del susto que le di, no estaba segura), corrió a abrazarme.

—Son los niños, siempre abren cajones, puertas, lo que sea.

—Es peligroso —repliqué—. En el mejor de los casos, lo único que pasa es que uno se les escapa.

—¿Ese es el mejor de los casos? —se burló—. ¿Cuál sería el peor?

—Que entre alguien sin buenas intenciones. —Ella asintió—. Ya sabes, no se puede confiar en nadie.

Creí que me regañaría, como en los viejos tiempos. En cambio, me

sorprendió riendo.

—Ay, Violeta. Siempre tan pesimista.

Me encogí de hombros.

—Eso se aprende, supongo.

—No sabes la alegría que me da que estés aquí. —Estreché su delgado cuerpo—. Creí que ya no volvería a verte nunca.

—«Nunca» es demasiado tiempo, ¿no lo crees?

—Precisamente por eso.

Ella sonreía agotada y contenta. Muchas veces me había mencionado lo feliz que la hacía este nuevo trabajo. Cuando le propuse mis ideas, antes de irme a Europa tantos años atrás, ni ella ni yo creímos que aceptaría.

Se convirtió en la directora de un nuevo orfanato y, junto con más personas que contratamos a lo largo de los meses en conjunto con una fundación asociada, les daban a aquellos niños todo lo que necesitaban: amor, cuidado y confianza, y la seguridad de que les encontrarían una familia que les brindara lo mismo. Quise construir un lugar como al que desearía haber ido luego de que mis padres murieron.

Además, Camila tenía corazón de abuela: era demasiado buena como para siquiera pensar que esos niños estuviesen en alguna parte en donde ella no pudiese protegerlos. A pesar de todo, había grandes ojeras bajo sus ojos exhaustos.

—¿Cómo has estado? —me preguntó.

—No ha sido fácil —admití—, pero podría ser peor. Tuve ayuda —le dije con elocuencia.

Camila asintió despacio, procesando mis palabras. Hacía años que no nos veíamos cara a cara.

—Me alegro, lo mereces.

—¿Por qué lo dices?

—Todos merecemos apoyo, Violeta. —No estaba tan segura. Sonreí para que no pudiese adivinar lo que pensaba. Iba a responder algo, lo que fuera, cuando la misma niña que vi correr hacía un rato se acercó con la muñeca entre los brazos. Se arrimó a Camila y ella le acarició la espalda—. ¿Ves? Te dije que la recuperarías.

La niña asintió y decretó con voz decidida y llorosa:

—No voy a volver a separarme de ella. —Y corrió de vuelta a la cocina.

Me la quedé viendo por un instante, recordando cosas de mi infancia, y pregunté:

—Ahora que diriges esto, ¿sigues dándoles dulces a escondidas a los niños?

La mujer resopló.

—No, para eso está Mary. —No sabía quién era, pero capté la idea

—¿La niña es recién llegada?

—No, llegó hace meses. Se llama…

—No me lo digas —interrumpí. La mujer me miró arqueando una ceja, esperando alguna clase de explicación—. Los nombres nos vinculan; si me lo dices, me sentiré atada a ella, o a este lugar, y no quiero eso más de lo necesario.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Es difícil de explicar.

—No has cambiado tanto como creía.

—¿Qué quieres que te diga? —murmuré con una débil sonrisa—. Los malos hábitos son los más difíciles de quitar.

—Ya, tampoco es que tú te esfuerces demasiado.

—*Touché*.

—Ven, no te quedes ahí. Pasa.

Agradecida, dejé que me guiara por los pasillos que recordaba a la perfección. De una extraña manera, era como si todo hubiese cambiado y, al mismo tiempo, no hubiese ninguna diferencia con el lugar que recordaba. Había algunos niños y niñas en la cocina, sentados en la mesa con libros para colorear y un puñado de lápices de cera. Una sonrisa de nostalgia se formó en mis labios, mientras pensaba en que yo jamás pinté uno de esos libros.

Cuando los niños notaron mi presencia me miraron con curiosidad, pero luego vieron a Camila detrás de mí y sus expresiones cambiaron. Sonrieron con familiaridad y saludaron moviendo sus pequeñas manos en gestos enérgicos.

—Te los tienes ganados —le susurré.

—Hago mi mejor esfuerzo por que piensen en mí como alguien en quien pueden confiar.

—Eso siempre se te ha dado bien.

—Hago mi mejor esfuerzo —repitió con un largo suspiro y tomó mi muñeca para apartarme de los niños. No entendí lo que se proponía hasta que bajó la voz y susurró—: La verdad es que las cosas aquí han estado algo difíciles.

—¿A qué te refieres?

—Llegó un nuevo grupo de niños hace un par de semanas, transferidos de otra ciudad. Por lo que me dijeron, tuvieron muchos problemas para encontrarles un lugar: estaban todos a tope, nadie los recibía. Y ahora aquí, no creo que se estén adaptando muy bien —confesó.

—¿Hace cuánto dices que llegaron? —quise saber. Ella suspiró.

—Dos semanas. Casi tres.

—No llevan ni un mes, dales tiempo. Tú mejor que nadie sabes lo difícil que es adaptarse cuando vienes de tantos cambios. Deben sentir que no los querían en ninguna parte, además, quién sabe por lo que habrán pasado antes. —La mujer asintió—. Dales tiempo y espacio. Hazles saber que serán bienvenidos en todas las actividades que haces para ellos cuando estén listos. Y déjalos. Creo que necesitan ordenar sus pensamientos.

No supe de dónde había salido aquel arranque de lo que parecían ser sabiduría y muchos años de experiencia, pero sí supe que estaba en lo correcto. Creo que Camila lo sintió así también, ya que sonrió.

Me asaltó una idea.

—Oye, ¿crees que podría ir a ver mi antiguo cuarto?

La mujer mantuvo su sonrisa.

—Por supuesto que sí. Sube, anda, aquí voy a estar. — Como no me moví, ella añadió—: No te habrás olvidado el camino, ¿verdad?

Sacudí la cabeza, saliendo de mi ensimismamiento, y me di la vuelta para emprender mi trayecto a las escaleras. Subí escuchando cómo los crujidos de la madera anunciaban que se vendría abajo en cualquier momento. Me reí ante eso, porque sabía de sobra que no sería el caso: tuve la misma sensación la primera vez que subí y jamás ocurrió nada que me hiciera dudar de la firmeza de los peldaños.

Cuando llegué al piso superior caminé directo hasta el final del rellano y, luego de pasar de largo un par de puertas, encontré la que daba a mi habitación. Bueno, mirándola bien, era difícil llamarla «habitación», porque en realidad era un espacio de la sala común

que quedaba separado del resto por una pared delgada. Ahí solo cabían la cama y una mesita de noche, no obstante, yo estuve feliz de quedarme, encantada de convertir ese lugarcito en «mi espacio».

Hice una mueca al recordar los solitarios primeros meses de mi llegada, años atrás cuando no quería encariñarme con nada ni nadie, puesto que todavía sentía miedo de que todo eso fuera un sueño del que un día iba a despertar, de vuelta en la Residencia.

Me volteé cuando escuché la madera crujir bajo los débiles pasos de una niña que se acercaba. La pequeña se quedó de pie en la entrada de la habitación. No se movía, pero tampoco despegó de mí aquella intensa mirada acusadora.

—¿Quién eres? —me soltó—. ¿Y qué haces aquí?

No es que fuera a sentirme intimidada por una niña de seis años, pero sus ojos bien podrían haberme atravesado. Me asaltó un intenso *déjà vu*. Entre suspiros, murmuré:

—Supongo que esta es tu habitación. —La niña no pronunció palabra. Entonces me di cuenta de que en una de sus manos sostenía con firmeza un animal de peluche, aunque no pude distinguir bien qué se suponía que era. Fingí que no me di cuenta—. Me llamo Violeta, ¿y tú?

Lo pregunté, aunque parte de mí no quería saberlo. Como vi que no iba a responder, me limité a darme la vuelta y seguí explorando el lugar. Me acerqué hasta la ventana, rememorando todas las noches en que me despertaba presa de alguna pesadilla, o cuando me desvelaba víctima del insomnio y me quedaba absorta en el follaje oscuro de los árboles en las tinieblas, observando el tenue movimiento de las hojas y las ramas. Moví las cortinas para ver hacia el exterior y pasé la mano por el vidrio.

Cuando llegué a esta casa se me hizo tan difícil abrirme, confiar. Estaba tan llena de miedo y dudas, y solo quería volver a lo que había sido cuando vivía con mis padres. Recuerdo que, en un principio, Amber y Scott me preguntaron miles de veces por qué no quería quedarme en una de las habitaciones reales. No quise decirles que ya estaba acostumbrada a compartir una misma cama con hasta tres niñas más, que estar sola en una pieza me hacía sentir insegura.

Dios, cómo me había arruinado la Residencia…

—Tina.

Me di la vuelta, volviendo bruscamente a la realidad.

—¿Cómo?

—Me llamo Tina.

Le sonreí con amabilidad.

—Tina, ¿te gusta vivir aquí? —Ella abrazó su peluche. Distinguí que era un oso de piernas y brazos demasiado largos.

Se sentó en la cama y miró al frente.

—Sí. —Su murmullo triste me llegó al corazón. Me senté en la cama junto a ella sin decir nada y estuvimos ahí durante unos minutos hasta que se animó a hablar de nuevo—. Extraño a mamá. Y a papá.

No supe qué responder. Me pregunté qué habría sucedido, cuál sería su historia, mas no me atreví a formular mis inquietudes en voz alta.

—También yo —contesté. Eso provocó que la niña me mirase con curiosidad—. ¿Te cuento algo? —Tina asintió con energía—. Esta solía ser mi habitación.

—¿Vivías aquí? —preguntó con ambos ojos azules casi saliéndose

de su órbita.

Reí.

—Sí. Hace algunos años, también viví aquí.

Una expresión extraña se formó en su rostro, como si estuviese atando los hilos sueltos de una gran historia.

—¿Eras una huérfana? ¿Como yo? No sé qué significa eso, pero es lo que dicen que soy.

No me animé a decirle que en realidad no había orfanato cuando yo vivía aquí, o que tuve la oportunidad de una nueva familia, ni tampoco a explicarle en qué consistía el término. En el fondo ya debía saberlo, y si no, ya lo aprendería más adelante. Así que me limité a responderle:

—Sí. Sí, era tal como tú.

—Debes haber estado triste. Ahí estaba de nuevo, el *déjà vu*.

—¿Tú lo estás?

—A veces —aceptó.

Me las ingenié para pensar en algo y le indiqué que me siguiera hasta la ventana. Tina se acercó, curiosa de saber qué era lo que yo quería mostrarle.

Pasé la mirada por el marco de madera hasta que vi los pequeños relieves que estaba buscando y delineé con suavidad las ínfimas letras talladas en una esquina:

CC. KC. HA.

Esas las escribí una de las primeras noches que llegué aquí. Después, con el paso de los años, había añadido:

AS.

Y, finalmente, se leía:

SS.

Eran las iniciales de todas las personas que había perdido. Mis padres. Hayden. Amber. Scott.

—Estas las hice yo.

—¿Qué son?

—Recuerdos —le respondí. Una «o» de comprensión se formó en sus labios—. Cuando estés triste piensa en estas, y te vas a dar cuenta de que no estás sola.

Me despedí de ella no mucho después y bajé las escaleras crujientes con una rara sensación en el pecho. Abajo Camila, que estaba entretenida viendo jugar a los niños más pequeños, se volteó cuando escuchó mis pasos de vuelta en el primer piso.

—Tramposa —la acusé.

—Veo que conociste a Tina.

—Sí. Es una niña interesante.

—Lo es. Me recuerda a ti cuando pequeña. Quizá cuando sea grande también va a querer escaparse del orfanato —sonreí. Las dos pensábamos lo mismo—. No llegó hace mucho, se está acostumbrando, a pesar de todo. El cambio no ha sido lindo, aunque es lo mejor.

—Créeme, no fue nada lindo para mí tampoco.

Cuando dije esas palabras mi cabeza ya estaba en las nubes, rememorando la primera vez que escapé de la Residencia por la noche.

Fue poco después de mi llegada. Había pasado toda la noche en mi nueva «habitación» despierta, mirando por la ventana desde la

distancia, tapada con las mantas hasta la cabeza, muerta de miedo y sintiéndome más sola que nunca. Sabía que jamás lograría acostumbrarme a estar en ese sitio, porque *me rehusaba* a hacerlo.

Tenía diez años, mis padres estaban muertos y estaba en una casa que no conocía con gente espantosa.

Decidí que no pasaría otra noche ahí. Luego de que oscureciera, al día siguiente, tomé una bolsa con algo de comer que robé de la cocina y salí de la casa con lo puesto, pues no tenía mucho más. Esa tarde llovía a cántaros, las calles estaban atestadas de gente que corría a refugiarse, sin detenerse a mirar hacia abajo como para verme pasar.

Cada vez que sonaba un bocinazo mi cuerpo se sobresaltaba. Poco sabía del mundo y su crueldad, y tampoco me hubiese imaginado que una sola noche afuera fuese a aplastar mi espíritu para el resto de mi vida. Sin embargo, aprendí de mala manera lo que el mundo puede hacerles a los ingenuos.

Los mendigos me miraban mientras caminaba, me pedían monedas, me preguntaban si estaba perdida. Del puro miedo no decía que, la verdad, no tenía ni puta idea de a dónde iba. Uno de ellos, de edad avanzada y aliento putrefacto, comenzó a seguirme, mirándome de una forma que no me gustaba para nada. Traté de escabullirme, pero antes de que pudiese empezar a correr tomó mi pequeño brazo con fuerza. «¿A dónde vas con tanta prisa, ricura?» Su respiración me llegó al cuello y me estremecí.

Él sonrió al notarlo, y quise golpearlo hasta borrar de su cara esa maldita sonrisa que jamás olvidaría. Como no respondí, él insistió. «¿Quieres que te lleve a alguna parte? Puedes quedarte conmigo.» Me quedé paralizada, mas me obligué a reaccionar cuando sentí su

asquerosa mano deslizarse por mis piernas. Le pegué el pisotón más fuerte del que fui capaz y eché a correr.

Anduve sin dirección, mirando atrás cada cinco segundos, doblando por calles que no conocía y que no sabía a dónde me llevarían: solo quería perderlo de vista, estaba muerta de miedo de lo que podía hacerme si me encontraba.

Recordé de inmediato los pasos que no tardé en escuchar tras de mí mientras corría. Empezaba a cansarme, y ni siquiera me atrevía a ver quién me perseguía. Cuando lo hice, lo único que vi fue una sombra que caminaba con lentitud tras de mí. Mis piernas ya no querían seguir adelante. Me metí en un callejón y me quedé quieta contra la pared, tratando de normalizar mi respiración, cuando la sombra de la persona se hizo más y más grande.

Grité justo antes de que alguien apareciera por la esquina y me tapara la boca. «Cállate, ¿quieres que nos encuentre todo el mundo?» Lo reconocí de inmediato y mi cuerpo se relajó: era el chico que me dio comida cuando me encerraron en el armario.

Volvimos a la Residencia esa misma noche y me fui ofuscada a mi habitación recordando sus palabras. «Si quieres salir de aquí, tienes que hacerlo bien.» ¡Qué iba a saber yo sobre *hacerlo bien*! Abrí la puerta despacio, tratando de no despertar a todas las que dormían conmigo. Me encontré —para mi sorpresa— con que ya estaban despiertas, y me miraron al entrar con una mezcla de alivio y enojo.

Clary, la chica con quien compartía la cama, me retó en susurros.

«¡¿Dónde estabas, Violeta?! Estábamos preocupadas por ti.»

Confusa y a la vez conmovida por aquel recibimiento, respondí taciturna.

«Estaba con Hayden.»

Ni siquiera yo sabía qué significaban esas palabras. Ellas sí deben haberlo sabido, pues se quedaron tranquilas con eso. En el orfanato todos lo conocían. Cuando pregunté por él, esto fue lo que me dijeron: Hayden ya estaba ahí cuando yo llegué. Era el muchacho silencioso, de sonrisa afable, que siempre estaba al acecho, que aparecía como de las sombras cuando menos te lo esperabas, cuyos dedos escurridizos siempre estaban a la espera de algo a lo que adherirse y guardarse en los bolsillos, ya fuera algo para comer o algo con lo que entretenerse durante las horas que se gastaba en el ático del orfanato para que nadie lo encontrase.

Su guarida resultó estar tan a simple vista que al final me di cuenta de que era precisamente por eso que nadie jamás daba con él, y siempre me pregunté si se encerraba para evitar que lo vieran o para no ver a los demás.

Era curioso cómo pensaba.

Rememoré algunas de las cosas que él me dijo en su momento, en particular una frase suya que siempre repetía: «la vida es una metáfora», y aunque jamás lo comprendí, le di la razón.

Fue Hayden quien me encontró ese primer día de huida y se quedó conmigo después del incidente con el mendigo, más que nada para asegurarse de que volviese en una pieza al orfanato, aunque no me apresuró para volver incluso considerando el diluvio que caía sobre nosotros. Él conocía las calles como quien vive en ellas. «¿Cuántos años tienes?», le pregunté esa misma noche. Tenía dieciséis, pero parecía mucho mayor. Me dijo que eso era lo que le hacía el mundo a las personas como nosotros.

Luego de aquello, comenzamos a escaparnos juntos.

«Creo que tú fuiste la única persona a la que consiguió

acercarse», me dijo uno de sus compañeros poco después de que se suicidara.

«Yo diría que eso se dio por casualidad», había replicado yo.

Fruncí el ceño recordando al muchacho que fue mi primer *todo*.

«¿Se despidió de ti?», quiso saber Clary, noches después, mientras ambas fingíamos dormir.

«Sí, lo hizo.» No volvimos a hablar del tema.

Volví al presente, tratando de acallar todos esos recuerdos que gritaban en mi cabeza. El resto de la tarde la pasé entre los niños que jugaban y niñas que dibujaban, y algunas un poco más grandes, que ayudaron a poner la mesa cuando fue la hora de la cena. No supe si me sentía melancólica por estar ahí, reviviendo escenas de mi infancia y del pasado, o si era por ver el modo en que había cambiado tan drásticamente después de que me fui yo también.

Cuando llegó la hora de irme, me quedé un segundo en la oscuridad viendo el color azul como si no fuese a verlo de nuevo. La primera vez que puse un pie en aquella casa entré llorando por el azul mientras Camila, en ese entonces la trabajadora social, tomaba la mano de la niña solitaria en la que me había convertido. Dentro, las paredes eran de madera y la luz se me antojó cálida en comparación a los colores fríos del exterior. El piso crujía bajo nuestro peso y así fue como me anticipé a la llegada de Amber, que entró detrás nuestro luego de recibirnos afuera.

No tenía ganas de conocerla; no quería que fuera igual que las Furias. Sin embargo… no se veía para nada igual que las mujeres que dejé atrás.

Ella era menuda y daba la impresión de que su larga y espesa cabellera ensortijada era más pesada que su propio cuerpo. Me miró

con compasión, al igual que todos, pero su abrazo fue igual de cálido que los colores de la casa por dentro.



El mes pasó volando, como solían hacerlo los buenos momentos, y podría calificarlo como perfecto, tranquilo y feliz… de no ser por cómo terminó. Un día los acontecimientos se precipitaron y me golpearon no como una bofetada, sino como un puñetazo directo a la cara.

No había sabido de Dominik a pesar de que intenté ir a visitarlo, o llamarlo, cuando me di cuenta de que todavía no volvía. El último martes de junio apareció en mi puerta.

Me sorprendí al verlo, no solo porque no lo esperaba sino porque distaba mucho de ser el chico que antes me sacaba sonrisas. Su cabello estaba enmarañado y largo, su piel pálida lucía, en contraste, grandes ojeras bajo sus ojos brillantes. Me pregunté qué habría pasado, qué habría sido de él durante estas semanas, y también si podría haber hecho algo para aliviar su sufrimiento, hasta que recordé que lo más probable era que yo fuera la causa de este.

—Traté de llamarte…

—Lo sé.

—No respondiste —acusé.

—Lo sé.

—¿Algo que *no* sepas? —Se encogió de hombros, desganado y yo me rendí ante él—. ¿Quieres pasar?

Dominik hizo un gesto afirmativo y se corrió para dejarme abrir la puerta. Como hacía tanto calor adentro, dejé la puerta abierta para

crear corriente al tiempo que me dirigí a abrir también las ventanas. Me reí para mis adentros: hacía no mucho regañé a Camila por hacer lo mismo. La diferencia era que su puerta daba a la calle, y la mía a un pasillo desolado.

Cuando entramos fue como si él jamás se hubiese ido; se sentó con confianza en unos de los sillones de la sala y me ofrecí a preparar café. Él aceptó. Sin embargo, cuando llevé las tazas Dominik se limitó a mirar la suya con aire ausente, antes que mirarme a mí.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, Dom? ¿Por qué nunca me respondiste?

—Quería… Necesitaba aclarar mis ideas —murmuró, aún sin verme. Yo asentí despacio, aunque sabía que no me observaba, y no dije más, incitándolo a continuar—. Ya estoy de vuelta.

—Sí, me di cuenta de eso. —Lo que dije consiguió arrancarle una sonrisa de los labios, pero fue tan pequeña que por un segundo creí haberla imaginado—. Dominik, ¿qué te pasa? No estás bien…

—Estuve en Los Angeles.

—¿Qué?

—Tengo un amigo que vive allá, lo conocí en la universidad. Él terminó la carrera, yo no. No nos vimos mucho después de eso, además, él se volvió a… bueno, a Los Angeles.

—¿Entonces estuviste con él?

—Sí, y con otros de sus amigos que me presentó.

—¿Y tu amigo tiene nombre? —pregunté como quien no quiere la cosa.

—Jasper.

—¿Y qué hiciste durante todo un mes en una ciudad que ni

conoces?

—Pues eso: conocerla. Salir, ir de fiesta con…

—Con chicas, vale. —Él asintió, dirigiéndome (¡por fin!) una mirada furtiva—. ¿Alguna gran revelación? —pregunté con burla.

Dominik resopló.

—No. Las chicas de allá no son como las de Nueva York.

—Ah, ¿no?

—No son tú.

Sentí que sus palabras me caían encima.

—Dominik…

—Ya sé, ya sé. Lo prefieres a él; yo soy el *friendzoneado*.

—No digas eso.

—¿Ya le dijiste?

—¿De qué hablas? —musité sin comprender a qué se refería, pero el brillo en su mirada me dio una pista y supe lo que estaba a punto de ocurrir.

Bien. Si quería desahogarse gritándome, ya no me importaba. A lo mejor me desahogaba yo también y le gritaba de vuelta.

—Tú sabes qué. La verdad, Violeta; aunque te cueste. Igual entiendo que sea difícil, no va a ser fácil de digerir el oscuro secreto que los une.

Había empezado serio, no obstante, me di cuenta con enojo de que se estaba burlando de mí. Decidí ignorarlo y limitarme a responder su pregunta inicial.

—No, todavía no le he dicho.

—¿Qué pretendes que pase cuando le digas todo? Es más, ¿qué pretendes decirle? ¿Vas a decirle que su madre está loca? Porque eso creo que ya lo sabe. ¿Que ella mató a tus padres? ¿Que desde

que supiste de quién era hijo lo único que has hecho ha sido usarlo? ¿Y, encima, que quieres que te perdone?

—Eso no es cierto. Era así, no lo niego y tú lo sabes mejor que nadie, pero ahora es diferente.

—Esa es otra, y es una buena, porque además tendrás que decirle que mientras estabas con él también estabas conmigo.

Apreté los dientes.

—Jamás debió haber pasado.

—Ah, ¿no?

La burla en sus ojos era clara y sus intenciones también. Se acercó a mí por primera vez en meses. Se acercó tanto que pensé que iba a besarme, y tuve ganas de decirle «¿ahora quién usa a quién?». Quería hacerme caer, hacerme ver su boca como tantas veces antes y demostrarme con sus malditos besos que no podía olvidarlo.

Yo iba a demostrarle con la falta de ellos que sí podía.

—¿Qué quieres de mí, Dominik? —pregunté desesperada.

—Nada. Ya nada, Vi.

—Entonces no hagas que me arrepienta más de todo lo qué pasó entre nosotros —le dije, con el mismo filo con que él me hablaba.

—Ya. Lo que tú quieras. A ver si cuando se lo digas él opina lo mismo.

—Solo tiene que saber que las cosas no empezaron correctamente, pero la situación cambió, yo cambié.

Dominik resopló.

—Las personas no cambian.

Era el mismo discurso de siempre, y me tenía harta.

Más tarde me daría cuenta de que ese día todo estuvo fuera de

lugar, que los dos dijimos cosas que no sentíamos, y que estábamos tan ciegos que hicimos lo que prometimos jamás hacer: herir al otro.

—No me vengas con idioteces, estamos hablando de mí.

—Justo por eso.

—¡¿Qué mierda se supone que significa eso?!

—Te conozco, Violeta.

—¡Segundas oportunidades! ¡Esas cosas existen, Dominik! Así es como pruebas que de verdad quieres a alguien: ¡dándole una segunda oportunidad cuando la caga!

—¡Mira si eres ingenua! —gritó señalándome con la mano—. ¿Ese es el discurso que vas a darle? ¡Pobre idiota!

Así que dije lo único que sabía que podía lastimarlo más que cualquier otra cosa en ese momento. Me arrepentí en cuanto salió de mi boca, pero el daño ya estaba hecho.

—Voy a decirle que lo amo. Que, a pesar de toda la mierda que hice y lo imbécil que fui, me enamoré de él, y quiero que estemos juntos si él me acepta de vuelta.

Silencio.

—Él y tú —dijo con rencor—. Estuvieron condenados desde el principio.

—Nunca pretendí que las cosas se dieran así.

—No vengas a decirme que «solo pasó». Tú lo elegiste. Pude haber sido yo, Violeta, y mierda que hubiera sido menos jodido. —Vi el dolor en cada una de sus expresiones mientras gritaba. No era justo; simplemente no era justo—. Pudiste escogerme a mí, pero siempre te vas con lo difícil.

—¡Eso hice, y tú no me quisiste! ¿Qué pasó cuando te dije lo que sentía? ¡¿Qué pasó cuando te pregunté si me querías como algo

más?! ¡No tienes ningún maldito derecho a echarme en cara nada! ¡¿Me escuchas?! ¡NADA! Porque cuando tuve que elegirte, te escogí, lo que pasa es que tú no me querías a mí. No es mi culpa si después a tu ego le sentó mal el ser dejado de lado.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que esto tiene que ver con mi orgullo?

—¡Y qué voy a creer, si solo estuviste conmigo cuando quisiste llevarme a tu cama! ¿Qué más querías? ¿Qué me arrastrara por ti? ¿Que dejara todo de lado cuando me dejaste bien claro que no me amabas? ¿Que renunciara a mi vida para estar cuando decidieras acordarte de mí? No, Dominik, así no funcionan las cosas. ¡No voy a estar solo para cuando me tengas ganas!

Me miró como si lo hubiera apuñalado. Quise taparme la boca ahí mismo, tomar de vuelta todas las palabras y meterlas dentro. Pero ya era tarde.

—Después de todos estos años —rechistó—. Éramos niños y te dije lo que sentía. Tú tampoco me quisiste entonces. ¿Tengo que asumir también que solo me buscaste después porque querías, justamente, que te llevara a mi cama? —Tenía razón. Tenía toda la maldita razón. Los dos éramos unos hipócritas. Dominik rio, amargo y lastimoso—. Después de todos estos años, no puedo creer que sean estas las palabras que estén saliendo de tu boca.

Un silencio sepulcral sobrevino en la habitación. Lo único que se sentía era el resentimiento en nuestras miradas. Sus ojos refluían con una mezcla interesante de sentimientos, pero lo único que yo podía ver en ellos era el enojo y el dolor.

Entonces algo pasó, algo que me dejó anclada al suelo, paralizada, congelada como si cada partícula de sangre dentro de mis venas se volviese de hielo.

Primero vi la expresión de Dominik, que pasó de mí y clavó la vista en un punto detrás de mi cabeza. Luego, una voz glacial dijo sin emoción alguna:

—Solo venía a dejarte el libro que prometí traerte. —Había dejado la puerta abierta, e Ethan había entrado y escuchado… todo.

Mierda.

Mierda, mierda, *mierda*.

Si lo había escuchado, estaba perdida, y supe que así era por la mirada de profundo odio en su rostro.

—Ethan…

—Yo me largo —espetó Dominik, pero no alcanzó a moverse de donde estaba.

—No te preocupes —respondió Ethan con el mismo tono carente de expresión. Le hablaba a él, pero me miraba a mí, como si no supiera quién era. Era cierto, en parte, y eso fue lo que más dolió—. Ya no tengo nada más que hacer aquí.

Vi que dejaba un libro de tapa blanquecina sobre la mesa de entrada y se encaminaba a la salida a paso rápido. Dejé a Dominik, lo dejé todo y fui tras él. Logré encontrarlo frente al elevador; ni siquiera sabía qué decir.

—Ethan, yo…

—¿Es verdad? —Ya sabía la respuesta—. Todo lo que dijo de tus padres, mi madre… ¿es verdad que ella los mató?

Cuando finalmente me dirigió una mirada, asentí con un gran dolor rompiendo mi corazón, derrotada y hundida hasta lo más profundo.

—Fue cuando yo tenía diez años —susurré, casi sin voz.

—Entonces tu mamá no murió en un accidente, y tu padre… —

Lanzó una carcajada amarga—. Era toda una mentira para que no supiese quién eras y así pudieras terminar de arruinarme a mí, a mi familia.

—No —me apresuré a decir—. No es cierto, no fue todo mentira. Esa historia sí era cierta, solo que ellos no eran mis… mis padres biológicos. Fueron quienes me adoptaron después.

Él resopló y se pasó las manos por el cabello; estaba demasiado calmado, y eso me aterraba.

—No me interesa, Violeta. Si es que así te llamas —agregó con desprecio—. No me interesa nada más que salga de tu boca.

—Ethan…

—Querías destruir mi familia, maldita sea.

—¡Tu madre arruinó la mía! —Me arrepentí de las palabras en cuanto las pronuncié, pero eran la verdad. Al fin, eran la verdad. Él no dijo nada, y me examinó como si fuese la peor escoria que había pisado el planeta. Respiré profundo, tratando de pensar mejor lo que iba a decir antes de que el ascensor llegara a mi piso—. Te juro, Ethan, por lo que más quieras, que iba a decirte todo.

—Sí, esa sí te la creo. Lo escuché. ¿Ibas a decirme igual que fuiste tú la que le envió esas cartas a mi madre, o ese detalle te lo planeabas guardar para ti? ¿Y Dominik? Me juraste que no había pasado nada y yo de imbécil te creí. ¿Ibas a contarme eso también, o es que al final nos usaste a los dos?

—Iba a…

—¿Sabes qué? —Negó con la cabeza. Vi el brillo de lágrimas en su mirada y tuve que contener las mías para no dar rienda suelta a mis emociones. Un doloroso nudo se instaló en mi garganta, y no lo

pude deshacer. Nada de esto lo podía deshacer—. No quiero saber. Probablemente sean más mentiras.

Cuando escuché el pequeño timbre que anunciaba la llegada del elevador, ya no pude contenerme.

—Ethan, espera, por favor… —Lloré—. Lo arruiné, pero ya lo dejé atrás, te lo juro. No quería herirte.

—Ya lo hiciste, Violeta —replicó con la voz cargada de pesar y sufrimiento, mientras entraba al ascensor y me miraba de lleno. Yo me quedé ahí, parada como una imbécil y llorando por lo mucho que lo había jodido todo y lo mucho que me arrepentía—. Te… —Negó una vez más con la cabeza, suspirando—. Estaba enamorado de ti, Violeta. —Sus palabras rompieron todavía más mi corazón; sonaba suplicante, como rogando que nada de esto fuera verdad. Yo también necesitaba eso—. Estaba enamorado de ti, y ya ni siquiera sé quién eres.

CAPÍTULO 23
Morir mintiendo

«Fire On Fire» – SAM SMITH



Violeta entró en su apartamento sintiéndose devastada. Había ganado todo en meses, y lo había perdido en un minuto. Las

lágrimas corrían a raudales por sus mejillas. No quería llorar, mas no podía controlarlo. ¿Cómo iba él a perdonarla, si ni siquiera se enteró por ella?

Con un gran dolor en el corazón, su mirada cayó en el libro que seguía en la mesa de vidrio como si nada hubiera ocurrido. Lo tomó entre sus temblorosas manos y pasó los dedos por la portada, donde la silueta de un niño columpiándose acompañaba a unas delgadas letras negras: *Matar a un ruiseñor*. Si era posible, lloró todavía más fuerte.

Se llevó el libro al pecho y, abrazándolo, caminó hasta su habitación. Se dejó caer en el suelo junto a la cama con el libro todavía bien aferrado entre sus trémulos brazos. En la soledad de su cuarto, dejó todos sus sentimientos, que apenas lograba expresar en palabras, fluir a modo de espesas y brillantes lágrimas que dejaban un rastro de ardor en sus mejillas; no podía ser peor que el ardor que sentía en el pecho.

Lloró en silencio incluso cuando escuchó los pasos decididos de Dominik acercándose. El muchacho se sentó junto a la chica, que no lo miraba. Cuando habló, trató de disimular el dolor que también teñía su voz, pues sabía que, sobre todo en ese momento, era lo último que necesitaban. Como siempre, al menos uno de ellos debía ser fuerte.

Dominik miró al frente, pues era mucho más fácil fingir cuando no la veía sufrir. Y aunque sus palabras eran fuertes, no habló con malicia, sino con pena.

—Hasta ahí llegó tu discurso sobre el perdón.

—Cállate —suplicó ella. Su voz quebrada rompía algo en su interior—. Por favor, cállate.

No supo qué decir para ayudarla, sin embargo, se abstuvo de preguntarle estupideces del tipo «cómo estás», o de decir algo como «lo siento», ya que, siendo sinceros, no sabía lo que sentía: había una espina instalada en su corazón que hacía tiempo intentaba remover sin éxito, y temía que, de hacerlo, la sangre no dejaría de correr.

—Sabes que el tiempo vuela, Violeta. —Se forzó a decir, suspirando con tristeza—. Ya verás que… Ya verás que lo arreglan.

Hablando de forma egoísta, Dominik hubiera querido que todo lo concerniente a la familia Hallaway se mantuviese lo más alejado de ella que fuera posible, pero, por otro lado… odiaba verla así, derrotada. Siempre lo había odiado y siempre lo haría, y si para que Violeta volviera a mostrar esa sonrisa deslumbrante que tenía era necesario que estuviese con otro, lo aguantaría.

Violeta lo miró con sus bellos ojos empañados de lágrimas saladas.

—No veo cómo —sollozó.



Poco a poco, él se atrevió a acercarse. Su contacto le dolía en todo el cuerpo, pero ella no notó la tensión y aceptó su abrazo. Lloró lo que quedaba de la tarde sobre su camiseta, mientras Dominik echaba la cabeza hacia atrás y la apoyaba sobre la cama. Ella no veía nada; él miraba el techo como si ahí fuese a encontrar las respuestas a su vida.

Cuando la respiración de Violeta dejó de ser entrecortada y violenta, Dominik se dio cuenta de que la joven se había quedado dormida entre llantos. Se incorporó despacio, sintiendo todo su cuerpo agarrotado por no haberse movido en horas. La cargó entre sus

brazos como si fuese una pluma y la dejó con cuidado sobre la cama. Se detuvo a observarla un instante antes de echarle una manta encima; dormida se veía tan calmada… No había nada que delatara su dolor.

Se largó antes de que ya no pudiera moverse. Salió del apartamento sin hacer ruido.

Violeta despertó al atardecer del siguiente día: por alguna razón que escapaba a su entendimiento, había dormido como si estuviese inconsciente. Apenas abrió los ojos sintió que le ardían y que tenía los párpados hinchados. Se llevó una mano al rostro, tapándose los ojos cerrados con dedos fríos. Eso ayudaba. La cabeza le dolía, el corazón le quemaba. Tenía que hacer algo, porque si las cosas quedaban así ella no lograría perdonárselo.

Se levantó con una idea fija en la mente y se metió en el baño. Ni siquiera se molestó en encender la luz, pues no quería ver lo que su lastimoso reflejo tenía para ofrecerle.

Prendió el agua de la ducha y esperó a que estuviese lo más caliente posible, pensando que de alguna forma debía intentar mitigar el frío que se esparcía en su interior a una rapidez impresionante. Abrazándose a sí misma esperó a que el vapor llenara la habitación y se quitó la ropa con lentitud. Cada movimiento lo hacía en un estado de trance en que se había sumido para evitar que las lágrimas volvieran a inundarla. Cuando se metió bajo la ducha el agua ardió sobre su piel, pero el frío permaneció. Las gotas se deslizaron por su cuerpo y su cabello, Violeta se refregó la cara y el pelo con las manos, sintiendo que despertaba de un letargo y que pronto rompería otra vez en llanto.

Mientras se quitaba todo rastro de maquillaje, permitió que las

lágrimas salieran. Llorar bajo la ducha era un alivio: el agua no tardaría en llevarse las lágrimas y así podría pretender que jamás existieron. Permaneció recargada contra la pared de cerámica mucho más rato de lo pretendido, tratando de que el dolor también se fuera por el drenaje, aunque eso no era ni de lejos lo más difícil. Lo imposible para ella en ese momento era reunir el coraje que necesitaba para hacer lo que tenía pensado. Al final, no hizo nada.

Cuando salió del baño ya anochecía, por lo que decidió dejarlo todo para el día siguiente, creyendo ilusa que así, con un poco más de tiempo, las cosas se calmarían.

En vano trató de dormir: se removió toda la noche entre las sábanas, sin poder cerrar los ojos por más de un momento. Dentro de su mente maquinaba todas las clases de disculpas habidas y por haber, todos los posibles escenarios, las posibles reacciones.

Amaneció justo cuando ella cerraba los ojos por fin. No había dormido más de dos horas cuando se despertó exaltada al ver el sol asomándose por detrás de los edificios; ni siquiera sabía qué hora era, pero un peso se asentó en su estómago, dándole la sensación de que estaba llegando tarde. ¿A qué? A nada, ya nadie la esperaba. Se calmó un poco cuando vio que apenas eran pasado las ocho.

Más tranquila, se vistió mirando a su alrededor. Estiró su cama sin importarle que quedara bien y se miró al espejo después de una noche tortuosa. Mientras se ponía la máscara de pestañas, luchaba por no sentirse como la peor basura en la historia de la humanidad.

Pensó en qué podría decirle a Ethan para justificarse, y soltó una maldición cuando las lágrimas corrieron, una vez más, su maquillaje. Odiaba limpiarse los ojos y ver el líquido salado y ennegrecido en sus manos. La hacía sentir aún más miserable.

Afuera la brisa era casi inexistente, y Violeta solo podía esperar que ese hecho cambiara pronto, porque de lo contrario terminaría por ahogarse con el humo de los errores que había cometido. Atravesó Manhattan caminando, casi arrepintiéndose de no haber pedido un taxi, porque su estómago era tal manojo de nervios que creía que no llegaría jamás a su destino, sino que se devolvería a su casa a la mitad del trayecto.

A pesar de todos sus sentimientos encontrados, una vez que tuvo la puerta frente a ella no dudó ni un segundo en tocar.

Esperó impaciente, tapando el visor con la palma de su mano porque estaba segura de que Ethan no le abriría si sabía que era ella. Se equivocaba. Él lo supo en el segundo que se escuchó el timbre del apartamento. Y contra todo pronóstico, le abrió.

—¿Qué haces aquí? —Habló sin titubeos, antes siquiera de que la muchacha pudiese asimilar que lo tenía enfrente.

—Yo… quería hablar sobre…

—Sí, ya sé —la cortó—. Lo escuché todo y me quedó claro; no tienes para qué gastar saliva en excusas.

Su voz sonaba afilada y mortífera, y en parte a Ethan le gustó decir aquello, pues quería que ella sintiera la traición que él tenía clavada en el pecho. Aun así, cada palabra quemaba en su garganta como ácido. Lo que en realidad quería era despertar y que nada de aquello hubiese ocurrido jamás: le dolía pensar que la chica encantadora y misteriosa que conoció hacía años en un bar hubiese resultado estar llena de secretos que solo pretendían destrozarlo.

Si ese era su objetivo, lo había logrado.

—Por favor, déjame explicarte…

—¿QUÉ MÁS PRETENDES EXPLICARME?

Violeta se sobresaltó: jamás lo había escuchado gritar, aunque esta vez lo merecía. Ethan se llevó las manos a la cabeza y tiró de su cabello, suspirando profundamente, tratando con todo su ser de controlar el enojo, pero eso era más fácil cuando no la tenía frente a él

—Violeta… —Su nombre sonó como un susurro, como una súplica anhelante, y cómo la miró… A la chica se le pasaron miles de escenarios por la cabeza con solo oír aquella palabra salir de sus labios, y le pareció en ese momento que quizá todo estaría bien. Hasta que Ethan volvió a hablar—. Me mentiste sobre quién eres, sobre quién es tu familia, sobre lo que querías conmigo. Me engañaste todo este tiempo, estando conmigo mientras planeabas…

—Ethan, lo sé. Te juro que si pudiera volver el tiempo atrás…

Ethan resopló. Cuando la miró, lo hizo con odio:

—No te engañes a ti misma fingiendo que harías las cosas de un modo diferente.

Fue ahí cuando Violeta notó un cambio en su interior.

—Tienes razón —espetó—. Habría hecho todo exactamente igual, porque no te conocía, Ethan. No sentía nada por ti, no sabía quién eras ni lo mucho que podía llegar a quererte. Así que no, no me importaba en lo más mínimo lo que pasara con tu familia después de esto. Con lo que me hizo, merece todos los infiernos que tenía por delante. Pero las cosas cambian, y yo dejé todo de lado para no herirte.

—Ya es tarde para eso. No puedes pretender que te perdone, que sigamos adelante como si nada y que volvamos a estar juntos. ¡¿Cómo se supone que voy a verte de la misma forma?!

—¡De eso se trata el perdón, Ethan!

—Y yo no puedo perdonarte. No ahora.

Violeta sintió las lágrimas asomar a sus ojos cuando asintió.

—Iba a contártelo todo, te lo juro…

—Y en su lugar me enteré por Dominik. Con quien, por cierto, también me engañaste.

—No fue…

—¿Qué mierda haces aquí? —Era Katherine, que se asomaba por la puerta y la veía como a una extraña. En cierto modo lo era, no obstante, observando a la mujer que tenía en frente, le recordaba más a la loca que asesinó a sus padres que a cualquier otra cosa y, sin importar sus sentimientos por Ethan, Violeta jamás dejaría de odiarla—. Lárgate, *Cortana*. Debí haberlo sabido.

—¡¿LE DIJISTE?!

Ethan se quedó congelado en su sitio. No quería que Violeta y su madre volviesen a verse. Nunca, si era posible. De eso no podía salir nada bueno.

Él sabía que, cuando era niño, algo ocurrió con su madre. Algo importante, algo grave que involucró un juicio y terminó con ella en un hospital. Él no sabía lo que era, jamás se lo dijeron y, siendo sincero, también temió preguntar. «La verdad» fue un secreto que su padre nunca quiso contarle, y ahora Ethan no podía evitar preguntarse si ese había sido el único gesto paternal, la única protección que quiso brindarle.

Pudo haberse enterado, de haber querido. Al crecer, una simple búsqueda en internet con toda certeza le habría dicho lo que necesitaba. Fue una *elección*, e Ethan eligió vivir en la ignorancia.

Porque la verdad era horrible. Era despreciable, y lo peor era que

no parecía que su madre se arrepintiera de nada. La forma en que hablaba…

—Claro que le dije —respondió—. Quería creer que no era cierto, quería confirmar lo que decías y resulta que ella es la única persona que puede hacerlo.

—No me lo creo… —susurró la chica, retrocediendo.

Violeta no podía creer que la hubiese expuesto así, de esa manera. Decirle a Katherine la verdad sobre ella era lo mismo que comprarle un pasaje directo a la tumba; Ethan debió saber eso. En ese punto, ella perdió las esperanzas.

Katherine se adelantó.

—Eres una embustera, mentirosa. Eres igual que tu padre.

Escupió las palabras como un insulto y Violeta no lo aguantó más. Conteniendo las lágrimas e irguiendo la espalda, sujetó su bolso y dijo con todo el veneno que pudo reunir:

—Diría que se merecen el uno al otro —soltó—, pero la verdad es que nadie se merece a una madre como tú. Al menos yo no maté a nadie, y tú tienes el peso de tres vidas en tus manos.

Sin decir más, se alejó hacia los ascensores y dejó a Ethan preguntándose, por un minuto, quién era esa tercera persona de la que hablaba, hasta que se dio cuenta de que… era ella.

No podía perdonarla, pero tampoco creía poder perdonar a su madre.



Cuando Dominik pasó por ella Violeta no sabía si sentirse más triste

o enojada, y no ayudó que lo primero que él le dijese apenas se subió al auto fuera:

—¿Qué esperabas al venir aquí?

—Ya. Fue una idiotez; créeme, lo sé —dijo con amargura—. Y se pone peor: Katherine sabe de mí.

—Estás de broma. —Como Violeta no habló, Dominik tuvo su respuesta más que clara. El enojo le subió por el cuerpo como un veneno: le dio un golpe al volante sin poder controlarse—. Será imbécil.

Violeta no quería seguir ahí, viendo el edificio frente a ella, preguntándose qué estaría pasando en el interior. Todo lo sucedido, cada palabra, cada mirada de odio, todo aquello la golpeó cuando las palabras salieron de los labios de Dominik. Ya no pudo seguir conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Con voz quebrada, suplicó:

—Vámonos de aquí, por favor.

Dominik no discutió. Condujo por la ciudad sin parar, sin un rumbo fijo y sin un destino en particular. Ni ella ni él hablaron, y Dominik supo que estaba dispuesto a conducir en silencio durante todo el día si eso la ayudaba. Dio vueltas metiéndose a cada una de las calles que se le cruzaba. Recorrieron Manhattan y Brooklyn, pasaron por distintos puentes para ver la ciudad desaparecer una y otra vez, remplazada por el agua. Incluso cuando el hambre les hizo mella, ninguno dijo nada. Violeta lloraba despacio, recostada contra el vidrio. No se atrevía a mirarlo, aunque él sabía que estaba despierta, perdida en un punto entre el exterior y sus pensamientos.

Cuando la noche cayó, Dominik aparcó en el edificio de la muchacha.

Ambos continuaron en silencio durante un momento; habían pasado tanto rato sumidos en él que ya no sabían exactamente cómo romperlo. Dominik se atrevió a hablar primero.

—¿Qué es lo que quieres, Violeta? —La muchacha no respondió. Seguía con la vista al frente, nublada, tratando de resolver dentro del huracán que era su cabeza qué demonios decir—. Solo dime cómo ayudarte.

—¿Tienes un cigarro?

A pesar de todo, sonrió.

—Siempre. —Sacó del bolsillo una cajetilla casi llena y se la tendió mientras sacaba el encendedor—. Pero no fumes en mi auto.

Ella rechistó, indignada.

—Yo no te digo nada por fumar en mi apartamento —replicó, saliendo de todos modos.

—No, solo me los quitas de la boca.

Dominik observó los pasos de la muchacha casi hipnotizado; se movía con cuidado, con lentitud, cansada y dolorida. Sus hombros estaban levemente encorvados y su vista siempre posada en el suelo, como cada vez que estaba triste y sentía que traía el peso del mundo sobre su espalda. El cabello le tapaba el rostro, sus ojos lagrimeaban, su corazón lloraba.

A Dominik le pareció hermosa.

Antes de bajarse también sacó del auto otro cigarro y se guardó la cajetilla en el bolsillo. Se acercó a la chica ofreciéndole el encendedor casi como la ofrenda de paz que tanto parecían necesitar. Mientras Violeta soplaba el humo hacia el cielo, Dominik se apoyó en el capó del Jeep negro y miró a las estrellas.

—¿Sabes? —habló Violeta en voz baja, sin verlo—. Nunca creí que

esto pasaría.

—Claro que no; te imaginabas todo con un final feliz. Supongo que es lo lógico.

—No me refiero a eso.

Él no comprendió. Fumó esperando a que ella continuara. No lo hizo.

—¿A qué, entonces?

—Años atrás —aclaró—, cuando recién salí del orfanato… Aquí, ahora: es lo último que me hubiese esperado.

—¿Y qué es lo que hubieses esperado?

Violeta lo miró como si por primera vez lo viera: sus ojos sonrieron con tristeza antes de volver a perderse en el cielo. *A nosotros*, quiso decir.

Se llevó una vez más el cigarro a la boca, exhalando el humo con calma. Así era muy fácil para ambos recordar otros tiempos en que lo único que tenían era su amistad. Allí, apoyados al frente del auto con los brazos cruzados, mirando las luces de los grandes edificios. La verdad es que esa escena distaba mucho de ser como las que tuvieron lugar en su adolescencia, cuando se escabullían por los callejones de los barrios bajos: el único lugar en donde sabían por seguro que no iban a ser encontrados, jugándose la vida durante el tiempo que el cigarrillo se consumía, solo por un momento de escapar de sus propias emociones.

Aun así, estando ahí, sumidos en aquella sensación de confidencia y complicidad… era fácil sentirse de dieciséis una vez más. Dominik le hizo un gesto con la mano.

—Eso va a matarte lentamente.

Violeta le sonrió, soplando humo hacia él de lleno en su rostro.

—Mejor lentamente que de un solo golpe. —Dominik no pudo evitar quedarse mirándola, durante tanto rato que ella se ruborizó—. ¿Qué?

—Te lo aprendiste.

—No fue difícil; me lo has dicho muchas veces.

El chico sonrió para sus adentros, pensando que quizá encontrarían la forma de volver a estar bien después de todo.

—Sí, supongo que sí.



Una vez más, las semanas pasaron sin ser conscientes de que el dolor de una muchacha de Manhattan no se estaba desvaneciendo con el paso del tiempo. Durante ese período su apartamento fue también su refugio del mundo. Violeta sabía, pues se lo repetía siempre, que no podía seguir aislándose cada vez que las cosas se complicaban, pero los malos hábitos eran muy, muy difíciles de dejar atrás.

Había hablado con Dominik un par de veces. Había llorado, había gritado e, incluso, había reído. Lo que no tuvo oportunidad de hacer fue hablar con Ethan. Le envió un mensaje días atrás, suponiendo que por otro medio no la escucharía. En él le decía todo lo que sentía, lo que había sentido y, con toda certeza, lo que sentiría en un futuro cercano. Ahora él lo sabía, sin embargo, Violeta no obtuvo respuesta.

Nunca creyó que aquel jueves, que parecía por lo demás ordinario, sería uno que recordaría por el resto de su vida de ahí en adelante. Tal vez debió haberlo previsto, pues ese día no empezó como

cualquiera. Lo que la despertó, a eso de las seis de la mañana, fue el aleteo de un colibrí cerca de la ventana. A Violeta jamás le gustaron los pájaros: le daba cierta envidia que ellos pudieran irse a cualquier parte cuando quisieran.

Se levantó extrañada, mas no vio señales del ave por ningún lado. Luego de eso ya no pudo volver a dormir. Permaneció sentada en una de las sillas de la terraza, con las rodillas pegadas al pecho y una taza de café entre las manos, que ya se enfriaba. Envuelta en su bata negra se quedó viendo cómo el cielo clareaba, sin moverse hasta que el café estuvo completamente frío y su cuerpo entumecido. Decidió meter la taza en el microondas para no desperdiciarlo, y antes de que el tiempo se cumpliera el timbre sonó. Apenas iban a ser las ocho. ¿Quién demonios…?

Fue cuando cayó en cuenta de que Dominik y ella quedaron temprano para salir un rato de la ciudad. ¿Cómo pudo olvidarlo?

Tomó un conjunto deportivo y se lo puso en tiempo récord, alisándose el cabello con las manos. Al menos ya se había lavado el rostro y los dientes, así que podría fingir que estaba casi lista en lugar de tener que confesar que se le había pasado por completo. Incluso sonrió al pensarlo, felicitándose a sí misma por su ingenio.

Ridícula, se dijo con una sonrisa. Era la primera en varios días.

Ninguna de sus excusas fue necesaria, pues cuando abrió no era Dominik quien la esperaba… sino Katherine.

La sonrisa murió en su rostro.

—¿Qué mierda…?

—No seas grosera —le soltó la mujer, entrando sin permiso a su hogar. Violeta quiso gritar, echarla a patadas, sin embargo, estaba demasiado paralizada por la sorpresa como para hacer cualquier

cosa que no fuera quedarse viéndola como imbécil—. Ahora que lo pienso, me recuerdas a tu madre; no la conocí mucho, pero en sus últimos momentos ella tenía tu mismo carácter.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Puedes tomártelo como quieras, aunque nada bueno, de seguro. Ella no era más que un obstáculo.

—Ah, ¿sí? Desde donde yo lo veo, el obstáculo eras tú. Eras tú a la que nadie quería, ni su esposo ni su amante.

Violeta no pudo ver su reacción, pues Katherine le daba la espalda, no obstante, notó sus hombros removerse en tensión.

—Quizá, pero al menos yo no terminé bajo tierra.

Iba a matarla, en serio se veía capaz de hacerlo.

—No te arrepientes de nada, ¿cierto? Lo *disfrutas*. Te regodeas en lo que hiciste y el dolor que causaste. Eres una psicópata de mierda.

—En serio, Violeta, no seas grosera.

—¡¿Y a ti qué mierda te importa como hablo?! ¡Sal de aquí de una maldita vez!

Entonces Katherine por fin se dignó a verla; no parecía haber escuchado nada de lo que dijo, ya que, con una expresión anhelante, empezó a hablar. En alguna parte de la cocina se escuchó el suave pitido del microondas: el café estaba listo.

—Yo amaba a tu padre, ¿sabes? Fue el único al que de verdad amé, que me hizo sentir que valía, que no merecía una vida miserable, como solía recordarme mi esposo. Kyle y yo… Éramos épicos. Tu madre fue la que arruinó todo, y Kyle era demasiado noble para dejarla. Así que tuve que tomar el asunto en mis propias manos —suspiró—. No fue nada personal, créeme, en algún momento incluso ella y yo fuimos grandes amigas… hasta que me di

cuenta de que estaba en medio de mi camino a la felicidad. Ella nunca suplicó por su vida, ni una sola vez. Le concedo eso.

El coraje y la rabia subían por la garganta de la muchacha. Violeta, quien siempre sabía qué decir en las situaciones más inesperadas, no pudo encontrar unas palabras lo suficientemente mordaces como para devolverle el mismo veneno que la mujer le lanzaba.

—Y todo para quedar reducida a ser «la otra» —consiguió decir. Con eso, su mente espabiló—. Eso debe doler, ¿no es cierto? Porque tú y yo sabemos que él jamás te hubiera elegido. Incluso de haberlo hecho se habría aburrido de ti en muy poco tiempo. Al final así fue; por eso te dejó tirada como la basura que eres. —Los ojos de Katherine centellearon con el mismo brillo de locura que recordaba de niña: no se lo había podido quitar de la cabeza en todos esos años, y ahora lo vivía en carne propia—. Te lo diré una vez más y no lo pienso repetir: sal. De. Aquí. *Ahora*.

Katherine abrió la boca para responder, no obstante, antes de que tuviera oportunidad de hacerlo escucharon por la puerta todavía abierta que alguien la llamaba desde el pasillo:

—¿Mamá? —Era Ethan, y se acercaba desde los ascensores. Katherine le dedicó una sonrisa siniestra.

—Como tú prefieras, querida, pero no creas que voy a dejar que te acerques a mi hijo de nuevo. *Jamás*.

Violeta no dijo nada: se conformó con verla caminar hacia la puerta.

Y las cosas se complicaron. De súbito, antes de alcanzar la puerta y que Violeta la pudiera cerrar en su cara, la mujer se volteó con la mano empuñada, sujetando algo que la muchacha solo pudo ver

brillar antes de que se clavara con fuerza en su estómago: una navaja.

Ni siquiera pudo gritar; todo el aire se le escapó de un solo golpe. Sus ojos lagrimearon, y ni siquiera supo cómo empezar a describir el dolor que sintió cuando Katherine sacó de un tirón el cuchillo de sus entrañas. La sangre salió a borbotones, manchando todo y cayendo al piso.

Katherine la soltó y Violeta no fue capaz de mantenerse en pie por sí misma, el dolor la hizo tambalearse hasta chocar con la pared. Una punzada se extendió desde la herida abierta hasta tocar cada uno de sus nervios. Sus piernas se adormecían con rapidez y ella cayó al suelo, tratando como podía, entre la niebla en su cabeza, de presionar la herida con las manos, impedir que toda su sangre la abandonara.

Como salido de una pesadilla de la que no lograba despertar, Ethan se asomó por la puerta.

—Mam…á.

No pudo con el asombro de lo que estaba viendo; la chica de la que estuvo enamorado, la misma que también lo había engañado, intentaba presionar con fuerza la herida de su estómago. Había sangre por toda su ropa y esparciéndose también por el suelo. Ella se veía cada vez más pálida. A su lado estaba su madre, también salpicada de sangre, sujetando un cortaplumas que su padre le regaló hacía años.

Ella sonreía sin decir nada, e Ethan supo que tenían que salir de ahí antes de que todo se pusiera peor.

—Ven conmigo —dijo con fuerza. Como ella no se movió, Ethan se

acercó y la tomó del brazo, empujándola con urgencia para salir de ese lugar.

Violeta los observó con incredulidad, ni siquiera podía hablar. Vio en los ojos de Katherine que era muy capaz de volverse y terminar el trabajo: una puñalada más y estaría muerta, sin embargo, no podía quedarse ahí o estaría muerta de igual modo. Reuniendo toda la energía que le quedaba, se obligó a hablar.

—Ethan, por… favor… —Él la miró con lástima—. Te… nece-sito. —Notó que él dudaba; todavía sujetaba a Katherine por los brazos, pero había dudado. Eso le dio esperanza—. Ayú… dame. Te juro… que…

No pudo seguir. Entre el aire que se le escapó y la mirada que él le dirigió, ya no le dieron ganas de seguir intentando.

Casi pudo escuchar los acordes bajos que tocaban la melodía de su vida, y la canción ya se acababa. Se sintió cansada, más de lo que nunca se había sentido. Un intenso letargo se apoderaba de ella y las ganas de cerrar los ojos eran cada vez más fuertes que su voluntad. Quizá, si los cerraba, todo sería mejor.

Las últimas palabras que escuchó de la boca del chico que amaba, antes de que desapareciera por el pasillo, fueron las que le dedicó con odio y rencor:

—Elegiste vivir engañando… y ahora vas a morir mintiendo.

PARTE 2

Escalando

«Uno es valiente cuando, sabiendo que ha perdido ya antes de empezar, empieza a pesar de todo y sigue hasta el final»

HARPER LEE, *Matar a un ruiseñor*



CAPÍTULO 24
La vida según Dominik Benedict

«Never Say Never» - THE FRAY



Dominik

Mirando atrás, es difícil encontrar el momento exacto en el que todo se fue a la mierda. Pudo haber sido que desde el principio estuvo todo condenado, o quizá solo hace meses. Pudo haber sido hace días, cuando decidí no contestar el teléfono, o pudo haber sido hace años, cuando un niño inmaduro de diecisiete años eligió irse de casa.

Durante todas estas horas amargas eso es lo que he pensado. ¿Qué cambió en nuestras vidas para que llegáramos a esto? Pudo haber sido algo tan insignificante que ni siquiera lo registré, por ejemplo, el tipo de café que decidí tomar esa mañana pudo tener un impacto mucho mayor del que me esperaba… o no importó en lo absoluto y, sin embargo, aquí estábamos.

Desde que tengo memoria los hospitales me han producido cierta fascinación morbosa, casi como las morgues: solo entré una vez a una —sin permiso, claro—, pero esa única y solitaria vez quedó grabada en mi cerebro como uno de los días más extraños de mi existencia.

Solía reírme del dolor de las personas, de sus emociones, de su debilidad y sentimentalismos; siempre me gustó guiarme por la razón, la lógica. Nunca estuve de acuerdo con que las emociones me nublaran el juicio, a pesar de que a veces me dejaba llevar por ellas en un intento de excusa barata para explicar mis impulsos erráticos. Esas ocasiones eran pocas, por lo general, premeditadas, y por lo mismo vivía burlándome de las personas que no pensaban, sino que *sentían*.

Ahora, por el contrario, soy yo quien se encuentra aquí, derrotado, con los hombros caídos y la vista en el suelo como aquel idiota que creyó que podía ser el héroe, hasta que todo se fue a la mierda y

ahora no puede ni mirar ni enfrentarse al mundo. Quise ser héroe y terminé siendo nada, terminé siendo como uno de los tipos de los que tanto me burlé, esos que esperaban por horas y horas y horas sin mover ni un músculo ni levantarse de la asquerosa silla de plástico azul y horrible, aun cuando el hambre y el cansancio me rogaban que me largara de aquí de una vez.

Ahora me había convertido en esos que ven salir a los médicos y esperan noticias buenas o, cuando menos, noticias no demasiado terribles de lo que sucede en la sala de operaciones. Me di cuenta en ese mismo instante de que todo este tiempo siempre fui yo el idiota, y que de seguro habría alguien como ese «yo» del pasado en alguna otra parte, burlándose de mí.

Me lo merecía, todo aquello.

En menos de una hora retrocedí años: estaba de vuelta en mi infancia, cuando un niño iluso e ingenuo tuvo que aprender de primera mano que el mundo jamás iba a ser tan bueno como algunos lo pintaban. Recuerdo la sensación de vacío en aquellas paredes, el eco que producían cuando un pensamiento era susurrado demasiado alto… En ese entonces parecía que los ecos eran mi única compañía.

Había aprendido a convivir con las corrientes que se entrecruzaban. Venían de todas partes: de la ventana entreabierta del salón, y movían con una limpia ondulación el velo de las cortinas; venían de la puerta abierta que daba al corredor del servicio: entre ellos y nosotros había un gran mundo que nos separaba; no el de las clases sociales, sino uno mucho más parecido al que separa la vida y la muerte. Ellos eran los vivos y nosotros vivíamos como muertos.

Las paredes eran blancas, lisas, sin adornos. Las cortinas eran

blancas, lisas, sin adornos. Incluso la vida era blanca, lisa y sin adornos. Parecía que vivía en una casa abandonada, pero el abandonado era yo.

Aquí, en el presente, no era mucho mejor. En el presente la incertidumbre me mataba, y ese mundo entre la vida y la muerte se hacía cada vez más borroso, aunque no para mí, sino para la persona a la que no quería ni podía imaginar en una mesa en el quirófano.

CAPÍTULO 25
Ecos de la infancia

«Unbreakable» - JAMIE SCOTT



Desde muy pequeño Dominik aprendió dos cosas: que no podía contar ni con la ayuda ni con el apoyo de sus padres y, por

consiguiente, que tendría que valerse por sí mismo. Eso sí, con el tiempo se dio cuenta de que la segunda cosa sería mucho más fácil de aceptar que la primera. Su teoría consistía en que era mucho más fácil *estar* solo que *sentirse* solo.

Había pasado muchas tardes sentado inmóvil en el salón, entumecido, sin levantarse siquiera a comer, con la mirada fija en la puerta esperando que en algún instante esta se abriera y por ella aparecieran sus padres, ya sea para ayudarlo con la tarea, porque era su cumpleaños o solo para verlo. Sin embargo, eso jamás sucedió. A veces los veía por las mañanas, cuando el chofer de la familia —él le caía bien— lo llevaba a la escuela, aunque nunca tenían tiempo ni para compartir el desayuno. Otras veces veía a su padre en la oficina, a Dominik le gustaba espiarlo por la pequeña rendija de la puerta: nunca se atrevió a entrar cuando lo veía así de concentrado en los papeles que tenía en la mano.

Su padre no era precisamente lo que se dice «un hombre pequeño», en ningún sentido. Era alto, tanto que a Dominik le dolía el cuello al observarlo. Era, también, un hombre fornido y de hombros anchos, cuya presencia podía llenar habitaciones inmensas, no obstante, siempre se veía minimizado tras la tediosa y desagradable pila de papeles que Dominik no comprendía ni tenía intención de comprender.

Su madre, por otra parte… A Dominik le gustaba cuando sonreía, pero cada vez la veía hacerlo con menos frecuencia. No, ¿a quién quería engañar? Era *a ella* a quien apenas veía.

Vivían para trabajar. Les gustaba lo que hacían, asi ni se daban cuenta de que, quizá, jamás debieron tener un hijo si no iban a estar con él ni para aparentar. Aunque Dominik no era para ellos ni una

carga ni una molestia, pues se aseguraron de que hubiera siempre alguien a su disposición para cuidarlo, ayudarlo, alimentarlo y tal. Entonces todo estaba bien, ¿no?

Hubo una noche en particular, cuando tenía ocho años, que jamás olvidaría: su padre entró a su habitación a darle las buenas noches. El niño se hallaba a medio camino entre el sueño y la realidad, contemplando con ojos entrecerrados y lagrimosos las luces fluorescentes y verdosas de las figuras en el techo. Su padre entró de igual modo; Dominik no pudo sino alegrarse al verlo, y su sueño se esfumó como vapor de agua.

Cuando la cama se hundió bajo el peso del hombre, Dominik se incorporó para acercarse a él.

—¿Papá? —Era una pregunta estúpida, pero sentía la necesidad de hacerla.

—Hace un rato que no nos vemos, ¿a que sí? —El pequeño asintió —. Quiero que sepas, hijo, que incluso si no estamos aquí, tu madre y yo siempre estamos pendientes, nos preocupamos…

—¿De verdad?

—Claro —respondió con aquella brillante sonrisa política que podía darle luz al mundo entero—. ¿Cómo ha ido la escuela?

—Está bien. De hecho, hoy en clase de lengua la profesora me dijo que…

Se interrumpió cuando el sonido del celular de su padre se le hizo demasiado estridente. Nathaniel Benedict sacó el aparato de su bolsillo y, haciéndole una seña a su hijo, respondió.

—¿Hola? ¡Claro! Sí, ya lo tengo… Espera un segundo. — Tapando el auricular, Nathaniel se dirigió a Dominik—. Es del trabajo, tengo que atenderlo. Me alegra que hayamos hablado, hijo. Descansa. —

Así, dándole un rápido beso en la cabeza, su padre desapareció por la puerta.

Después de eso, fueron cada vez menos las veces en que Dominik «convivía» con sus progenitores, aunque no tardaría en darse cuenta de que no estaba tan solo como pensaba. Especialmente, cuando recordaba a aquella mujer de sonrisa calma que tenía el poder de siempre hacerlo sentir mejor.



Cuando Dominik se cayó de la bicicleta, quiso gritar. Por suerte nadie lo estaba viendo, porque eso lo haría sentirse aún más miserable de lo que ya se sentía. Y enojado, también. Ni siquiera lograba terminar de comprender qué demonios acababa de pasar. Había tomado la curva sin fijarse… Sí, seguro había sido eso.

—Maldita sea —masculló, todavía en el suelo. Pasó la vista a su alrededor: estaba solo.

Se giró sobre sí mismo y empujó la bicicleta lejos de él, sin importarle demasiado dónde cayera, pues lo único que quería era quitársela de encima. No quiso ni pensar en la horrible herida que tenía en la pierna, donde una de las cadenas lo cortó. Solo esperaba que eso negro no fuera del todo… malo. Maldiciendo una y otra vez en su cabeza, Dominik se puso de pie y tiró de la bicicleta, esta vez para levantarla. Se subió de un brinco y pedaleó con todas sus fuerzas hasta llegar a casa.

Maldijo con más rabia cuando casi volvió a irse de cara al suelo por culpa de que se salía la estúpida cadena.

Odió ver el pasto perfectamente cortado en su patio; odió ver el

agua perfectamente limpia y clara de la piscina; odió ver el blanco inmaculado de las inmensas paredes que, por cierto, también odiaba, porque todo ello le recordaba a cada segundo quién era, lo que tenía y lo que le faltaba. Le recordaba siempre que, en el interior, no todo era tan perfecto. Al menos no para él. Y, para colmo, la cadena de la bicicleta volvió a soltarse.

—¡A LA MIERDA!

Ni se molestó en tratar de arreglarla: con una fuerza que no sabía que tenía, tomó el objeto con las dos manos y lo lanzó con furia hacia la piscina. Casi sonrió cuando las gotas le mojaron la ropa y vio la bicicleta desaparecer, por fin, frente a sus ojos.

—Si tu madre te escuchara hablar así, te enviaría a un internado.

Dominik no se inmutó.

—Para eso primero tendría que estar aquí.

Tras él, Valerie hizo una mueca.

—Tienes un punto, pero no quiero volver a escucharte nunca más ese vocabulario.

—¿Nunca?

—Al menos hasta que cumplas veinte —concedió.

Entonces sintió que sus ojos se cristalizaban y se sentó desmoralizado en el borde de la piscina. Se quitó los zapatos viendo borroso y metió los pies. La herida ardió al contacto con el cloro, pero se quedó quieto viendo difuminadas las líneas negras de la bicicleta bajo el agua. Supuso que al menos el corte se limpiaría solo.

Así permaneció un momento hasta que Valerie se sentó al borde junto a él. Dominik no quiso mirarla.

—Está bien que llores —le dijo—. Si ya no puedes evitarlo, es

mejor afuera que adentro. —Dominik no respondió. No supo muy bien si se refería a que era mejor llorar que no hacerlo, o si quería decir que era mejor llorar fuera de su casa que dentro de ella. Se lo quedó pensando un momento—. Tienes nueve años, Domi; no pasa nada.

—Sí pasa —masculló.

Seguía sin querer mirarla; se sentía de lo más idiota. Ni siquiera sabía bien por qué mierda estaba llorando, pero las lágrimas seguían cayendo de sus ojos cada vez que parpadeaba. Por suerte no estaba moqueando.

Valerie reparó en la herida de su pierna.

—¡Pero, niño, por Dios, ¿qué estás haciendo?! —Sin decir nada más se apresuró a sacarlo del agua y arrastrarlo dentro.

Bueno, en realidad no lo estaba arrastrando, pues Dominik caminaba tras ella de la mano sin oponer resistencia. Ahora, sus sentimientos estaban adormecidos. Solo tuvo deseos de poder caer en alguna parte y quedarse mirando el techo como un zombi. Eso sí, creyó que tenía frío, pero no logró entender por qué, si en realidad tenía calor.

Estaba un tanto confundido.

Valerie lo llevó hasta la cocina. Al ver que él no se movía, la mujer lo alzó de la cintura hasta dejarlo sentado en una mesa mientras rebuscaba cosas en los cajones, murmurando:

—Ya estás pesadito como para andarte cargando. Una ya no tiene la fuerza de antes, no está para estas cosas. —Y así seguía, sin alzar demasiado la voz. Él permaneció callado. Un minuto después, Valerie llegó con una caja en las manos y se sentó frente a él en una banqueta—. Vamos a ver qué te hiciste.

Sacó unas gasas del botiquín y las untó con un líquido transparente. El niño siguió atento los movimientos de sus manos. Cuando presionó la gasa con el líquido en su herida, ardió un poco, pero lo más extraño era que parecía… burbujear. Sí, eso. Era raro.

Cuando la herida estuvo limpia, la cubrió con una crema blanca.

—Debes tener más cuidado.

—No fue mi culpa —replicó Dominik.

—Ah, ¿no? ¿Y de quién?

—De la bicicleta.

—La bicicleta no piensa; ese eres tú, y debiste haberla revisado antes de andar.

—¿Por qué? —quiso saber el niño.

—Porque así formas un hábito. Cuando seas mayor y quieras conducir, vas a tener que revisar siempre que todo ande bien en el auto antes de manejarlo. Y ahí la responsabilidad es mayor, porque no vas a ser solamente tú el que pueda salir dañado. ¿Comprendes? —Dominik asintió. Sí, comprendía a la perfección—. Ya está —anunció Valerie—. Quiero que tengas cuidado. No andes haciendo tonteras, ¿sí?

Él asintió una vez más, dejando de llorar al fin.

Cuando llegó a su habitación esa misma tarde y pudo echarse sobre su cama a contemplar el techo, fue capaz de comprender por qué era que lloraba. Se debía a que en momentos como aquellos desearía que Valerie fuese su madre o que, al menos, la suya se preocupara de él y lo cuidara y lo quisiera como ella lo hacía.

Se sentía solo, eso era lo que pasaba. En cuanto los ojos verdes de la mujer se posaron sobre los suyos, no pudo evitar preguntar:

—¿Es que no me quieren? Es eso, ¿verdad?

Valerie parpadeó unas cuantas veces y le acarició la mejilla, sonriendo con dulzura. Al niño se le antojó que aquella sonrisa podría traerle la paz al mundo.

—No, cielo, por supuesto que te quieren. Es solo que su trabajo les exige mucho.

—¿Y por qué no lo dejan?

—No es tan sencillo, cariño. Además, si lo hicieran no tendrías la vida que tienes ahora.

—¿Y qué pasa si no quiero esta vida? —inquirió, cansado—. ¿Qué pasa si estoy harto de todo esto?

Durante un instante, Valerie no dijo nada. Apartó la mirada del niño, no muy segura de cómo responder a sus fuertes palabras.

—Entonces, cámbialo.

Así, Dominik aprendió que siempre tendría el poder de cambiar el rumbo de su vida si no le gustaba el camino por donde iba. Desafortunadamente, era más fácil decirlo que hacerlo, sin embargo, su vida dio un giro de lo más inesperado poco después de que él cumpliera los doce años.

A veces la vida golpea fuerte; a veces es como un puñetazo directo a tu rostro. Te desestabiliza, te hace tropezar o te derriba de pronto. Otras veces, el golpe es en el estómago. El punto es que hay ciertas realizaciones, ciertos hechos o ciertas circunstancias, que son como un golpe: de súbito te das cuenta de algo que ahora parecerá tan obvio, y te preguntarás cómo demonios es que jamás te habías percatado, si estaba justo frente a ti.

Por otro lado, hay veces en que no es, ni de lejos, tan evidente. Muchas son las ocasiones en que la vida trabaja de forma sutil, por debajo, removiendo cosas desde un lugar recóndito en el que no

notas lo que está sucediendo sino hasta mucho después de que pasa. Y eso si es que alguna vez lo haces.

Para Dominik, el caso fue el segundo. No se daría cuenta sino hasta años ya entrado en su adultez de que, quizá, si no hubiese querido esperar a la luz verde del semáforo, o si no hubiese decidido doblar por la misma calle en que aquella señora de impermeable amarillo dobló, o quizá si hubiese salido de su casa unos minutos antes, o unos minutos después, tal vez jamás hubiese encontrado a aquella niña escondida en el callejón.

Su cabello estilaba gotas de lluvia que después rodaban por su cara, su ropa estaba empapada y él ni siquiera notaba el frío por la adrenalina que circulaba por sus venas. Corría sin saber muy bien de qué… No, de hecho, sabía perfectamente la razón por la que corría: a pesar de saber que ya todo vínculo con su familia estaba perdido, quería creer que, en algún momento, alguien iría por él.

Había una parte de Dominik que se reía de lo idiota que era por intentar engañarse a sí mismo. *Mejor deberías engañar al resto*, pensaba.

Eso traía en mente cuando, mirando atrás y corriendo a la vez, se dio de golpe contra una pared. El muchacho se tambaleó y maldijo en voz alta: no creyó que nadie lo hubiese escuchado, por lo que maldijo otra vez. Se frotó la cara con ambas manos, tratando de mitigar el dolor y dándose cuenta de lo tonto que era: sin notarlo se había metido en un callejón sin salida detrás de… ¿un bar? ¿Un restaurante? En otras palabras, un basurero.

Había trozos de cartón en el suelo, empapado y esparcido en pedazos rotos y descompuestos por la acera. Las vigas de metal negro subían hasta una altura en ese entonces inimaginable,

formando los peldaños de la escalera de emergencias de uno de aquellos grandes edificios de ladrillo. Había, por otra parte, gigantes basureros, repletos a rebosar de desechos. Ahora que lo notaba, el olor era bastante revelador. ¿Cómo no se dio cuenta por dónde iba? Acto seguido, se sintió como un imbécil por seguir ahí parado.

Tal vez el golpe lo había afectado.

Dio el primer paso para marcharse cuando se percató del movimiento sutil y fugaz junto a uno de esos basurales. Sintió miedo. Podían ser ladrones que esperaban a los pobres desgraciados niños ricos como él para saltarles encima. Volvió a ponerse en marcha cuando su mirada cayó como si una fuerza la atrajera hacia esos penetrantes ojos cafés que parecían expresar a un mismo nivel el desconcierto y la curiosidad y, más abajo, el miedo y la soledad.



Eran como dos profundos pozos en los que Dominik quería sumergirse y extraer todas las respuestas del universo.

Sí, el golpe le había afectado.

Se acercó a la niña embobado, despacio, casi temiendo que ella fuera a salir corriendo del lugar sin antes darle la oportunidad de hablar, y eso no podría perdonárselo. Nunca pensó que hasta el día de su muerte se preguntaría qué fue lo que vio en aquella muchacha que lo atrajo como si fuese un imán y que, producto de un magnetismo desconocido, no volverían a separarse.

Ella no se movió; se limitó a mirarlo con sus enormes ojos bien abiertos y esperó a que él fuese el primero en decir algo.

—¿Quién eres? —¿Por qué lo había soltado así? Tal vez la necesidad fue demasiada.

—¿Quién eres tú? —contraatacó la muchacha.

Su voz fue como un suspiro, como una canción que llegó hasta sus oídos, dulce incluso cuando lo atacaba con sus palabras y su mirada filosa. No confiaba en él, por supuesto que no.

—Me llamo Dominik.

—¿Por qué no estás en tu casa? ¿Por qué preguntaba eso? ¿Qué ganaba?

—Yo no tengo una casa. —Dominik se encogió de hombros.

Era cierto. No tenía una *casa*, sino un lugar frío y solitario que debería sentirse como tal, pero no era así.

Entonces ella asintió.

—Debes de estar triste —dijo con simpleza—. Los que no tienen casa siempre están tristes.

Esa revelación lo golpeó como si jamás se le hubiese pasado por la cabeza, y la convicción con que pronunciaba sus palabras le

dejaba en claro que, a pesar de su corta edad, sabía exactamente de qué demonios hablaba.

—¿Qué te hace pensar eso?

Ahora fue su turno de encogerse de hombros.

—Yo también estoy triste. —Dominik no dijo nada, comprendiendo.

Se acercó un poco a ella, cuidando de no pararse bajo una de las goteras de aquel techo de lata. La niña se enderezó también. Algo en el ambiente había cambiado: de un momento a otro, todo ese abismo que se formaba entre dos desconocidos se había juntado y los había dejado a ellos en una situación en que ninguno estaría solo en su mundo de nuevo. Eso le gustaba.

Ella extendió la mano y Dominik la estrechó sin dudarlo.

—Soy Violeta.



—¡Ya deja de intentar controlarme! —le gritó Violeta. Eso fue un par de años después de conocerse, poco antes de que él se fuera de la casa de sus padres.

—¡No estoy haciendo tal cosa! —replicó él, ofendido.

—¡Claro que sí!

—¡Estoy tratando de *ayudarte*! —exclamó exasperado.

—Habla más fuerte, Dominik, que todavía no tienes razón —dijo, sentándose en una de las bancas de la plaza.

—No seas necia.

No era más que una niña de catorce años y, a la vez, era mucho

más que eso. Era capaz de lanzarle la peor de las miradas cuando se lo proponía.

—Habla por ti.

—Bien —se quejó Dominik—, hablo por mí, y ya sabes lo que opino.

No hablaron en toda la tarde después de aquello. No pasó más de un día en que su desacuerdo estuvo olvidado, sin embargo, para Dominik parecieron semanas.

Estaba sentado en el borde de la piscina, mirando el agua ondular con la brisa. El sol de la tarde le llegaba de lleno y calentaba su cuerpo de una forma agradable.

Escuchó que Valerie se acercaba. Su rostro se iluminó con una sonrisa: era imposible no alegrarse de verla. Cuando pensaba en ella, pensaba en familia.

—¿Disfrutas el día? —preguntó sentándose junto a él.

—Estoy pensando.

—Mhm. —Valerie era de esas personas que solo con verlo sabía que algo andaba mal—. ¿Y se puede saber en qué piensas?

—Violeta está enojada conmigo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Dice que no quiere tener nada que ver con la gente de la casa en la que está, la pareja que acaba de adoptarla, y que solo quiere salir de ahí, que no confía en ellos.

—¿Y tú qué le dijiste? —quiso saber Valerie. Dominik se encogió de hombros.

—Que les diera una oportunidad. —Se encogió de hombros otra vez—. Es imposible que confíe en ellos si no les da la oportunidad.

Además, no son malas personas y podrían darle una vida mejor, una que merece.

La mujer asintió despacio y miró con sus grandes ojos verdes hacia un punto entre la tierra y el cielo.

—Creo que tienes razón.

Dominik resopló.

—Claro que la tengo.

—Pero —remarcó Valerie— debe ser muy difícil para ella aceptarlo. Es pequeña y ha pasado por mucho. Y quién sabe, tal vez tenga sus razones para actuar como tú dices.

—Sí, es cierto. —Dominik dejó escapar un largo suspiro y, mirando a Valerie, le preguntó—. Y ahora ¿qué hago?

La mujer sonrió.

—Dale tiempo.

Así lo hizo. Un par de días después, cuando se hallaba caminando por las calles que rodeaban Central Park un miércoles por la mañana, sintió a alguien tocar su hombro.

—Te tardaste bastante —recriminó la niña.

Dominik no supo qué contestar, mucho menos cuando ella le rodeó la cintura con los brazos y enterró la cara en su pecho. Violeta casi lo estaba estrangulando, pero él le devolvió el abrazo, sintiendo que todas las piezas de su corazón volvían a encajar.

—¿Cómo supiste que estaría aquí?

—Siempre estás aquí.

En efecto, él siempre estuvo ahí.

CAPÍTULO 26
Años de recesión

«Do I Wanna Know?» – ARCTIC MONKEYS



Dominik

Las luces me embriagaban. Me gustaba ese brillo de neón, el resplandor azulado que me hacía pensar que estaba en otro planeta cada vez que se reflejaba en mi piel, en las paredes, en las personas.

A veces me detenía en medio de la pista con la respiración acelerada y el corazón latiendo desenfrenado. Abría los ojos y era como si de repente todo pasara en cámara lenta, y era justo en esa fracción de segundo en que se podían apreciar las cosas que los demás no veían: el brillo de las gotas de sudor que resbalaban por la piel de aquellos que bailaban con frenesí junto a mí, el cabello de las chicas ondulando tras ellas cada vez que saltaban, y cómo ellas siempre tocaban el suelo antes de que el pelo les volviera a la espalda. Las miradas furtivas que él y ella se dedicaban mientras ambos bailaban con otros, la cerámica del piso que estaba levemente más arriba que las demás… Todo era color violeta.

—Dominik. —Una mano se estrelló sobre mi hombro: mis sentidos parecían estar al mil por ciento, estaba más despierto que nunca—. ¿Quieres ir por unos tragos?

Era Jasper, lo más parecido a un mejor amigo que alguna vez tuve.

No necesité decir que sí. Sonreí, y Jasper me guio a través del gentío, directo hacia la barra. Ambos nos recargamos sobre la tabla negra y rígida, y pude ver por el rabillo del ojo cómo le hacía una seña al muchacho que atendía, levantando dos dedos, y este asentía. En algún momento dejé de prestar atención y volví a perderme observando la pista de baile.

El ruido de los vasos al deslizarse y el leve brillo de neón en el cristal me devolvieron a la realidad.

—¿Qué es? —pregunté. Jasper me devolvió nada más que una sonrisa.

—A tu salud —dijo, apresurando el contenido del pequeño vaso por su garganta.

Lo miré dudoso, antes de hacer lo mismo. El licor ardió todo el camino hasta mi estómago y eso me gustó.

No me di cuenta cuando una chica apareció a mi lado. No supe si estaba ebria o no, pero me miraba como si quisiera todo de mí, y a mí, en definitiva, no me molestaba. Le hice un gesto a Jasper, quien desapareció hacia la pista.

—Sutil —murmuró la muchacha, sin verme. El cabello rubio le llegaba hasta los hombros descubiertos en ondas enredadas.

—Se hace lo que se puede —respondí con un encogimiento de hombros y una sonrisa ladeada. La chica me examinó de arriba abajo, sin vergüenza, como un depredador a su presa. No dejé que me intimidara y la miré de vuelta. Había una forma particular en que las luces rebotaban sobre su piel, e hizo que la observara un tanto encandilado—. ¿Quién eres?

—¿Quién eres tú? —El *déjà vu* fue como una patada al estómago.

—Dominik —respondí turbado. Si ella se dio cuenta, no dijo nada.

—¿Y a qué te dedicas, Dominik?

—Estudio economía.

—Ah, ¿sí? —Hablaba sin mirarme; más bien, parecía que toda la atención de aquella hermosa joven estaba puesta en el vaso con el que jugueteaba sobre la mesa—. Has de ser un genio entonces.

—¿Y eso?

—Nunca se me han dado los números. —Ella por fin volvió su vista hacia mí: tenía una penetrante mirada en sus ojos castaños.

No soporté verlos.

—Más bien quería molestar a mis padres. Ellos querían que estudiara otra cosa. Leyes o Ciencia Política. —Suspiré. Jamás, ni muerto, me hubiese visto envuelto en alguna de esas carreras. Leyes no estaba tan mal, pero Ciencia Política… Incluso el nombre sonaba ridículo. Solo los idiotas estudiaban eso, y yo no sería uno de ellos—. Creo que la universidad en sí no es lo mío.

—¿No? ¿Y qué es «lo tuyo»?

Cuando levanté la cabeza, ella estaba a un centímetro de mi cuerpo. La respiración se me atoró en la garganta, mientras que el deseo por aquella misteriosa muchacha me embriagaba y me endurecía por completo. La rubia se contorneaba seductora y sentía cada uno de sus movimientos en la piel, encendiéndome más. Era un anzuelo demasiado fácil de morder, lo sabía, y aun así siempre les daba lo que ellas querían. Mordí.

Esa noche terminamos la fiesta en mi cama, con la mitad de las sábanas en el piso y la otra mitad cubriendo nuestros cuerpos desnudos. Cuando la chica se levantó para buscar su ropa y marcharse, horas después, pregunté hacia la oscuridad:

—¿Vas a decirme tu nombre?

Ella me miró con una sonrisa por sobre su hombro.

—Algunas cosas es mejor que permanezcan escondidas. El mundo es muy grande, Dominik. Deberías salir y buscar qué es eso que es «lo tuyo».

Nunca la volví a ver.



—Creo que me tomaré un descanso —le dije a Jasper al día siguiente.

—¿De qué?

—De la vida. —Lo dije más como una pregunta. Jasper me miró casi con burla, al tiempo que yo suspiraba—. No quiero seguir estudiando.

—¿Y todos estos años qué? ¿Los vas a tirar por la borda? —No eran las palabras que uno esperaría oír de un chico fiestero, pero así era él.

Estaba cansado. Y si bien era cierto que la idea de haber desperdiciado tres años que jamás recuperaría me hacía sentir enfermo, la idea de continuar con algo que odiaba me hacía enfermar todavía más.

Si era sincero conmigo mismo, hubiese admitido que ni siquiera yo sabía lo que quería. De la vida, de los estudios, de todo. Estaba perdido.

—Vale, tienes razón. Quizá solo por un tiempo…

Y así lo hice.

No habían transcurrido ni dos meses desde que pausé mis estudios cuando un número familiar encendió la pantalla de mi teléfono. Contesté, no muy seguro de cómo se suponía que debía reaccionar.

Hacía bastante que no sabía de ella.

—Adivina quién llegará temprano este año —dijo aquella voz tan conocida.

—Falta mucho para Navidad —repliqué.

—Sí, pero hay que admitir que me veo bien de rojo.

Era cierto. A pesar de todo, sonreí.

—¿Vas a volver? —susurré, incapaz de decir las palabras en voz alta por si resultaban no ser ciertas.

—Voy a volver.



El huracán que era para mí Violeta Cortana iba a volver en menos de dos semanas, y no sabía si estaba preparado para ello. Habían pasado tres años durante los cuales la había visto menos veces de las que podía contar con una mano. Desde hacía mucho no sabía nada de ella y, aun así, sentí un nudo en el estómago de solo pensar que estaríamos una vez más viviendo en la misma ciudad.

Esos tres años… Dios, fueron eternos. Los mejores momentos pasaron como una estrella fugaz: apenas los vi y ya se habían esfumado, dejándome con la incertidumbre sobre si de verdad estuvieron ahí o me lo había imaginado todo. Ojalá el resto del tiempo hubiese transcurrido del mismo modo.

—¿Te preocupa algo?

Esa era Lysandra, la chica de cabello rosa y mirada alegre que llevaba viendo por casi un mes. Se daba vueltas en mi cama, observándome con curiosidad.

—No. Todo está bien.

—Es por esa chica, ¿no es así? —Incrédulo, me volteé a verla—. No me mires así, hablas bastante fuerte y las paredes son delgadas —suspiró—. ¿Va a volver? —Mortificado, asentí—. Estás enamorado de ella.

Solté una carcajada.

—Sí que te pasas historias por la cabeza. —Me moví con rapidez

hasta que mi cuerpo estuvo sobre el suyo, aprisionándola. Mirándola a los ojos con total convicción, hablé antes de volver a besarla—. Ya te lo dije: está todo bien.

CAPÍTULO 27
Vivir en la penumbra

«Out Of Love» – Alessia Cara



Dominik

Cuando Violeta finalmente despertó después de la cirugía, la habitación fue un caos. Médicos y enfermeras entrando y saliendo cada dos por tres, revisando notas, máquinas, el suero, el oxígeno, y diciéndome siempre que me moviera para allá o para acá. Policías habían estado esperando a hablar con ella: querían una explicación que yo no me atreví a darles. Nada de eso importó porque, cuando despertó, yo solo quise abrazarla.

Me acerqué a Violeta y la cubrí con mi cuerpo con cuidado. Sus manos temblaban cuando se juntaron en mi espalda, o era yo el que temblaba, no estaba seguro. La escuché susurrar mi nombre, llorosa, una y otra vez.

—Estaba asustado hasta la mierda —dije en su oído, sintiendo sus brazos apretarme más fuerte—, pero ya estás bien. No tienes idea de lo mucho que me importas.

—Lo sé…

Me separé de ella. Sus ojos siguieron derramando lágrimas: recordaba todo. Ni siquiera tuve que preguntarlo. Un gran alivio recorría eufórico todo mi cuerpo. *Ella está bien, está viva. Va a estar bien*, me repetía.

Dos policías no tardaron en entrar, eran una mujer castaña y un hombre con barba. No eran los mismos que hablaron conmigo cuando llegué a verla, pero me resultaron familiares. Creo que los vi con los otros, con esos que sí hablaron conmigo. Tuvieron la amabilidad de preguntarle cómo se sentía antes de pasar al principal asunto por el que estaban ahí. ¿Qué pasó?, ansiaban saber. Después de todo, Violeta apareció ahí con la herida de un puñal en el estómago.

La miré durante varios minutos hasta que fijó sus ojos oscurecidos

y ojerosos hacia ellos. Ya no lloraba.

—Estaba en mi casa preparando el desayuno, escuchando música. Creo que todavía estaba un poco dormida cuando resbalé. —¿Qué? —. ¡Qué tonta soy! —La miré estupefacto, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Su actuación fue tan impresionante que hasta yo me creí la cara de vergüenza que les puso, el teatro que se armó —. Me puse a bailar con un cuchillo en las manos, y me tropecé con él. Fue todo culpa mía, pero ya… aprendí la lección.

Increíble. Ellos se lo tragaron. Quise decir algo, gritar algo, más bien, pero estaba tan incrédulo que me sentía totalmente paralizado. Ni una palabra salió de mi boca. Cuando nos quedamos solos, nos miramos: sabía que mintió, y ella, al verme, supo que yo conocía la verdad. Ahora era tarde, ya la había encubierto.

—No me lo creo —escupí molesto antes de salir de ahí, dejándola sola con sus pensamientos.



Como era de esperarse, volví. No podía dejarla. La dieron de alta días después y yo la llevé a mi casa para estar con ella y cuidarla. No quería que estuviera sola con el tipo de herida que tenía, que le impedía moverse con libertad o hacer fuerza. Desde el día que mintió a la policía no volvimos a cruzar más palabras de las necesarias. Yo estaba molesto, ella estaba triste. Más que triste. Y le dolía todo.

—¿Por qué les mentiste? —solté de pronto.

—No quiero hablar de eso —murmuró, desapareciendo en la habitación que ahora era suya.

—Vas a tener que decírmelo en algún momento. —Casi grité—. Lo sabes.

—Habla más alto, Dominik, que todavía no tienes razón.

Odiaba esa frase suya, casi tanto como ella odiaba la mía de los cigarrillos.

Por la noche ya no soporté el silencio. Me acerqué sintiendo con pesar su dolor, su sufrimiento, y puse una mano en su hombro. Ella se sobresaltó ante mi tacto y se alejó sin mirarme una vez más.

Hubo un tiempo en el que a ella no le importó dormir junto a mí. Habríamos estado juntos y ella me habría abrazado cuando tuviera frío o no pudiera dormir. Éramos unos niños, y ahora ni siquiera quería que la tocara.

—¿Estás cansada? —le pregunté. Parecía que estaba perdida dentro de su propia mente.

—Yo… creo que me quedaré despierta. Veré una película, o algo.

—¿Quieres que te acompañe?

—Creí que tú sí estarías cansado.

—Te acompaño —decidí.

Estábamos juntos en el sillón de la sala de estar frente al televisor prendido, cuando me di cuenta de que Violeta temblaba. Me acerqué a ella.

—Estoy bien. —Y me apartó.

Había un vacío entre nosotros y no podía llenarlo, así que permanecí lejos hasta que me di cuenta de que se había quedado dormida en su esquina del sofá.

Todo el tiempo que pasé en el hospital esperando que despertara de su mortal sueño creí que necesitaba dormir. Y creí que eso

quería, pero incluso si eso era verdad, no pude. Me quedé mirándola toda la noche. No pude evitarlo.

Observé el gesto que hacía con los labios mientras dormía y recordé el sonido de su voz cuando hablaba con un nudo en la garganta. Observé sus lindos ojos color chocolate, en ese momento cerrados, y recordé cómo ellos me miraban mientras intentaban retener las lágrimas cuando estaba por derrumbarse.

La miré durante toda la noche, pensando en el tímido susurro de sus lágrimas cayendo en el piso del baño, tratando de no hacer ruido mientras la ducha estaba prendida, porque ella no quería ser escuchada. No quería que yo supiera que se estaba rompiendo en pedazos cuando nadie la observaba. Así que la observé.

Y desde ese momento, no pude parar.



A la mañana siguiente, cuando ya no soporté verla de esa manera, le dije:

—La traición siempre viene de los más cercanos.

—Lo sé —respondió con pesar—. Lo sé, siempre lo he sabido. Pero si no confiamos, entonces estamos condenados a vivir en soledad.

—Es mejor vivir en soledad que vivir con traidores. Es mejor estar solo.

—Ese no es el tipo de vida que quiero llevar.

—Solía serlo —repliqué.

—Ya no.

—¿Qué ha cambiado? —pregunté. Aunque ya sabía la respuesta,

era lo suficientemente masoquista como para querer escucharla de su boca.

—Ya nada es lo mismo, Dominik.

—¿Por qué mentiste? —No pude evitar preguntar—. ¿Por qué protegerlo a él, *a ella*? —Violeta no respondió. Es más, ni siquiera se atrevió a mirarme. La verdad me golpeó—. ¿Sigues enamorada de él? ¿Después de lo que hizo? ¿Después de que te dejara a tu suerte cuando pudiste haber muerto? —dije con calma, tratando de controlar la furia que subía por mi cuerpo.

No por ella, sino por Ethan Maldito Hallaway. A pesar de la envidia, de los celos, de todo mi resentimiento hacia él, nunca creí que fuera el tipo de persona que terminó siendo.

—Estas cosas no se pasan así como así…

—Se te *pasó*, así como así, cuando se trataba de mí. —Silencio. Me dolió, más que nada, ver la expresión de culpabilidad en sus ojos y supe que había acertado. Suspiré—. Por favor, Vi, solo dime que no vas a volver a buscarlo…

—No —me interrumpió—. No, Dominik. Todo tiene su límite y yo ya estoy lejos del mío. No voy a volver a buscarlo, pero tampoco voy a olvidarlo sin más. Lo quería, estaba enamorada y quería una vida con él… —Su voz se quebró. Sin que ella se diera cuenta, me aniquilaba más y más con cada palabra que salía de su boca. No dije nada, hasta que ella continuó—: No lo puedo perdonar, lo sé y, aun así, sigo deseando en mi interior que todo vuelva a ser como era, haber hablado antes y que nada de esto hubiera pasado. Haber seguido juntos…

—Ya. Ya lo entendí.

—Por eso te pido, Dominik… —Siguió acercándose varios pasos

hacia mí—. Te pido que no vuelvas a hablarme de esto, a mencionarlo. No quiero que vuelvas a sacar el tema ni a preguntarme más por ello. ¿Puedes hacer eso?

Sentí un hielo quemar en mi interior. Esa chica, esa que despertaba cada uno de mis sentidos, de mis nervios, de mi cuerpo, de mi *todo*…

Esa chica que me había amado y que yo no supe amar de vuelta, esa que se había convertido en mi mundo a tan temprana edad, esa que el destino llevó a mi vida y que no pude ver con otros ojos hasta que fue demasiado tarde. Quizá fue miedo, cobardía o estupidez; la verdad es que ya no importaba.

Esa chica que se había ido, que se había enamorado de otro y que pudo renunciar a la única vida que concibió por años no por mí, sino por él. Por aquel que la traicionó y que casi le cuesta todo, casi *me* cuesta todo.

Esa chica estaba frente a mí, y me miraba suplicante, y yo solo podía sentir que no lograba llegar a mí de la misma forma, porque algo se había roto entre ella y yo, y tal vez jamás volvería a ser lo mismo, pues mi egoísmo, mi orgullo y mi corazón irreparablemente roto no me dejaban ver que lo mismo que me hizo al irse con él, se lo hice yo a ella tiempo atrás.

Sabía que nunca lograría perdonarme a mí mismo por eso, y que por eso la había perdido y ella se había enamorado de otro, y todo lo que yo debí haber sido, lo fue él. Mi idiotez casi la había matado.

Sentía el hielo quemar, porque en parte quería que ella experimentara el mismo dolor que yo estaba sintiendo.

De ahora en adelante estábamos condenados a un círculo que ya

no se rompería, y ese era el de la eterna, cruda e inquebrantable soledad.

—Como tú quieras, Violeta —le respondí y me alejé, a pesar de que lo único que quería era acercarme.

CAPÍTULO 28
Las consecuencias de mi odio

«Little Do You Know» - Alex & Sierra



Violeta

Cuando abrí los ojos fue… blanco. El hospital, por descontado, era blanco. Yo lo recordaba todo, así que quise llorar y volver a hundirme en el mismísimo segundo en que desperté. Dominik estaba ahí; por supuesto que sí, siempre estaba cuando lo necesitaba, y yo se lo agradecía hasta el infinito. No obstante, había un vacío, un hielo en mi interior que me pedía a gritos que me alejara de todos, incluso de los que más me querían.

Pasé unos días ahí antes de que me dieran de alta. Como Dominik no quería que estuviese sola —yo tampoco lo quería, para ser sincera—, fuimos a su casa, donde podría estar hasta que me sintiera recuperada.

Al cuarto día me metí bajo el chorro de agua caliente que salía de la regadera. Me hundí ahí dentro, esperando que el agua limpiara toda la tristeza, pero no sucedió. Cuando me senté en la bañera con el agua corriendo por mi espalda y atraje con una punzada de dolor mis rodillas hacia mi pecho, ni siquiera pensaba. Lágrimas salían sin control de mis ojos, nublando mi vista y dejando solo esa imagen de color blanco pasando por mi cabeza.

Con cuidado, pasé las yemas de los dedos por sobre la herida en el abdomen: escocía.

Luego de unos minutos me di cuenta de que, por más caliente que estuviera el agua, el frío que sentía no iba a desaparecer, así que salí y evité mirarme en el espejo. No quería ver mi cuerpo delgado ni el color horrible bajo mis ojos hinchados, tampoco los desagradables puntos de sutura que cruzaban mi estómago.

Sonámbula. Así me sentía.

No volví a llorar en el resto de la tarde. Dominik me evitaba y yo hacía lo mismo. Desde nuestra pequeña «discusión» del otro día,

ninguno andaba con ganas de hablar. Creí que era mejor, porque así evitábamos decir algo de lo que después habría que arrepentirse.

Ya habíamos dicho mucho de eso.

La primera noche que pasé aquí apenas conseguí dormir. La segunda soñé con él. Sus palabras, sus terribles palabras, se repetían sin tregua en mi cabeza, atormentándome incluso en mis sueños. Me lo merecía, claro. Supongo. No lo sé.

A veces, era el mismo Ethan quien me clavaba el puñal. No era ni la herida lo que dolía tanto, sino la certeza de que la cicatriz de esa traición, la mía, la suya, no se iría en mucho tiempo.

Grité en medio de la noche; no sabía qué hora era, ni dónde estaba. *Fue un sueño*. Lloré.

—¿Violeta? —Dominik estaba en la puerta. No logré verlo bien en la oscuridad, pero alcancé a distinguir su camiseta arrugada y su cabello despeinado.

—E-estoy bien —atiné a decir—. Fue solo un sueño. Fue solo un sueño. —Trataba de convencerme a mí misma de ello. Él asintió.

—¿Segura que estás bien? —Fue mi turno de asentir: a eso se limitaban nuestros intercambios ahora último—. Si necesitas algo… —La frase se quedó flotando en el aire por un largo rato. Supe, por el brillo en sus ojos, que me miraba—. Despiértame.

Y se fue.

La oscuridad se cernió a mi alrededor y me quedé sola con mis desagradables pensamientos. Recién había pasado una semana desde que me desperté en el hospital, y seguía sintiendo la herida en mi corazón igual de supurante que la del estómago. ¿Por cuánto tiempo tendría que soportar este dolor?

Esa idea me persiguió hasta que por fin caí dormida de nuevo.

CAPÍTULO 29
Palabras para el dolor

«Witness» – ROSIE DARLING



A mediodía del día siguiente, Dominik estacionaba el auto frente al edificio de Violeta. Como ya estaba más que decidido que la

muchacha se quedaría con él, habían convenido en que lo más sensato sería que fuera a buscar lo esencial que pudiera necesitar durante las próximas semanas.

Como adormecida, Violeta se bajó del auto.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —preguntó Dominik con cautela. La muchacha asintió.

—Si necesito ayuda te llamaré. No me voy a tardar mucho, lo prometo.

Trató de sonreír, más que nada para dejarlo tranquilo. Dominik hizo su esfuerzo por responderle y por eliminar de su rostro toda expresión.

Violeta sabía que lo intentaba y, con eso en mente, se alejó del joven que significaba protección para entrar al lugar que ahora no representaba nada más que soledad. Al llegar al elevador, su cabeza no paró de dar vueltas ante la idea de Katherine subiendo ahí para matarla. ¿Qué habría pensado en esos momentos? ¿Se habría visto al espejo del mismo modo en que ella se veía ahora, y habría visto el mismo monstruo que Violeta luchaba por espantar? Odiaba la idea de parecerse a esa mujer en lo más mínimo. Si era sincera, tal vez también se odiaba a sí misma.

Desvió la mirada cuando el pensamiento se le hizo demasiado doloroso para soportarlo.

Sacó las llaves del bolso con esfuerzo y lentitud, ignorando lo mejor que podía las punzadas lacerantes en su abdomen ante cada uno de sus movimientos. Algunas veces se le hacía más difícil que otras. Con un suspiro, introdujo la llave en la cerradura y empujó la puerta. Dentro, el aire parecía ser más frío.

Lo primero que miró fue el piso: la alfombra en que su sangre se

derramó ya no estaba. Eso era obra de Dominik; lo sabía porque él le había explicado todo cuanto aconteció luego de que la llevaran al hospital. Por lo demás, todo permanecía igual: las dos sillas en la entrada, una junto a la otra, y las puertas decorativas que llevaban a la sala de estar, abiertas de par en par. Los ventanales seguían ofreciendo la misma encantadora vista, sin embargo, había algo que parecía marcado por el sufrimiento.

Fue a su habitación y contempló todo con pesar, sentándose un segundo en la cama porque necesitaba un minuto para poner en orden sus ideas. Fue cuando su corazón dio un vuelco. Sus ojos cayeron de pronto en un objeto que por poco había olvidado. Era pequeño, más pequeño incluso que la longitud de su antebrazo, de color blanquecino y tapa suave.

El libro que Ethan le había dado, *Matar a un ruiseñor*, permanecía en la repisa junto a su escritorio, donde descansaba desde el día en que se lo entregó: no había vuelto a tocarlo, pero en ese momento, mientras notaba que sus ojos se aguaban y que el corazón se le apretaba en el pecho, fue que gateó hasta la estantería y tomó el librito entre sus trémulas manos. Más que leerlo, apretó el objeto contra su pecho pensando en la persona que se lo había regalado y lo mucho que lo había roto todo.

A él, a ellos. Lo que pudieron ser, a ella misma.

Y no pudo evitarlo, se vino abajo. Estando en casa de Dominik se contuvo de una manera casi magistral. No podía dejar que él la viera en ese estado, por lo que esperaba los momentos en que estaba sola, ya fuese en la ducha o en la oscuridad de su habitación, para dejar salir todo el dolor que la aquejaba. No era fácil, para nada, pues en esas sonrisas fingidas y en esas miradas neutras se

acumulaba un tumulto de sentimientos destructivos que se asentaban con más fuerza dentro de ella a medida que pasaban las horas.

Ahora las lágrimas caían sin detenerse y, de un segundo a otro, se encontró aovillada en el suelo de su habitación, presa de espasmos incontrolables cada vez que sentía que la respiración le fallaba. ¿Qué era una puñalada comparada con esa tristeza?

Casi se alegraba de la herida que tenía en el estómago, pues de vez en cuando, cuando su llanto era demasiado fuerte, ese dolor sobrepasaba la pena que emergía de ella. En alguna ocasión, hacía mucho tiempo, Dominik le dijo: «No te encierres. Habla conmigo. ¿Qué te pasa?». A lo que ella, recordando algún ensayo sobre psicología que leyó en algún momento, respondió: «No hay palabras para el dolor».

No las había.

Al cabo de segundos, minutos u horas, sintió que alguien tocaba la puerta de entrada. No se levantó, pues sabía quién era, así como sabía que había dejado la puerta abierta. Dentro de nada, Dominik estuvo junto a ella abrazándola, conteniéndola. No habló. No pronunció ni una sola palabra, y ella lo agradeció.

Saber que estaba ahí, que no la presionaba y que no la juzgaba, era como un bálsamo para su adolorido corazón.

Cuando al fin se levantó, lo hizo sin decir nada. El chico, por supuesto, la ayudó y juntos y en silencio empacaron las cosas que Violeta se llevaría, pero él estaba enojado y ella no tardó en darse cuenta. En un trémulo susurro, Violeta rompió el silencio:

—Dominik, ¿qué…? ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —respondió con brusquedad, casi sin

mirarla—. Me pasa que te veo sufrir todos los días por un imbécil que jamás debió haberte tenido en primer lugar, y me pasa que igual el imbécil soy yo por no haberlo evitado antes.

Minutos más tarde, ya en el auto, Violeta se atrevió a responder.

—Lo siento.

Todo lo que obtuvo de Dominik durante varios minutos fue un suspiro. Cuando se resignó al silencio, escuchó:

—Yo también. —Y prendió el motor.



Esa noche, Dominik se despertó sobresaltado cuando un grito rasgó la oscuridad. Un gemido tortuoso, mas no tan fuerte como para traspasar aquellas cuatro paredes a las que se había acostumbrado. Por un instante dudó sobre si eran las voces en su cabeza las que gritaban, o si de verdad lo había escuchado. Se decantó por lo último cuando un segundo grito siguió al primero.

Corrió sin pensarlo hasta la habitación de al lado, y su corazón se encogió al ver a la muchacha que era su mundo retorcerse entre las sábanas, atormentada por demonios que él jamás lograría entender del todo.

Despertó a Violeta meciéndola del hombro, y se mantuvo de rodillas junto a su cama hasta que ella se quedó tranquila y volvió a entrar en un sueño profundo, calmado. A veces lloraba, otras veces simplemente despertaba y lo miraba, agradeciéndole con tristeza.

Una noche en que no podía dormir, Dominik se levantó a la cocina en busca de algo para comer, más por aburrimiento que por hambre, y cuando iba de vuelta a su habitación con un bol de cereales en la

mano, no pudo evitar quedarse viendo a Violeta mientras dormía, escuchándola murmurar cosas entre sueños.

Decidió que iba a despertarla cuando los murmullos se hicieron más fuertes, más atormentados.

—¿Vi? —preguntó con suavidad, al tiempo que se acuclillaba junto a su cama.

Ella despertó desorientada, sin saber del todo qué era real y qué cosas eran parte del sueño.

—Dom.

Se incorporó hasta sentarse en la cama y se hizo a un lado, dándole un espacio para que se quedara junto a ella.

—¿Estás bien? —La chica asintió.

Dominik, muy a su pesar, esbozó un atisbo de sonrisa y se metió entre las mantas, apoyando la espalda contra la pared.

—¿Quieres? —Le tendió los cereales.

Se quedaron callados un rato, sin mirarse, sumidos en sus propias inseguridades y observando la penumbra azulada de la habitación. El único sonido que rompía el silencio era el que hacían al masticar.

Era irrisorio. Ellos, rotos y estropeados, comiendo cereales del mismo cuenco en la oscuridad a las tres de la mañana.

Violeta suspiró, pasándose las manos por el cabello con frustración, y sacó otro puñado de cereal. Una noche de sueño, nada más. ¿Por qué no podía conseguirla?

—¿Soñabas…? ¿Soñabas con él?

—¿Ah?

—Ethan —suspiró Dominik. Violeta sintió que se le atoraba el corazón en la garganta, sintió que iba a ahogarse con el sonido de ese nombre. Cada vez que lo escuchaba era una sacudida a su

mundo, un terremoto en el que no podía aguantar estar de pie—. Dijiste su nombre mientras dormías.

—Yo… —comenzó, no muy segura de qué decir. Tampoco quería hablar de él con Dominik. No quería herirlo más de lo que ya había hecho—. Creo que sí, fue muy confuso.

—¿Es verdad? —inquirió el chico.

—Sí, Dom.

—¿Estás bien?

—No sé…

Él se rindió y se volteó a verla finalmente. Se fijó, más que nada, en la curva de su perfil en la oscuridad.

—Vas a superarlo. Vas a superar todo esto.

Violeta sonrió con pena antes de mirarlo con una súplica en los ojos.

—Solo quiero dejar de llorar, Dominik. No lo aguanto más.

—Está bien que llores, Vi. Prefiero que llores a que finjas ser fuerte si no te sientes de esa forma. Deja de esconderte de mí. —Ella asintió recargando la cabeza en su hombro, con el corazón encogido y los ojos nuevamente aguados—. Pero si quieres dejar de llorar, entonces hazlo.

—¿Cómo? —Una amarga risa salió de sus labios—. No es tan fácil.

Esa era la cuestión: quería lograrlo, hacía todo lo posible por mantener su mente ocupada. E incluso así, todo lo que hacía lo hacía con una angustia enfermiza en el estómago, con unos latidos dolorosos y rápidos en su corazón. El problema era que, hiciera lo que hiciera, no lograba encontrar la paz que necesitaba.

Dominik frunció el ceño. Ni siquiera él tenía la respuesta a aquella

pregunta, así que respondió lo único que en ese momento le pareció acertado:

—Lo averiguaremos juntos.

—Pero tú no estás llorando.

—Podría —concedió él—. Ganas no me faltan.

Consiguió sacarle una sonrisa; con eso se dio por pagado.

—Lo sé. Lo sé, es solo que siento… —No pudo continuar, las lágrimas comenzaron a agruparse como un nudo en su garganta.

—¿Sí?

Era difícil, extremadamente difícil sacar esas palabras de su boca, pero, una vez que lo hizo, algo del peso que sentía pareció levantarse.

—Es que siento… siento como si parte de mí hubiera muerto con cada persona que he perdido, con cada vida que he llorado, y ya han sido tantas que no sé cómo volver a estar completa otra vez, aunque quiero estarlo. He luchado tanto, toda mi vida, por no dejar que las malas situaciones me conviertan en una mala persona, por no ser como aquellos que me han destruido y por salir adelante con una sonrisa, por no perder la capacidad de ver lo lindo que el mundo tiene para ofrecerme, y ahora es como si todo eso hubiera quedado enterrado dentro de mí.

»Y siento… tanto asco de mi propio cuerpo. Un malestar que no tiene nada que ver con lo físico, sino con un sentimiento que se arraiga cada vez más adentro, y mi cabeza me susurra que dentro de mí todo se está pudriendo, fermentando. —Lloró—. Y al fondo de todo eso hay una pequeña «yo» que intenta escapar de toda esa mierda. Como si ese coraje y valentía estuvieran tan al fondo de mi ser, queriendo salir de nuevo…

—Y no puede —concluyó Dominik.

Violeta asintió, derramando sin más remedio las lágrimas.

Dominik no supo qué decir. Supuso que para palabras como aquellas no había respuesta, pero se atrevió a abrazar a la muchacha como no lo había hecho en mucho tiempo, y a apoyar la cabeza en su hombro. Violeta se arrimó a él y dejó que su calor la reconfortara.

Ambos permanecieron en silencio durante una eternidad. Esta vez, ninguno se alejó. A pesar de que en alguna parte de ellos ese abrazo dolía, ambos sintieron que era lo que necesitaban.

—Yo te ayudaré a recordarlo —susurró Dominik, justo antes de que ambos cayeran dormidos—. Te ayudaré a recordar todas esas cosas por las que has peleado. No ha sido en vano, Vi. No lo ha sido.

CAPÍTULO 30
Volver a lo que fuimos

«Grey» – Why Don't We



La mañana siguiente Violeta se despertó cuando sintió a Dominik escabullirse de la cama. Supo que era temprano porque la luz

todavía no era suficiente para traspasar la gruesa tela de las cortinas.

—¿A dónde vas? —preguntó adormilada.

Si Dominik se sorprendió al escucharla, no lo demostró. En cambio, le dedicó una leve sonrisa que ella pudo ver a través del sopor de sus ojos.

—Tengo que salir. Volveré pronto, ¿sí? Y voy a prepararte esa comida rara que te gusta para almorzar.

Se despidió de ella revolviéndole el cabello y la dejó con una sonrisa en sus labios que duró hasta que se quedó dormida de nuevo.

No pasó demasiado tiempo hasta que volvió a despertar. Esta vez se levantó con calma, cuidando los movimientos que hacía pues la herida en su estómago no había dejado de doler. Por norma general, cuando se metía a la ducha evitaba mirarse la piel desastrosa e irregular que tenía alrededor de los puntos de sutura, pero ese día Violeta se dio cuenta de que el tono amoratado comenzaba a suavizarse.

Se alegró un tanto por eso, y con una ínfima sonrisa se puso bajo el chorro de agua caliente. *Me va a quedar una cicatriz horrible*, pensó, aunque supuso que eso era lo de menos. Quizá podría tatuarse algo alrededor, como… No, no iba a pensar en él, sin embargo, sí pensó que unas flores se verían muy lindas. Violetas; no por ella misma, sino por ser las favoritas de su madre.

Se sentía como una violeta. Siempre pensó que su nombre le quedaba a la perfección, porque dentro de los múltiples significados de la flor que hasta ahora no había logrado hacer «suyos» —la felicidad, el amor eterno…— uno de ellos era el recuerdo. Estaba

atada a sus recuerdos, formada y moldeada por ellos en cada aspecto de su vida, y ahora… Ahora, en cuanto tuviera la fuerza otra vez, quizá sería momento de empezar a ser parte de esos otros significados.

Una vez más, permaneció en la ducha hasta que sintió que el frío inquebrantable de sus huesos menguaba un tanto.

Cuando llegó Dominik la encontró sentada en la terraza bebiendo café, mirando taciturna el tráfico en las calles.

—¿Estás bien? —Violeta se sobresaltó.

Asintió, intentando sonreír sin demasiado éxito.

—¿Te fue bien?

—Sí. Voy a preparar el almuerzo. ¿Quieres venir? —Violeta asintió una vez más y se puso de pie para seguirlo hasta la cocina.

Vio un montón de bolsas sobre la mesa y fue directo a ellas para ayudar a desempacarlas, pero Dominik la detuvo, argumentando que debía guardar reposo. Como ella no quiso discutir, se limitó a sentarse en una de las banquetas a observar al muchacho, analizando cada uno de sus movimientos. Se concentró en la forma en que los pliegues de su camiseta se doblaban cuando sacaba o guardaba algo, y en la manera en que mechones de su cabello, un tanto largo, caían sobre sus ojos concentrados.

Violeta no comprendía cómo era que no le molestaban, porque ella siempre odió que el pelo se le fuera a la cara. Se había cortado flequillo una vez, con ayuda de Amber, buscando despejar su rostro. Esa fue una pesadilla de otra clase.

—¿Has estado ejercitando?

—¿Ah? Sí, algo. Ayuda cuando estoy enojado.

—Entonces debes haber estado muy enojado últimamente.

—¿Estás examinándome?

—Puede ser.

Aunque Dominik no dijo nada, no pudo ocultar su sonrisa.



Extrañar era como un puño revolviendo sus entrañas. *Estar* sola extrañándolo era peor. Y *sentirse* sola extrañándolo era todavía peor.

Era consciente de que no estaba sola, de que su mejor amigo, la persona con la que había compartido toda su infancia, estaba con ella, en la otra habitación, sin embargo, en algún punto eso dejó de ser suficiente. Ya habían pasado más de dos semanas, y cada día se le hacía más eterno que el anterior.

Por las tardes, Violeta se sentaba en el piso junto a la ventana y observaba el exterior. A veces, cuando el frío no era tanto, la abría. Una vez un pequeño pájaro se posó en ella. Era un colibrí de cabeza verde, y Violeta estaba segura de que era el mismo que venía apareciéndose casi todos los días en su ventana.

Lo miró durante un momento con curiosidad y, cuando se dio cuenta de que no iba a irse, habló:

—Tienes tanta suerte y eres tan desafortunado al mismo tiempo —suspiró—. No sabes lo que es amar, y eso es tanto una bendición como una maldición. A veces desearía no poder sentir, porque el dolor ha sido tanto que me pregunto cómo hubiera sido mi vida si no hubiese tenido que experimentarlo. —El pajarito cantó en ese momento, como en respuesta a sus palabras—. Luego pienso en ciertas cosas que he sentido, en personas a las que he amado y creo… creo que no lo cambiaría por nada.

—¿Con quién hablas? —le preguntó Dominik.

Ella se sobresaltó, y por suerte el pájaro no huyó asustado. Los colores subieron a sus mejillas.

—Con nadie, solo pensaba en voz alta.

—¿Puedo acompañarte? —Violeta le dijo con un gesto que se acercara y se subió a la cama, señalándole un espacio junto a ella. Dominik se recostó mirando al techo, con una mano detrás de su cabeza, pensando en quién-sabía-qué mientras Violeta miraba al pajarito emprender vuelo una vez más. Nunca le gustaron los pájaros, aunque aquel, pensó, podría bien ser la excepción—. Te oí hablar.

—Ah —contestó ella, pues no supo qué más decir.

—Fueron palabras muy tristes, y a la vez muy lindas.

Violeta logró sonreír.

—Gracias.

—¿Crees que algún día vayas a decirme? —preguntó Dominik con sincera curiosidad.

—¿Decirte qué, Dom?

—Lo que pasó ese día. —No necesitó señalar su estómago para que Violeta lo entendiera.

Asintió un par de veces, ensimismada, y luego de un largo suspiro empezó a contarle todo. Le habló de cómo apenas pudo dormir esa noche y de cómo un pájaro la despertó por la mañana. Le contó que incluso había olvidado que ellos dos iban a verse no mucho después y que, cuando lo recordó, se dio cuenta de que no tenía demasiado tiempo para alistarse antes de que él llegara por ella. Violeta le explicó que, cuando tocaron el timbre, creyó que sería Dominik tras la puerta.

—Yo jamás toco el timbre —le hizo ver el muchacho con una mueca.

—Ya sé —respondió ella encogiéndose de hombros—, pero eso fue lo que pensé.

Continuó relatándole lo que sucedió, todas las palabras de Katherine, sus expresiones, su desprecio. Evitó repetir el hecho de que Ethan la había dejado al borde de la muerte, porque esa parte Dominik ya la sabía. ¿Cómo? No tenía idea ni tampoco ganas de preguntar.

—¿No crees que es injusto? —preguntó al final. Violeta pareció no entender a qué se refería—. Que te haya vuelto a arruinar, que haya vuelto a hacerlo todo mal y que siga libre.

—Sí. Sí, por supuesto que me parece injusto.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

—¿Por qué mentiste? ¿Por qué dijiste que fue tu culpa?

—Porque esa no es una batalla que quiera pelear, Dominik. Simplemente… no tengo ganas. Ya ves que antes no gané nada queriendo pelear, queriendo ayudar al karma.

—No lo entiendo, Vi.

—No tienes que hacerlo.

Cuando se quedaron en silencio, uno al lado del otro sobre la cama, fue que Violeta sintió un gran dolor en las manos. Notó que tenía los puños cerrados, sus dedos agarrotados y acalambrados casi se negaron a extenderse por la fuerza con que apretaba sin ser consciente de ello. Ahí, donde las puntas de sus dedos habían tocado sus palmas, yacían las marcas en forma de medialuna que dejaron sus uñas. No se había percatado de lo mucho que le

afectaban los sentimientos encontrados en su interior, así como tampoco se había dado cuenta de la fuerza que empleaba.

Sintió la mirada de Dominik apenas un segundo antes de que él tomara una de sus manos y examinara las pequeñas marcas que habían quedado pintadas. Pasó los dedos sobre ellas con gentileza, hasta que dejaron de doler.

—A veces me pasa —susurró la chica—. A veces, mientras duermo…

—Shh, está bien —Violeta asintió—. Hagamos algo mejor, ¿quieres? Dejemos de lado esto, por el momento.

La muchacha, agradecida, aceptó la oferta.

—¿Sabes qué es lo que necesitamos?

Violeta lo miró casi burlándose de él, pero la sonrisa de Dominik le decía «vamos, pregúntame qué es lo que necesitamos». Ella se rindió.

—Vale. ¿Qué es lo que necesitamos?

—Salir de aquí.



Esa tarde salieron a caminar. No demasiado lejos, porque Dominik no quería recargar tanto a Violeta. Eso lo agradecía pues, en el fondo, no quería admitir que la herida sí la limitaba todavía.

Pasearon por la Avenida 6 ½, un lugar «secreto» y mucho menos transitado que las avenidas principales y más turísticas, aprovechando la brisa fresca y la puesta de sol. A Violeta le gustaba la idea del «6 ½», porque era como estar en dos partes y en ninguna al mismo tiempo. En ese momento lleno de incertidumbre,

viendo las hojas de los árboles teñirse de dorado y las fachadas de los edificios reflejando el atardecer, le gustó sentirse entre «aquí» y «allá».

De vez en cuando se quedaban viendo la vitrina de alguna tienda sin la intención de entrar. Hablaron como no lo habían hecho en mucho tiempo; sin peleas, sin discusiones, como si fuesen de vuelta dos niños que solo se tenían el uno al otro y con un futuro por delante. Conversaron sobre lo mucho que había cambiado la ciudad desde que eran pequeños, y de lo mucho que habían crecido ellos también con el paso del tiempo.

—¿Crees que hemos cambiado? —Dominik le preguntó a Violeta con genuina curiosidad.

La muchacha sonrió.

—Es gracioso que seas tú quien me pregunte eso.

—¿Por qué?

Violeta le hizo un gesto divertido con la mano.

—Porque eres tú el que cree que las personas no cambian — le recordó—. Usualmente sería yo quien te preguntaría eso a ti.

Él se lo pensó un momento. Tenía razón.

—Quiero saber tu opinión.

—No —suspiró—. No creo que hayamos cambiado demasiado. Creo que… hemos crecido.

—¿Cómo así?

—Pienso que en el fondo nuestra esencia sigue siendo como la de los niños que éramos.

—Ya no somos niños, Violeta.

—No —rio ella—, por eso te digo. En el fondo, lo esencial permanece, pero ha crecido, ha…

—¿Madurado?

Violeta asintió.

—Y ha adquirido otra forma. Es como… como una flor.

—Ya. Una flor —repitió Dominik con sarcasmo.

—Sí, Dom, como una flor. Una flor pequeña que después crece, sus pétalos son más grandes, sus colores más vívidos y su tallo más fuerte. No es exactamente igual que cuando recién salía de la tierra, pero su forma sigue siendo la misma. Uno sigue sabiendo que, grande o pequeña, es el mismo tipo de flor.

Dominik frunció el ceño. No quería admitir que las palabras que decía tallaban hondo en su interior, aunque supuso que tendría que decirle lo que creía de todos modos.

—Sí, lo entiendo. Tienes razón.

—Usualmente la tengo. —No pudo evitar decir al tiempo que movía su cabello.

Dominik lanzó una carcajada.

Cenaron en un café que encontraron en un rincón escondido entre los pasajes, antes de que su «media avenida» colindara con Central Park. No necesitaron más que compartir una mirada para encaminarse a la entrada. El lugar le encantó a Violeta desde el momento en que vio las miles de ampolletas que colgaban con cables desde el techo, que la hacían sentir como si estuviera sumergida entre las estrellas.

Tomaron asiento en una pequeña mesa redonda de sillas altas junto a la pared: desde donde estaban podían observar a todas las personas que entraban. Eso a Dominik le agradaba.

Comieron entre risas y bromas, y Violeta sintió que, aunque fuese por unas horas, podía dejar de lado aquel nudo en el estómago y

esa pesadez en su pecho. Por primera vez en semanas, podía respirar.

—Espérame un segundo, ¿sí? —le dijo Dominik cuando ya estaban por terminar la comida.

Violeta asintió, sin despegar la vista de su maravillosa ensalada con frutas. No siguió a Dominik con la mirada, aunque se arrepintió de ello cuando vio que pasaban los minutos y él no volvía.

Esperó paciente, mirando a las personas conversar en las otras mesas, preguntándose con curiosidad sobre qué estarían hablando. Analizaba a los padres que jugaban con sus hijos y a las madres que intentaban darles de comer. Aquellas escenas le hacían preguntarse si habría vivido algo así con sus padres cuando era pequeña. Si era el caso, no lo recordaba.

Pensaba en eso cuando una mano se posó en su hombro haciéndola pegar un salto. Sabía que era Dominik, sabía que no tenía por qué asustarse, pero tenía los nervios a flor de piel.

—No deberías hacer eso —le recriminó, tratando de volver a normalizar su respiración.

—Perdón, no quise asustarte.

—¿A dónde fuiste?

—A pagar.

—¿En serio?

—Sí, había fila —dijo con un encogimiento de hombros.

—Entonces… ¿podemos irnos?

—Después de ti. —Violeta se carcajeó mientras tomaba sus cosas y ambos se encaminaron a la salida.

Llegaron de vuelta al apartamento cuando la oscuridad los empapaba, luego de una corta caminata silenciosa y agradable.

Violeta se fue a su habitación, pensando en todo y nada a la vez, agradecida por el momento de paz que estaba teniendo. En esos minutos, mientras se preparaba para acostarse, tuvo la determinación de que iba a recomponer su vida, costara lo que costara. Había logrado sobreponerse a muchas situaciones, y esta no iba a ser la excepción.

Se metió a la cama recibiendo con agrado las sábanas frescas y, no muy segura de qué hacer a continuación, se quedó mirando la habitación. La luz de la lamparita iluminaba todo, las cortinas estaban abiertas, pues a Violeta le gustaba ver las estrellas por la noche, y el silencio que reinaba era solo interrumpido por los ruidos de fuera. Todo color crema y ordenado. Le gustaba, aunque no la volvía loca. Incluso, en ocasiones, los lugares blancos se le antojaban como fríos e inhóspitos. *Todo depende de las personas que los habiten*, pensaba ella.

Entonces una idea surgió en su cabeza y, una vez que apareció, no se la pudo quitar. Se levantó de la cama y abrió el cajón del escritorio para sacar el libro que ahí había ocultado. *Matar a un ruiseñor* se le antojaba divino en ese momento y, con su nueva paz encontrada, no se le hizo un nudo en la garganta al tener el libro en sus manos.



Sonriendo, feliz con aquel pequeño logro, fue que Dominik la vino a encontrar cuando tocó la pared para anunciar su presencia.

—Hola de nuevo —lo saludó Violeta.

—¿Puedo pasar?

Ella rio.

—Adelante.

—Te traje algo —dijo Dominik como quien no quiere la cosa.

Ella se acercó con curiosidad. Dominik sacó lo que escondía tras la espalda y le dejó ver un objeto no demasiado grande y de colores maravillosos: Violeta tomó el atrapasueños con delicadeza entre sus manos y no pudo sino acariciar las suaves plumas azules y violáceas que lo adornaban. Observó los hilos delgados y perfectos que conformaban la esfera. Juntos se veían como una hermosa flor abstracta en cuyo centro descansaba una pequeña piedra redonda morada, llena de brillos que solo eran visibles cuando les daba la luz.

—¿Por qué? —susurró.

—Porque sé que te gustan estas cosas y, aunque los dos sabemos que no funcionan, creí que valía la pena intentarlo.

—Gracias. Es precioso.

Dominik se dio media vuelta sin esperar nada más, conforme con cada sonrisa que lograba sacarle. Caminó tranquilo para salir de la habitación y dejarla dormir cuando ella murmuró a sus espaldas:

—No es tu culpa.

—¿El qué?

—Todo esto. —Dominik sonrió con tristeza. Podía decirlo muchas veces, pero él no sabía si llegaría a creerlo. Aun así, las palabras calmaron algo en su interior—. Jamás fue tu culpa.

—Violeta… —comenzó sin saber cómo expresarse, acercándose nuevamente hasta sentarse en la cama junto a la muchacha—. ¿Estamos bien?

Ella también sonrió.

—Sí, Dom. Estamos bien. —Ambos se miraron durante un segundo, recordando todas las cosas que habían estado mal y eligiendo dejarlas atrás—. Somos un equipo, ¿no?

—Claro que sí.

CAPÍTULO 31
Anestesia

«I Can’t Make You Love Me» – DAVE THOMAS JUNIOR



Violeta

No habían pasado ni dos días y ya había leído más de la mitad de *Matar a un ruiseñor*. Me enfrasqué de tal manera que logré olvidar todo lo demás que me estaba aquejando. Durante esos días no fuimos más que los personajes del pueblo de Maycomb y yo. Incluso le había parloteado a Dominik sin parar sobre aquel libro y él, contento de verme entusiasmada con algo, me escuchaba con una sonrisa. ¡Incluso me hacía preguntas! Era toda una revelación.

Me enamoré de lo que la lectura me hizo sentir, de poder viajar fuera de mi cuerpo, dejar mi vida, mi dolor, mis problemas y mis preocupaciones y ser otra persona por un par de capítulos.

En ese pequeño lapso, pude revertir algunos de los efectos que la tristeza tuvo en mí: me sentía más completa, más presente. Ya no me despertaba nerviosa y tampoco tenía ese desagradable y doloroso martilleo en el pecho apenas abría los ojos. Ya no saltaba con cada ruido ni se formaba un nudo en mi garganta cada dos por tres. Ahora mi pena era más… llevadera, y estaba por siempre agradecida de ello, porque el constante «no tener ganas» era agotador hasta lo increíble.

Cuando pasaron cuatro días, el libro ya descansaba cerrado en el cajón de mi mesita terminado, disfrutado y llorado. Nunca supe si las lágrimas que derramé fueron por la historia o si, por el contrario, la historia me hizo recordar mi realidad y por eso lloraba. Sin embargo, cuando pasaron dos semanas más ya había logrado dejar de llorar todos los días como si se me abriera el pecho, y comencé a vivir. Adormecida, pero viva al fin y al cabo.

Hasta que un día me desperté y casi no pude creer que poco más de un mes y medio había trascurrido desde… ese día.

—¿Estás lista? —preguntó Dominik.

Yo le sonreí, viéndolo desde el reflejo del espejo del baño. La puerta estaba entreabierta y las luces prendidas mientras me animaba, por primera vez en semanas, a ponerme maquillaje. Esa era otra de las cosas que *no había sentido ganas de hacer*.

—Ya casi —dije mientras guardaba todo y me veía al espejo una vez más.

No quise sonreírle a la Violeta que me devolvió la mirada, tampoco era para tanto mi ánimo. Suspiré con resignación y aparté la vista del espejo.

—No sé para qué te molestas en ponerte todo eso. —Dominik sonaba serio, aunque su expresión era confusa—. Siempre te has visto bien sin nada en la cara.

—Ya, pero no podemos negar que el delineador me queda estupendo.

Él no dijo palabra, y yo caminé hasta la puerta sin esperarlo demasiado. Poco a poco mi movilidad estaba regresando a ser como antes. La herida en mi abdomen estaba sanando, supongo que gracias a todas las cremas medicinales que le había puesto y a que no la había presionado. Desde que salí del hospital mi actividad física era mínima.

—¿Llaves? —asentí. Dominik me abrió la puerta y yo le sonreí al pasar.

Esa era otra cosa que estaba sanando.

Sentía que con cada segundo que pasaba nuestra relación se fortalecía, volvía a sus raíces, a su centro. Nunca pensé que pudiese ser de nuevo como la Violeta del pasado, pero con él, ahora, volvíamos a ser los de antes. Ya no peleábamos, ya no había gritos

ni palabras mordaces, solo el sarcasmo, las bromas y la confianza que siempre nos había caracterizado.

Hace meses hubiera visto a Dominik y no habría reconocido en él al niño de los callejones. Ahora lo veía y estaba en mí la certeza de que daría la vida por el adulto en que se había convertido. ¿Cuándo había pasado tan rápido el tiempo? Me parecía curioso cómo en ciertos momentos la vida se me antojaba paralizada, lenta, como si nada se moviera y el mundo permaneciera estático. Otras veces era todo colores, adrenalina y velocidad. Esa era la vida que extrañaba y que bien poco había estado conmigo.

Mi relación conmigo misma, por otra parte… Eso era más complicado. Se dividía en dos partes, dos *Violeta* dentro de mí que a ratos dejaban que la otra tomase el control, pues ni siquiera por eso peleaban. Una era callada, nerviosa, triste y veía todo con un filtro gris puesto sobre los ojos. La otra era audaz, no le tenía miedo a nada y lo único que quería era disfrutar cada instante, dejarlo todo atrás sabiendo que ya no tenía nada que perder. El problema era que, en el último tiempo, la parte de mí que era más débil, la triste, se había vuelto fuerte, dominante, y a la otra le estaba costando trabajo salir a la luz.

Yo no iba a complicarme por eso, era todo parte del «proceso».

—¿Vas a subirte o piensas quedarte ahí? Me iré sin ti —advirtió Dominik.

Para cuando espabilé me di cuenta de que lo único que nos impedía marcharnos en ese momento era yo, que me había quedado fuera del auto mirando a la nada como si fuese la cosa más maravillosa e interesante. Qué tonta.

—Estaba contemplando lo lindo que es tu auto —me burlé—, pero

¿sabes? Llegué a la conclusión de que sin mí adentro no se ve tan bonito.

—El negro no es tu color, Violeta.

—Sigue diciéndote eso a ver si terminas creyéndolo.

Una sonrisa se formó en sus labios sin poder evitarlo. Me gustaba cuando hablábamos así, tan fácil, sin tener que pensarlo demasiado. La verdad es que, para alguien que solía pasar mucho tiempo perdida en sus pensamientos, tener que analizar mis palabras antes de decirlas era odioso.

De un momento al otro las paredes mortecinas del estacionamiento desaparecieron y el cielo azul nos cubrió del todo. Me incliné más hacia la ventana para que el sol me golpeara de lleno y cerré los ojos: amaba esa sensación. De pequeña solía creer que la luz del sol me hacía brillar más. Puede que fuera cierto, y que dejar de creerlo fuera lo que me hizo apagarme.

Ese día paseamos por Brooklyn y la tarde siguiente decidimos que, ya sea para lamentarnos por nuestra miseria o para deshacernos de ella, un par de cócteles no nos vendrían mal. Ya había dejado hacía bastante los medicamentos, así que no habría problema.

Nos bajamos del taxi en Central Park para caminar por las avenidas hasta encontrar un bar que nos llamara lo suficiente la atención como para ingresar en él. Me reí, porque eso de «no juzgues a un libro por su portada» no podía ser más falso. Así que, con el sol iniciando su descenso y el *happy hour* a punto de comenzar, ingresamos en un recinto poco iluminado, de paredes grises y letras de neón, lámparas colgantes y tubos fluorescentes.

Me encantó desde el primer minuto en que lo vi.

Apenas nos sentamos, incluso antes de que la primera gota de

alcohol tocase nuestros labios, hablamos de todo: de lo que éramos y de lo que no fuimos. De lo que pudo haber sido y de lo que iba a ser. De las expectativas, del recuerdo y de los sueños frustrados.

CAPÍTULO 32
Segundas oportunidades

«Guilty as Sin?» - TAYLOR SWIFT



—¡Pero ¿qué estás haciendo?! —chilló Violeta cuando el chico tras la barra derramó el vermú sobre su brazo y salpicó toda la mesa.

Lo miró mal, hasta que el tímido muchacho rubio le devolvió una súplica inquietante en sus ojos de cachorro perdido. Violeta se compadeció de él y suavizó su expresión con un suspiro resignado.

—Lo siento, lo siento... —No dejaba de susurrar mientras se apresuraba a limpiar la mesa con unas servilletas.

Violeta movió los vasos de encima, con intención de ayudarlo. El chico, que ya se había puesto nervioso, intentó hacer lo mismo con la hielera y esta se le cayó al piso. Cubos de hielo se esparcieron por todas partes.

—¡Lo siento!

A pesar de todo, Violeta contuvo las ganas de reír. Volvió la vista hacia Dominik, mordiéndose la sonrisa, pero él la veía con cara de «no te rías del pobre chico». Eso solo logró que la carcajada saliera de sus labios.

Al escucharla, el muchacho se levantó con las mejillas rojas como un tomate y empezó a echar líquidos de colores en la coctelera. Ahí, Violeta frunció el ceño.

—Eh, perdón, pero… lo estás haciendo mal —le dijo con suavidad.

—¿Q-qué? —Tartamudeó.

—¿Eres nuevo? —Lo preguntó más como cortesía, porque era obvio. Él asintió—. Déjame que te ayude. Nadie tiene por qué enterarse —ofreció. Ante la atenta mirada de Dominik y de «Tímido», Violeta se subió a la barra y pasó hacia el otro lado. Se ubicó junto al joven y tomó la coctelera con suavidad—. Tienes que poner esta cantidad, no más. Y después lo mezclas así y mueves bastante los brazos —le indicó. Después bajó la voz y le susurró al oído—: Te prometo que a las chicas nos encanta, así te las ganas a

todas. —Rio cuando el color de sus mejillas volvió a ser más que notorio. Sirvió un poco en la tapa y se la tendió—. Pruébalo.

El joven tomó lo que ella le ofrecía con dedos temblorosos y le dio un sorbo a la tapita de metal.

—¿Y bien? —Asintió enérgicamente, sonriendo un poco al fin—. Ahora puedes decir que lo hiciste tú, y ya sabes para la próxima.

Le guiñó un ojo, cómplice, cuando la voz de un desconocido le llegó a los oídos:

—No engañas a nadie, Tim —dijo serio. El recién llegado era un hombre mayor que ella. Debía andar cerca de los cuarenta, supuso Violeta y, por la forma en que lo miraba, dedujo que Tim era «Tímido». Tim-ido. Tenía todo el sentido del mundo. El hombre se acercó a Violeta y susurró—: Es un poco torpe, pero es buena gente. Eso es difícil de encontrar, ¿lo sabías?

—Sí, ya lo venía notando —respondió ella.

—Lo siento —le dijo Tim al hombre, con las mejillas todavía rojas y la cabeza baja.

Él hizo un gesto con la mano. «No te preocupes», quería decir.

—A ver, déjame probar eso. —Como no daba lugar a dudas, Violeta se encogió de hombros y miró por sobre su cabeza hasta encontrar la copa indicada. Sin más, sirvió la cantidad justa y se la dio al hombre, quien la probó y asintió en su dirección—. Nada mal. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—¿Y sabes de coctelería?

Violeta se encogió de hombros una vez más.

—En la mayoría de los países la edad legal para beber es dieciocho. Estuve fuera un tiempo.

—Mira, te diré algo: si me das una buena razón, aparte de que sabes lo que haces, estás contratada.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Dame una razón por la que deberías estar aquí y el trabajo es tuyo, si lo quieres.

Violeta abrió los ojos como platos.

—¿Sin entrevistas ni nada? —El hombre volvió a hacer ese gesto de despreocupación con la mano y Violeta supo en un instante que lo hacía seguido.

—Podemos dejar eso para después. Impresióname, y el trabajo es tuyo —repitió con una sonrisa de suficiencia.

—¿Y cómo quiere que haga eso?

—Si te lo digo, ya no sería impresionante —replicó el hombre.

—Muy bien… —Violeta se lo pensó durante un momento. Analizó sus gestos, gestos que hacía con la mano izquierda, y cómo llevaba el reloj en la derecha—. Usted es zurdo.

—¿Y eso? ¿Cómo lo sabes?

—También estuvo casado —soltó de pronto. Ninguno de los presentes dijo una palabra. Violeta se recostó sobre la barra, poniendo los codos en la mesa, y miró a Dominik. «¿Qué haces?», decían sus ojos. «Tranquilo», dijo ella—. Y… —añadió, deteniéndose a pensarlo un momento—. Bueno, de esta no estoy segura, pero puede ser que su jefe no está o que ya llevan trabajando mucho tiempo, o que es usted quien dirige todo esto. Como dije, de esa no estoy muy segura.

—¿Y por qué lo dices?

—Lleva el primer botón de la camisa desabrochado bajo la corbata —dijo por toda respuesta.

—Ya. ¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

—Quería que lo impresionara. —Se encogió de hombros—. Dijo, y lo cito: «… una buena razón, aparte de que sabes lo que haces». Ya vio que sé de mezclas, pero eso no es lo que le interesa del todo. Lo que usted quiere es saber qué clase de persona soy. ¿Me equivoco?

El hombre la examinó durante lo que pareció una eternidad, pero ella no desvió la mirada ni se amedrentó. Él no dijo nada, se limitó a analizarla con sus ojos celestes como si pudiese leer todo lo que la chica ocultaba en su cabeza. Sin embargo Violeta, que ya había pasado por escrutinios como esos muchas veces a lo largo de su vida, mantuvo su sonrisa intacta. Al final el hombre asintió, extendiéndole la mano:

—Me llamo Adrien.

—Violeta —saludó, estrechándole la mano.

—Si lo quieres, el trabajo es tuyo.

Violeta sonrió, genuina y sincera.

—No quisiera quitarle el puesto a mi amigo Tim —dijo mirándolo. Ya no parecía tan nervioso como antes.

—Qué va —resopló Adrien—. ¿Tienes experiencia en esto?

—Sí.

—Perfecto, en ese caso tú podrías enseñarle lo que sabes a Tim y ver que no meta la pata.

—Yo…

—Mira, si estás aquí mañana por la noche, a eso de las seis, sabré tu respuesta.

En ese momento ella sí que rio.

—En ese caso, lo veo mañana —comentó subiéndose de vuelta a

la barra e indicándole a Dominik que era momento de irse—. O no —añadió—. Adiós, Tim.

Caminó sin esperar al muchacho; sabía que iba tras ella, así que no le importó y salió por las puertas de cristal. Fuera, Dominik la detuvo tomándola por el brazo.

—¿Qué fue todo eso? —Parecía sorprendido.

—¿Has oído eso de que las oportunidades no llaman a tu puerta? —Dominik asintió—. Bien, pues yo creo que las oportunidades vienen cuando estás en bares.

—Jaja, graciosa. —Él la observó con escepticismo, pero cuando la muchacha lo miró como solo ella sabía, Dominik sintió que todo en su interior se derretía y no pudo no sonreírle de vuelta—. Es como si todo se te diera fácil.

Violeta quiso reír y llorar al mismo tiempo.

—Será porque he tenido una vida horrible en donde todo se me ha dado difícil. Puede que el karma me esté recompensando.

Dominik chasqueó la lengua.

—*Touché*. ¿Cómo supiste todas esas cosas?

—Si te lo dijera ya no tendría gracia, ¿no?

—Vale, lo que tú digas. Pero es lindo.

—¿El qué? ¿Que yo tenga la razón? Sí, claro que es lindo.

—No —negó él—. Que sonrías.

Por supuesto, el comentario la hizo sonreír, con las mejillas tan rojas como las de Tim momentos atrás.



Esa noche, mientras cepillaba su cabello mojado en el cuarto de

baño, Violeta no pudo evitar sonreír cada vez que la embargaba la sensación de aquella pequeña victoria conseguida sin esfuerzo. Bastó con ser ella misma. Iba a aprovecharla y tomar la oportunidad. Ya habían pasado dos meses y, si bien el dolor seguía ahí, ya venía siendo hora de que le quitase las riendas de su vida.

En eso pensaba al tiempo que volvía a poner el cepillo en su lugar y sacudía las gotitas de su pelo. Se acomodó la delgada bata negra una vez más y salió dando pequeños saltos con las piernas desnudas y los pies descalzos. De la misma forma se dirigió a la habitación de Dominik: tenía la puerta entreabierta, así que entró sin miramientos y sin quitar la sonrisa de su cara.

Él estaba parado junto a la cama, con una camiseta entre sus manos.

—Tengo una idea —anunció.

No le importó que el muchacho no llevara más que los pantalones puestos, dejando su torso al descubierto. Tampoco le importó la mirada de arriba abajo que él le dedicó —un tanto molesta y un tanto turbada—. Nada iba a arruinar su emoción: después de todo, hacía tiempo que no se sentía de aquella manera y quería disfrutarlo mientras durase.

Violeta ensanchó su sonrisa y Dominik resopló.

—¿Qué? ¿Ahora vas a empezar a pasearte desnuda por la casa? —Violeta tenía que darle crédito; incluso cuando miles de cosas podían estar pasando por su cabeza, Dominik conseguía burlarse de ella—. No es que yo me oponga.

—No estoy desnuda, idiota. De todos modos… —Dudó un segundo, pero la risa ganó en su interior y añadió—: No es nada que no hayas visto antes.

Dominik alzó una ceja.

—¿Intentas provocarme?

—No necesito *intentarlo*. —Ella rio mientras daba pasos saltarines y brincaba para sentarse en la cama del muchacho. Se inclinó hacia él—. No puedes resistirte.

—Ya. —La cortó retrocediendo un paso. Eso la hizo sonreír más todavía, pues Dominik nunca retrocedía—. ¿Cuál era tu idea?

—Era más que nada una pregunta.

—¿Y cuál es?

—Bien, me preguntaba si irías conmigo mañana.

—¿Ir contigo a dónde? —Seguía jugando con ella. Violeta tomó un cojín y lo arrojó en su dirección.

—¡Es en serio!

—¿De verdad?

—Sí, genio, de verdad te lo estoy preguntando.

—¿Vas a tomar el trabajo?

¿Acaso le había dado demasiado fuerte con el cojín?

—¿Que no era obvio?

—Y quieres… ¿que vaya contigo?

Violeta asintió.

—Solo a acompañarme por un rato. Podrías sentarte en la barra, pedir algo.

—Mhm, tentador.

—Es una excelente idea.

—¿Por qué? ¿No crees que es raro?

Violeta quiso reír. A veces le costaba seguirle el hilo.

—¿A quién le importa si es raro? Además, ¿por qué lo sería? —se quejó, jugueteando con las hebras húmedas de su cabello. Dominik

se quedó mirando sus dedos tontear con el pelo hasta que, finalmente, Violeta se acercó al borde de la cama y puso una mano en su brazo—. Solo quiero a mi mejor amigo conmigo. Las cosas son más divertidas cuando estamos juntos, ¿no crees?

—No podría estar más de acuerdo —dijo, taciturno, con la mirada perdida dentro de los ojos de la muchacha.

No dijeron más por un momento… Y, de pronto, a Violeta se le hizo en extremo difícil no ser consciente de que llevaba muy poca ropa. De que *ambos* llevaban muy poca ropa. Pareció que Dominik se dio cuenta de lo mismo al mismo tiempo, porque en un segundo algo en el ambiente se hizo más denso y Violeta no se atrevió a verlo a los ojos. Ya no podía, porque él leería todos sus pensamientos en su mirada, y todo lo que habían progresado en esos meses se iría al carajo.

No podía dejar que eso pasara, no de nuevo.

—Entonces ¿vienes conmigo mañana?

Dominik no dijo nada, solo le dedicó un asentimiento.

Violeta se animó por fin a buscar su mirada, sin embargo, él no la estaba viendo a los ojos sino que tenía la vista clavada más abajo, en su boca.

Todo pareció ocurrir en cámara lenta: en cuanto Dominik se inclinó hacia ella —más por instinto que por decisión consciente—, Violeta tuvo menos de un segundo para pensar en cómo iban a desenvolverse las cosas de ahí en adelante. Podrían hacer de esa situación un desastre, o podían dejar todo tal como estaba. Y, por más tentador que él le resultara, era más fuerte su deseo de evitar el desastre.

Carraspeó, yéndose hacia atrás. Dominik sacudió la cabeza,

dándose cuenta de lo que estaba pasando.

—Creo que ya… me voy a dormir. Es tarde —dijo, al tiempo que se levantaba de la cama y estiraba su bata con las manos para evitar mirarlo a los ojos.

—Sí, sí, es tarde.

—Buenas noches, Dominik.

No esperó a que le respondiera y se encaminó a la salida de la habitación con una extraña sensación en su interior. Trató de no correr de vuelta a su cuarto; eso haría su desconcierto aún más notorio.

Una mano se enredó en su muñeca. Todo el calor de su cuerpo se concentró en ese punto donde sus dedos la aferraban. Se dio la vuelta con una pequeña sonrisa en los labios. Dominik la miraba como si jamás la hubiera visto y se veía hermoso, no había caso en negarlo. Siempre lo había sido, no obstante, a la chica se le antojó que lucía algo triste.

Su corazón latió con fuerza.

—Violeta, yo…

Fue como si se atragantara con sus propias palabras. Entreabrió la boca, queriendo sacar de su interior lo que lo aquejaba, sin animarse del todo. Negó con la cabeza y su expresión cambió del cielo a la tierra: ahora sonreía con tranquilidad y sarcasmo, y las emociones anteriores volvieron a ser enterradas.

Pero se inclinó hacia ella, y esta vez Violeta no pudo retroceder. ¿*Qué haces*?, quiso preguntarle, justo cuando sintió que los labios de Dominik se estampaban en su mejilla, dulce y sincero.

Sonrió como la mayor de las idiotas.

—Descansa —susurró él retrocediendo, dejándola ir.

Ella asintió, sin comprender exactamente lo que acababa de ocurrir. Una vez en su habitación, con la puerta entreabierta y la luz apagada, dio vueltas y vueltas en la cama preguntándose qué era lo que habría querido decirle.

CAPÍTULO 33
Ciertas cosas oscuras

«Anchor» – Novo Amor



Violeta

No te amo como si fueras rosa de sal, topacio o flecha de claveles que propagan el fuego: te amo como se aman ciertas cosas oscuras, secretamente, entre la sombra y el alma.
Te amo como la planta que no florece y lleva dentro de sí, escondida, la luz de aquellas flores, y gracias a tu amor vive oscuro en mi cuerpo el apretado aroma que ascendió de la tierra.
Te amo sin saber cómo, ni cuándo, ni dónde, te amo directamente, sin problemas ni orgullo: así te amo porque no sé amar de otra manera, sino así de este modo en que no soy ni eres, tan cerca que tu mano sobre mi pecho es mía, tan cerca que se cierran tus ojos con mi sueño.

PABLO NERUDA, *Soneto XVII*.

Cerré el libro con una sonrisa nostálgica.

El otoño ya llegaba a su fin. Pasaron más de tres meses desde aquel día, y en ese tiempo había llorado tanto como después había reído. A nuestro alrededor los árboles no tenían rastro de hojas, dando paso a una ciudad fría y estéril, muerta de una forma en que no era un final sino un comienzo, y justo así me sentía. No era muerte exactamente, sino transformación.

Dominik y yo volvimos a ser los de antes. Con eso, una pieza crucial dentro de mí encajó en su lugar, haciéndome tomar conciencia de que algo llevaba mal mucho tiempo, algo que dolía más que cualquier corazón roto, y no lo supe hasta que estuvo sano.

Mi primer día de trabajo fue un éxito, así como el segundo y el tercero. Lo que empezó como una oportunidad tirada al aire se convirtió en algo real, tangible, y que permaneció en mi vida con el

paso de las semanas, dándome la distracción que necesitaba durante el día.

La noche era otra cosa.

Mi dolor era como una luna que seguía presente cuando estaba el sol, si es que invisible, y por las noches, en soledad, brillaba en todo su esplendor. Así que me aboqué a la lectura. Leía hasta horas indecentes de la madrugada, cuando el sueño me vencía y ya no había espacio para más pensamientos en mi cabeza; sumergirme en mundos que no eran los míos me ayudó de una manera que jamás imaginé posible. Las letras fueron mi refugio, y las sensaciones que viví leyendo consiguieron derretir el hielo que se había formado en mi pecho.

Por las noches extrañaba y sentía, y en silencio lloraba, incluso si no caía ninguna lágrima. Pensaba en Ethan más de lo que me gustaba admitir. Lo extrañaba; echaba de menos sus conversaciones casuales, su sonrisa sincera y su forma de pensar, su ambición hermosa de hacer algo mejor, de ayudar a cambiar las cosas para bien. Aunque, siendo honesta, quizá extrañaba todavía más la idea que me había hecho de él, de nosotros, de la Violeta que era cuando estábamos juntos, porque esa Violeta no había vivido lo que yo viví.

La chica que él conoció no era yo. Era una mujer que no tenía ningún miedo, ningún trauma. Era hija de padres que solo se fueron antes porque el destino lo quiso así, y los extrañaba con todo su corazón, pero sus muertes no estaban manchadas de traición y secretos, y su infancia no estaba marcada por la tragedia y la pérdida. Era una chica sencilla, que no tenía preocupaciones más allá de su futuro cercano.

Pero esa chica no era yo. Era una mentira, una persona creada por

mí y llena de engaños. Esta Violeta, la Violeta de verdad, era una noche con estrellas y luna, pero oscura, al fin y al cabo. Esa era yo, con mis traumas y mis tragedias, y mi convicción de sonreír a pesar de todo.

Pensé, con una nueva perspectiva, que tenía que dejar de esperar que otros amaran mis partes oscuras, como en el poema, y que era yo la que tenía que aprender a querer esas partes de mí misma, aquellas llenas de espinas que me dieron la fortaleza para salir adelante en los momentos más crudos. Era yo el amor que necesitaba, aquel tan fuerte como para conquistar tierras y mover montañas. Tenía que amar mi oscuridad, porque hacía brillar más mi luz.

No tenían por qué ser algo que estaba mal dentro de mí, algo podrido y que hacía daño; no, no eran dañinas. Esas partes de mi ser eran mi coraza, una que me había protegido por tanto, tanto tiempo, que me aferré a ella cuando no debía.

Ahora era el momento de empezar a bajarla.



A medida que pasaban los meses, esto fue lo que pensé:

La sanación llega a pedazos. Lenta, poco a poco, no todo de golpe. Llega tan despacio que no te das cuenta y, a veces, antes de que se esté preparado para ella.

Los meses volaron. Empecé a sanar sin percatarme, y pienso que no estaba lista para aceptarlo porque había pedazos de mí que, de forma inconsciente, creo que deseaban seguir rotos, sin querer admitir que ya no dolía tanto como lo hizo en un principio.

No lo quería admitir porque avanzar significaba tener que volver a encontrarme, y no sabía si me gustaría la persona en que me había convertido.

Tal vez la solución a eso era sencilla; tendría que convertirme en alguien de quien estar orgullosa. Sería lento, pero lo haría.

La sanación llega a pedazos. Lenta, poco a poco, y no todo de golpe. Llega tan despacio que no te das cuenta y, a veces, llega de la mano de quien siempre estuvo a tu lado.

Pero no sería consciente de eso hasta mucho, mucho después.

(CONTINUARÁ…)

Agradecimientos



No puedo creer que estemos aquí, que yo esté escribiendo esto para que lo leas en unos meses. O que ahora lo estés leyendo tú, todas esas alternativas me parecen igual de increíbles (!!!!). Me cuesta muchísimo saber qué decir en este momento. Quizá porque parte de mí todavía ve esta historia como el texto que era un solo libro antes

de decidir separarlo en dos. Aún nos queda esa segunda parte, así que me guardaré algunas cositas para el futuro, sin embargo, sí que hay otras que quiero decir y, como siempre, mucho que agradecer.

La idea de *Morir mintiendo* surgió de una conversación muy tonta cuando todavía estaba en el colegio. De ahí saqué el título e, inspirada en la serie «Revenge» (mi obsesión de ese momento), creé esta historia de amor, venganza, perdón y resentimiento. Me gustó la idea de mostrar temáticas que hasta ahora no he tocado en mis libros, siendo este, de alguna forma, el más oscuro. No es oscuro en magia ni sombras, o en espíritus ni fantasía: es oscuro porque nos muestra una realidad que a veces se ve muy lejana, pero, como bien acierta el dicho, «la realidad supera la ficción». Pensé que si escribía sobre lo que vivió Violeta podría visibilizar muchas temáticas importantes y, ojalá, dar pie para iniciar una conversación al respecto.

Pero también quiero inspirar. Inspirar a personas como Violeta, que sienten que están en un pozo oscuro del que no saben cómo salir, así hayan tenido experiencias iguales o peores a las de ella.

Todos tenemos dos caminos: seguir por ahí o tratar de buscar nuestra felicidad, de hacer lo posible para dejar atrás y sanar. Violeta todavía está en ese proceso. No es fácil, pero hay formas, así como también hay personas que nos ayudan siempre a salir a flote.

Así que escribí este libro y lo conté de la forma en la que conoces a alguien: de a poco, por partes, en orden y en desorden a la vez, desentrañando secretos a medida que avanzas y que, al mirar atrás, puedes ver cómo muchas cosas tienen sentido ahora, incluso si en su momento no las entendías.

Siempre tuve grandes esperanzas para esta novela, aunque a

pesar de ellas hubo muchos momentos en que pensé que no lograría nunca que viera la luz de la forma en que yo quería. Pero aquí estamos, con mi editorial soñada, con esta edición y cubierta PRECIOSAS, con un libro del que puedo estar completamente orgullosa. Y por eso estoy tan, tan agradecida…

A Bea, mi lectora beta y amiga más antigua del mundo literario. Fuiste la primera persona con quien pude comentar este libro cara a cara, a la primera que vi llorar y rabiar y chillar. ¡Te dije que no iba a dejar que te quedaras sin capítulos por leer! Eso ya fue hace mucho, pero creo que cumplí mi promesa.

Gracias por amar a Vi y Dom incluso con todos sus defectos.

A mi grupo hermoso de lectoras betas, que me animó, me apoyó y me ayudó en todo lo necesario para que este texto sea perfecto. Javi, gracias por darme tus apreciaciones como psicóloga y valorar tanto el trasfondo de la novela; significa el mundo para mí. Vale, gracias por tu ojo crítico y por darte el tiempo de anotar cada cosa que encontrabas (y cada vez que estos dos te hacían rabiar, JAJAJÁ). Caro y Fran: gracias por sus comentarios, gracias por amar tanto este libro como lo amo yo y por estar siempre dispuestas a leerme, aunque sea en un borrador lleno de errores. Y, Osli, por sumarte al final y darme todo el compromiso del mundo, por tu hermosa disposición y por ser siempre tan apañadora.

A Ghia, también lectora beta y de mis *fans* #1. Gracias, amiga-prima, por estar siempre conmigo y darme los mejores discursos en mis momentos de duda. No sé qué sería de mí sin ti. Tu éxito es mi éxito, y como el mío también es el tuyo, espero que sientas que este libro también te pertenece.

A Ereidiam, la increíble ilustradora, amiga y escritora detrás de las

ilustraciones de este libro. ¡Estoy tan feliz de que hayamos trabajado de nuevo en otro proyecto!

A Gabriela Rey, que desde el minuto en que pensé en publicar este libro (hace muchos años) supe que sería la persona indicada para darle vida a las portadas. Eso fue hace tiempo, por lo que no sabía lo que quería ni menos cómo lo quería, pero estaba segura de que ella podría hacerlo, y ¡miren! El resultado me hace querer llorar de lo hermoso. Son ellos.

Gracias a Valentina, mi editora. Gracias por escucharme con entusiasmo desde el primer momento y recibirme con tantas ganas. Gracias por hacer realidad mi mayor sueño; todavía tengo guardado en Favoritos el pantallazo del correo que me mandaste ese lunes. Gracias por creer en Violeta y Dominik. Gracias por creer en mí.

Y a ti, lector o lectora, ya sea este el primer libro mío que lees o si ya leíste los otros y terminaste este en dos días a pesar del tiempo que me llevó escribirlo, JAJAJÁ. Gracias por tu apoyo constante, por escoger mi historia entre las demás y decir «voy a darle una oportunidad». Espero no haberte decepcionado.

¡NOS VEMOS EN EL PRÓXIMO!

Edición en formato digital: diciembre de 2024

© 2024, Guzmán Claro, Antonia
© 2024, © 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566393122

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com

Índice

Cubierta
Advertencia
Nota de la autora
Acompaña tu lectura con esta playlist
Prólogo. Hasta que la muerte nos separe
Parte 1. El descenso
Capítulo 1. ¿Las personas cambian?
Capítulo 2. La Residencia
Capítulo 3. Las cosas cambian. Las personas… no tanto
Capítulo 4. Las Furias
Capítulo 5. Azul bebé
Capítulo 6. ¡Quema!
Capítulo 7. Salvación
Capítulo 8. Cicatrices del pasado
Capítulo 9. Maldito sea el destino
Capítulo 10. Otra vez sola
Capítulo 11. Vértigo
Capítulo 12. Expuesta
Capítulo 13. Error tras error
Capítulo 14. Un viaje al pasado
Capítulo 15. Memorias de un engaño
Capítulo 16. Fase 1
Capítulo 17. En control
Capítulo 18. Conexión y quiebre
Capítulo 19. Cambio de planes
Capítulo 20. De lo que pudo haber sido y no fue
Capítulo 21. Luces en las tinieblas
Capítulo 22. El descenso al infierno es fácil
Capítulo 23. Morir mintiendo

Parte 2. Escalando
Capítulo 24. La vida según Dominik Benedict
Capítulo 25. Ecos de la infancia
Capítulo 26. Años de recesión
Capítulo 27. Vivir en la penumbra
Capítulo 28. Las consecuencias de mi odio
Capítulo 29. Palabras para el dolor
Capítulo 30. Volver a lo que fuimos
Capítulo 31. Anestesia
Capítulo 32. Segundas oportunidades
Capítulo 33. Ciertas cosas oscuras
Agradecimientos
Créditos